LA MANGUERA QUE NOS UNIÓ

ELENA GARCÍA

LA MANGUERA QUE NOS UNIÓ

ELENA GARCÍA

Publicado por:
Elena García
www.elenagarciagonzalez.com
info@elenagarciagonzalez.com

© 2021, Elena García
ASIN: B09BVNPQHM

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

A María José Caro Ayora, quien me prestó su rostro y nombre para esta historia.

A Faty, Sylvia y Ángela. Las chicas 23.
Gracias por vuestro apoyo.

BIOGRAFÍA

Elena García nació el 17 de mayo de 1979 en Toledo y creció en Navahermosa, donde actualmente reside junto a su esposo y sus dos hijos.

Aunque siempre destacó por su talento en la pintura, a la temprana edad de siete años ganó su primer concurso de relatos. Desde entonces creció su amor por las letras y, aunque ha publicado artículos en diversas revistas, fue en 2015 cuando decidió escribir su primera novela, *Doctor Engel*, que se convirtió en un **éxito de ventas e incluso se tradujo al inglés**.

Posteriormente publicó *El tormento de Álex* (2016), que en los **Premios Wattys 2016 (el concurso on line más grande del mundo) recibió el galardón «Lecturas Voraces»**.

Sus demás novelas, *La marca de Sara* (2017), *Absolutamente única* (2019), *Con s de secretos* (2020) y, *¡Déjame verte!* (2021), han seguido los mismos pasos que las anteriores. En la actualidad está preparando nuevos proyectos, pues es su manera de abrir el corazón y de sentirse bien.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: **https://www.facebook.com/elenagggg**

Instagram: **https://www.instagram.com/elenaggggg/**

Web: **https://www.elenagarciagonzalez.com/2018/02/escritora-de-exito-por-sorpresa.html**

Existen tres tipos de personas: las que cuando juegan con fuego se queman, las que aprenden a no quemarse y las que se mueren de frío.

CAPÍTULO 1

Son más de las doce y el encargo que le hice a la distribuidora sigue sin llegar. Llevo más de dos semanas esperando a que me envíen un paquete con medicamentos importantes y aquí no aparece nadie con ellos, y lo peor de todo es que cada vez que entra un cliente y se marcha con las manos vacías, sé que no volverá. Los he llamado infinidad de veces y me dan largas continuamente. Como a ellos esta situación no les genera pérdidas, no llevan ninguna prisa. Si ya de por sí en el negocio me va mal, esto sin duda lo empeorará.

Salgo del mostrador aprovechando que no hay nadie y repongo los productos de higiene que se ha llevado la última persona que entró. Alzo la mirada y vuelvo a fijar mis ojos en la caja de las bolas chinas. Llevo vendiéndolas en la tienda más de seis meses y cada vez llaman más mi atención. Las ofrezco como ejercitadores de suelo pélvico para mujeres que acaban de dar a luz o que tienen algún problema de incontinencia, pero mi mente no deja de llevarlas a otro lugar. Mi amiga Lucrecia se las compró en un sex shop hace algunos meses y dice que es de lo mejorcito que ha probado, y eso que de esto tiene un buen arsenal. Yo, en cambio, en el tema sexo siempre he sido muy tradicional. Quizás mucho más de lo que debería, pues nunca he llegado a probar nada fuera de lugar. Mi expareja quiso experimentar conmigo en la cama y siempre me negué, así que nunca he ido más allá de las cuatro puñaladas de carne. Así me fue... En cuanto tuvo la oportunidad me dejó por otra. Por mi vecina para ser exactos. Por lo visto, y según llegó a mis oídos después, va contando por ahí que esa sí que se la chupa bien. Como si yo le hubiese hecho eso alguna vez. ¡Qué asco!

Imagino que esta especie de frigidez que me atormenta viene de atrás y sospecho que se debe a que me he criado en un hogar un tanto puritano. Mi madre siempre criticaba a quienes lo hacían y mi padre, si era necesario, nos metía los dedos en los ojos a mi hermano y a mí para evitar que viésemos una escena subida de tono en la televisión. Eso sí, él no le quitaba el ojo de encima, hasta que mi madre se daba cuenta y se armaba la guerra. Qué tiempos aquellos... Ojalá no vuelvan.

—Buenos días—. Margarita, la estirada e insoportable dueña del local donde tengo instalada la botica, entra como cada día a revisar que todo esté en orden.

—Hola... —respondo carente de entusiasmo. Esta mujer saca lo peor de mí.

Si llego a saber esto el día que firmé el alquiler, me busco otro lugar. Es la persona más pesada y agobiante que he conocido en mi vida. Por su avanzada edad quiero creer que ya chochea porque no

logro hacerle entender que si estoy pagando por un espacio, es mío hasta que deje de hacerlo y puedo colocar el mobiliario como me dé la gana.

—¿Qué es eso? —Se inclina y rasca con una de sus uñas recién pintadas el yeso de la pared.

«Joder. No se le escapa nada» protesto para mis adentros. Ayer por la tarde, el señor Tomás casi se cae al entrar por mirarme los pechos y con la garrota golpeó una de las paredes, haciendo que un trocito insignificante de la pintura se desconchara. La imperfección apenas medirá un par de centímetros. ¿Cómo ha podido verla? Ojalá mi abuela, que debe tener sus años, tuviera también su vista. Dios se la bendiga mucho tiempo.

—No lo sé. —Trato de ignorarla para que se marche. Como se me ocurra darle alguna explicación, la cosa se pondrá mucho peor.

—Tendrás que pedir que lo arreglen o te lo descontaré de la fianza.

Todos los días es la misma historia. Me tiene hasta los ovarios. En cuanto ve algo, por pequeño que sea, que pueda estar mal, comienza con las amenazas. Me duele la lengua de mordérmela y si me he callado hasta ahora ha sido por respeto a sus canas. Si tuviera unos años menos se iba a enterar.

La suerte parece estar de mi lado y tras pasearse a sus anchas durante algunos segundos más, observándome por el rabillo del ojo como si me perdonase la vida, finalmente se marcha. Expulso el aire de mis pulmones con alivio y continúo con lo que estaba haciendo.

Alzo de nuevo la mirada y vuelvo a encontrarme de frente con las puñeteras y llamativas bolas. Las observo varios minutos más y juraría que puedo oír cómo me llaman: "Mariajo... Mariajo... déjanos ser tu badajo", pestañeo varias veces pensativa y, cuando por fin sucumbo a la tentación, estiro mi brazo para hacerme con una de las cajas. No puedo aguantar más este suplicio, tengo que saber qué se siente con ellas. La abro para sacar su contenido y, nada más hacerlo, las pego contra mi pecho imaginando mil cosas que hacer con ellas, aunque en realidad solo sirvan para una. Cuando más entregada estoy al fantaseo, el sensor de la puerta me indica que alguien está entrando y en un acto reflejo las lanzo bajo el mostrador para evitar ser descubierta.

—Buenos días. —La voz de un hombre suena a mi espalda y rezo para que no lo haya visto. Después de tanto como me ha costado tomar esta jodida decisión, lo último que quiero es que alguien me pille con las manos en la masa—. Si está tratando de jugar a la petanca con eso, le va a ir muy mal. —Mis ojos se abren con sorpresa y toda la sangre del cuerpo se me agolpa en la garganta. Permanezco inmóvil unos segundos más, sin saber muy bien qué hacer debido a la vergüenza y, viendo que no me muevo, continúa—. Siento

decepcionarla, pero, para que el lanzamiento funcione, las bolas deben ser metálicas.

Por su acento deduzco que no es de la zona. Cuando oigo cómo se ríe, no sé dónde meterme y me giro poco a poco con intención de recuperarme antes de encararlo. Al hacerlo, me encuentro de frente con un hombre enormemente atractivo y bastante alto. Casi tanto como mi primo Juanra, que mide alrededor de un metro noventa, pero ni que decir tiene que este le da mil vueltas y nada tiene que ver con mi pariente el larguirucho que, además de idiota, se cree guapo, cuando es más feo que un gato sin pelo. También parece más joven, calculo que no alcanzará la treintena, y aunque eso es algo que en otro momento me agradaría, ya que prácticamente solo atiendo a personas mayores durante todo el día, esta vez no está siendo así. ¿Qué estará pensando de mí? Ojalá en vez de él hubiese entrado el señor Tomás que, aunque es un poco acosador, no sabría qué es eso que anda rodando por ahí y mi dignidad, de alguna forma, seguiría intacta.

—Ho...la. —Mi voz suena forzada, como si alguien me estuviese estrangulando desde atrás. Si a algo le doy gracias es a que todavía esos trastos del demonio están fuera de mi cuerpo. De no ser así, de tanto como estoy apretando el culo ya se me habrían subido a la tráquea—. Ya sé que no son para eso... —finjo reír y sueno como una puerta oxidada—. La caja estaba rota y, bueno..., se me han caído. Ahora las recogeré. ¿En qué puedo ayudarle? —Aprieto la mandíbula mientras él aguanta la risa al ser testigo de mi bochorno.

—Necesito... —carraspea para seguir disimulando—, lubricante.

—¿Cómo? —Ya no sé si habla en serio o es que está pretendiendo hacerse el gracioso.

—Quiero un bote grande de lubricante. El mejor que tenga. —Me mira directamente a los ojos y mis piernas flojean. Tiene la mirada más sexi y empotradora que he visto en mi vida. Con un maromo así seguro que se me quitaban las ganas de andar jugando con pelotitas. Lástima que los tipos como él ni siquiera se fijen en las mujeres como yo, porque a este sí que le chuparía hasta el tuétano. ¿Qué coño acabo de pensar?—. También quiero una caja de condones.

Con esa frase logra sacarme de mis pensamientos y, por fin, me centro para prestarle atención.

—Ahora mismo.

Me giro para ir a buscarlos y, por sorpresa, me detiene sujetando mi mano.

—Espera. —Observo como su enorme brazo oprime mi muñeca y mi mente vuelve a divagar. Debo de estar con la ovulación porque, si no, no me lo explico—. Los condones deben ser grandes. De talla especial.

—Ammm... Ok. —Muerdo mi labio y un enorme pene aparece en

mis pensamientos. Por alguna razón que nunca sabría explicar, lo imagino como si fuese un trípode y sonrío sin darme cuenta. Cuando vuelve a hablar, soy consciente de lo que estoy haciendo y guardo las formas para ponerme seria.

—¿Tiene la talla XXL?

Busco en su mirada algo que me indique que está bromeando, aún a riesgo de parecer tonta, y al no encontrarlo me disculpo para entrar a la parte de atrás y buscarlos.

Si no recuerdo mal, esa talla equivalía a más de veintidós centímetros, así que ahora es la imagen de una anaconda la que me atormenta. Río a placer aprovechando que no puede verme y, tras un par de minutos revisando las estanterías, por fin doy con ellos. Los guardé aquí hace un par de meses al no venderse por ser una talla poco usual y aproveché el lugar que dejaron en la vitrina para colocar otras cosas.

—Aquí tiene.

Los coloco sobre el mostrador y veo aparecer una sonrisa de satisfacción en su cara.

—Es curioso —habla, y le miro atenta esperando a ver qué dice—. Es la primera vez que los compro sin tener que hacerlo por encargo.

—No sé a qué se refiere. —De sobra lo sé, pero prefiero disimular. Tampoco sabría qué decir y, con lo nerviosa que estoy, apostaría lo que fuera a que suelto algo que todavía me ridiculice más.

—Mi…., bueno —ríe y rápidamente me arrepiento de no haberle dicho otra cosa—. Mi Miniyo tiene unas medidas un poco... —Mi cara se vuelve tan roja como un tomate—, fuera de lo común, ya me entiende.

—Nah, no se crea... —Cada vez lo arreglo más. ¿Por qué narices he dicho eso y por qué no cierro la bocaza de una jodida vez?

—Pues la experiencia me dice todo lo contrario. —Levanta una ceja, pícaro, y ruego para que la tierra me trague de una vez.

—No se preocupe, aquí vienen muchos así —miento para salir del paso—. Si necesita más de lo mismo, ya sabe dónde encontrarme. —En el momento en que acabo la frase me doy cuenta de que se puede malinterpretar y rectifico—: Quiero decir... que cuando se le terminen o caduquen... —Mierda, ¿acabo de insinuarle que no mantendrá relaciones? —Quiero decir..., que si quiere más... —Con cada palabra que suelto me siento más absurda—. Tengo más de lo que quiere en la parte de atrás.

—Suena bien eso. Creo que le tomaré la palabra. —Me guiña un ojo, deja el dinero en el mostrador y, en el momento en que se marcha, resoplo cubriéndome la cara con las dos manos.

—Madre del amor hermoso... —balbuceo. Es la primera vez que deseo que un cliente no regrese.

CAPÍTULO 2

A la hora de cerrar todavía no he logrado sacarme de la cabeza el suceso y mi mente tampoco me ayuda. Y, para colmo, cada vez que tiene oportunidad me lanza una imagen clara y concisa del posible tamaño de ese... animal. Recojo lo que puedo y, procurando dejar todo preparado para la jornada de mañana, me marcho. Odio llegar a casa y saber que todavía me quedan cosas por hacer. Si quiero desconectar del trabajo esta es la única manera. Cuando estoy bajando el cierre de seguridad, dando por hecho que ya he terminado, recuerdo que no he desconectado los automáticos y tengo que volver a subirlo para regresar. Desde hace meses noto que, si apago todo, a excepción de las neveras, desembolso casi la mitad en la factura de la luz. Algo me dice que la estirada dueña del local tiene algún tipo de enganche ilegal y es a mí a quien están cobrando su consumo. Con lo rácana que es Margarita podría apostar lo que fuese y no lo perdería.

Abro la puerta del cuadro eléctrico, bajo los diferenciales que no necesito y, cuando estoy presionando el último, una ráfaga de luz sale proyectada en mi dirección.

—¡Qué mierda ha sido eso! —Apenas he sentido dolor, pero el brillo inesperado de la luz me ha dejado ciega.

Busco con las manos la pared para guiarme y, tras luchar contra cientos de destellos oculares, poco a poco voy recuperando la vista. Vuelvo la atención al cuadro de luz buscando una explicación y lo único anormal que encuentro son unas motitas de hollín en el suelo. Definitivamente, la bruja de arriba me la está jugando y mañana sin falta hablaré con ella. Igual que a mí me cobra por todos los desperfectos externos, esto es algo interno y debe hacerse cargo.

Compruebo que los interruptores de las neveras están bien, esta vez presionándolos con un listón de madera por si las moscas y, al ver que todos funcionan a la perfección, hago lo que debería haber hecho hace rato y me voy.

A medio camino, mientras conduzco, abro un poco mi ventanilla e inspiro profundamente el dulce aroma que desprenden las flores de azahar. Soy sevillana de nacimiento y si por cualquier razón tuviese que marcharme de aquí, lo primero que echaría de menos sería este adictivo perfume. Solo Sevilla puede oler así.

Aunque ya es tarde y apenas hay luz solar, no puedo evitar echar una mirada a través de los cristales. Desde la carretera se aprecia la Giralda en todo su esplendor y, aunque paso cerca de ella todos los días, me tiene totalmente enamorada. No sé si será por su altura, ya que durante años fue la torre más alta del mundo, o por su portentosa estructura con la que logra impactar a todos los que la visitan, pero lo cierto es que cada vez me gusta más. Aunque quizás, pensándolo bien,

tenga más que ver con mi abuelo y el amor con el que me habla de ella. Allí fue donde besó por primera vez a mi abuela y eso debió de calar muy hondo en su corazón. Es tal su pasión por este campanario, que hasta llegó a encargar un cuadro del Giraldillo, la escultura que corona la torre sobre una gran bola de bronce.

—¡Mierda! —Piso el pedal del freno— ¡Las bolas! —Al pensar en la de bronce recuerdo que las he dejado encima del mostrador de la farmacia—. ¡Sabía que al final me olvidaría de algo! —Golpeo el volante y por suerte no viene nadie detrás. Es muy tarde para volverme ya y, por descuidada, me toca esperar hasta mañana. ¡Con las ganas que tenía de probarlas!

Al llegar a casa mi hermano está en ella y me sorprende verlo. Es solo dos años mayor que yo, pero se independizó hace, al menos, cuatro.

—¡Hola, hermanita! —Se acerca a mí y me besa en la frente—. Cada día estás más guapa.

—Y tú más pelota —río mientras lo abrazo. Me parece increíble que ahora nos llevemos tan bien, cuando siempre nos hemos estado peleando y hasta sacando trozos de piel. Aún recuerdo la vez que, en venganza por romperle uno de sus coches, me colocó varias cerillas entre los dedos de los pies mientras dormía y las encendió. ¡Menudo hijo de perra! Era más malo que la carne de cabra vieja—. ¿Qué haces aquí? —Vive, al menos, a cien kilómetros de distancia y, por las horas que son, entreveo que también se quedará a dormir.

—Mañana tengo una reunión importante aquí al lado y he aprovechado para venir ya y así pasar un poco más de tiempo con vosotros. —Llevábamos cuatro meses sin vernos—. ¿Cómo va el negocio?

—Bueno, si te digo que bien te miento. Saco lo justo para pagar y me sobra muy poco, así que me temo que nunca me dará para ser como tú. —Montó una gestoría y le está yendo de maravilla. Ojalá consiguiese facturar al mes lo que él en tan solo una semana—. En cuanto me tome cuatro cervezas con las amigas en la plaza se acabó la ganancia.

—Entonces tendrás que tomarte solo dos —bromea—. Ya vendrán tiempos mejores, aguanta un poco.

Cuando voy a responderle entra mi madre cargada de platos y nos pide que la ayudemos a poner la mesa.

Tras pasar las cuatro horas más agradables de todo el día, se me hace tarde y, antes de irme a la cama, me despido de Kike. Sé que pasará bastante tiempo hasta que nos volvamos a ver.

—Que te vaya bien en la reunión, grandullón. —Despeino su cabello.

—Y a ti en la farmacia, pequeñuela. Recuerda que si necesitas

ayuda o asesoramiento solo tienes que llamarme.

—Espero no tener que hacerlo —digo ya desde el pasillo, y en cuanto entro a mi cuarto me echo sobre la cama. Estoy tan cansada que mi cuerpo ya lo necesitaba.

A la mañana siguiente me levanto con ánimo y sé que se debe a lo que me está esperando en la botica. De hoy no pasa que pruebe esa mierda. ¡Hasta he soñado con ellas! Conduzco más rápido de lo que debería solo para llegar antes y, cuando aparco, me tiemblan hasta las manos. Lo primero que hago nada más entrar es conectar los automáticos y, al no acordarme de lo que pasó la noche anterior, vuelvo a hacerlo con la mano.

—¡Joder! —De nuevo el chispazo me asusta y quedo totalmente deslumbrada.

La mala suerte quiere que, en ese momento, y antes de que pueda recuperarme, entre un cliente y tengo que atenderlo casi a tientas. Para más inri, el hombre viene a comprar gotas oculares, y si no es porque él mismo se da cuenta, las gotas se las lleva, pero para los oídos. Menos mal que al final se ha solucionado, porque un fallo así me puede costar la licencia.

Cuando se marcha y estoy algo más recuperada, resoplo mientras miro hacia la derecha. Me encuentro de frente con la caja que dejé ahí la noche anterior y que todavía no me ha dado tiempo a guardar. Esto ya parece de risa. Cuánto más me esfuerzo en ocultar algo, más evidente se vuelve. Seguro que, si salgo a la calle con ellas puestas en la cabeza, nadie se da cuenta.

Alzo la caja con cuidado para que no se abra, ya que la desprecinté el día anterior, y la llevo al almacén. Valiéndome de un poco de intimidad, vuelvo a sacarlas y las observo. Son tres, y dos de ellas vienen unidas con una especie de aro de silicona. Se lo retiro con cuidado para que queden sueltas y descubro que tienen diferentes tamaños, y, además, los pesos varían.

—Querida, tú serás la primera —digo como si la bola pudiese escucharme y, aunque parece la más pesada, su tamaño es el menor de las tres. Quiero empezar por poco y, si funciona, ya veré. Asomo la cabeza por la puerta para ver si viene alguien y asegurándome de que, como cada mañana, estaré sola hasta que los médicos comiencen a pasar sus consultas, entro en el baño con una intención muy clara. Cojo antes un par de guantes de látex para hacerlo más higiénico y dejo caer mis bragas en el suelo. Viendo que ya vienen esterilizadas, subo una de mis piernas al inodoro y, apartando la maleza, encuentro lo que busco. Definitivamente, me tengo que depilar. Mi querido amigo empieza a parecerse cada vez más a una cabeza afro.

Con cuidado, coloco la bola en la apertura de mi vagina y, con más

vergüenza que otra cosa, la empujo con suavidad hasta que entra. Si mi madre pudiese verme por un agujerito..., pensar en ella hace que me rechinen los dientes y me esfuerzo por sacarla de mi cabeza. «¿Y ahora qué?» me pregunto mientras junto las piernas para que no se salga. Espero unos segundos y nada. Alcanzo la caja y despliego las instrucciones. Sé que debería de haberlo hecho antes de empezar, pero el mecanismo está muy claro. O eso pensaba.

—Veamos... ¡Ay no! —balbuceo. Solo había tres posibilidades de fallar y lo he hecho a la primera. Según me indica, la más pequeña es la última que se debe utilizar y solo cuando me haya acostumbrado a llevar las otras. Al ser de un menor diámetro, los músculos vaginales tienen que cerrarse más para sujetarla y de ese modo se termina de fortalecer el suelo pélvico. Pongo los ojos en blanco y, con las mismas, me agacho para sacarla. Empujo y al ver que aunque me esfuerzo no sale, aprieto más. Me levanto, coloco las manos en mi cintura para hacer más fuerza y me vuelvo a agachar. Aprieto de nuevo y no tardo en empezar a sentirme ridícula—. ¡Por Dios! Solo me falta cacarear. —Sigo intentándolo y no hay forma—. Por favor, sal ya. ¡No me hagas esto! —La animo y la cosa sigue igual. Presiento que expulsarla me va a costar un huevo... y ahora más que nunca entiendo esa expresión. El sensor de la puerta comienza a sonar, anunciando que alguien acaba de entrar y mis ojos se abren como platos—. No puede ser... ¡Ahora no, joder! ¡Ahora no!

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Esa voz... ¡Yo he oído esa voz antes!

CAPÍTULO 3

Busco las bragas como si me fuese la vida en ello y, cuando las encuentro, las levanto con rapidez, pero no me doy cuenta de que hay un saliente del tubo del radiador cerca y se quedan enganchadas.

—¡No me jodas! —Llevada por los nervios, tiro de ellas con fuerza para soltarlas y oigo el momento exacto en que se rajan—. ¡Virgen de la pata arrastro! —Angustiada, me pongo de pie para no hacerlo esperar más y camino como puedo hasta el mostrador. La cosa no ha podido ponerse peor.

—Buenos días.

Alguien me saluda y al levantar la vista para hacer lo mismo me quedo petrificada. El trompa de elefante ha vuelto y no ha podido ser más oportuno. Es la segunda vez que me sorprende en una situación así.

—Ho...la. —Aliso mi falda para disimular el sonrojo. Entre el sofoco que tengo y la impresión de verlo, debo de tener la cara como si me hubiesen dado dos chanclazos—. ¿En qué puedo ayudarlo? —Trato por todos los medios de parecer calmada, pero en el fondo me siento como si en cualquier momento fuese a descubrir lo que escondo.

—Necesito una crema para las rozaduras.

—¿Qué rozaduras? —pregunto sin pensar y me vuelve a pasar lo mismo que el día anterior. Por miedo a que crea que no soy profesional salgo del paso como puedo—. Quiero decir, ¿es algún tipo de dermatitis alérgica o irritativa por contacto? —Cambio el peso de un pie a otro y mis ojos quedan fijos en la caja registradora al notar que la jodida bola se mueve y comienza a deslizarse hacia abajo. ¿Ahora sí que quiere salir?

—Pues... la verdad es que no lo sé. ¿Qué te parece a ti? —Cuando echa mano al cinturón mi respiración se corta, y en el momento en el que empieza a desabrocharlo tengo que apretar mis glúteos con fuerza para que, debido al shock, no termine de caerse la maldita bola.

—No te... Aquí no te desnu... —Nerviosa, y antes de que pueda terminar la frase, me señala una pequeña rozadura de dos centímetros por debajo de su ombligo y dejo salir el aire de mi pecho, aliviada. Al relajarme, la bola de la tortura se empeña en bajar aún más y, con disimulo, cruzo las piernas. Ahora ya sé lo que siente una ostra cuando se aferra a su perla.

—¿Qué te parece? ¿Qué crees que puede ser? —habla de nuevo sacándome de mis pensamientos, y por el sobreesfuerzo que estoy haciendo con la pelvis me cuesta responder.

—Pues parece... —Aun en medio de mi gran apuro, puedo notar lo marcado que está su abdomen—. Tiene pinta de... —Varias gotas de

sudor comienzan a resbalar por mi espalda y, antes de carraspear, contraigo con fuerza la vagina—. Parece irritación por algún roce.

—Pues ahora que lo dices... —Se queda pensativo por un momento, así que aprovecho que vuelve la atención a su piel y con un rápido movimiento a través de la tela de la falda empujo la bola hacia dentro. Parece que de momento funciona—. Puede ser, sí... Vas a tener razón —dice sin más—. Dame entonces una crema específica y… otra caja de condones, de esas que guardas en la parte de atrás, por favor —me sonríe y presiento que no voy a poder dejar de imaginarme en todo el día cómo ha podido hacerse eso.

Camino con brío para cogerlos y así terminar antes con él, pero en el momento en que regreso al mostrador me vuelve a pasar lo mismo. Al detenerme, la bola se mueve y comienza a resbalar haciendo que me arrepienta de no haber intentado sacarla cuando fui a por los preservativos. Lo único que me alivia es saber que ya está terminando y no tardará en marcharse.

—Aquí tiene. —Le entrego la compra dentro de una pequeña bolsa y con rapidez le muestro el tíquet con la cuenta.

Saca una cartera marrón de su bolsillo trasero, pone las monedas justas sobre la mesa y, mientras se la guarda en el mismo lugar, se fija en algo que hay guardado en una de las vitrinas que tengo colgadas en la pared. Mis músculos claman por piedad y comienzo a notar que cada vez pierdo más la fuerza. Lo único que quiero es que no se entretenga más y se largue de una jodida vez o aquí va a ocurrir una desgracia.

—¿Qué vale eso de ahí? —señala un producto que no logro distinguir y siento ganas de llorar. ¡Necesito que se marche ya! Miro hacia atrás buscando una excusa para entrar al almacén de nuevo y vuelve a dirigirse a mí—. Esa caja azul.

—No sé a qué se refiere... —Con disimulo seco el sudor de mi frente y aprieto más los muslos. Si al menos tuviese puestas las jodidas bragas podrían actuar como mordaza. Pero no, la mala suerte ha querido que también se me rompieran. Empiezo a creer que alguien o algo se está riendo de mí.

—El complemento vitamínico que está justo a la derecha.

—¡No está en venta! —grito llevada por la angustia al percatarme de que la bola ya está llegando a la salida.

—¿Cómo? —Me mira incrédulo por un segundo y se acerca más al producto.

—¡Está caducado! —Aprieto la mandíbula, como sin con ese gesto pudiese detener lo que está a punto de suceder.

—Disculpe, pero desde aquí puedo ver que para eso aún falta un año. ¿Puede abrir la vitrina para sacarlo? Me gustaría saber qué proporciones contiene. Llevo tiempo buscándolo.

—Em... —Mi barbilla tiembla— Em..., sí, bueno. —Junto las rodillas todo lo que puedo, me santiguo mentalmente y camino en su dirección como si fuese un pingüino.

Aunque intento disimularlo, noto como me mira y cuando me acerco a él puedo ver que levanta una ceja. Se aparta para dejarme paso, meto la mano en el bolsillo de mi bata con rapidez y después de sacar la llave trato de encajarla para abrir la vitrina, pero al darme cuenta de que no alcanzo, por instinto, me pongo de puntillas. En ese mismo instante todos mis miedos cobran vida. Un sonido parecido al descorche de una botella emerge de entre mis piernas y, desde la cabeza hasta los dedos de los pies, me quedo paralizada. La maldita bola ha salido a presión de mi cuerpo sin que pueda evitarlo y, tras botar en el suelo, rueda hasta sus pies. Los dos nos quedamos en un completo silencio y en mi cabeza solo cabe un pensamiento: «Me quiero desmayar, necesito desmayarme. ¡Me urge desmayarme! Cuerpo, desmáyate ¡Desmáyate!»

Incapaz de moverme, ni siquiera para pestañear, como si mi cerebro quisiese hacerme pasar por una estatua, veo el momento exacto en el que el señor pepino baja la vista al suelo y, con una sonrisa traviesa en su boca, se inclina para cogerla. Ante mi atónita mirada la toma entre sus dedos y, tras observarla durante varios minutos, me la ofrece.

—Creo que se te ha caído esto. —Viendo que sigo tan o más inmóvil que al principio, toma mi mano, me coloca la bola en el centro de la palma y cierra mis dedos en un puño para que no se me caiga otra vez—. Ya vendré otro día a por más de eso que tú y yo sabemos. —Me guiña uno de sus oscuros ojos y, dejándome con la palabra en la boca, o, mejor dicho, sin palabras, se marcha.

—Me qui-e-ro mo-rir.

Es lo único que acierto a decir cuando por fin lo veo salir por la puerta y tengo que poner las manos sobre mi pecho para sujetarme el corazón. Me late con tanta fuerza que temo que se me pueda caer en cualquier momento.

Al notar que no logro calmarme y que con cada minuto que pasa me altero más, busco entre los cajones de la medicación algo que me ayude y opto por un ansiolítico de acción rápida. Entonces lo pongo bajo mi lengua. Mientras espero a que me haga efecto cada vez soy más consciente de lo que acaba de ocurrir. Hiperventilo, gimoteo y hasta hipeo, pero no sirve de nada, la humillación me oprime tanto en el pecho que apenas puedo respirar.

Cuando me doy cuenta de que todavía estoy sosteniendo la bola en la mano, la lanzo cabreada contra la pared, culpándola de mi vergüenza y, para colmo de mis males, deja una marca en la pintura. Al verla no puedo más y comienzo a llorar. Margarita no tardará en

bajar a revisar y lo que menos me apetece ahora mismo es aguantar otro de sus sermones.

Trato de recomponerme y, dando por hecho que pasaré la mañana sin bragas, en un momento de lucidez recuerdo que guardo algunas desechables postparto en el almacén. No dudo en usarlas. Así, al menos, si me tiene que atropellar un coche al salir, cosa que no descarto según se está presentando la mañana, mi madre no pasará tanta vergüenza. Si hay algo en lo que me insiste desde que soy pequeña es precisamente en eso... "Hagas lo que hagas, siempre, ponte bragas y, por supuesto, limpias".

Tras barajar, incluso, la posibilidad de cerrar la botica debido al suceso, logro sacar la fuerza suficiente para calmarme un poco y cuando estoy a punto de sentarme en el taburete que guardo siempre detrás del mostrador, las puertas se abren y mi amiga Lucrecia aparece con una gran sonrisa tras ellas.

—¿Preparada para la fiesta del fin de semana? —canturrea mientras se acerca. Tenemos una despedida de soltera que celebrar y aunque a mí no me hace especial ilusión, ella parece estar ansiosa desde hace semanas—. ¡Ojú! —exclama cuando la tengo enfrente—. ¿Qué te pasa en la cara, nena? Parece que has visto a un fantasma.

—Pues no te diría yo que no... —Dejo salir un suspiro. Si de algo estoy segura es que ese tipo fantasma es un rato. Si al menos hubiese mostrado un poco de educación... Podría haber disimulado o fingir que no había visto nada, pero no..., ha preferido dejar constancia, y bastante clara.

Vuelvo a ponerme en pie y noto una presión extraña en mi vagina. La siento tan agotada que no me extrañaría que en cualquier momento jadease sofocada. Después de toda la tensión a la que la he sometido hoy solo espero que no se me contraiga.

—¿Qué ha ocurrido? —Apoya las manos en el mostrador y espera a que responda.

CAPÍTULO 4

Sábado por la mañana

Han pasado varios días desde que hice el ridículo más grande de toda mi vida y aunque no he logrado pasar página, ni creo que lo haga mientras viva, por suerte, el tipo no ha vuelto a la farmacia. Eso no quita que cada vez que veo entrar a un cliente me tense creyendo que puede ser él, pero imagino que, de algún modo, él también sintió vergüenza al pensar en lo que hizo. No debió actuar así. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurre coger eso del suelo, y más sabiendo de dónde ha salido? ¿Y si en vez de en la vagina lo tuviese metido en el...? ¡Qué asco! Sacudo mi cabeza tratando de borrar esa imagen e intento volver a centrarme en lo que estaba haciendo, pero antes de conseguirlo mi teléfono comienza a sonar y al ver que se trata de Lucrecia, con desgana, atiendo su llamada. Lleva días insoportable.

Aunque insistió bastante para saber qué me pasaba el día que vino a visitarme a la farmacia, decidí buscar una excusa. Sé que si le hubiera contado la verdad habría servido de burla durante años y no estoy dispuesta a pasar por algo así. Ya tengo bastante soportando que mi querido grupo de amigos se dirija a mí como "la mojigata". Y todo porque en varias ocasiones me escandalicé con sus conquistas o revolcones. Cosa que ahora también hago, solo que ya no lo digo. Nunca entenderé tanta promiscuidad.

Durante toda la semana Lucrecia ha estado llamándome para recordarme que hoy es la despedida de soltera de nuestra amiga y, aparte de eso, me ha enviado mil fotografías con diferentes modelitos para que le eche una mano con su atuendo. Si para algo así me necesita tanto, qué será de mí cuando llegue el día de la boda. La que me espera...

—Nena, ¿has pensado ya qué te vas a hacer en el pelo? —me pregunta por enésima vez. Esta mañana también lo hizo.

—Ya te dije ayer, antes de ayer y el día anterior, que solo me haré unas ondas. —Realmente ni eso me haría, pero después se queja de que desentonamos porque no voy tan arreglada como ella.

—¡Joder! —espeta nerviosa—. En nada llegará la hora y todavía no sé qué hacerme yo.

Miro el reloj y veo que casi son las siete de la tarde. En una hora cerraré la botica y si me doy prisa quizás llegue puntual, aunque ya avisé de que tardaría un poco más para que me esperen y así poder ir todas juntas.

—Hazte una coleta. A ti el pelo recogido siempre te ha quedado muy bien. —Ya no sé qué más decirle. Nada le viene bien.

—¿Una coleta? ¿Estás loca o qué? De ninguna manera. Quizás... —

Se queda unos segundos callada y aprovecho para exhalar—. Quizás si me lo aliso... —Llevo días proponiéndole precisamente eso—. Sí, eso haré. Creo que me irá bien. Te llamo luego. —Cuelga y me quedo mirando al vacío mientras imagino varias formas de matarla.

Cuando llega el momento, apago las luces y, al igual que hago últimamente, desconecto los fusibles. Coloco el palo de madera que utilizo para evitar descargas en una de las esquinas y recuerdo que tengo que hablar con Margarita. He estado tan ocupada que todavía no he podido y solo recuerdo que debo hacerlo cada vez que tengo que usarlos. Lo anoto en un post-it para que no se me olvide y lo pego en el mostrador. Seguro que así podré recordarlo el lunes sin problema.

Nada más llegar a casa corro a la ducha y cuando me doy cuenta de lo tarde que es, mi idea de arreglarme el cabello se esfuma. Lo peino con rapidez y cuando me enfundo en el vestido noto que algo no va bien. Me acerco al espejo y al ver mi reflejo en él siento ganas de golpear el cristal. De nuevo he vuelto a engordar y ya no me queda tan bien como recordaba. Trato de subir la cremallera, pero cuando voy por la mitad comienza a faltarme el aire y la tengo que volver a bajar.

—Menuda mierda.

Me coloco de perfil y veo que mis caderas están algo más anchas. No es mucho, pero cometí el error de comprarme un vestido poco elástico y, por supuesto, estas son las consecuencias. Cuando lo adquirí hace dos años confiaba en que siempre me mantendría igual. Qué inocente fui.

Busco con rapidez en el armario otra prenda que me pueda servir y me decido por un mono negro de licra. No será igual pero estaré mucho más cómoda. Sigo buscando y entre las chaquetas encuentro una roja que llama mi atención de manera especial. Ni siquiera recordaba que la tenía. Solo me la puse una vez y, al no encontrar otro momento para utilizarla de nuevo, la guardé.

Vuelvo al espejo y esta vez no me disgusta lo que veo. La tela del mono tiene una caída perfecta y disimula bastante bien mis curvas. Meto los pies en unos zapatos de tacón rojo, pinto mis labios del mismo color y vuelvo a echarme un último vistazo. Si tan solo lograse quitarme unos kilitos de encima..., pero como no dejo de tragar no me queda más remedio que aprender a vivir con ellos, y seguramente con algunos más. Aunque, siendo sincera, no me veo tan mal, así que a quien no le guste que no mire. Ahueco mi largo y negro cabello, envío un mensaje a Lucrecia y, antes de salir, me rocío con mi perfume favorito. Por suerte mi madre se ha ido a pasear con una amiga y esta vez no me amargará la salida. Siempre que quedo con alguien tiene que poner la guinda al pastel con alguna frase inoportuna: "Eso que

llevas no te queda bien" "¿Vas a salir así?" o la que más odio... "¿No tienes otra cosa?". Sé que no lo hace para molestarme y que realmente es lo que piensa, pero estoy tan cansada de que siempre me haga lo mismo cuando ya no puedo cambiarme, que ya me enerva. Por no decir que luego me paso toda la noche tirando hacia abajo de la camisa como si tuviera un tic, con la única intención de taparme las caderas.

De camino al lugar donde hemos quedado recibo una llamada y, sabiendo que es de ellas, me detengo donde puedo para contestarla.

—Estoy a diez minutos.

Se quejan, pero terminan accediendo y me esperan.

Al llegar, Lucrecia me mira sorprendida y veo un gesto arrugado en su rostro.

—¿Dónde está el vestido? Me dijiste que...

—Lo sé —murmuro cerca de su oído—, pero he tenido un pequeño problema.

—¿Cuál? —me pregunta extrañada.

—El muy cabrón ha encogido y me hacía parecer una salchicha alemana.

Blanquea sus ojos y noto que no le ha hecho ninguna gracia. La conozco demasiado bien como para saber que algo así puede estropearle la noche. A veces pienso que sufre algún tipo de trastorno obsesivo compulsivo, pero cada vez que se lo insinúo se lo toma a broma.

Nos ponemos en marcha y al recordar que le toca conducir a Marina me propongo mentalmente tomarme unas copas. Hace meses me tocó vivir otra despedida con ellas y, para qué engañarnos, fue un infierno. Además, hace mucho tiempo que no bebo y después de lo que me ocurrió el otro día necesito evadirme. Así mataré dos pájaros de un tiro: Me olvidaré un poco del señor banano, ya que no he podido sacármelo de la cabeza en toda la semana y, de paso, podré soportar la dura noche que me espera. Lucrecia se acomoda a mi lado, abre el bolso y cuando la oigo gritar al tiempo que saca cuatro diademas de las que cuelgan dos penes como si fuesen antenas, bufo.

—¡Llegó la fiesta! —Nos entrega una a cada una y siento vergüenza ajena.

Las tres no dudan en colocárselas al momento mientras ríen, pero yo me resisto. Definitivamente, necesito tomarme unos buenos tragos para poder hacer lo mismo.

Media hora después llegamos al club de copas donde se va a celebrar la fiesta y hay cerca de veinte chicas más allí. Me extraña que seamos tan pocas, ya que es un local muy concurrido, pero cuando Marina me explica que han alquilado la sala y que solo estaremos en ella las amigas más cercanas lo entiendo todo. Saludamos a las

conocidas y nos acomodamos en grupo en una de las mesas que hay en una esquina. Al darme cuenta de que me toca sentarme al lado de Roxana busco otro asiento libre para apartarme. Antes éramos amigas, o eso creía, pues un día llegó a mis oídos que se andaba riendo por ahí de mí debido a mi peso y todo aquello terminó. No le he vuelto a dirigir la palabra desde entonces. Es una pena que se burle así de la gente cuando ella tiene la nariz más fea que Michael Jackson después de operarse. Cada vez que se ríe suena igual que un cerdo asmático.

El camarero no tarda en llegar para tomarnos nota y comenzamos con una ronda de chupitos. En la cuarta la futura novia se pone en pie, levanta su vaso y, tras brindar, la música comienza a sonar y con ella empieza la fiesta. El alcohol poco a poco nos va soltando y cuando nos queremos dar cuenta ya estamos en la pista. Yo todavía me resisto a ponerme la dichosa diadema, pero Lucrecia, al darse cuenta, viene hasta mí y me la coloca. En el momento en que voy a protestar un camarero camina entre nosotras con una bandeja de copas y cuando nos las ofrece, sin pensármelo, tomo una con cada mano. Mañana seguro que me arrepentiré, pero esta noche las voy a necesitar. Me tomo la primera casi de un trago y continúo con la segunda. Con todo lo que llevo ya encima debería bastar, sin embargo, cuando menos me lo espero Marina pone en mis manos otra más y, por no hacerle el desprecio, también me la bebo.

Desinhibida por completo, y lejos de lo que creía, comienzo a pasármelo bien; hasta me animo a bailar con Lucrecia coreografías que inventamos en la escuela. Cuando más metidas estamos en los pasos, las luces se apagan y las chicas susurran preocupadas. Me pongo de puntillas para ver lo que ocurre y veo a dos bomberos entrar.

—¿Qué hacen estos aquí? —le pregunto a Lucrecia y, cuando se encoge de hombros, miro ingenua a nuestro alrededor buscando humo.

—Señoritas, nos acaban de avisar de que aquí hay fuego. ¡Muuucho fuego! Así que háganse a un lado porque... ¡Venimos a apagarlo! —De pronto saltan a la pista con nosotras y al comprender de qué se trata comenzamos a gritar como locas. La música retoma y cuando empiezan a bailar sensualmente nos apartamos haciendo un círculo para verlos mejor. Sus atuendos parecen tan reales que hasta me resulta gracioso. Si no fuese porque llevan su rostro cubierto con la pantalla del casco y unas gafas de sol, nos habrían engañado.

Uno de ellos desenrolla una manguera y, sin dejar de contorsionarse, la extiende con habilidad en el suelo. El dueño del local coloca dos sillas en el centro y, tras una espectacular voltereta, caen de pie sobre ellas. Si tuviese que hacerlo yo acabaría igual que un escorpión.

Aplaudimos efusivas y por el rabillo del ojo puedo ver cómo Roxana me mira, le susurra algo a su compañera y ambas ríen. Partiendo de que fue ella quién me puso el apodo que más odio, casi me puedo hacer una idea de lo que hablan. Seguro que no esperaban verme disfrutar con un espectáculo así.

Los gritos vuelven a llamar mi atención y mis ojos quedan fijos en los estríperes. Mueven sus caderas al compás y, de un fuerte tirón, arrancan sus camisetas dejando sus marcados pectorales a la vista. Roxana y su amiga parecen más interesadas en mí que en ellos, así que finjo que disfruto, aunque en realidad no me está costando demasiado. No sé si será por la percepción que me da el alcohol, pero la verdad es que, dejando a un lado los prejuicios, lo hacen de maravilla. Lucrecia lanza obscenidades al aire y en el momento en el que se quitan el pantalón comenzamos a saltar al tiempo que chillamos.

Cuando lo único que cubre sus cuerpos son los cascos y un minúsculo y abultado calzón, el más alto toma un micrófono y habla.

—¡Necesitamos a dos voluntarias!

Antes de que pueda reaccionar, alguien me empuja desde atrás y acabo en medio de la pista.

CAPÍTULO 5

Vuelvo espantada al lugar del que nunca deberían haberme movido y las malditas manos vuelven a hacerme lo mismo.

—¿Quién ha sido? —grito mientras me giro y veo que Lucrecia se ríe.

—¡Dale caña, nena! ¡Es tu momento! —vocea para que la escuche y desearía poder arrancarle la tráquea. ¿¡Cómo ha podido hacerme esto!?

—Hija de... —Antes de que pueda terminar el insulto observo que Roxana también tiene sus ojos puestos en mí y atisbo claramente el momento en el que se burla con su amiga—. Se van a cagar —me digo para armarme de valor y, como si no fuese yo misma, cambio de idea. Pienso demostrarles que, si me da la gana, puedo ser la más perra. Se van a comer el maldito apodo. Doy un paso al frente y en un segundo de lucidez temo que esa decisión no sea mía, sino de las copas que ya llevo encima, pero el alcohol inunda mis pensamientos y cuando me quiero dar cuenta estoy levantando uno de los brazos.

—¡Ya tenemos a la primera! —El del micrófono se dirige a mí y me extiende su mano para que me acerque.

«Pero qué coño estoy haciendo...» me riño a mí misma. Sin embargo, mis piernas ignoran lo que está ocurriendo y continúan moviéndose solas. Hacía años que no me sentía tan ebria.

Oigo al grupo gritar detrás y sé que algo así, viniendo de mí, es lo que menos esperaban. Definitivamente, yo tampoco. Me he pasado media vida renegando de esto y justo hoy, delante de todas, estoy haciendo todo lo contrario, pero por mis narices que pienso callarle la boca a la hipócrita de Roxana. Ella, en el fondo, también es una puritana, por eso encajamos al principio, aunque sabe disimularlo muy bien.

Los gritos cada vez se vuelven más fuertes y me giro para saludar como si fuese Scarlett Johansson. Les lanzo un beso y cuando vuelvo mi atención al frente noto que uno de mis zapatos se enreda en la manguera que con tanto esmero habían extendido los estríperes. Hago mil aspavientos para no caerme, con los que más que intentar salvar el golpe parece que estoy bailando break dance. Sé que si no lo enmiendo pronto seré el hazmerreír de la noche, en lugar de la reina como pretendo, y me niego a besar el suelo. Sin saber muy bien cómo, saco fuerzas de donde no las tengo y de un fuerte tirón logro apoyar el pie libre delante de mi cuerpo. En ese momento, el que tenía atrapado en la manguera queda suelto y, debido a la gravedad, obligo a mi cuerpo a adoptar una postura antinatural, quedando mi tronco totalmente inclinado hacia delante y los brazos extendidos hacia atrás. Al ver que la caída es inminente, doy varios pasos más para mantener

el equilibro y, cuando me quiero dar cuenta, estoy corriendo hacia ellos como si fuese una gallina clueca.

Los gritos se intensifican y, de pronto, mi cabeza choca con algo extrañamente blando que me frena. Tras oír un alarido parecido al de un gato en celo, miro hacia arriba confundida y me encuentro de frente con el estríper del micrófono. Tiene su boca torcida en una mueca de dolor y, al descubrir lo que acabo de hacer, mis ojos se abren desorbitados.

—Yo..., lo siento. —No puedo creerlo. ¡Acabo de darle un cabezazo en los cascabeles!

Me aparto con rapidez y veo cómo coloca sus manos en la entrepierna gimiendo de forma aguda. Se echa hacia delante, casi de la misma forma en que lo hice yo antes y cuando las carcajadas estallan en la pista se marcha caminando sin separar los muslos. Busco con la mirada a su compañero para ofrecerle una disculpa y lo encuentro entregado por completo a la risa. Tiene apoyadas las manos en sus rodillas y se carcajea como los demás.

—¡Señoritas! —El dueño del local interviene para salvar la situación—. Hemos sufrido un pequeño contratiempo, pero la diversión debe continuar. —Hace una señal al DJ y este cambia la música.

Miro preocupada en la dirección en la que se fue el bombero magullado y lo encuentro sentado en una silla mientras alguien le ofrece un vaso de agua. No puedo ver sus ojos por las gafas, pero por alguna razón sé que me está fulminando con la mirada. Lo único bueno de todo esto es que al final nadie se ha reído de mí.

—Nena. —Lucrecia se acerca sofocada por las risas y pone la mano en mi hombro antes de tomar un poco de aire—. Nena... —Lo intenta de nuevo pero las carcajadas mudas no se lo permiten—. ¡Lo he grabado todo! —logra decir por fin y tiene que sujetarse con fuerza a mi ropa para no caerse. Tras unos segundos intentando calmarse, se aparta como puede y, buscando algo en su teléfono, le muestra a Marina lo que creo que es el vídeo. Entonces continúan con las risas.

Cuando menos me lo espero, el lesionado regresa todavía cojeando y el dueño del local vuelve a hacerle entrega del micrófono.

—¿Por dónde íbamos? —vocea forzoso para animarnos y noto su mirada—. ¿Queréis que sigamos con la fiesta? —Sin dudarlo todas contestan que sí mientras le hace una especie de gesto a su compañero y este viene hacia mí. Me pone la mano en la cintura y me guía hasta una de las sillas—. ¡Necesitamos otra voluntaria más! —Es extraño, pero nadie se ofrece y, en cierto modo, me ofende. ¿Dónde están ahora las que siempre presumen de ser unas lanzadas? —¡No tengáis miedo! ¡No mordemos! —El lesionado se acerca a ellas y, al ver cómo Roxana se echa hacia atrás con intención de esconderse, grito.

—¡Ella! —Valiéndome de que he perdido la vergüenza por completo gracias a mi borrachera, me pongo en pie y la señalo. Es posible que nunca más vuelva a tener una oportunidad como esta para vengarme y no puedo permitirme perderla—. ¡Ella me dijo antes que quería! —miento y empiezo a notar que se me enredan las palabras, pero me da exactamente igual. ¿Quieren juerga? Pues la van a tener —. ¡Vamos, Roxanita! —Observando que se esconde más, la nombro para que no tenga escapatoria—. ¿O acaso esto te asusta? —Nunca pensé que haciendo algo así pudiera sentirme tan bien.

Sin perder la ocasión, el del micrófono agarra su muñeca y aunque en un principio se resiste, al escuchar que todas la animan y sabiendo lo que ocurrirá si no lo hace, no puede negarse más y se deja llevar hasta la pista. Se sienta en la silla que hay a mi lado y, tras lanzarme la peor de las miradas, comienza a sonar Whine Up de Kat DeLuna.

El del micrófono se queda con ella y su compañero regresa conmigo. Ambos se colocan delante de nosotras y comienzan a contornearse ante nuestros ojos como si no tuviesen articulaciones.

—¡Oh, sí! ¡Vamos, guapo! —grito solo para que Roxana me oiga. Cuando estuvimos sentadas en la mesa la escuché comentar que no iba a tomar nada de alcohol porque estaba siguiendo una dieta, así que, sabiendo que además está sobria y en plenas facultades, pienso aprovecharme de ello. No le vendrá nada mal pasar un poco de vergüenza.

El vaivén de los estríperes se vuelve cada vez más intenso y cuando el que está delante de mí apoya sus manos en mis hombros, contengo el aire. No sé qué está pensando hacer, pero, como sea, debo aguantar el chaparrón que yo misma he creado. Es mi momento y voy a demostrarles que no soy como piensan. Estoy hasta el higo de que me vean como a una monja.

—¡Sóbale hasta el sieso! —Aunque todas berrean a la vez, logro distinguir la voz de Lucrecia—. ¡Aprovéchate ahora que puedes!

El bombero se restriega una y otra vez contra mi cuerpo y hago un esfuerzo sobrehumano para soportarlo. Se aparta unos metros y cuando se inclina para coger una toalla puedo apreciar su bolsa escrotal por detrás.

—¡Dios mío de mi vida! —Cierro los ojos y, con disimulo, pataleo. «Aguanta... Demuestra que puedes. Tú puedesss». Con la idea de que lo que esconde tras su minúsculo calzón es una gran bola de calcetines logro relajarme un poco. De ningún modo ese puede ser un tamaño normal.

Extiende la toalla para que todas puedan verla y regresa hasta mí. Se la coloca alrededor de la cintura y se acomoda sobre mis rodillas mirando hacia el grupo. No sé qué está haciendo, pero mientras que la flecha de su brújula siga apuntando hacia ellas no hay nada que

temer.

Comienza a bailar sobre mi regazo y cuando echa las manos hacia un lado para soltar uno de los laterales de su calzón me tenso, pero cuando suelta el otro y noto caer algo en la cara interior de mis muslos, tengo que apretar la mandíbula para no chillar.

«Son los calcetines, son los putos calcetines» repito en mi mente sin parar y cuando todavía no he logrado convencerme, toma una de mis manos, la mete bajo la toalla y me obliga a palpar algo.

—¡Virgen de la sota de bastos! —exclamo en alto y escucho como se ríe. De ningún modo ahí dentro hay unas malditas calcetas. Lanza con su mano libre el calzón a las chicas mientras se mece al compás de la música y, enrollando mejor sus dedos alrededor de los míos, me guía sobre lo que, más que un pene, parece el bastón de Gandalf.

—¿Cómo la tiene? —Ahora es la voz de Marina la que llega hasta mis oídos.

—¡Suave! —grito llevada por los nervios y estallan en carcajadas.

El bombero, con agilidad y sin que las demás puedan ver lo que yo he podido palpar, pasa una de sus piernas por encima de mi cuerpo y se queda sentado de frente a mí. Mueve sus caderas en círculos, así que puedo notar perfectamente el calor que toda esa masa desprende. Me lamento por no chocar con él, seguro que hubiese amortiguado mejor el golpe.

Incapaz de abrir los ojos debido a la vergüenza, los siguientes minutos se convierten en los más largos de toda mi vida, y solo cuando noto que se levanta de mis rodillas, me permito hacerlo, pero cuando menos me lo espero, con un rápido movimiento despliega la toalla y atrapa mi cabeza con ella, quedando su pene a la altura de mis ojos.

«Virgen Santa, Virgen pura, no permitas que se le ponga dura...», rezo en mi mente y como si ese bicho fuese una cobra y yo una encantadora de serpientes, nos quedamos mirando fijamente. Yo a su ojo y el a los míos, en total silencio. Trago saliva como puedo para evitar moverme, creyendo que así estaré a salvo. Si no fuera porque me aparto en uno de sus vaivenes, me hubiera sacudido con ella en la mandíbula.

—Se buena, ¿vale? Haz lo que quieras, pero a mí ni me roces —le hablo como si pudiese entender lo que digo y llego a la conclusión de que estoy mucho más achispada de lo que creía.

Se detiene, y cuando parece que todo ha terminado, anuda la toalla a su cuerpo para que nadie más pueda verlo. Al apartarse noto mi pelo despeinado, pero debido al estado de shock en el que me encuentro no me molesto ni en colocarlo.

El bombero se aleja con rapidez, pero al ver que regresa unos minutos más tarde danzando con la dichosa manguera en sus manos,

resoplo. Esta tortura parece no tener fin. Comienza a enrollarme con ella a la vez que su compañero, tomando el otro extremo, hace lo mismo con Roxana. Las sillas comienzan a moverse por la presión con la que tiran y un minuto después ambas estamos inmovilizadas espalda contra espalda.

Los tipos se nos acercan con movimientos sensuales y si no fuese porque estoy atrapada, huiría como una cobarde. ¡Ya no puedo más! Me niego a tener que enfrentarme de nuevo a su bestia. Echo la cabeza hacia atrás como si así pudiese apartarme y para lo único que me sirve es para chocar con la de Roxana, que parece estar haciendo lo mismo.

—Me vas a pagar esto —espeta aprovechando que me tiene tan cerca.

—¡Jódete! ¿Quién es la mojigata ahora? —reclamo con la voz entrecortada debido a que los órganos genitales del bombero están rebotando en mi estómago mientras lleva a cabo un perreo intenso.

—Es-to no que-da-rá así. —Por como tiembla su cabeza, sé que le están haciendo lo mismo.

—¡Mariaaajo! ¡Mariaaajo! —Las demás me animan y, llevada por la emoción, termino de perder la poca vergüenza que me queda

Por un segundo noto algo extraño en el bombero, pero no tardo en ignorarlo y me entrego al juego. Ha llegado mi momento y toca cerrar muchas bocas.

CAPÍTULO 6

El sonido de un motor me despierta y, aunque la música está muy baja, puedo percibir la melodía de una de mis canciones favoritas: Crazy de Gnarls Barkley.

—Uff, ¡madre mía! Me duelen hasta las pestañas —mascullo mientras me estiro.

La cabeza comienza a martillearme como si alguien estuviese machacando almendras sobre mis sienes y me quejo—: Joder... Se me ha ido mucho la mano hoy, ¿qué hora es? —pregunto a Lucrecia, pero no responde. Miro hacia delante y noto algo raro en los asientos. Estoy tan desorientada que ni siquiera sé en qué parte del coche voy. ¿Cómo llegué hasta aquí? Lo último que recuerdo es haber estado bailando con el bombero en la pista y... —¡Mierda! —Mi cerebro comienza a enviarme imágenes en forma de fogonazos y el bochorno que siento es tan insoportable que tengo que cubrirme la cara con las manos—. ¡Lucrecia! —Me incorporo con rapidez. ¡Hija de puta! ¿Cómo pudiste? En todos esos flases aparece ella animándome y empujándome a pecar y solo por eso comienzo a odiarla. ¿Qué clase de amiga es capaz de hacer algo así?

—Me temo que tu ira tendrá que esperar. Acabo de dejarla en su casa. —La voz de un hombre me sobresalta.

—¿Qué? ¿Quién eres tú? —Froto mis ojos, nerviosa. Sin embargo, lo hago tan fuerte que lo único que consigo es el efecto contrario y me cuesta enfocar todavía más—. ¿Dónde están mis amigas? ¿Por qué no está conduciendo Marina? —Ni siquiera miré en su dirección dando por hecho que era ella quien lo hacía—. ¡Dios mío, me estás raptando! —chillo traicionada por el subconsciente y, tras pestañear varias veces, observo que el coche en el que voy nada tiene que ver con el de mi amiga.

—¿Raptando? —Suelta una risotada—. De eso casi podría acusarte yo.

Se gira en ese momento y cuando descubro quién es la persona que está al volante, mi corazón se paraliza.

—No, no, no, no... ¿Tú? No... no, no. ¡De ninguna manera puede ser cierto! —Comienzo a hiperventilar—. ¡Lucreciaaa! —grito—. ¿Quién me ha echado droga en la bebida? —vuelve a reír y a mí no me hace ninguna gracia—. ¡Lucreciaaa! —Empiezo a notarme histérica y, antes de perder el control, miro por la ventanilla y respiro varias veces—. Un, dos, tres... yo me calmaré. Un, dos, tres... no alucinaré. —Incapaz de serenarme, y aprovechando que no hay nadie más en la parte trasera, me hago un ovillo. Dos segundos después me lo pienso mejor y, apoyando mi cabeza en el reposabrazos, me tumbo como puedo—. Voy a dormirme ahora mismo y cuando me despierte

ya no estarás aquí. ¡Habrás desaparecido! Eres solo un producto de mi imaginación —gimoteo—. Esto es por culpa del alcohol. ¡No vuelvo a beber más! —Al cerrar los ojos todo me da vueltas y me tranquiliza creer que estoy en lo cierto. Definitivamente, la borrachera me está haciendo ver cosas que no quiero.

—Me temo que eso no ocurrirá, señorita Mariajo —ríe.

—¡Solo estoy delirando...! —me hablo en alto para calmarme—. Si de verdad fuese él, de ninguna manera sabría mi nombre.

—Las alucinaciones lo sabemos todo —vuelve a carcajearse—. Aunque, si no recuerdo mal, tú misma me lo dijiste mientras me hacías una pedorreta muy..., pero que muy cerca del pubis.

—¿¡Qué!? —Me siento de nuevo para encararlo, convencida de que está mintiendo, y de la nada aparece en mi cerebro la imagen de lo que está diciendo. Yo agarrada a sus nalgas. Yo tomando aire. Yo apoyando mi boca en su pubis y yo soplando con ímpetu hasta que mis labios rebotan en su cuerpo—. ¡Me quiero morir! —Mis ojos quedan fijos en el asiento del conductor mientras reproduzco una y otra vez esa escena en mi cabeza, junto a otras, si cabe, aún más vergonzosas. En un momento de lucidez recuerdo algo que, de ser cierto, hará que todavía me traume más—. ¡Espera...! —Detengo mis pensamientos y me centro en ello—. ¿Tú eres...? ¿Tú también eres... el… estríper... y además eres... el maldito... recogepelotas...? —No sé por qué lo he llamado así, pero es lo primero que ha salido de mi boca.

—Llámame ball boy, que suena mejor —ríe—. Aunque a ti tampoco se te da nada mal recogerlas, eh... —Me miro las manos con rapidez sabiendo de lo que habla y, mientras trato de procesar todo inútilmente, aguanto la respiración para ver si con suerte pierdo el conocimiento de una vez. Me está resultando casi imposible soportar tanta información. Es demasiado humillante y vergonzosa como para digerirla en un solo día. ¡Qué digo un día! Me costará el resto de mi vida y parte de mis próximas reencarnaciones. Él, la única persona con la que a toda costa hubiese evitado cruzarme, es el maldito estríper al que le...

—¡No puede ser cierto! —Sacudo mi cabeza de derecha a izquierda para eliminar esos horribles recuerdos que guardo en ella, pero no sirve de nada. ¿Por qué coño no puedo ser una borracha normal y sufrir amnesia?

—Oh... vaya que lo es. —Echa más leña al fuego—. Hasta juraría que, mientras lo hacías, estabas calculando su peso.

—¡No! No, coño, ¡no! ¡Cállate ya! —Necesito llorar pero no logro soltar ni una sola lágrima—. ¡Quiero bajarme de aquí! ¡Detén el coche!

—No puedo. Les prometí a tus amigas que te llevaría a casa.

—¿Qué amigas? ¡Yo ya no tengo amigas! Si han permitido esto pienso dejar de hablarlas a todas. Por mí os podéis ir todos a la mierda. Tú... ellas y… ¡ese maldito engendro, o lo que sea que guardas entre las piernas! —El corazón me late tan rápido que tengo la impresión de que, de un momento a otro, se me saldrá por la boca—. ¡Detén el maldito coche! —Me ignora—. ¡Detén el maldito coche! ¡Quiero bajarme!

—No voy a hacer eso. Según el GPS todavía faltan algunos kilómetros para llegar.

—¡Qué pares! —Me suelto el cinturón, tiro de la manilla de la puerta y esta se abre. Al darse cuenta, comienza a frenar y mi cuerpo, por la inercia, se echa hacia delante, quedando mi cara pegada a su respaldo. Vuelve al pisar el freno para evitar derrapar y mi culo se levanta del asiento. Cuando por fin se detiene caigo hacia atrás con violencia y aunque sé que ese movimiento tan brusco en otro momento me hubiese resultado molesto, no siento nada. El alcohol que aún corre por mis venas guarda sus propiedades anestésicas intactas.

—¿Estás loca? —Baja del coche con rapidez y abre mi puerta para asegurarse de que estoy bien.

—Todavía no, pero entre unos y otros vais a conseguir que lo esté muy pronto. —Todo comienza a darme vueltas y tengo que apoyar la palma de mi mano sobre la frente. En mi empeño por salir del coche hago el intento de nuevo y unas horribles náuseas se apoderan de mí —. Mierda... Tengo ganas de... ¡Uhg! De... —Abro las piernas e intuyendo lo que viene me coloco en posición—. ¡Uhg! —No me da tiempo a nada más y comienzo a vomitar con la misma violencia que la niña del exorcista.

—¡Mierda! ¡No! ¡Joder! —Al ver lo que está ocurriendo intenta apartarse, pero ya es demasiado tarde también para él—. ¡Mis zapatosss! ¡Nooo! —Se mueve con energía para sacudirlos mientras grita—. ¡Virgen Santa! ¿Pero esto qué es? ¿Has comido aceitunas?

—Yo... ¡Uhg! —intento responder, pero todavía me es imposible.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Sigue luchando por quitarse todo de encima—. ¡Aggg! ¡Maldita sea! ¡Pero si hay una todavía entera! ¿Tú no sabes masticar o qué? —Se quita el zapato y, tras golpearlo con fuerza en la hierba, la veo rodar.

—Son las del cóctel. Estaban en el cóc... —Las náuseas no me dan tregua.

—¡Dios mío! ¿Y qué es esto tan viscoso? ¡No se quita! —Sigue estrellando el zapato contra el suelo y, aunque quiero, ya no puedo mirar. Estoy demasiado ocupada arrojando el contenido de mi estómago—. ¡Uhg! —Escucho como da una arcada—. ¿Pero por qué se estira así? ¡Parece un puto moco! ¡Uhg! ¡Ugh! ¡Redios, pero qué asco!

¡Uhg! —Tras un breve silencio, no puede más y comienza a vomitar a mi lado. Varios coches pasan cerca de nosotros y, al ver lo que estamos haciendo, tocan sus bocinas.

—¡Borrachos! ¡Imprudentes! —Nos insultan creyendo que ambos estamos igual, pero lo cierto es que, en ningún momento, de todos los que recuerdo, lo he visto a él bebiendo otra cosa que no fuese agua.

Sin moverme de donde estoy, les muestro mi dedo corazón y espero a que pasen para bajarlo. Un par de minutos después, y sintiéndome algo mejor, levanto la cabeza y puedo ver por fin lo que está haciendo el señor delicado. ¿Dónde quedó el caballeroso gesto de recoger a la chica el cabello mientras está indispuesta? Tiene la mano derecha apoyada en el techo del coche y parece estar bastante mareado. —¡Ay! —Suspira sofocado—. ¡Ay! ¡Qué malito me he puesto en un rato! —Me busca con la mirada mientras seca sus lágrimas y cuando sus ojos me encuentran están tan rojos y cerrados que parecen dos pinchazos en un tomate. Se acerca, abre el maletero y saca de él una botella de agua—. Toma. Aclárate la boca, anda. —Hago lo que me dice y cuando me aseguro de que ya estoy limpia se la devuelvo para observar que él hace lo mismo. Escupe en el suelo mientras la cierra y la guarda donde estaba—. Ya no sé qué más me vas a hacer hoy... Entra al coche y vámonos de una jodida vez —espeta resentido y entiendo que lo que intenté antes fue una idiotez. Si me deja aquí como quería tendría que caminar al menos dos horas para llegar. Obedezco sin decir ni una sola palabra más y abrocho mi cinturón. Cuanto antes lleguemos a casa antes acabará todo. Al menos esta parte, porque mañana pienso tener algunas palabras con las que hasta ahora consideraba mis amigas. ¿Cómo se les ocurre fiarse así de un tipo al que no conocen y, lo que es peor, permitirle que nos lleve en el estado en el que estamos a nuestra casa? Echo mi cabeza hacia atrás y aunque es el coche de un extraño trato de relajarme. No recuerdo cómo he llegado hasta él, ni siquiera si debería de bajar la guardia o fiarme de su palabra, pero lo cierto es que estoy tan agotada que apenas me puedo mover y lo único que quiero es descansar. Está siendo todo tan irreal...

Cierro los ojos, suspiro y eso es lo último que recuerdo hasta que sus enormes manos tocan mi espalda.

—Mariajo. Mariajo. Despierta, ya hemos llegado.

—¿Em? —Abro los ojos con esfuerzo debido a que ya está amaneciendo—. ¿Dónde? —Vuelvo a estar tan desorientada como antes—. Ah..., ya —digo al reconocer la calle y me levanto agarrándome a su brazo.

—¿Puedes llegar sola? —me pregunta sin apartarse.

—Um..., no sé. —Estoy tan dormida que me cuesta un mundo hablar—. Creo que sí... —digo con mucho esfuerzo.

Al notar que no es del todo verdad y que me tambaleo, pasa su brazo por encima de mis hombros para asegurarse de que no me caiga y, con cuidado, me anima a caminar.

—Vamos despacio ¿vale? Sujétate bien a mí. —Asiento sintiéndome extrañamente bien por sus atenciones, apoyo mi cara en su perfecto pecho, que huele de maravilla, y cuando doy el primer paso mi pie se tuerce y me raspo el tobillo contra la acera.

—¡Me cago en la puta! —grito al cielo al tiempo que abro los ojos como platos y mi ñoñez se esfuma junto a lo que hasta ahora parecía una escena de lo más tierna.

—¿Qué te pasa ahora? —Me mira asustado y aunque todavía tengo el rostro arrugado por el dolor, evito contárselo. No quiero que se ría más de mí.

—Na...da... —respondo con el vello de los brazos erizado. En ese momento escucho a alguien hablar detrás de mí y cuando me giro para ver quién es, descubro que se trata de el idiota de mi ex con su vecina. Desde que me puso los cuernos con ella no he vuelto a saber nada de él, excepto que se la chupa muy bien.

—¿Seguro? —Ignorando lo que está ocurriendo a nuestro alrededor, se acerca más a mí para comprobar que lo que digo es cierto. En ese momento veo que mi ex y su amiga nos miran. La rabia puede conmigo y, aun sabiendo que ya la he cagado demasiado por hoy, pongo las manos sobre la cara del estríper sin que se lo espere y, asegurándome de que lo van a ver, le propino un beso rápido en los labios. Total, después de todo lo que le he hecho pasar no creo que esto le ofenda.

—Nos vemos mañana, cariño —digo en alto para que me escuchen y, con la seguridad de que eso le ha tenido que molestar a mi ex, doy un paso al frente para marcharme con la cabeza alta, pero en ese mismo instante las manos del estríper me detienen y temo haberle enfadado.

—Si lo quieres celar de verdad, hazlo bien. —Me guiña un ojo y al entender cuáles han sido mis intenciones, tira de mí hacia él, rodea mi cintura con su enorme brazo y, sin mediar palabra, me mete la lengua hasta la garganta.

Con esa acción logra hacerme olvidar la razón por la que estamos haciendo esto, y cuando da por terminado nuestro beso me tiemblan hasta las piernas. Carraspeo cuando se separa y, para disimular mi rubor, me coloco el pelo. Miro hacia el lugar donde estaba mi ex con intención de ver la cara que se les ha quedado y, para mi sorpresa, ya no están.

—¡Mariajo! ¡Tira para casa ahora mismo!

Pero quien sí está es mi madre gritando desde la ventana y, por la forma en que me llama, sé que lo ha visto todo.

CAPÍTULO 7

Al entrar veo que me está esperando con los brazos cruzados en el pasillo y, aunque me cae la gran bronca, sobre todo porque le preocupa lo que hayan podido ver los vecinos, no me afecta. Estoy todavía tan ebria que mi cerebro anula cualquier cosa que no tenga que ver con mi necesidad de dormir. Me sigue hasta la habitación sabiendo que no le estoy haciendo ningún caso y solo se calla cuando cierro la puerta. Sé que se preocupa por mí y si estaba despierta aún es porque me estaba esperando, pero ahora mismo no estoy en condiciones de hablar y temo que si lo nota llegue a enfadarse más.

Dejo los zapatos donde puedo, me quito la ropa y en cuanto mi cabeza toca la almohada estoy tan cansada que no tardo en quedarme dormida.

Horas después me despierta un terrible dolor de cabeza seguido de náuseas y tengo que correr al baño.

—¡Qué día me espera! —digo al entender que la resaca me durará hasta mañana. Cuando estoy terminando de lavarme los dientes, viene a mi mente el beso que el estríper y yo nos dimos. Por la impresión, levanto la cabeza, asustada, y cuando veo mi reflejo en el espejo doy un salto hacia atrás—. ¡Jesús, parezco un zombi epiléptico! —Aclaro la espuma de mi boca mientras trato de digerir lo que ocurrió la noche anterior y llego a un momento en el que me planteo no volver a salir de casa. Las copas de más, el baile erótico, el tamaño de su... —¡No! —Me niego a seguir acordándome de eso pero, como siempre, mi cerebro va por libre y se empeña en torturarme.

»El viaje en coche hasta casa, nuestra conversación absurda, mi enfado... —¡La aceituna! —lloriqueo. No puede ser verdad... Sabía que cuando me bebí el cóctel de un trago hubo algo que me raspó la garganta, pero estaba tan perdida y entregada a la fiesta que ni siquiera noté que la copa las llevaba—. ¡Mierda...! ¡Lo besé! ¡Me besó! ¡Nos besamos! ¡Después de vomitar! ¡Uhg! ¡Uhg! —Mi estómago, una vez más, se da la vuelta y tengo que sentarme en el suelo hasta que se me pasa. Ese tipo debe de tener el suyo de hierro. No dudó en recoger la bola que salió proyectada de mi vagina y ahora esto... ¡Uhg! ¡Uhg! —Aquí viene otra vez... Definitivamente, hoy será un día de mierda y lo que ocurrió anoche demasiado bochornoso como para enfrentarlo.

***

A la mañana siguiente mi cuerpo parece estar algo mejor y me preparo para ir a trabajar. Lucrecia y Marina me escribieron varias veces para saber cómo estaba a lo largo del día de ayer, pero las dejé en visto con intención de que entendieran que estoy molesta. Ni siquiera me digné a leer los comentarios que iban acumulando en el

grupo. ¿Y si el tipo llega a ser un violador? Eso no se hace. Yo jamás hubiese permitido algo así con ellas.

Cuando llego a la farmacia, veo que Margarita está esperándome en la puerta y, agotada, me cubro el rostro con las manos. Vaya semanita de mierda que llevo.

—Buenos días —saludo de forma escueta al pasar por su lado y espera a que abra para entrar detrás de mí—. ¿En qué puedo ayudarla? —No me molesto en ocultar la hiel que me sale por los labios. ¿Qué coño querrá tan temprano?

—He notado que apagas los automáticos cuando te marchas, ¿por qué lo haces? ¿No sabes que esto es una farmacia y debes tenerlos siempre conectados?

«Así que mis sospechas son ciertas...» me digo. Debe de quedarse sin luz en la casa cada vez que hago eso.

—Claro que lo sé. —Sonrío con sarcasmo—. Y es lo que hago cuando estoy aquí o me toca hacer las guardias, pero después ya no hace falta.

—Pamplinas. Es necesario que los tengas siempre prendidos. ¡Nunca se sabe lo que puede pasar!

—Por cierto. —Recuerdo la nota que dejé en el mostrador sin necesidad de llegar hasta ella—. Ahora que me saca el tema, tiene que llamar al técnico para que los repare con urgencia. Hay una especie de cortocircuito y cada vez que los toco saltan.

—¿Yo? Llámalo tú. Seguro que se han roto de tanto como los toqueteas.

—De acuerdo. No tengo problema en hacerlo así, pero después se lo descontaré del alquiler. —Utilizo las mismas palabras que ella siempre usa conmigo. Abre la boca para decir algo y cuando la vuelve a cerrar, incapaz de rebatirme, aprovecho para continuar—: En el contrato pone bien clarito que yo me encargo de la parte externa y usted de la interna. Así que es su obligación y, como esto es una farmacia, la instalación de la luz debe estar siempre en óptimas condiciones. "Nunca se sabe lo que puede pasar". —Empiezo a encontrarle el gustillo a esto de devolvérsela.

—Voy a hablar con mi sobrino ahora mismo a ver si es verdad o me estás engañando. —Se marcha indignada y me aplaudo mentalmente. Por fin algo que me sale medio bien.

Mientras espero a lleguen los clientes, me pongo a colocar las estanterías y al notar que algunos productos están próximos a agotarse, preparo una lista con todos los que voy a necesitar. Solo espero que cuando haga el pedido no tarden tanto como la última vez o me veré obligada a cambiar de distribuidor. Al ver que algunas baldas tienen polvo, voy hasta el almacén para coger una bayeta y, cuando regreso, me llevo una fuerte impresión.

—¿Tú? —Me quedo petrificada durante unos segundos y todo lo que había intentado olvidar desde el sábado vuelve con fuerza a mi memoria—. ¿Qué... qué haces aquí? —Miro hacia el sensor para averiguar por qué no me ha avisado y me doy cuenta de que está apagado. Con la visita de Margarita se me ha olvidado volver a conectar la electricidad.

—Hola. —Sonríe y mi estómago se encoge. ¿A qué ha venido? ¿Por qué no me deja en paz?

—¿Qué... quieres? —Los nervios apenas me dejan vocalizar.

—Una pomadita para el dolor. —Levanta las cejas gracioso y dudo que hable en serio—. Alguien le hizo un placaje inguinal el sábado a mi compañero y ahora mismo sus huevos parecen los de un avestruz.

—¡Dios mío! —Coloco la mano sobre mi frente y niego con la cabeza al recordarlo. No puedo con tanta vergüenza—. Yo no..., no era mi intención. Yo... no lo hice adrede.

—Eso quiero imaginar —se carcajea—. Sería un poco raro saber que vas por ahí cabeceando hombres por gusto —se burla y bajo la mirada. El hecho de pensar que hice daño a alguien me disgusta, y más al haber sido de una forma tan humillante. Aunque cuando todo eso ocurrió no tuve ningún tipo de sentimiento hacia él, ni tampoco me sentí responsable. Prácticamente me dio igual—. Bueno ¿qué? —cambia de tema al ver que me quedo callada—. ¿Al final te riñó mucho mi suegra?

—¿Qué? ¿Qué suegra? —Con esa pregunta logra sacarme de mis pensamientos, pero no entiendo de qué me habla. Ni siquiera le conozco.

—Parecía muy enfadada cuando te gritó desde la ventana.

—¿Quién? ¿Mi madre? —Sigo perdida.

—Claro. ¿No eres ahora mi novia? ¿O solo me utilizaste? —bromea.

—¡Oh! —Mi cara se tiñe de rojo—. Yo... Oye... —Siento que de alguna forma le debo una disculpa—. Lo que pasó..., lo que te hice, no estuvo bien. Iba demasiado borracha y de verdad que no sabía lo que hacía. Ver a mi ex con mi vecina me cabreó más de lo que debería y perdí el control. Cuando bebo no pienso y me dejo llevar por los impulsos.

—¡Y qué impulsos! —Vuelve a levantar sus cejas y no sé dónde meterme—. ¡Qué manera de...!

—Vale, vale. ¡Vale! —No puedo más. Necesito olvidar para pasar página, no recordar cada jodido detalle—. La del sábado no era yo. Yo no hago esas cosas. Hazte a la idea de que estás hablando ahora mismo con una persona totalmente diferente. Soy una farmacéutica. Fin.

—¿La misma farmacéutica que me escupió una esfera en los pies?

—¡Para de una vez! —Cada cosa que dice hace que me avergüence más. Si sigue por ese camino logrará que se me gangrene la cara. Ya me arde hasta la frente.

—Solo con una condición.

No desaprovecha la oportunidad.

—¿Cuál? —No tenía intención de concederle ninguna pero la curiosidad me gana la batalla.

—Que me acompañes a un espectáculo de flamenco mañana por la noche.

—¿Eh?

Mi primer instinto es negarme, aunque algo me dice que no habla en serio y que solo está diciendo eso para seguir burlándose de mí. ¿Por qué iba a querer ir conmigo a un lugar como ese? No parece llevar ese tipo de música en la sangre.

—Compré las entradas hace un par de semanas para ir con mi compañero —se adelanta interrumpiendo mis pensamientos—. Llevo poco tiempo viviendo en la ciudad y quería tener un poco más de contacto con vuestras raíces, pero como me lo has deshuevado y por tu culpa ahora no puede caminar, tendrás que venir en su lugar. —Pongo los ojos en blanco y sonríe como si esa fuese la reacción que esperaba. Desde el primer momento en que lo escuché hablar supe que no era de por aquí, y con esto que acaba de decir lo confirma—. No permitirás que vaya solo, ¿verdad? —me presiona al ver que tardo en responder—. Me da miedo encontrarme con alguna loca dispuesta a soplarme en el pubis como si fuese la barriga de un bebé. O, lo que es peor, que me vomite en los pies para besarme después.

—¡Cállate! ¡Uhg! —Comienzan las náuseas al recordarlo. No puedo creer que hiciera eso. Sobre todo, sabiendo que él también vomitó—. ¡Ugh!

—¡Hey! No, no, no... ¡Otra vez no! —exclama apurado y se aparta como alma que se lleva el diablo. Cuando logro calmarme alzo la mirada para encontrarme con la suya y sus grandes ojos me están observando—. ¿Has acabado ya? —Le lanzo una mirada asesina y parece hacerle gracia—. Entonces ¿qué me dices? ¿Te animas? —Mira el reloj como si llevase prisa y después hacia la puerta—. Quiero conocer un poco mejor la ciudad y no puedo cancelar el plan, ya que es mi único día libre, así que me temo que tu afición a hacer carambolas te ha convertido en mi nueva acompañante.

—¡Déjalo ya! —Resoplo agotada. No me ayuda que en cada frase saque a relucir lo que ocurrió en la despedida—. Está bien, iré contigo, pero yo también tengo una condición.

—¿Cuál? —Ahora es él quien se muestra curioso.

—Que, si voy, no volverás a molestarme nunca más y dejarás de venir por aquí.

—Pero ¿qué estás diciendo? Imposible. —Niega con la cabeza—. ¿Dónde compraría sino los gorritos para mi Miniyo? —"Miniyo..." Ahora lo entiendo todo. Esa bestia debe de tener vida propia, parece una Coca-Cola de dos litros.

—¿Lo tomas o lo dejas? —insisto.

—Lo tomo y no lo dejo.

—Eso no te sirve. —Empiezan a hacerme gracia sus idioteces, pero intento no reírme para evitar mostrárselo.

—Ven conmigo sin requisitos y, solo si te aburres o lo pasas mal, entonces seré yo quien decida no molestarte más. Pero solo por una de esas dos razones.

—Um... De acuerdo. Si es así, aceptaré. Ve preparando tu despedida. —No puedo creer que le haya dicho que sí, pero hay algo en él que de algún modo me empuja a hacerlo.

Ni siquiera sé cómo se llama, pero cada vez que lo tengo cerca mi cuerpo reacciona de un modo raro. Tiene algo que tira de mí como si fuese un imán y, cuando habla, logra captar toda mi atención. Quizás se deba a la extraña confianza que nos genera la cantidad de situaciones inusuales y tórridas que hemos vivido en tan poco tiempo. Creo que nadie, hasta ahora, había visto tan rápido lo peor de mí. Aunque, pensándolo bien, nadie hasta ahora lo había visto. Dudo que haya algo más vergonzoso por lo que pasar que lo que estoy pasando con él.

Un claxon suena cerca y mira hacia atrás como si supiese que es a él a quien están llamando.

—Tengo que irme ya. ¿Me das un besito, cariño? —Estira el morro hacia mí.

—Vete a la mierda —río.

—¡Pero qué novia tan arisca y huraña tengo! —ríe conmigo y cuando sale por la puerta lo hace tan rápido que no se da cuenta de que la persona que está entrando, y con quien se acaba de cruzar, es Lucrecia.

—No me jodas. —Me mira con los ojos muy abiertos— ¿Ese no era...? ¿Ese tío no es el de la manguera?

CAPÍTULO 8

—Vaya, contigo quería hablar yo —digo ignorando su asombro.

—Era él, ¿verdad? ¡Dime que era él! —Asoma su cabeza por la puerta y mira hacia la calle. Espero a que regrese y cuando lo hace sigue igual que antes—. ¡Es él! —Saca el teléfono y escribe. Cuatro segundos después oigo la notificación en el mío y por la melodía sé que ha enviado un comentario al grupo en el que estamos todas—. ¡No se lo van a creer! ¿Qué quería? ¿A por qué ha venido? —pregunta agitada y no respondo. Lo intenta de nuevo y al ver que hago lo mismo se preocupa—. Oye, ¿se puede saber qué diablos te pasa? Te escribí al menos cinco veces ayer y otras tantas esta mañana y todavía no me has respondido.

—¿Y crees que me quedan ganas después de lo del sábado?

Sabía que vendría para comprobar si estoy enfadada.

—¿El qué? —Arruga sus cejas en mi dirección como si no entendiera nada.

—¿Os parece normal lo que hicisteis? ¿Cómo se os ocurre subirme al coche de un tío al que no conocéis?

—¡Eh! No te rayes que yo también iba con vosotros, pero estabas tan perjudicada que no te diste ni cuenta. Solo estuviste sola con él unos minutos. Lo que tardase de mi casa a la tuya.

—Tiempo suficiente si hubiera querido hacerme algo, ¿no crees? —replico. Quiero que entienda que eso estuvo muy mal—. Siempre hemos acordado que si una de nosotras se pasa con las copas, las demás no la dejan tirada y cuidan de ella. ¿Dónde quedó esa parte el sábado?

—Y eso es precisamente lo que hicimos. —Cruza sus brazos ofendida—. ¿Acaso crees que no sabíamos lo que hacíamos? —Sigo esperando una respuesta convincente—. El tipo ese que acaba de irse se ofreció a llevarte a casa cuando te desmayaste en el sofá del pub. Además, dijo que te conocía. Hasta nos habló de la farmacia.

—¿Que se ofreció él? —Ese loco manipulador no deja de sorprenderme.

—Así es. Y le dijimos que no precisamente por eso, pero después llegó Anabel, la hermana de la novia, y cuando vio que estabas casi en estado de catalepsia nos comentó que podíamos confiar en él, que lo conocía y que trabajaba con su hermano. Así que, para que no fueras sola, me fui contigo.

—Dios... —Golpeo mi frente con la mano. Me alegra saber que no fueron tan imprudentes como parecía, pero, aun así, sigo creyendo que se fiaron demasiado.

—Y ahora dime, ¿qué se ha llevado? —Levanta las cejas.

—No pienso hablar contigo sobre eso. Tengo un compromiso de

confidencialidad con mis clientes.

—¿Es tu cliente? —Asiento—. ¡Joder! Al menos dime cuántas veces ha venido. —Niego con la cabeza—. ¿Sabías que era él en la despedida cuando lo...?

—¡Cállate! No quiero oír ni una sola palabra más de ese día. No existió para mí.

—Oh, vamos, pero si te lo pasaste genial —ríe—. Mira esto.

Busca algo en su teléfono y me niego.

—¡No! ¡No me muestres nada! Solo servirá para que me hagas sentir peor.

—Solo un segundo, mira. —Me lo enseña y retiro la cara—. Venga, que no tiene nada que ver contigo.

—Lucrecia... —digo con tono amenazante—. ¡Déjalo ya! —No desiste. Sabiendo que hasta que no haga lo que me pide no se detendrá, miro con esfuerzo por el rabillo del ojo, fiada de su palabra. Al segundo, los abro de par en par. La muy cabrona me ha mentido. Es una imagen en la que aparezco de frente, en una especie selfie, con el pene del estríper en el hombro a modo de loro. —¡Te odio! —grito antes de cubrir mi cara—. ¿Por qué me haces esto? —Lo único que escucho son sus carcajadas y cuando estoy a punto de reprocharle varias cosas más, habla de nuevo.

—¿Te imaginas cómo sería si estuviese erecto?

—¿Qué? ¡Deja de profanarme la mente!

—Tiene que ser alucinante que te posean con una herramienta así.

—Sí, sobre todo porque al sacarla te daría la vuelta como a un calcetín. ¿No te das cuenta de que eso no es humano?

—¡Cuantas quisiéramos encontrar a un tipo así! —Suspira.

—¿En serio crees que ese bicho puede ponerse derecho? Para lograr una erección completa, o el tipo tiene dos corazones o en el momento en que intente llenar esa cosa de sangre pierde el conocimiento.

—No seas exagerada —carcajea.

—Exagerado es eso de ahí —señalo la foto de su teléfono—, que me parezco a mi tío cuando viene de la huerta cargando uno de sus enormes calabacines —vuelve a reír—. Apuesto lo que quieras a que no tiene ni que levantarse de la cama para ir a orinar. Alcanza el inodoro con la punta desde donde está. —Apoya las manos en su barriga y continúa riendo sin parar.

Arreglado todo con ella ya y algo menos enfadada al haber entendido que, lejos de lo que creía, no actuaron del todo mal, se marcha, no sin antes volver a alabar mi suerte por tener un cliente así, y continúo con mi trabajo.

Anoto todo lo que me hace falta y recuerdo que todavía tengo que conectar la electricidad. Voy hasta el almacén y, al presionar sobre los automáticos con la madera, esta vez son varias las mini centellas que

salen de la caja. Cabreada y preocupada a la vez, busco el teléfono de Margarita y, tras discutir con ella por al menos diez minutos, logro que acceda y me envíe a alguien para que lo revise.

Las horas pasan y cuando estoy a punto de cerrar un tipo de unos cuarenta, bajito y con barba, entra a la botica.

—Buenos días. —Cada vez que un cliente nuevo aparece en la puerta mi corazón da un salto. Desde que comencé con esto, mi mayor ilusión ha sido llegar a ser una farmacia de referencia en el barrio y, aunque a veces no vaya todo lo bien que me gustaría, no pierdo la esperanza—. ¿En qué puedo ayudarlo? —digo sonriente.

—Hola, soy el sobrino de la señora Margarita.

Me quedo callada por un segundo tratando de procesar la información que me acaba de dar y asiento.

—Oh..., ¿vienes a ver...?

—Exactamente a eso.

Sin decir nada más, entra al almacén sin tan siquiera esperar a que lo invite a pasar y comienza a retirar todo lo que tengo colocado cerca.

—¡Hey! —protesto—. Con más cuidado, por favor.

Me ignora y sigue haciendo lo que le da la gana. La estupidez parece que le viene de familia. Le ayudo a retirar los productos para que no me rompa nada y, cuando tiene espacio suficiente, comienza a toquetear los cables. En ese momento llega una clienta y tengo que dejarlo solo. Cuando todavía no he terminado con ella, el sobrino de Margarita sale por la puerta igual que entró y si no es porque llamo su atención, se marcha sin decir nada.

—Oye, perdona. —Se gira—. ¿Ya está?

—Sí, así que haz el favor de no volver a tocarlo. —Me mira con superioridad y tras darme la espalda sale por la puerta con la cabeza levantada.

—Uff, que tipo más idiota, ¿no? —dice la chica a la que estoy atendiendo.

—Eso parece. —Exhalo para evitar decir lo que estoy pensando.

—Oye, si te encargo una cosita, ¿me la traerías?

—Claro, si está en mi mano y es de mi competencia no hay problema.

—Es que he visto anunciar unos... succionadores de clítoris... y quiero probarlo, ¿podrías decirme el precio? —La miro fijamente y trato de disimular. Últimamente mi farmacia parece una tienda erótica.

—Déjame ver. —Voy hasta el ordenador, despliego la ficha y, tras buscarlo en la letra correspondiente, ante mis ojos aparece—. Pues vas a tener suerte, además está de oferta.

—¡Genial! —La timidez con la que me habló antes desaparece—.

Me han comentado que es una auténtica maravilla y que consigues unos orgasmos increíbles en menos de dos minutos.

Si quería despertar mi curiosidad, acaba de conseguirlo. Me hace el encargo, anota su número en mi libreta y cuando se marcha la curiosidad me puede e investigo un poco más sobre el dichoso aparatito. Ya había oído hablar de él, pero no con tanto entusiasmo.

Tras analizar algunas reseñas de varias personas que dicen haberlo probado, vuelve a picarme el gusanillo y, en vez de uno, anoto dos, pero esta vez con la idea clara de que, si decido probarlo, lo haré en un lugar cerrado y solo cuando esté sola. No pienso permitir que me vuelva a pasar algo parecido a lo de la última vez.

A la mañana siguiente, el pedido llega mucho antes de lo marcado por el proveedor y quedo totalmente sorprendida. Parece que mis quejas por fin han dado resultado. Abro la caja con cuidado y comienzo a sacar todos los productos, sabiendo que entre ellos debe de estar el que me ha quitado el sueño. Desde que la chica me habló de él no he podido pensar en otra cosa. ¿Será tan prodigioso como dicen? Nunca había llamado mi atención el sexo o lo que tenga que ver con él, pero desde que lo dejé con mi ex siento ganas de experimentar cosas nuevas. Quizás la culpa de mi frigidez no fuera del todo mía... ¿Quién diablos iba a excitarse con un novio que, más que un hombre, parecía un oso y además se comportaba como tal? Cada vez que lo veía desnudo en la cama no podía evitar pensar en Chewbacca. Una vez se molestó conmigo porque se lo dije. Nunca imaginé que le llegaría a sentar tan mal cuando él siempre se metía conmigo por mis kilos de más.

Coloco cada cosa en su lugar y llamo por teléfono a la chica para decirle que ya está aquí su encargo. Como imaginaba, no se hace esperar y diez minutos después viene a por él. Nos despedimos y cuando se marcha parece tan feliz que hasta me pide que me quede con el cambio. Cojo el mío con la mano y mentiría si no admito que la idea de colocarlo en una estantería ronda en mi cabeza por varios segundos. De algún modo siento que todavía no estoy preparada para dar ese paso. Es como si estuviese haciendo algo malo y una extraña sensación de culpabilidad me atormenta. Imagino que se debe a las clases prácticas que durante toda la vida nos dio mi madre sobre ir al infierno o quedarnos ciegos si nos masturbábamos. Aunque, si lo pienso bien, mi hermano todavía ve a pesar de todo lo que ha tocado la zambomba.

—Hola. —Me giro con rapidez al oír la campanilla del sensor y cuando veo que el estríper está entrando guardo la caja con disimulo bajo el mostrador. Lo primero que hago es mirar a su entrepierna y temo que se haya dado cuenta, pero no puedo quitármela de la cabeza.

—Hola... —Su presencia me pone nerviosa. Nunca había experimentado algo así.

—Vengo solo para saber si mi novia se acuerda de que hoy tenemos una cita.

—No soy tu novia y no se me olvida, tranquilo. —Resoplo al tiempo que pongo los ojos en blanco. Realmente me apetece, pero quiero hacerle creer lo contrario. Si sabe que está ganando se pondrá aún más pesado.

—¿A las ocho te parece bien? Ayer recordé que no acordamos hora ni lugar de encuentro, y como no tengo tu teléfono... —Levanta una ceja.

—Ni lo vas a tener. —Levanto la mía.

—Pues entonces tendré que venir a molestarte más veces. —Me encojo de hombros como si no me importarse—. ¿Te recojo aquí? Aunque, si lo prefieres, podemos quedar en algún otro lugar.

Si finalmente venía, cosa que hasta ahora mismo dudaba que hiciera ya que, como él mismo ha comentado, ni siquiera habíamos acordado una hora, mi intención inicial era quedar en el lugar del concierto, pero quizás sea mejor hacer lo que propone. Me agobia un poco conducir dentro de la ciudad.

—Pásate, mejor, y salimos juntos. Cerraré a esa hora.

Veo un brillo cruzar en sus ojos y sé que se debe a la satisfacción de saber que lo ha conseguido. Estaba todo en el aire y estoy segura de que no se creía que fuese a aceptar.

A la hora acordada, y mientras estoy terminando de recoger, un precioso coche se detiene casi en la puerta y por el color juraría que es el de él, pero no recuerdo el modelo. Cuando toca el claxon y me saluda con la mano ya no me queda duda. Abre la puerta para bajarse y, al verlo, mi corazón se encoge. Lleva puesto un pantalón ajustado de color negro y una camisa blanca que le queda como un guante. Parece un jodido modelo.

—¿Estás lista? —Asiento y cuando me ayuda a bajar el cierre su dulce aroma penetra en mis fosas nasales, provocando que lo mire fijamente—. ¿Qué? —me pregunta al ver lo que estoy haciendo, dando por hecho que voy a decirle algo, y tengo que sacudir la cabeza para salir de ese estado. ¿Qué coño me ha pasado?

—Nada..., estaba pensando —digo para disimular y veo aparecer una sonrisa burlona en su cara.

—¿En hacerme qué esta vez? ¿Debería de apartarme? —bromea y tuerzo los ojos avergonzada. Me temo que la noche no va a ser del todo placentera.

Mientras conduce hasta el lugar estoy tan nerviosa que, aunque trata de hablar conmigo, solo respondo con monosílabos. Algo me dice que no debería de estar en este lugar. Es como si no acabase de

encajar. Un tipo impresionante, un coche igual o más y yo, una simple farmacéutica, rellenita y casi sin arreglar. Si llego a saber que se iba a vestir tan elegante un martes me hubiese puesto otra ropa. Estiro mi vaquero ajustado y, con disimulo, ahueco mi camiseta. No puedo sentirme más incómoda.

Aparca donde puede y antes de que logre quitarme el cinturón ya está a mi lado para ayudarme a bajar.

—Mamuasel —dice al abrir mi puerta y, ofreciéndome su mano, se inclina. Alzo la mirada al frente y al ver que hay varias personas observándonos mi cara se colorea.

—Deja de hacer el idiota —digo entre dientes y se carcajea.

—Vamos, relájate un poco. —Agarra mi mano y tira de mí— ¿Quién te conoce aquí?

—Nadie, pero no me gusta llamar la atención.

—Yo no estaría tan seguro de eso... —ríe y rápidamente sé por qué lo dice.

—Si me has traído hasta aquí para torturarme, mejor vámonos.

Hago el amago de subirme al coche de nuevo y cuando noto que me sujeta por la cintura, mis ojos se abren.

—Venga, no te enfades. —Tira ahora de mi muñeca y tras asegurarse de que ha puesto los seguros pasa su enorme brazo por encima de mis hombros—. Te prometí pasarlo bien y eso vamos a hacer.

—De momento no lo estas cumpliendo.

Lo fulmino con la mirada haciendo alusión a lo que me dijo el día anterior. Si continúa así tendrá que cumplir y alejarse de mí. Si estoy aquí es solo porque me hizo sentir culpable.

Media hora después logramos acomodarnos alrededor de una mesa que no está lejos de la zona de actuación y pedimos algo de beber. Aunque me juré no volver a tomar alcohol, encargo un ron con hielo con la única intención de aguantar toda la noche y él pide un refresco. Cuando tenemos nuestras copas en la mesa, se disculpa para ir al baño y un hombre de unos cincuenta años aprovecha para sentarse a mi lado.

—Hola, guapa —dice antes de que pueda comunicarle que el asiento está ocupado—. ¿Qué haces en un sitio como este tan solita?

El pestazo de su aliento me indica que está ebrio.

—No estoy sola, mi compañero vendrá en un momento, ¿puede dejar la silla libre?

—¿No soy de tu agrado?

—No es eso, ya le he dicho que vengo acompañada.

—¿Es porque crees que no tengo dinero? —Saca la cartera de su bolsillo y la tira sobre la mesa—. Tengo el coche fuera. Te pago cien euros ahora mismo si vamos hasta él y me haces una mamada.

—Y si te la hago yo, ¿cuánto me pagas? —La voz del estríper nos sorprende y cubro mi cara.

Empezamos bien.

CAPÍTULO 9

—Lárgate de aquí, marica. No estoy hablando contigo.

—¡Hey! No puedes discriminarme así. Yo también quiero pasar un buen rato. —Pestañea de un modo cursi y apoyo la palma de la mano en mi frente. Casi puedo imaginar lo que viene—. Deja a esta tía aquí y llévame a mí, cari. No te arrepentirás. —Vuelve a pestañear y cuando le restriega el paquete por el hombro, mi boca se abre—. Y si te portas bien te lo hago gratis.

—¡Qué asco! —El hombre se pone en pie y se sacude el brazo como si tuviese polvo.

—Asco ¿por qué? Venga tonto... no te arrepentirás. —Vuelve a acercarse a él.

—¡Quítate de encima! ¡Me estás acosando! —El tipo se aparta incómodo.

—¡Qué va, hombre! ¿Cómo va a ser acoso? ¿Acaso no es lo mismo que le estabas haciendo tú a ella? Si para ti no es acoso para mí tampoco. Grrr, mi tigre. —Le acaricia el pelo y no doy crédito.

—¡No me toques! —Se aleja como si se le fuera la vida en ello y rezo para que la tierra me trague. Todo el mundo lo está viendo.

—Disculpen. —Un camarero al que no se le ha escapado el alboroto viene hasta nosotros con intención de solucionar el problema de manera discreta—. ¿Puedo ayudarles en algo? —pregunta con educación.

—Claro que sí, ¿podría traernos un aperitivo? —Como si no acabase de ocurrir nada, se acomoda en la silla que ha vuelto a quedar libre y me dedica una sonrisa—. Tengo hambre.

—Por supuesto, ¿qué les gustaría?

—Lo que sea, pero que no tenga aceitunas, por favor. —Me guiña un ojo y blanqueo los míos—. Últimamente ellas y yo no nos llevamos nada bien.

—Por supuesto. Ahora mismo.

El camarero se marcha y aprovecha para darle un sorbo a su vaso.

—Oye, una cosa... —Me mira muy serio y por un segundo logra que me preocupe—. ¿No se te estaría pasando por la cabeza serme infiel? ¿Verdad? —Al descubrir que bromea, aguanto la risa.

—Tranquilo, abrillantar sables no es lo mío —bromeo también y, al no esperarlo, carcajea atragantándose con el líquido—. Además, el muy tacaño me ofreció poco.

Mientras tose y ríe a la vez, miro hacia la gente para saber si el tipo ya se ha ido y me fijo en el cartel que tengo enfrente. En él se pueden leer los nombres de los artistas que actuarán hoy: Grupo ALBIAR y Carlos Sánchez & band. No había oído nunca hablar de ellos pero me pica la curiosidad. A mi padre le encanta este tipo de música, sin

embargo, yo no la suelo escuchar.

El camarero no tarda en volver con un plato cargado de pequeños canapés y antes de marcharse nos hace entrega de una tarjeta en la que me parece ver una lista de algo. Las luces se encienden en ese momento en el tablao y todo el mundo se queda en silencio. Tras un grueso telón rojo aparecen cinco personas y se colocan en las sillas de madera que hay en el centro. La gente comienza a aplaudir mientras que los primeros acordes de una preciosa guitarra española dan el pistoletazo de salida y, tras varios segundos, me sorprendo a mí misma disfrutando de la música. Es totalmente diferente a lo que me esperaba. Miro de nuevo hacia la cartulina y descubro que lo que hay anotado en ella son las canciones que están sonando. La primera se llama Leire. Alzo la mirada con intención de comentárselo al estríper y me encuentro con sus ojos de frente.

—¿Te gusta? —Se adelanta.

—La verdad es que sí —vocaliza el estribillo y lo miro extrañada—. ¿Ya los habías escuchado antes?

—Sí —ríe y noto que me oculta algo. Presiento que no me lo ha contado todo.

—¿Dónde?

—Bueno..., la verdad es que son de mi tierra. Cuando supe que vendrían y que yo estaría aquí para entonces, hablé con el que ahora es mi compañero y compré las entradas.

—Entonces... ¿Me has mentido? ¿Dónde ha quedado eso de "quiero tener un poco más de contacto con vuestras raíces"?

—En realidad nunca te mentí. Visitar un tablao sevillano era algo que tenía pendiente y aquí estoy. —Sube sus hombros—. ¿Hay algo más vuestro que esto?

—Imagino que no. —No puedo rebatirlo, tiene razón—. Por cierto. ¿Algún día me dirás cómo te llamas? —Él sabe mi nombre pero jamás me dijo el suyo.

—Elver Galarga, para servirla.

—¿Elver? ¿De dónde viene ese nombre? —Se encoge de hombros y sigo pronunciándolo—. Elver Galarga... ¡El verga larga! ¡Idiota! —río. Casi logra engañarme.

—Nah, en realidad me llamo Jorge Nitales.

—Ya no cuela. —Lo miro con la frente arrugada.

—Pues entonces... ¿Benito Camelo?

—¿Piensas seguir con la tontería mucho rato? Perdió la gracia la segunda vez.

Me cruzo de brazos como si fuese una niña pequeña y se carcajea.

—Podría haberte dicho también Elvi Olado Porti, que te viene al pelo después de... —Frunzo el ceño y cambia de tema—. Pero no. Mejor no. Ya paro... Mi nombre es Gorka —Lo miro desconfiada y

continúa—. Mi padre es del norte, así que cuando nací quiso hacer honor a su tierra poniéndome un nombre típico de allí.

—No está mal —respondo con miedo al tiempo que observo su reacción. Ya no me fío de él. No sé cuándo habla en serio.

La canción cambia y con disimulo desvío los ojos al papel para descubrir que el título de esta es Toledo. Por su acento podría jurar que viene de ahí, y si a eso le sumamos que antes comentó que son de su tierra... Para no quedarme con las ganas, le pregunto.

—¿De dónde eres?

—¿No lo has adivinado todavía? —Curva su boca y mis ojos traicioneros van directos hacia ella—. Soy toledano.

—Tenía una leve intuición —contesto dándome palmaditas mentales en la espalda. Ojalá mi intuición se portara siempre así.

Mientras el grupo sigue deleitándonos me permite conocerlo un poco más. Vuelve a comentarme que vino hasta aquí por cuestión de trabajo y me cuesta imaginar que tenga más sesiones de estriptis en Sevilla que en su comunidad. Al mismo tiempo me deja saber que está buscando piso y que por el momento vive con el hermano de Anabel. Ahora entiendo por qué ella dijo que lo conocía. No sabía a qué se dedicaba Ignacio, pero si son compañeros como el estríper me asegura... ¿Significa que él también lo es? Me cuesta imaginarlo. Hemos coincidido varias veces y se me hace demasiado tímido para ese papel.

Cuando el primer concierto termina, todos los miembros del grupo se levantan, menos el guitarrista que, haciéndose cargo del micrófono, nos explica que es el miembro fundador de las dos formaciones y mientras toca en solitario La Malagueña, entran cuatro personas más: Un percusionista, un bajista, un violinista y un flautista.

—Guau —exclamo—. Esto pinta bien.

—¿Verdad? —Asiento mientras observo atenta y cuando continúan con una versión de Paco de Lucía que reconozco al instante por habérsela oído tocar a mi abuelo alguna vez, me arrepiento enseguida de no haberle dado más oportunidades a la música de mi tierra.

Apenas hablamos esta vez y, completamente entregada a lo que estoy viendo, disfruto como una niña pequeña. Los bailes llevados a cabo por dos magníficas bailaoras terminan de enamorarme y, cuando todo acaba, me sabe a poco. No me hubiese importado seguir escuchándolos varias horas más.

El camarero regresa con un par de copas en sus manos y lo miro extrañada. En ningún momento nos ha tomado nota de nuevo.

—Cortesía del grupo.

Los señala y cuando miramos hacia ellos nos saludan. El estríper levanta su mano al mismo tiempo y se acerca hasta donde están, dejándome sola.

Se abrazan con efusividad y varios minutos después regresa.

—Así que es verdad que los conoces. Pensé que solo te gustaba su música.

—Somos amigos desde la escuela. —Sonríe—. Sabían que iba a venir.

—Pues vuelve con ellos, yo puedo esperar.

Me siento mal por robarles el tiempo. Deben de llevar semanas sin verse.

—Tranquila, hemos quedado para mañana. Se quedarán varios días. Además, están cansados del viaje y en cuanto recojan todo se irán a la cama.

—Ah, ok. —Nos quedamos en silencio y busco algo que decir—. Y, bueno... ¿Siempre te has dedicado a eso? Ya sabes... —carraspeo—. A mostrarte como tu madre te trajo al mundo.

—No —carcajea—. Normalmente suelo... —Su teléfono comienza a sonar, interrumpiéndolo—. ¿Sí? —responde—. ¿Ahora mismo? —Su cara cambia a una más seria y me mira—. ¿Y los demás chicos? ¿No puede ir ninguno en mi lugar? —Vuelve a mirarme y me pone nerviosa—. ¡Joder! —Rasca su cabeza—. Estoy ocupado... —Silencio —. Está bien, pero que sepas que esta me la debes. —Cuelga y aprieta sus labios antes de volver a dirigirse a mí—. Lamento comunicarte que tenemos que marcharnos.

—¿Te toca trabajar? —Asiente apenado y, por lo que he logrado escuchar, puedo suponer que alguno de sus compañeros ha fallado y tiene que ir en su lugar. Imaginarlo de nuevo con las maracas colgando mientras varias mujeres tratan de agarrárselas con la mano me agobia un poco y hasta juraría que me hace verlo de otra forma. ¿Se acostará también con ellas?

Dejamos las copas sin tocar sobre la mesa, recojo mis cosas y nos ponemos en marcha. Mientras conduce su ceño se ve bastante fruncido y podría apostar a que la llamada no le ha hecho ninguna gracia. Así en frío a mí tampoco me gustaría tener que desnudarme. Aunque, para ser honesta, ni en frío ni en caliente. Siempre he odiado tener que hacerlo e imagino que se deba a mis inseguridades.

Nada más llegar, bajo todo lo rápido que puedo sabiendo que tiene prisa y, despidiéndome con la mano, camino hasta mi coche.

—Mariajo, espera —dice cuando me he alejado varios metros, y al girarme veo que viene detrás—. Te dejas esto. —Me extiende una pequeña tarjeta y la cojo sin pensar.

—Esto... Creo que esto no es mío —chapurreo tratando de hacer memoria.

—Ahora sí —ríe, y solo cuando se marcha me doy cuenta de que en ella aparece su número de teléfono.

Sonrío para mis adentros y, aprovechando que ya no me ve, me la

guardo. No voy a llamarlo pero debo admitir que me ha resultado gracioso y solo por eso merece un espacio en mi bolso.

Nada más abrir la puerta de mi coche recuerdo que me dejé el succionador dentro de la farmacia y decido volver a por él. Al abrir un ligero olor a quemado me da la bienvenida, preocupándome, y aunque busco la causa no la encuentro.

—Qué raro... —comento en alto mientras meto la caja del aparato en una bolsa opaca para que nadie sepa lo que llevo y, asegurándome de haber cerrado todo, regreso al coche.

Una vez en casa saludo a mis padres, que insisten en que cene con ellos, pero me excuso diciéndoles que lo haré después y voy directa a mi habitación. Guardo la bolsa debajo de la cama, me doy una ducha y, al terminar, me acomodo en el colchón para inspeccionarlo todo. Abro la caja y esta vez sí leo las instrucciones para no meter la pata. Presiono el botón para acostumbrarme a él y cuando empieza a vibrar lo dejo caer sobre la almohada. Hace más ruido del que creía y, posiblemente, si no tengo cuidado, mi madre lo oiga. Lo escondo entre las mantas del armario y bajo a cenar mientras espero impaciente a que se acuesten. Pero como siempre ocurre en estos casos, lo hacen más tarde que de costumbre.

A la una de la madrugada, y dando por hecho que ya están dormidos, camino de puntillas hasta donde está escondido mi nuevo amigo y, procurando no hacer ruido, lo saco. Me quito la parte de abajo de mi pijama y, metiéndome en la cama, me cubro con la sábana. Sé que no entrará nadie, pero con la suerte que gasto últimamente toda preocupación es poca. Abro las piernas sin saber muy bien qué va a pasar y, cerrando los ojos, me aventuro a colocar la boquilla del artilugio en el lugar correcto. Al notar la frialdad inicial inspiro de manera profunda y, cuando mis manos comienzan a temblar, me detengo. «¿En serio estoy haciendo esto? Va en contra de todo lo que pienso... ¿Dónde quedará mi dignidad después?». Mi conciencia comienza a hacer de las suyas y tengo que luchar contra ella para continuar. «No estoy haciendo nada malo... Solo será una vez y ya está. No quiero morirme sin probarlo» Aprieto el botón con los ojos aún cerrados y cuando esa cosa comienza a aspirar los abro como platos.

—¡Dios mío del amor hermoso! —Noto que me absorbe hasta el alma—. ¡Ay, señor mío Jesucristo! ¿Pero esto qué es? —Al darme cuenta de que estoy hablando, aprieto con fuerza los dientes, pero el infernal instrumento se empeña en aspirarme tanto que no me da tregua y comienzo a jadear. Mi cuerpo, indomable, se tensa, y cuando la imagen del estríper aparece en mi mente sin saber por qué, un fuerte espasmo curva mi espalda haciéndome perder el control por completo. Entregada a un placer que crece cada vez más, me preparo

para la llegada de un inmenso orgasmo, pero en el último minuto la puta maquinita se detiene y mi corazón casi lo hace con ella—. No... Vamos... ¡No te puedes parar ahora! —lloriqueo—. ¿Qué cojones te pasa? —La golpeo buscando saber si está rota o tiene un mal contacto y una lucecita roja me indica que está sin batería—. No, no, no, ¡no! —Cubro mi cara con la almohada para acallar mis gritos. Mis ovarios arden, al igual que mi zona inguinal, y no puedo hacer nada. Me niego a usar otra cosa que no sea eso. Nunca en mi vida había sentido algo así y quiero terminar. Busco la caja con rapidez y me doy cuenta de que se me ha pasado un detalle por alto, quizás el más importante:

Cargar durante, al menos, seis horas antes de usar

—¡Maldita sea! —Definitivamente, me tengo que bañar en agua bendita. ¿Quién diablos me está echando un mal de ojo?

Con un calentón de tres pares de narices y más cabreada que una madre cuando la pisan lo fregado, lo conecto a la luz y trato de dormirme con intención de despertarme pronto para volver a usarlo por la mañana. Ya que he empezado, necesito saber a dónde me lleva. Ni yo sola he sido capaz de provocarme nunca un placer así.

¿Será que al final mis amigas tenían razón y esto del sexo puede llegar a sorprenderme?

CAPÍTULO 10

En el momento en que suena el despertador abro los ojos y ahí está la lucecita verde por la que tanto he esperado. Incluso me desperté en dos ocasiones para revisar y todavía no estaba del todo cargado. Quito el adaptador del enchufe y, tras separarlo del aparato, lo guardo. Conecto el botón y al ver que funciona a la perfección decido primero ir al baño para asearme antes de usarlo. Es la primera vez que me muestro tan entusiasmada con algo. A toda prisa, entro al baño para que no se me haga tarde y en el momento en que me quito las bragas y veo la maldita e inoportuna mancha roja en mi ropa interior me pongo a llorar de manera exagerada.

—¿Por qué, señor? —clamo mirando al cielo—. ¿Qué he hecho yo para que todo me salga mal?

Sin dejar de lagrimear, me doy una ducha y, cuando regreso al cuarto para vestirme, abrazo al succionador como si me estuviese despidiendo de él tras una muerte trágica para guardarlo donde nadie pueda encontrarlo. Cada vez que me baja el periodo suele afectarme bastante, pero esto ya es demasiado. Seco mis ojos para poder pintarlos y bajo a la cocina con intención de comer algo antes de marcharme al trabajo.

—Mariajo, hija, ¿te pasa algo? —Mi madre no tarda en darse cuenta—. Tienes mala cara.

Fuerzo una sonrisa para evitar explicarle que mi varón de batería sufrió una especie de disfunción eréctil esporádica y que, para colmo, cuando ya estaba listo y esperándome en la cama esta mañana, el inoportuno Andrés ha decidido llamar a mi puerta... y simplemente me lleno un vaso con café.

—Estoy bien —respondo alejándome de ella para evitar que siga indagando.

Miro por la ventana y veo a mi vecina salir de su casa bastante alterada y, tras ella, mi ex intentando calmarla. Caminan hasta la parte trasera del coche y, al ver algo, ella pone las manos sobre su cabeza. No sé qué les habrá pasado, pero me da exactamente igual. Termino de preparar todo y cuando salgo a la calle miro hacia donde miraban ellos, por curiosidad. Al descubrir que su coche tiene un faro roto entiendo todo. Cada vez que mi ex utilizaba el mío para hacer algún recado me hacía lo mismo. Es un verdadero inútil al volante.

Al llegar a la botica, y nada más abrir la puerta, vuelve a recibirme el mismo olor a plástico quemado que la noche anterior, así que vuelvo a revisar todo, pero nada llama mi atención. Coloco los automáticos en su posición y mientras estoy proyectando un poco de ambientador para disipar el desagradable hedor, que cada vez me recuerda más al del pescado podrido, la luz se apaga.

—¿Qué coño pasa ahora? —mascullo, y al entrar en el almacén me doy cuenta de que los diferenciales se han bajado solos.

Dando por hecho que algo no va bien y que no puedo fiarme del arreglo que hizo el sobrino de Margarita, busco el teléfono de un electricista y quedo con él para más tarde. Me va a costar pelear con ella en la próxima factura, sobre todo por haber hecho esto sin su consentimiento, pero tendrá que pagar el arreglo. No pienso poner mi negocio en riesgo porque ella sea una avara.

Las horas pasan y el día cada vez se tuerce más, sobre todo porque ahora parece que he perdido las llaves de mi coche y, para colmo, el electricista acaba de llamarme para avisarme de que al final no podrá acercarse hoy. Lo único bueno es que sé que las llaves están dentro de la farmacia y siempre las guardo separadas de las demás. Desde hace un par de semanas todo me sale mal y, aunque nunca he creído en cosas raras ni paranormales, en mi mente cada vez cobra más fuerza la teoría de que alguien me está haciendo brujería porque, o es eso, o nací un viernes 13 y me lo están ocultando mis padres.

Lucrecia, aprovechando que ha salido a comprar algunas cosas, entra a verme y al notarme decaída se preocupa. Le cuento, aun a riesgo de que me tome por loca, lo que está rondando en mi cabeza, omitiendo, por supuesto, las partes vividas junto al estríper y no tarda en ponerse a buscar algo en su teléfono.

No puedo negar que soy una persona torpe por naturaleza, pero lo que está ocurriendo últimamente ya es demasiado y, si me pongo a pensar, la cosa empeora cada vez que tengo al señor manguera cerca. No sé si será porque me pone nerviosa o porque capta toda mi atención, pero lo cierto es que si algo puede salir mal, va a salir sí o sí, si lo tengo enfrente. A veces tengo la sensación de estar viviendo en una comedia.

—¡Lo encontré! —exclama sin dejar de mirar la pantalla—. Mi madre suele visitar a una gitana vidente que, según cuenta, es fantástica. Además de limpiarle las malas energías tiene el don de la visión.

Marca un número.

—Me dan miedo ese tipo de cosas...

—¿Miedo? ¿Por qué? Te va a quitar esa mierda que tienes encima de un plumazo. No pierdes nada por intentarlo.

Sin darme opciones, escucho como habla con la gitana y negocia una cita. Esta insiste en que no puede vernos hoy, alegando que está muy ocupada, pero ella le explica que es urgente y al final accede a regañadientes.

Preparo una nota para avisar a mis clientes de que no tardaré en regresar, la cuelgo sobre la puerta y nos marchamos.

Al llegar todo es tan tétrico que me dan ganas de salir corriendo.

Hay varios cráneos de ciervos colgados en las paredes y cruces extrañas en las ventanas. A medida que nos adentramos puedo ver varias plantas de marihuana y, por como huele el estrecho pasillo, estoy segura de que no las usan solo para adornar la casa.

Lucrecia golpea con los nudillos una enorme puerta de madera pintada de azul que hay al fondo y una voz casi agonizante nos habla.

—¿Quién es?

—Si es adivina como dices, ¿por qué pregunta? Debería de saberlo, ¿no? —bromeo, acordándome de un chiste que escuché hace poco.

Ríe y, poniendo su dedo en la boca, me manda callar para evitar que nos oiga.

—Somos nosotras, las chicas que llamamos antes.

—Entren... —Por su voz juraría que tiene al menos ciento veinte años.

Al abrir la puerta viene hasta nosotras una gran humareda que me hace toser. Esperamos a que se disipe y, poco a poco, lo que hay dentro va tomando forma. Frente a nosotras tenemos una mesa redonda con faldas y, en medio de esta, una gran bola de cristal. Mi vello se eriza por instinto y no puedo evitar recordar varias películas que vi de niña y en las que todo acabó saliendo mal. Una mano aparece entre la gran nube blanca y señala unas sillas.

—Sentaos las tres.

—¿Tres? —pregunto arrugando el ceño y miro hacia atrás por si hubiese entrado alguien más junto a nosotras y no me he dado cuenta —. Somos dos... —La corrijo al ver que no es así.

—Bueno... —continúa la voz—. Dos y media, que estás bien hermosa.

Miro a Lucrecia sabiendo que acaba de llamarme gorda y esta lo único que hace es apretar los labios para no reír. Algo me dice que a la señora vidente se le ha ido la mano con las plantitas de fuera.

Nos acercamos y finalmente puedo verle la cara. No es tan anciana como creía, aunque sus sesenta sí los debe tener ya cumplidos. Sobre la cabeza lleva un pañuelo del que cuelgan varios medallones de metal, tamaño moneda, y de sus orejas salen unos enormes aretes que le llegan hasta los hombros, donde un chal brillante, color verde, hace efecto de capa siniestra y no puedo evitar sentir miedo. Sus uñas tampoco se quedan atrás, son tan largas que podrían sacar ojos sin problemas y hay tantas pulseras raras en sus brazos que le llegan hasta los codos.

—Sentaos de una vez, no tengo todo el día. —Obedecemos al instante—. ¿Qué queréis saber? —Cruza sus brazos mientras espera nuestra respuesta.

—Pues verá... —comienzo a hablar, pero se adelanta Lucrecia.

—A Mariajo todo le sale mal y creemos que alguien le está

haciendo magia negra. Hoy hasta perdió las llaves.

—Entiendo... Empecemos por lo fácil entonces.

Se gira y agarra una estatuilla de un santo que coloca frente a mí. Abre un cajón, saca un pañuelo blanco de él y me lo entrega.

—¿Esto para qué es? —pregunto curiosa mientras lo observo.

—Para encontrar tus llaves. —La miro incrédula y me ignora mientras se enciende un cigarro liado que no necesita explicar lo que contiene—. Tienes que anudar las puntas y, mientras lo haces, debes repetir lo que yo te diga. —Asiento, preparo el pañuelo entre mis dedos para hacer lo que me ha pedido y espero—. San Cucufato... —Levanta sus manos y me mira para que diga lo mismo.

—San Cucufato.

—San Cucufato, los cojones te ato.

—¿Qué? —carcajeo pensando que está de broma, pero su mirada me indica todo lo contrario y solo el codazo de Lucrecia me hace reaccionar—. San Cucufato, los cojones te ato... —Tengo que apretar mi mandíbula para mantenerme seria.

—San Cucufato, los cojones te ato y hasta que no encuentres las llaves no te los desato.

—San Cucufato... los cojones te ato... y... —Mis ojos están a punto de llenarse de lágrimas por el esfuerzo que estoy haciendo para no reírme—. Y… hasta que no encuentres las llaves no te los desato. —Expulso el aire de mis pulmones y aprieto los labios para que la curva de mi boca no me traicione.

—Ahora solo debes guardar ese pañuelo hasta que aparezcan, pero recuerda que en cuanto las encuentres tienes que soltar inmediatamente los nudos. —Asiento porque no puedo hacer otra cosa —. Y ahora... veamos... —Toma un paquete de cartas y las barajea durante algunos segundos, las pone delante de mí y me pide que las sople. Sintiéndome ridícula, proyecto el aire sobre ellas y, lejos de lo que creía, las deja a un lado de la mesa—. Mejor uso la bola contigo —murmura al tiempo que se la acerca y coloca las manos sobre ella mientras emite un extraño sonido.

—Creo que deberíamos irnos— le susurro a Lucrecia totalmente arrepentida de haber accedido a venir. Siento que nos está tomando el pelo.

—Shhh —Me manda callar—. Me están hablando... Ummm... ummm. Um... —continúa entregada a su zumbido.

—Deben de estar comunicando —bromea por lo bajo mi amiga y tengo que contener la risa.

—Veo... Veo... —Inspira profundamente.

—¿Qué ves? —La frase me sale sola.

—Una cosita... —continúa Lucrecia y estallo en carcajadas. La gitana, al oírnos, clava sus ojos negros en los nuestros y mi vello se

eriza.

—Si seguís así os vais por donde habéis venido. —Nos riñe y tras asegurarse de que no la interrumpiremos más, sigue a lo suyo—. Ummm... ummm. Veo... un desamor. Desconsuelo, infidelidad, insatisfacción... —Comienza a mover sus manos de forma siniestra sobre el cristal y, de pronto, abre mucho los ojos, asustándonos—. Veo a una mujer cercana a ti. Ummm... Celos, envidias... Odio. —Parpadea mirando a un punto fijo y me giro hacia Lucrecia, espantada—. Veo una fiesta. Calor... mucho calor en tu cuerpo... Y... ¿has viajado a África últimamente? —dice de pronto mientras aprieta los párpados.

—No, ¿por qué?

—Porque veo... Ummm... no acabo de verlo con claridad, pero creo que es... la cabeza de un elefante.

—¿La cabeza de un elefante? —preguntamos las dos sorprendidas a la vez.

—Shhh —Nos manda a callar de nuevo—. Veo virilidad, satisfacción. Calor... más calor... ¿Visitarás un zoo pronto?

—¿Un zoo? Que yo sepa no.

—Diviso loros, serpientes, ¿bananas...? —Ella misma se sorprende —. Creo que esto no está funcionando. Dame tus manos.

Las estiro en su dirección y en el momento en que enlaza sus dedos con los míos se aparta como si le hubiese dado un calambre.

—¡Niña! ¿Qué has tocado últimamente?

—¿Yo? ¿Qué he tocado? —No sé de qué habla.

—Algo como... una fuerza extraña. Sólida y rígida... —Vuelve a cogerme la mano y, echando la cabeza hacia atrás, continúa hablando —. Umm... Pronto tu vida sufrirá un gran cambio y una parte de ti se abrirá... al mundo. —Respira fuerte—. Percibo agua, mucha agua que mana de algún sitio y, tras ella, dolor... ¡Una gran desgracia te acecha! —. Doy un salto al notar el cambio en su tono— ¡Calor! —grita—. Me preocupa ese calor y no logro saber de dónde viene.

—Pues de la menopausia ya le digo yo que no es.

Indico con un sarcasmo que solo entiendo yo. Cada vez que me acuerdo de que no podré experimentar con mi aparato hasta que se me acabe el periodo, me enerva. Quizás es eso lo que está notando. Nunca he experimentado algo igual, pero desde que anoche usé el succionador estoy más caliente que el pecho de un panadero.

—¡Un momento! Veo... veo a un hombre con algo largo en sus manos y solo él podrá liberarte de esa quemazón... ¡Joder! —Sacude su cabeza como si hubiese visto algo desagradable—. Necesitas limpiar tu aura ya mismo. Está totalmente contaminada. —Se pone en pie—. Ven conmigo.

La sigo sin preocuparme demasiado, ya que no acabo de creer ni una sola palabra de lo que dice, y me lleva hasta una especie de

armario empotrado. Saca de él un par de botellitas con algún líquido dentro y comienza a pulverizarlo sobre mí mientras reza algo que no entiendo. Varios minutos después, da por finalizada la sesión y tras pagarle una buena suma y pedirme que regrese, porque según ella "algo muy malo está a punto de sucederme", nos marchamos de allí con la sensación de haber sido estafadas.

De regreso a la farmacia, y aunque me escuece bastante haberme tenido que desprender de mi dinero para nada, bromeamos con lo ocurrido hasta llorar de la risa. Sobre todo cuando saco el pañuelo anudado por la ventanilla con intención de refrescarle los testículos anudados al pobre Cucufato. Si de verdad ese santo existe como aseguran, debe de odiar a toda la humanidad.

Cuando llegamos, Lucrecia me deja en la puerta y se marcha. Al entrar me doy cuenta de que es mucho más tarde de lo que creía y lo único que puedo hacer ya es apagar las luces para volver a casa, pero cuando estoy cerrando la puerta externa el coche del estríper se detiene a mi lado y, al verlo, las rodillas me flojean.

—Por fin has vuelto. —Sonríe y mi corazón late con fuerza. ¿Por qué coño tengo que reaccionar así cada vez que lo veo?

—Sí, pero ya me voy —respondo enfadada conmigo misma. No puedo dejar que un tipo como él me desarme de esta manera—. Me temo que tendrás que volver mañana...

«Seguro que viene a por sus condones XXL después de la fiesta que se debió de pegar anoche...» Sacudo mi cabeza al notarme celosa y oigo su puerta abrirse.

—Solo venía a verte a ti. —Se baja del coche y mis muslos se contraen por instinto. Es demasiado atractivo como para obviarlo, y si a eso le sumamos mi calentón nocturno... —Anoche nos despedimos a la carrera y la verdad es que no me supo bien.

—Oh... no pasa nada. —Tengo que mirar hacia arriba para hablarle. Es tan alto que impone.

—Sí que pasa. —Levanta una ceja y aunque intento decir algo, no lo hago—. Sería injusto para mí que me juzgaras, ya que no tuve ocasión de cumplir con mi palabra. Te prometí que no te aburrirías y quiero intentarlo de nuevo.

—Yo... Bueno. —No sé qué decir.

Pensé que acompañándolo al concierto ya había cumplido con mi supuesto castigo y que después de eso no mostraría ningún tipo de interés más en mí.

—¿Te parece si el sábado, que estoy libre, vengo a por ti y visitamos los Jardines de Murillo? Tengo ganas de conocerlos.

Eleva la comisura de su boca con sensualidad y aunque estoy segura de que me arrepentiré después, no puedo negarme.

—Si no tardamos demasiado... —Lucho contra mí misma para que no note mi entusiasmo. ¿Por qué cada vez que él habla mi sensatez desaparece?

—¿Estarás libre a las seis? —Clava sus ojos en los míos esperando la respuesta y mi cabeza se mueve sola para confirmárselo—. ¡Genial! —Sus ojos brillan de un modo extraño y, al igual que la primera vez, tengo la impresión de que le sorprende que acepte.

¿Acaso con ese cuerpo y esa cara le preocupa que sea precisamente yo quien le diga que no? Solo necesita cruzar los dedos como Thanos y estoy segura de que le aparecen veinte chicas más alrededor.

Nos despedimos y al girarme para ir hasta mi coche recuerdo algo.

—¡Mierda! —digo en alto.

—¿Qué pasa? —Vuelve a acercarse.

—Extravié las llaves del coche hace unas horas y aún no las he encontrado.

—¿Las llevabas antes de salir?

—No. —Prefiero no contar que una de las razones por las que salí antes fue casualmente por eso—. Sé que las dejé dentro, pero no logro

saber dónde.

—Si quieres puedo ayudarte a buscarlas, soy bueno con eso.

—No... no hace falta. —Comienzo a ponerme nerviosa y temo que lo note. Imaginarme sola con él en un sitio cerrado hace que mis manos comiencen a sudar y sé por qué—. Ya las buscaré mañana. Solo tengo que llamar a mi padre para que venga a por mí y ya está.

Busco el teléfono en el bolso y cuando noto su enorme mano sobre la mía evito levantar la cabeza para que no note el latido de mi corazón saltándome en la garganta.

—Déjalo. Te llevo yo. No tengo nada que hacer ahora mismo.

—No hace falta. No tienes por qué molestarte...

—No es molestia.

En un par de pasos llega hasta la puerta del acompañante y la abre haciéndome un gesto para que suba.

—Bueno, está bien. —Se muestra tan emocionado que me sabe mal negarme—. ¿Recuerdas dónde vivo? —le pregunto mientras aseguro mi cinturón.

—Sí, tengo buena memoria y ya me voy quedando con las calles. —Su mano roza la mía cuando encaja la clavija en el suyo y la sensación hace que contenga la respiración. Me mira como si a él le hubiese pasado lo mismo y, tras tomarse unos segundos mirando al vacío, carraspea antes de que nos pongamos en marcha. Durante varios minutos conduce en silencio y cuando creo que no va a decir ni una sola palabra más hasta que lleguemos, hace un gesto con su mano, llamando mi atención—. Mira —señala el arcén—, justo ahí estropeaste mis mejores zapatos e hiciste que echara a perder mi cena.

—Dios mío, ¿en serio? —Bufo—. ¿Piensas seguir atormentándome con eso toda la vida?

—Por supuesto —se carcajea durante algunos segundos, imagino que recordándolo y, aunque me resisto, logra contagiarme haciéndome reír también a mí. Tanto lo ha repetido ya que empiezo a verle la gracia, aunque todavía siga sintiendo vergüenza.

Al llegar, y como la última vez que subí al coche con él, antes de terminar de coger mis cosas ya está esperándome con la puerta abierta y me ayuda con el bolso.

—Muchas gracias. —Miro hacia la casa y al no ver el coche de mi padre recuerdo que salió de viaje, así que, sin saberlo, el estríper me ha hecho un gran favor ahorrándome venir hasta aquí en taxi—. Te debo una.

—Ya me lo cobraré. —Por la forma en que sonríe sé que no dudará en aprovecharse de ello—. Toma. —Estira la mano para devolverme el bolso y cuando nuestros dedos se tocan me vuelve a pasar lo mismo que antes.

—Gra...cias de nuevo. —Apenas puedo hablar. Sus enormes ojos

oscuros me miran con tanta atención que me tienen hechizada. Muerde su labio inferior y la humedad que deja en él hace que la cara interna de mis muslos se caliente.

Sin apartarse de mí, desliza su mano por mi brazo para ayudarme con la correa de la bolsa y todo el vello de mi cuerpo reacciona a su tacto, levantándose. Trago saliva para liberar mi boca empapada y cuando su otra mano se eleva hasta mi cuello contengo la respiración. Se acerca más, sin romper nuestro contacto visual, y cuando su pecho está tan cerca del mío que prácticamente puedo notar el latido de su corazón, atrapa mi cabello en su puño y, por sorpresa, me besa.

Mi primera reacción es abrir los ojos, incrédula, pero a medida que su boca presiona sobre la mía buscando mi aprobación, renuncio a cualquier tipo de impulso y me entrego. Sus brazos rodean mi cintura y con una pasión que hasta ahora desconocía, devora mis labios, haciendo que me olvide de dónde estamos. Cuando creo estar a punto de desmayarme por la intensidad se aparta despacio y tengo que esforzarme por buscar el equilibro que he perdido entre sus brazos. Abro los ojos con lentitud y al encontrarme de frente con los suyos, suspiro. No sé cómo interpretar esto y, sin saber qué hacer, espero a que él hable primero.

—Venía tu ex —dice con una sonrisa burlona en su cara y mis ojos se abren como platos. En el momento en que oigo un portazo a mi espalda sé que dice la verdad y siento unas increíbles ganas de matarlo ¿Cómo puede ser tan capullo? —Nos vemos el sábado, señorita.

Se marcha dejándome desconcertada y solo cuando oigo el motor de su coche avanzar, reacciono. ¡El muy cabrón me la ha jugado!

***

A la mañana siguiente me levanto agotada por haber estado dándole vueltas durante horas a ese maldito beso y al darme cuenta de que mi padre ya ha regresado de su viaje, le pido el favor de que me lleve al trabajo.

Nada más abrir las grandes puertas camino hacia el mostrador para dejar mis cosas sobre él y veo algo plateado debajo de la caja registradora.

—¡Las llaves! —grito sorprendida. ¿Cómo es posible? Ayer mismo miré en este lugar como veinte veces y no estaban. Recuerdo el pañuelo y arrugo mi frente. ¿Y si de verdad Cucufato y sus huevos estrangulados han tenido algo que ver? —No... —digo en alto sonriendo al recordar las bromas que Lucrecia y yo hicimos sobre ello. Definitivamente, me niego a creerlo.

Mientras espero a que el electricista llegue, preparo algunos pedidos que me han encargado dos residencias de ancianos a las que sirvo y cuando oigo en sensor de la puerta salgo para recibirlo. Al

comprobar que es él, le guio hasta donde creo que está el problema y en el momento en que abre la caja de los fusibles resopla con fuerza.

—¡Bendito sea Dios! —exclama y entiendo que el problema es mucho más grave de lo que creía—. Disculpe, pero yo no puedo hacer nada con esto.

—¿Cómo qué no? —digo extrañada.

—Solo por este enganche ilegal que tiene aquí —señala dos cables —, debería denunciarla en la compañía eléctrica. —Los levanta con cuidado y vuelve a mirar—. ¡Madre mía! —Se echa hacia atrás, asustado—. No quiero ni imaginar cómo debe de estar la parte encastrada.

—¿Qué? —vocifero cabreada. Solo faltaba que me multasen por culpa de la dueña.

—Esto es un peligro, señorita. Está usted exponiendo a todo el edificio.

—¿Y no lo puede arreglar? —insisto. Necesito que me dé una solución rápida—. Mi casera se niega a arreglarlo —le indico.

—Entienda que si yo trabajo ahí y después ocurre algo la responsabilidad automáticamente pasaría a ser mía. Así que lamento decirle que no pienso tocar nada. —Comienza a recoger sus cosas—. Tengo la obligación de hacer un parte para notificarlo y si dice que no ha sido usted, que busquen a los responsables, pero esto no puede quedar así. Es un peligro.

—Pero... espere... —Se marcha dejándome con la palabra en la boca y, con un enfado descomunal, marco el número de Margarita.

Como imaginaba, la ácida y retorcida señora se niega en rotundo a hablar con la compañía y tengo que lanzarle varias amenazas. Viendo que estoy dispuesta a cumplir con mi palabra, vuelve a enviarme a su sobrino y cuando llega discuto de manera acalorada con él. ¿Cómo es posible que en los tiempos en los que vivimos todavía se comporten así? Se marcha lanzándome malas palabras y en cuanto lo pierdo de vista no dudo en buscar la factura para ponerme en contacto con la empresa energética. Si les demandan por robo ya no es mi problema. He tenido demasiada paciencia y no les aguanto ni una más.

La chica que me atiende tiene que soportar sin necesidad mi frustración y, entendiendo lo que me pasa, no duda en citarme con un técnico a finales de semana, no sin antes avisarme de que no debo tocar nada hasta que el experto llegue. Sabiendo que he hecho lo correcto y que, aunque se enfaden, por contrato no me podrán echar hasta que esto acabe, vuelvo a llamar a Margarita, ya que es la dueña del local y debe estar presente, y al contarle lo que acabo de hacer enloquece.

Aunque espero durante todo el día, Margarita no aparece por la farmacia para seguir gritándome y eso es algo que me extraña. Solo

espero que con el cabreo no le haya dado un infarto y encima me echen la culpa a mí. Recojo todo y cuando estoy abriendo mi coche con mis preciadas y recién encontradas llaves alguien me habla.

—Vaya... —Me giro con rapidez al reconocer su voz—. Así que al final has dado con ellas, y yo que he venido hasta aquí solo por si tenía que llevarte de nuevo a casa. —Finge estar apenado.

—Pues ya ves que no hacía falta. Has venido para nada.

Evito levantar la cabeza para ocultar la inesperada sonrisa de satisfacción que me provoca tenerlo cerca. Debería de estar enfadada con él por cómo se burló de mí anoche cuando mi ex apareció, pero por alguna razón me resulta imposible.

—¿Qué clase de novio sería si no cuidase de mi chica?

—Pues la verdad es que no lo sé porque no lo eres.

Me encojo de hombros y noto que se acerca.

—¿Me estás dejando? —Se coloca frente a mí para que lo mire—. ¿Estás rompiendo conmigo? —Hace un puchero y me río.

—No se puede romper algo que no existe, ¿no crees? —indico al tiempo que abro la puerta del coche—. De todas formas, gracias por haberte preocupado por mí.

Realmente me ha sorprendido y no quiero irme sin agradecerle el gesto.

—¿Cómo que no existe? Si quieres vamos a preguntarle a tu ex y a su amiga para a ver qué opinan ellos. —Levanta las cejas varias veces y sé a lo que se refiere. Nunca debí besarlo, no parará de justificarlo con ello.

—Pueden creer lo que quieran. —Dejo mi bolso en el asiento trasero—, pero tú y yo sabemos la verdad y con eso es suficiente. —Alzo la frente, satisfecha, y cuando veo que él eleva una ceja lo miro extrañada.

—Hablando de tu ex... —Se acerca más a mí mientras señala a alguien—. ¿No es ese que viene por ahí? —Cuando me giro para comprobarlo, noto que su mano rodea mi nuca y al volverme asustada por la impresión de su tacto, atrapa mi boca con la suya.

Tras unos segundos en los que me arrebata el aliento, se aparta para observar mi reacción y cuando la persona que señaló antes pasa a nuestro lado, descubro que me ha engañado.

—¡Ese no es mi ex! —protesto. Es un hombre de, al menos, cincuenta años y de sobra lo sabe.

—Ops... Pues entonces me debo de haber equivocado. —Ladea de nuevo una sonrisa y mi boca se abre al entenderlo todo.

—¡Eres un idiota! —Lo empujo sin saber muy bien si estoy enfadada con él y ríe antes de aplastarme contra el coche.

—Un idiota al que correspondes cada vez que te come la boca. —Sujeta mi mentón entre sus dedos y, mirándome fijamente, me roba

otro beso, pero esta vez haciéndolo sonar de un modo cómico—. Tienes mi número. ¡Llámame de una vez! —dice apartándose—. Así es imposible mantener nuestra relación viva, ¿verdad señora? —le pregunta a una mujer que está acercándose a nosotros y esta, habiéndolo escuchado todo, asiente sonriendo—. ¿Ves? Hasta ella sabe lo que somos —bromea fingiendo estar dolido y cuando se aleja para volver a su coche me deja con una rara sensación de vacío.

¿Qué coño ha sido eso? ¡Está completamente loco! Y lo peor de todo es que creo que me gusta.

CAPÍTULO 12

Los días siguientes transcurren algo más tranquilos que los anteriores y si no fuese porque las llaves de mi coche han estado jugando a las escondidillas conmigo, todo iría mucho mejor. Tan pronto aparecen como desaparecen y eso es algo que me tiene bastante cabreada. Nunca recuerdo dónde las he dejado. ¿Cómo es posible que pueda extraviarlas tantas veces? El estrés de los últimos días está haciendo hasta que pierda la memoria, aunque parece que de forma selectiva, porque del estríper no me olvido ni queriendo. No he podido sacármelo de la cabeza en ningún momento. No ha vuelto por aquí desde que me robó el beso y, aunque no quiera admitirlo, su presencia, junto a sus bromas, hace un poco más llevadera mi rutina, y si a eso le sumamos alguna que otra cosa más que logra conmigo... Ojalá fuese sábado ya. Lo único bueno de la semana es que hoy, por fin, vendrá el técnico, y aunque no he vuelto a percibir ese desagradable olor, después de lo que me dijo el electricista sé que me quedaré más tranquila si de una vez por todas alguien lo revisa. Y si además de arreglarlo todo les dan un buen escarmiento a esos dos, todavía mejor. No pienso dejar que me roben más.

Al entrar al almacén noto algo diferente, sin embargo, no sabría decir qué. Miro hacia la caja de luz y observo que la puerta está entreabierta. Me acerco para verlo mejor y, al tirar de ella, me doy cuenta de que la parte interior está negra.

—¿Qué es esto?

Paso un dedo por la mancha y cuando lo acerco a mi cara para olerlo, una fuerte explosión me sorprende lanzándome contra la pared y mi cabeza se golpea con violencia contra ella.

Mis ojos se abren con esfuerzo y aunque no sé dónde estoy noto bastante calor, además de un fuerte dolor cerca de la nuca. Trato de poner mis manos sobre él para aliviarlo pero, por alguna razón, no puedo mover mis brazos. Miro a mi alrededor buscando una respuesta a lo que sea que esté pasando y aunque oigo ruido no puedo ver nada. Todo está oscuro. Parpadeo varias veces y poco a poco voy recuperando la vista. Unas sombras brillantes llaman mi atención pero son tan luminosas que me deslumbran y tengo que mirar hacia otro lado. Me fijo en la superficie en la que estoy y reconozco las baldosas. «¿Qué diablos hago en el suelo?» Una vez más intento mover las manos, esta vez para levantarme, pero mi cuerpo no responde y aunque lucho contra ello mis ojos se cierran.

Una cadena de extrañas explosiones me despierta sobresaltada. Esta vez distingo algo más y, aunque hay mucha niebla, puedo ver varias botellas de alcohol a mi lado, justo delante de mí. Lo primero que pasa por mi cabeza es que se han caído de la estantería. Otra vez percibo

ese sofocante calor, sin embargo, esta vez viene acompañado de un horrible olor que apenas me deja respirar. Toso con fuerza buscando limpiar mis pulmones para inhalar un poco de oxígeno y, por desgracia, consigo todo lo contrario. Vuelvo a toser debido a la angustia y con un torpe movimiento apoyo las manos en el suelo. Alzo la vista y, aunque todavía me cuesta enfocar, distingo lo que juraría que son llamas bailando por todo el almacén. Entonces me asusto.

—Mierda... —vocalizo y me arrastro hasta la zona exterior de la farmacia. En el momento en que logro apartarme un par de metros, un trozo de tela ardiendo cae sobre las botellas de alcohol que tenía delante de la cara y estas comienzan a explotar una detrás de otra, lanzando grandes llamaradas en mi dirección. Aunque me cubro como puedo, la última consigue alcanzar la parte baja de mi pierna, quemándome—. ¡No, joder, no! —Golpeo las gotas de fuego que hay sobre mi pantalón para apagarlas y cuando por fin lo consigo trato de levantarme para salir corriendo de allí, pero descubro que he perdido el equilibrio y estoy tan mareada que temo no ser capaz de llegar hasta la salida.

Ayudándome del mostrador, apoyo mis manos sobre él y aunque mis piernas tiemblan como flanes y temo caerme otra vez, al final consigo ponerme en pie. Con mucho cuidado y aferrándome con fuerza a la larga barra de madera, abro mi bolso para buscar un pañuelo. El primero que encuentro es el de los nudos de Cucufato. Sin tiempo para buscar más, lo coloco sobre mi nariz y boca y me desplazo hasta el panel que controla la puerta. Presiono varias veces sobre el botón y lejos de abrirse como debería de hacer, permanece cerrada. Lo intento diez veces más y ocurre lo mismo.

—Por favor, por favor, por favor… —suplico en alto viendo que el humo lo cubre todo y cada vez me cuesta más respirar. La temperatura aumenta a medida que las llamas se acercan y al notar mis piernas algo más seguras camino con torpeza hasta el portón de cristal para intentar abrirlo de manera manual, pero es imposible. Es demasiado pesado y todavía me encuentro muy débil.

En medio del caos recuerdo que tengo un extintor, pero cuando lo encuentro con la mirada las llamas lo están devorando y sé que si intento llegar hasta él me quemaré. Los productos inflamables estallan cada vez más seguido, avivando las llamas, y aunque la tos me tiene agotada saco fuerzas de donde no las tengo para levantar un taburete y lo lanzo contra la puerta. Sin embargo, lejos de romperse como esperaba, el cristal hace que el taburete rebote y cae a mis pies.

Levanto la vista y al ver que las llamas ya están engullendo el techo y se han extendido por las cuatro paredes de la botica, entiendo que las probabilidades de salir con vida son nulas. Extenuada, busco un rincón en el que refugiarme. Mi fin es inminente y ya no puedo hacer

nada. Abrazada a mis rodillas, lloro mientras pienso en mi familia, en mis amigos y en todo lo que voy a dejar atrás y cubro mi rostro rezando para que no sea tan doloroso como creo que será.

Ahogada, toso sin parar y aunque los ruidos cada vez se oyen más lejos, el calor por segundos se hace insoportable. Poco a poco empiezo a notar que pierdo el conocimiento y sabiendo que la asfixia me está tomando la delantera, de alguna forma doy gracias al cielo. Al menos así no notaré cómo se quema mi cuerpo. Cuando estoy a punto de quedar inconsciente algo grande se hace mil pedazos y, tras el estruendo, una voz me llama. Abro los ojos con esfuerzo, agarrándome con saña al débil hilo de vida que le queda a mi cuerpo, y en medio del espeso humo creo ver algo moverse.

—¡Mariajo! —Quien quiera que sea vuelve a llamarme y no puedo responder. Mis pulmones están abatidos por el esfuerzo y aunque el negro humo parece estar escapándose por algún lugar, no logro tomar ni una sola bocanada de aire—. ¡Mariajo! ¡Maldita sea! ¿Dónde estás? —De pronto, una sombra oscura con rayas amarillas viene hacia mí y me toca con sus manos— ¡Mierda! ¡Está aquí! —grita—. ¡Está aquí! —Arranca una especie de máscara de su cara e, inclinándome hacia delante, la pone sobre la mía—. ¡Respira! —dice con una voz mucho más clara—. ¡Respira, Mariajo! —Al ver que cierro los ojos me anima al tiempo que me zarandea y empiezo a notar que sale aire frío de ella —. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —Con gran esfuerzo comienzo a hacerlo y, aunque en un principio parece que no sirve de nada, poco a poco mi nivel de conciencia aumenta hasta empezar a notar mis dedos—. ¡Lo estás haciendo genial! —Vuelvo a mirar a la persona que me habla y pese a que tiene el rostro prácticamente cubierto por un casco, algo en él me resulta familiar. Lo único que saco en claro es que es un bombero—. Vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? —Asiento con esfuerzo y con gran habilidad rodea mi cuerpo con sus enormes brazos y me levanta como si no pesara—. ¡No dejes de respirar! —Camina conmigo varios metros y cuando estamos llegando a la puerta una enorme viga, junto a varios trozos de cascote, cae frente a nosotros cortándonos la salida—. ¡No! ¡Joder! —maldice—. ¡Gómez! —grita a alguien que está fuera—. ¡Ábrenos paso! —Unos segundos después percibo el sonido de una radial y rezo para que se den prisa.

—¡Ya está! —vocea la persona que está fuera y cuando nos acercamos de nuevo noto que al bombero comienza a faltarle el aire.

—¡Hazte cargo de ella! —le grita al tiempo que tose—. No cabemos los dos por ahí. —Vuelve a toser y me preocupa. Llevo su máscara puesta y a él le está costando bastante respirar.

—¡Dámela! —Unos brazos aparecen a través del hueco que han abierto entre los escombros. Si pudiera moverme iría hasta ellos para quitarles el esfuerzo, pero mis piernas están tan débiles por la falta de

oxígeno que me es imposible.

Con gran esfuerzo se inclina y cuando las manos que están fuera me sujetan con fuerza y comienzan a tirar de mí, el bombero me retira la máscara para sustituirla por otra más pequeña que aparece frente a mi cara. Me aferro a ella con ansia, sabiendo que no podré respirar si no es así. Cuando por fin logran sacarme de ese maldito infierno, les doy las gracias como puedo y comienzo a temblar.

—¡Tranquila! Lo peor ya ha pasado —dice para calmarme a la vez que me deja sobre la camilla de una ambulancia y se dirige de nuevo a la farmacia para ayudar a su compañero. Una fuerte explosión junto a una gran bola de fuego sale de ella y todos comienzan a gritar.

—¡No! ¡Gorka! ¡Gorka sigue dentro! —Aunque continúo bastante aturdida, ese nombre hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿Gorka? —repito hasta que todo cobra sentido y de pronto recuerdo el rostro del bombero y por qué me resultaba tan familiar—. ¡Gorka! —Intento levantarme y las manos de un médico me sujetan con fuerza—. ¡Gorka! ¡Es Gorka! —Trato de decirle, pero me ignora.

—No puedes moverte ahora, ¡necesitas atención!

—¡Tengo que ir! —Lo intento de nuevo llevada por la angustia y tiene que llamar a uno de los técnicos para que lo ayude.

Mientras me sujetan, miro en dirección a la farmacia y veo a sus compañeros correr. Uno de ellos está sujetando una enorme manguera con la que trata de apagar el fuego mientras que otros dos están intentando apartar los grandes trozos que han caído del techo para entrar al local. Gritan su nombre una y otra vez con intención de localizarlo, pero desde donde estoy apenas puedo oír nada y lo único que me indica que no lo han encontrado todavía es que lo siguen llamando.

—Súbele el oxígeno. Lo tiene muy bajo. —Le pide el médico a una enfermera mientras revisa el pequeño pulsioxímetro que colocó antes en mi dedo y no tardo en notar la nueva presión.

—Gorka... —Con gran esfuerzo repito su nombre una y otra vez como si con ello consiguiese que me oyera. No puedo dejar de preocuparme por él. Cada segundo que pasa dentro de ese nocivo horno, lleno de vapores y gases tóxicos, es una posibilidad menos de que lo saquen con vida. Levanto la cabeza sintiéndome algo más oxigenada y descubro que los bomberos ya no están en la puerta. Me fijo mejor y al notar movimiento dentro entiendo que han logrado entrar.

—¿Cómo está la chica? —le pregunta uno de los técnicos al médico y este vuelve a mirar el aparatito de mi dedo.

—Su saturación está aumentando y no parece tener quemaduras respiratorias graves. Aun así, debemos derivarla al hospital.

—Perfecto. ¿Nos ponemos en marcha ya? —pregunta.

—No, vamos a esperar unos minutos más. Se está estabilizando y quiero ver si puedo hacer algo por el bombero que ha quedado atrapado.

Sin saberlo, esa frase hace que me sienta realmente mal y los remordimientos me matan. Si Gorka está en esta situación es por mí. Acaba de salvar mi vida a cambio de poner en riesgo la suya.

CAPÍTULO 13

El tiempo pasa y mi desesperación crece por momentos. Un par de bomberos más entran a la botica y nadie sale de ella. El que maneja la manguera casi tiene controladas las llamas, pero sigue saliendo una gran nube de humo negro por las puertas y ventanas. Otra ambulancia llega en ese momento y cuando aparca a nuestro lado no puedo evitar pensar en lo peor. Lejos de poder aguantar más la incertidumbre, aprovecho que el médico está centrado en lo que está ocurriendo y me quito la mascarilla para intentar ponerme en pie. Sin embargo, cuando apenas llevo unos segundos sin ella comienzo a sentir un fuerte ahogo y tengo volver a ponérmela. «Por favor, por favor...» suplico al cielo. Necesito que salga vivo de ahí o la culpa me acompañará el resto de mi vida.

—¡Necesitamos ayuda! —grita alguien y al mirar veo a un bombero de los que entró antes haciendo señales desde la puerta. Me inclino un poco más para saber qué ocurre y lo veo correr hacia el camión—. ¡Lo hemos encontrado! —les dice a los que están fuera. Desgraciadamente, la poca esperanza que me transmiten sus palabras dura poco porque su siguiente frase hace que me preocupe mucho más que antes—. ¡Está atrapado! —Trato de quitarme una vez más la mascarilla, pero vuelve a ocurrir lo mismo y tengo que estarme quieta. Mis pulmones todavía siguen afectados y no parece que me vaya a recuperar con tanta facilidad como creía.

Impotente, contemplo como cargan varias herramientas y regresan a lo que queda del local. El médico que está a mi lado camina en dirección hacia ellos y cuando el médico de la ambulancia que acaba de llegar hace lo mismo, mi estómago se encoge. «¿Será que está tan mal?» Quisiera poder preguntarle a alguien pero todos han ido hacia el lugar con intención de ayudar y lo único que puedo hacer ya es rezar.

Veinte minutos después observo como los médicos se colocan unos trajes de protección que les acaban de administrar y tras escuchar con atención las indicaciones de los bomberos, entran al lugar. «Si ellos van a intervenir es porque quizás todavía está vivo» me mezo nerviosa y por el esfuerzo comienzo a toser. Me lleva varios minutos recuperarme pero cuando lo hago observo que ya apenas hay humo en la calle y casi han logrado apagar el incendio. Todo huele a quemado y al fijarme en mis dedos me doy cuenta de que están negros. Varios gritos y silbidos llaman mi atención y cuando busco la causa veo salir a cinco personas de la farmacia, entre ellas los dos médicos, están tan manchados de hollín que casi es imposible reconocerlos. Otras dos personas más salen detrás y apoyado en los hombros de estos un bombero que apenas puede caminar y se desplaza dando pequeños

saltitos a la pata coja. Se detienen por un momento para que los médicos puedan revisarlo y cuando le quitan la máscara respiratoria y el casco mi corazón da un salto.

—¡Es él! ¡Es Gorka! —No doy crédito a lo que veo—. ¡Está vivo! —digo como si alguien pudiese oírme y varias lágrimas de emoción comienzan a correr descontroladas por mis mejillas. Soy consciente de que el incendio acaba de arruinarme la vida por completo, pero ver a Gorka con vida me reconforta tanto que ahora mismo eso es en lo que menos pienso. Sé que vienen días horribles y difíciles de digerir, sin embargo, su presencia ha hecho que todo eso pase de golpe a un segundo plano.

Entre varios de sus compañeros lo levantan para evitarle seguir haciendo esfuerzos y lo traen hasta las ambulancias para que los médicos, ya fuera del peligro que supone estar dentro, puedan revisarlo mejor. Con cada paso que dan hacia mí más nerviosa me pongo por saber cómo está y cuando lo escucho hablar mis pulsaciones se aceleran.

—¿Dónde está Mariajo? ¿Está bien? —le pregunta a uno de los doctores y cuando este le señala mi posición levanto una de mis manos como puedo para que me vea. Aunque esboza una gran mueca de dolor en su rostro, puedo apreciar una leve sonrisa—. Llevadme con ella —señala y no tardan en hacer lo que pide—. Hola, preciosa. —Alguien trae una camilla para él y, con gran habilidad, la dobla de forma que pueda estar sentado. Pone una sábana limpia sobre ella y entre todos lo ayudan a subir—. Vaya, qué morenita te veo —bromea cuando me mira y sé que lo dice por las manchas de mi cara. Seguro que la tengo tan o más sucia que las manos—. ¿Cómo estás?

—Dios mío, Gorka. Creí que habías muerto... —ignoro su pregunta llevada por la angustia—. ¿Estás herido? —le pregunto al tiempo que me levantan el respaldo ahora a mí y mi voz suena embotellada—. ¿Te has hecho daño?

—Un poco. —Aprieta los dientes cuando el médico levanta su pierna mientras alguien mete bajo ella una férula de goma. Temo que se la haya roto—. Pero no es nada que no se pueda arreeeglarrrr. ¡Joder! —protesta cuando la hinchan y, echando la cabeza hacia atrás por el dolor, maldice.

—Lo siento —se disculpa el médico—. Después de esto vas a tener que tomarte unas largas vacaciones. Me temo que tu tibia y tu rodilla no han salido bien paradas. —Lo examina un poco más—. Y además tienes que dar gracias. El tabique que se te ha caído encima podría haberte matado.

—¿Qué? ¿Se te ha caído una pared encima? —Lo miro asustada sabiendo que podría haberlo aplastado y trata de quitarle importancia.

—Tus paredes estaban tan calientes que no han dudado en echarse

encima —bromea, pero le dura poco—. ¡Joderrr! —exclama cuando el médico corta su pantalón.

—Necesito limpiarte las heridas antes de irnos para evitar infecciones —vuelve a disculparse y cuando miro hacia su pierna la veo cubierta de sangre.

—¡Mierda! —suelto sin pensar y aparto la mascarilla de mi cara de forma inconsciente—. ¡Te la has destrozado!

El enfermero al darse cuenta de que estoy sin ella no duda en obligarme a ponérmela y me doy cuenta de que estoy algo mejor. Antes no pude retirármela ni un par de segundos y ahora he aguantado un poco más.

—Vamos, chicos. Ya están listos —habla de nuevo el doctor y alguien tira de nuestras camillas, separándonos.

—Esperad —les dice Gorka y todos miramos en su dirección. Alza un poco su enorme y gruesa chaqueta ignífuga y cuando mete la mano en el pantalón del mismo material saca de su bolsillo una especie de bola sucia y de aspecto blando—. Esto es tuyo. —Lo estira en mi dirección y al ver los nudos abro mis ojos con sorpresa—. Lo tuviste contigo todo el tiempo mientras te sacaba de ahí, pero se te debió de caer en algún momento y al verlo me lo guardé.

Alguien lo toma para hacérmelo llegar y cuando lo pone sobre mi mano siento una gran emoción. No por lo que es, sino por la intención que ha tenido con ello. Le sonrío en agradecimiento y, con cuidado, nos suben a cada uno en nuestra ambulancia, pero antes de que cierren las puertas lo oigo gritar.

—¡Mariajo! ¡Te echo una carrera! El primero que llegue decide dónde ir el próximo día. —Sonrío sabiendo que no podré alzar la voz tanto como él debido a mis pulmones y sin opción a aceptar su apuesta, nos ponemos en marcha.

Al llegar me dejan en una sala de espera y aunque lo busco con la mirada, no lo encuentro por ninguna parte. Un neumólogo vestido con una bata blanca me ausculta y al notar mi todavía dificultad para respirar con normalidad, me pide algunas pruebas. Con el resultado en mano decide internarme en el hospital. Al ver que me asusto me asegura que me recuperaré sin problemas, pero prefiere tenerme cerca y en observación unos días hasta ver cómo evoluciono. El traumatólogo que ha revisado mi golpe en la cabeza opina lo mismo y, al final, tengo que aceptar el ingreso.

Cuando ya estoy en la habitación pido un teléfono que no tardan en traerme y llamo a mis padres. Hace al menos tres horas que ocurrió todo y al haber perdido el mío en el incendio no he podido avisarlos y lo último que quiero es que alguien se me adelante y les haga pasar un mal rato.

—¿Sí? —La voz dudosa de mi madre al recibir una llamada de un

número que desconoce me responde al otro lado.

—Hola, mamá... —Hago una pausa al no saber cómo empezar.

—¿Mariajo? ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —Siempre tan adivina... Si quisiese podría ganarse la vida todavía mejor que la bruja que visité el otro día. Al pensar en ella algo viene a mi mente, pero cuando estoy a punto de darle forma mi madre continúa—. ¿Estás bien? ¿Por qué no me llamas desde tu teléfono?

—Verás... —Sigo sin saber cómo contárselo. Sé que se alterará, suele ponerse muy nerviosa y después le afecta a la tensión—. He sufrido un pequeño percance.

—¿Un percance? ¿Por qué hablas así? ¿Qué es eso que suena? —Debe de estar oyendo la presión del oxígeno en mi cara. No se le escapa nada.

—La farmacia se ha quemado —digo del tirón para no andarme con rodeos. Total, se va a enterar igual y es mejor hacerlo sin pensar, como la cera de las piernas.

—¿Quéééé? ¿Estás tratando de gastarme una broma? ¡Dime que es eso!

—No, mamá. Ojalá fuese así, pero no. No ha quedado nada... Se ha quemado absolutamente todo. —Por alguna razón, y aunque hasta ahora había logrado mantenerme serena, me vengo abajo y comienzo a llorar. Escucharme decirlo en voz alta me ha hecho ser consciente de la gravedad que el shock no me estaba dejando ver.

—¡Santo Cristo! ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé —hipeo—. Cuando entré al almacén hubo una especie de explosión en el cuadro de luz y apenas puedo recordar nada más.

—Pero ¿tú estás bien? —Se preocupa por fin. Cuando se altera le cuesta mucho centrarse después.

—Bueno, creo que sí. El médico me ha dicho...

—¿El médico? —No me deja acabar—. ¿Te ha tenido que ver un médico?

—Sí... —Apuesto a que como me está oyendo hablar no creía que la cosa hubiese sido tan grave—. Me van a dejar unos días en observación, pero estoy bien —digo antes de que se exalte—. Es solo que he inhalado un poco de humo.

Evito decirle que me he golpeado la cabeza también para que no se altere más. Prefiero contarle esa parte cuando venga a verme y así compruebe con sus propios ojos que estoy bien.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! —continúa con su drama —. Dime en qué hospital estás que vamos ahora mismo para allá.

Se lo indico y justo en el momento en que nos despedimos oigo a alguien golpear la puerta.

—Adelante —digo desde la cama convencida de que es mi doctor, pero cuando se abre veo a Gorka sobre una silla de ruedas con la

pierna estirada y no puedo disimular mi sorpresa. Durante el tiempo que estuve en la sala de urgencias no pude dejar de preguntarme qué habría sido de él.

—Hola, Blancanieves. —Sonríe y sé que lo dice porque me han ayudado a asearme. Cuando me vio antes parecía que me había maquillado con pomada de zapatos. Empuja con sus manos las ruedas y entra a la habitación.

—¿Qué te han dicho? ¿Estás bien? —No puedo evitar echar un ojo a sus vendajes, parecen bastante gruesos y tiene una especie de plancha de acero debajo del muslo.

—Ahora mismo estoy mejor que nunca. Me han inyectado una cosita que me ha quitado todos los dolores de un plumazo. Ojalá mi compañero, al que esterilizaste, hubiese conseguido un poco de esa mierda la noche de la despedida. —Levanta las cejas como si le pesaran dos kilos y deduzco que lo que le han inyectado ha sido morfina o alguno de sus derivados—. Desde entonces habla con voz de pito y me mira raro —río por sus bobadas y cuando intento hablar estira su mano para detenerme y continúa—. Por cierto, me ha dado recuerdos antes para ti.

—Ah, ¿sí? —pregunto convencida de que se lo está inventando—. ¿Y dónde lo has visto?

—Trabajo con él. —Se encoge de hombros. Cada vez parece estar más colocado.

—¿Acaso acabáis de hacer alguno de vuestros shows juntos? —apunto con sarcasmo.

—¿Te parece poco el que nos has hecho hacer tú hace un rato? —Ladea una sonrisa y no acabo de entender a qué se refiere—. ¿Quién crees que fue el que tiró de ti entre los escombros? —ríe ahora más ampliamente y creo entenderlo todo.

—¿Cómo? ¿Él también es bombero? —pregunto impresionada y asiente.

—¿De dónde crees que sacamos los uniformes para la despedida?

—¿En serio? —Por eso se veían tan reales... —¿Así que sois estríperes de noche y bomberos de día? —comento divagando en mis pensamientos.

—Somos bomberos de día y de noche. Todo depende de cómo nos organicen los cuadrantes y las guardias. Lo de ser estríperes es solo para sacarnos un dinerillo extra.

—Y yo que creí cuando me dijiste que viniste a Sevilla por trabajo era para desnudarte delante de las féminas... —río a la vez que toso, aunque parece que ya estoy mucho mejor todavía tengo el pecho bastante cargado.

—Más bien para apagar sus fuegos. —Me guiña uno de sus ojos y ese simple gesto hace que en mi estómago comiencen a revolotear

mariposas.

CAPÍTULO 14

Media hora después, y tras insistirle varias veces al darme cuenta de que él también lleva un pijama de hospital y eso solo puede significar una cosa..., finalmente me deja saber qué le ha ocurrido a su pierna. Su rodilla se ha roto de mala forma y es posible que lo tengan que operar. Definitivamente, Gorka está hecho de otra pasta. Si fuera yo quien estuviese en su lugar no pararía de llorar, y más sabiendo que tengo que pasar por el quirófano, pero a él parece darle igual porque no deja de quitarle importancia.

—¡Deja de preocuparte ya! —dice al ver que estoy haciendo un drama.

—¿Cómo quieres que deje de hacerlo? ¡Estás así por mi culpa!

—Estoy así porque se me ha caído una pared encima. Sería culpa tuya si hubieses sido tú quien la empujara.

—¿Por qué no quieres entenderme?

—¿Por qué no quieres entenderme tú?

En medio de nuestra ridícula discusión, la puerta se abre y veo aparecer a mis padres.

—Mariajo, cariño. —Mi madre viene corriendo hacia mí y mi padre no tarda en hacer lo mismo. Ambos parecen bastante preocupados y me apena saber que les acabo de dar el mayor susto de sus vidas—. ¿Cómo estás, cielo? —Se colocan uno a cada lado de la cama y mientras les explico que ya estoy mucho mejor, me doy cuenta de que no quitan el ojo de encima a Gorka—. Disculpa, chico. —Mi madre ya no puede callarse más y llama su atención—. Con los nervios ni siquiera te hemos saludado al entrar. Eres amigo de Mariajo, ¿verdad? —deduce al habernos encontrado en medio de una disputa.

—Bueno... —Chasquea su lengua—. En realidad soy su novio. Me llamo Gorka. Encantado. —Les extiende la mano y mis ojos se abren como platos. A mis padres les pasa lo mismo y tras tomársela, confusos, me miran buscando una explicación. Sin embargo, lejos de dársela, pongo la mano sobre mi frente y resoplo. No tengo ganas ni fuerza para discutir más.

—¿Su novio? —Noto la mirada asesina de mi madre sobre mí y mentalmente juro venganza—. Mariajo no me había dicho nada... —Mi padre es más listo y al ver lo que está ocurriendo se excusa para ir al baño y desaparece.

—Ya imagino. Es que es muy tímida. —Ahora es Gorka quien me mira travieso, y si no fuese porque me han prohibido moverme lo estrangularía con mis propias manos. No imagina el problema que, con la tontería, me acaba de ocasionar. Ahora, por su culpa, mi madre me preguntará cada vez que tenga la oportunidad.

—¿Y a qué te dedicas? Si se puede saber... —Ya tardaba en hacerle

esa pregunta.

—Soy estríper, señora.

—¡Oh, Dios mío! —espeto desde la cama y las miradas vuelven a mí—. Por el amor de Dios. Gorka ¿quieres parar?

—¿Qué? Es un trabajo tan digno como otro cualquiera. ¿Acaso te avergüenzas de mí?

—Mamá, en realidad es bombero. —Me adelanto para calmarla. Tiene los ojos tan fuera de las órbitas que temo que en cualquier momento se le caigan—. Un bombero tocapelotas... —digo con tonito —, pero un bombero, a fin de cuentas.

—Creo que en esta habitación hay alguien más tocapelotas que yo —suelta con mofa y comienzo a hiperventilar tanto que estoy tentada a quitarme la mascarilla. Será capullo... Por suerte mi madre no sabe de qué habla.

—¿Y cómo te has hecho eso? —señala su pierna—. ¿Estabas con ella en la farmacia cuando ha ocurrido todo? —Al verlo herido intenta hilar pero está tan desconcertada que no es capaz.

—Él fue quien me rescató. Él y sus compañeros, pero mientras lo hacía una pared aplastó su pierna —resumo para evitar dar más explicaciones. Cuanto más diga más querrá saber.

—Pero ¿ya os conocíais de antes? —Sigue igual de perdida.

—Claro —vuelve a hablar Gorka y me tenso. Cada vez que dice algo sube el pan—. ¿No recuerda que hace poco nos gritó desde la ventana? —Lo mato. Finalmente se ha salido con la suya. ¿Cómo les explico ahora que no somos nada?

—Am. —Mi madre aprieta los labios al tiempo que me mira de reojo y yo lo miro a él—. Así que eras tú...

—Eso parece. —Me mira risueño a la vez que pestañea y al ver que yo no lo miro igual, se tensa—. Bueno, señora, ha sido un placer, pero debo marcharme ya, no vaya a ser que me busque el médico. —«Eso, huye ahora que la has liado, cabronazo» digo para mis adentros, suplicando para que escuche mi mensaje telepático—. Por cierto, tiene una hija maravillosa, aunque imagino que eso ya lo sabe. Se nota que ha tenido una gran madre como base. —Mueve la silla con las manos y antes de salir se gira—. Te quiero, cariño. —Me lanza un beso desde la puerta—. Luego vengo a verte otra vez.

—Mierda —balbuceo y cierro los ojos sabiendo que ahora viene lo peor. ¿Por qué no puede dejar de tocarme las narices?

—Qué chico tan majo ¿verdad? —Escucharla decir eso hace que la mire como si no la conociera—. Por primera vez vas a traer a casa a alguien que merezca la pena.

—¿Mamá? —No doy crédito. ¿Qué ha pasado aquí?

A medida que pasan las horas, me queda más que claro que Gorka le ha caído bien porque no para de preguntarme cosas que quiere

saber sobre él. Le oculto algunas y otras directamente me las invento con tal de no contarle la verdad. Temo que el día que se entere se decepcione, pero de momento, y después de lo que vio por la ventana, debo guardármelo. Con lo puritana y religiosa que es le daría el disgusto del mes si cree que soy una cualquiera y bastante tiene ya con lo que ha ocurrido hace un rato.

Cuando se marcha espero impaciente el regreso de Gorka con intención de reprocharle varias cosas, sin embargo, el día se acaba y él no viene. Miro hacia la puerta cada dos por tres con la esperanza de verlo pasar con su silla de ruedas, pero ni rastro de él.

A la mañana siguiente un par de auxiliares entran a la habitación para despertarme y con su ayuda me doy una ducha. Insisto todo el rato en que estoy mucho mejor para que me dejen sola, pero no hay manera. Entre las dos frotan mi cabeza con cuidado, evitando tocarme la parte que me golpeé contra la pared y, con asombro, veo que no para de caer agua negra. Aunque ayer sus compañeras me ayudaron a asearme, debido a mi falta de oxígeno no pudieron hacerlo de esta manera y quedaron bastantes restos del incendio en mi cuerpo. Al terminar me siento mucho más limpia y cuando llega el momento de ponerme el camisón logro convencerlas para que me dejen vestirme sola. No fiándose de mí, me observan desde cerca, preparadas por si me caigo y solo cuando se aseguran de que he vuelto a la cama se marchan, no sin antes agradecerles la ayuda.

Un par de minutos después llega el médico y, tras revisarme, nota lo que vengo observando desde anoche. Me asegura que estoy mucho mejor y tras prometerme que volveré a casa esta misma semana protesto porque no quiere darme el alta hoy. Me explica que necesita hacerme antes un par de pruebas más y, con la mirada baja, acepto su decisión. Si tengo ganas de salir de aquí es para ir a la farmacia y saber si ha quedado algo útil en ella.

Como el día anterior, me paso las horas mirando hacia la puerta con la esperanza de que Gorka entre tras ella. Sin embargo, no lo hace y comienza a parecerme extraño. Tanto, que empiezo a preocuparme. Él no dejaría pasar una oportunidad así. Me tiene sobre una cama a total disposición de sus bromas y no se está aprovechando. Todo esto es muy raro.

No quedándome tranquila, cuando una de las chicas viene a comprobar que mi oxígeno está bien le pregunto si sabe algo, pero no parece saber quién es. Le digo su nombre con la esperanza de que, al no ser muy común en la ciudad, pueda encontrarlo y diez minutos después regresa con noticias.

—Está en la planta de abajo. Lo operaron anoche.

—¿Qué? —Me incorporo con rapidez y me hace un gesto para que no me mueva poniendo su mano sobre mi pecho —. ¿Sabes si está

bien? —pregunto nerviosa.

—Sí, tranquila. Hubo hueco en el quirófano y aprovecharon para meterlo a él.

Ahora entiendo por qué no vino. Le agradezco la información y tras preguntarle por el número de habitación se marcha.

Miro hacia el cabecero de la cama al recordar que había un teléfono sobre él, pero al ver que funciona solo con monedas pierdo la esperanza. Todas mis cosas se quedaron en la farmacia y es probable que hayan acabado como ella. Justo en ese momento alguien llama a la puerta y cuando Lucrecia asoma su cabeza veo el cielo abierto.

—¡Ay, Mariajo! —exclama angustiada y llega hasta mí con rapidez —. Ay, ¡qué mal lo he pasado cuando he visto la botica! —se lamenta mientras me abraza—. ¿Por qué nadie me ha dicho nada? He ido a verte como otros días y me he encontrado con el desastre.

—¿Tan mal ha quedado? —Mis esperanzas de que se haya podido salvar algo empiezan a desvanecerse.

—Como el alma de una suegra, nena. Carbón puro. Más negro que el sobaco de un grillo, vamos. Igualito que un nido de cucarachas...

—¡Vale! —grito para que se calle. Así no me está ayudando nada.

—Ay, Dios mío de mi vida, ¡que la bruja tenía razón! —exclama de pronto.

—¿Eh?

—Ella dijo que se avecinaba una gran desgracia y que veía calor, mucho calor... —Abre los ojos y pone las manos como ella para imitarla.

—Bueno, también dijo que veía la cabeza de un elefante, loros, serpientes, bananas y no sé qué más. No puedes creerla.

—Ya, no sé qué pensar, la verdad. —Mira a un punto fijo—. ¿Cómo ocurrió? Cuando he llamado a tu madre para saber si estabas bien no ha sabido explicarme.

Le cuento lo mismo que le conté a ella, o al menos hasta donde recuerdo, y cuando llego a la parte en la que el bombero me salva grita como una loca y alguien desde fuera nos manda a callar.

—Perdón, perdón —dice desde donde está y sigue escuchándome con atención. Cuando termino tiene un gesto tan placentero en su rostro que temo que se ponga a babear en cualquier momento—. Tenemos que ir a verlo ahora mismo —sentencia mientras sale de la habitación.

—¡Lucrecia! ¿Dónde vas? —Con lo mal que está de la cabeza me espero cualquier cosa.

—Ahora lo verás —dice antes de dejarme sola. Unos minutos después regresa con una silla muy parecida a la que trajo Gorka ayer y la pone a mi lado.

—Vamos, sube, que te llevo —intento explicarle que no puedo

apartarme del oxígeno hasta que el médico lo diga, pero lo apaga sin que lo espere —. ¿Te ahogas?

—No, pero...

—Nada de peros, vámonos. Solo será un momento. —Al notar que estoy bien y que por el momento no me falta el aire, el deseo de verlo hace lo demás y me deslizo como una niña entusiasmada hasta la silla.

—Date prisa, eh. Estamos con él un par de minutos y volvemos. No quiero que me echen la bronca.

—¡Deseo concedido! —Camina rápido por el largo pasillo y al entrar al ascensor me pregunta por la planta y la habitación. Se lo digo y, nada más abrirse las puertas, me doy cuenta de que tenemos enfrente el número que buscamos.

—¡Es aquí! —señalo el casillero y al ver que la puerta está entreabierta nos metemos dentro de un empujón —. Em... Hola... —balbuceo al encontrarme en la cama a un señor de ochenta años conectado a una bomba de oxígeno—. Creo que nos hemos equivocado—le susurro a Lucrecia y cuando noto que empieza a tirar de mí para marcharnos, las cortinas que hay al otro lado de la habitación se deslizan de un tirón y veo asomar su cabeza—. ¡Gorka! —Aunque intento contenerme, no puedo ocultar mi regocijo.

—¡Te parecerá bonito! —protesta y me doy cuenta de que tiene su pierna sobre un montón de almohadas.

—¿El qué? —le pregunto confundida.

—¡No haber venido hasta ahora!

—Pero..., ¡si no he podido! —me quejo—. Me lo tenía prohibido el médico.

—¿Y ya te ha dado permiso? —Levanta una ceja y entiendo lo que quiere decir. De algún modo me está reprendiendo por saltarme sus indicaciones.

—Yo... Nosotras... —Miro a Lucrecia y esta, en vez de ayudarme, sonríe como si fuese un muñeco de cartón. Después coloca mi silla pegada a la cabecera de su cama.

—Entonces ¿qué diablos haces sin oxígeno?

—Yo... —Lo intento de nuevo—. Solo quería saber si estabas bien. —No sé cómo tomarme sus palabras. Nunca sé cuándo habla en serio.

—Mierda... —Me mira como si estuviese viendo algo extraño—. ¿Te encuentras mal?

—De momento no, ¿por qué? —No sé qué me está viendo pero empiezo a asustarme.

—¡Joder! —Se acerca—. ¡Tus labios están cambiando de color!

—¿En serio? —Me muevo nerviosa mientras que él busca algo a nuestro alrededor y al no encontrarlo se asusta.

—Maldita sea. Sabía que pasaría algo así.

—¡Dios mío! —exclamo. Tengo miedo de morir.

—Siento tener que hacer esto pero necesitas oxígeno con urgencia o te desmayarás.

De pronto, agarra mi nuca con su mano y, doblándose hacia mí, estrella sus labios contra los míos. Lejos de insuflarme aire como esperaba, me lo roba. En ese preciso momento soy consciente de que en realidad estoy perfecta y que lo único que ha hecho ha sido engañarme de nuevo.

CAPÍTULO 15

—¡Cristo bendito! ¡Qué calor! —exclama Lucrecia desde el otro lado de la habitación y de pronto recuerdo que está presente. Me aparto todo lo rápido que puedo de Gorka y al mirarla se está abanicando con una mano. Casi puedo percibir un aura de corazones a su alrededor—. Seguid. Seguid. Por mí no os cortéis —indica con una gran sonrisa en sus labios y temo que lo que acaba de ocurrir no tarde en aparecer en el grupo de mensajería que compartimos con nuestras amigas.

—Si dices una sola palabra de esto a las demás te bloquearé para el resto de tu vida.

Muy despacio, saca su mano libre del bolso y tuerzo los ojos. Si me llego a descuidar solo un segundo más habría sido demasiado tarde. Cuando quiere es más rápida que la subida de mi factura de la luz.

—Mariajo...

—¿Qué quieres ahora? —Me vuelvo hacia Gorka, cabreada. Con sus idioteces no para de buscarme problemas. Este juego que se trae conmigo es algo nuevo para mí y no negaré que me gusta, pero únicamente cuando estamos solos.

—¿Te está faltando el aire? —Su pregunta hace que preste más atención a mi cuerpo y aunque noto que mi respiración se está acelerando, culpo de ello a mi enfado.

—Ahhh, no... No pienso caer otra vez —le anuncio. Es increíble lo que es capaz de inventar con tal de robarme un beso. ¿Por qué lo hace? ¿Qué carajo pretende con eso? Mi irritación aumenta por momentos y varias gotas de sudor corren por mi espalda.

—Lucrecia, llévala ya a su cuarto —Gorka sigue a lo suyo—. Creo que su saturación está bajando. No puede estar más tiempo sin la mascarilla.

—¿Es que nunca te cansas? —Resoplo y al inhalar noto que mis pulmones ya no se llenan como antes—. ¡Mierda! —Pongo las manos sobre mi pecho, asustada, y Gorka se sienta.

—¡Joder! —Sujeta mis hombros, preocupado—. ¡Necesitas el oxígeno ya!

—Me estoy mareando. —Jadeo y todo comienza a darme vueltas. Cuando voy a sujetar mi cabeza descubro que las puntas de mis dedos están moradas y me asusto—. ¿Qué es esto? No...

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —Lucrecia se mueve de un lado para otro por la habitación y de pronto la oigo hablar con alguien—. Lo siento mucho, señor. Lo siento de veras, pero necesito que me preste esto. —Con un rápido movimiento arranca al anciano que tenemos al lado su mascarilla y me la trae. Al ver que está empapada y llena de grandes manchas, compatibles con saliva, niego con la cabeza y por

sus narices me la coloca en la cara—. ¡Respira, nena! —Me vuelvo a negar asqueada y la frota en mis mejillas—. ¡Respiraaa! ¡Vaaaaamos! —Al ver que ni siquiera hago el intento, la aprieta más fuerte contra mi piel y, tras dar varias arcadas, no me queda más remedio que hacerlo. Inhalo profundamente sin apartar la mirada de los goterones por si me esnifo alguno y, tras varios segundos, comienzo a encontrarme mejor, pero en ese momento la máquina del anciano pita con fuerza y una enfermera entra corriendo.

—Robustiano, ¿se encuentra bien? —Lo mueve y el hombre señala en nuestra dirección con la mano temblorosa.

—Me quieren matar... —le explica con una voz agónica, igualita a la de Darth Vader. Lucrecia y yo negamos con la cabeza.

—¿Qué has hecho con tu respirador? ¿Dónde está? —Le pregunta la enfermera mientras lo busca entre la cama y el anciano vuelve a alzar su dedo acusador.

—Ellas me lo han robado... —Incrédula, la pobre mujer mira una vez más hacia nosotros y cuando se da cuenta de la dirección que lleva el tubo conector, abre su boca, sorprendida.

—Oh, Dios mío. Pero ¿qué está pasando aquí? —No puede creer lo que está viendo—. ¿Por qué habéis hecho eso? —Toca un botón que hay en el cabecero de la cama y a través de un pequeño altavoz pide a alguien que le traiga un kit de oxígeno.

—Es que Mariajo... —Lucrecia es la primera en responder—. Tuve que hacerlo. Ella se estaba muriendo. Estaba azul... como un pitufo. —Mueve sus manos queriendo decir muchas cosas, pero apenas dice nada.

—Pues felicidades, querida. A este señor, aparte de una cadera rota, lo estamos tratando de neumonía.

—¿Qué? —Mis ojos se abren como platos y me la quito tirando de las gomas. El anciano comienza a toser y al escuchar cómo suena su pecho descubro lo que eran esas horribles manchas—. ¡Dios mío! ¡Dame eso! —señalo el bote de gel hidroalcohólico que hay en la pared y cuando Lucrecia me lo alcanza le lanzo la peor de mis miradas asesinas. Solo me faltaba ya contagiarme de neumonía. Presiono varias veces el aplicador sobre mis manos y cuando tengo en las palmas producto suficiente, lo restriego por mi cara. En el momento en que inhalo, el vapor del alcohol entra en contacto con mis mucosas y comienzo a toser. Soy idiota, lo sé, pero lo último que quiero es verme como el anciano.

Mientras lucho de nuevo por respirar, esta vez por una causa diferente, una auxiliar entra en la habitación con el nuevo kit de oxígeno y al conectarlo a una bala de metal que hay incrustada en la pared consiguen hacerme llegar el ansiado aire que tanto necesito.

—¿Estás mejor? —Gorka acaricia mi espalda, preocupado, y asiento.

—Voy a por otra de estas —dice la auxiliar mientras enrolla la mascarilla usada en su mano para tirarla. Cuando regresa con ella, el anciano me mira con odio.

—Lo siento mucho. —Trato de disculparme con él mientras se lo colocan y, con asombro, descubro que me está sacando el dedo corazón. La enfermera se da cuenta y lo reprende.

—¡Eh, no! ¡Eso no! ¡Robustiano!

—Me la agarras con la mano —balbucea el hombre y todos nos quedamos callados.

—¿Qué has dicho? —La enfermera no puede creer lo que acaba de oír y Gorka se carcajea.

—Que me agarres el bicho.

—¡Ay, Señor! Lo que hay que aguantar... —Suspira sabiendo que por su demencia senil no puede hacer mucho más con él y ahora a quien se dirige es a mí—. Voy a pedirle a un celador que te lleve de regreso a tu habitación, así que haz el favor de no volver a moverte de allí hasta que el doctor te diga lo contrario. —Asiento para indicarle que me ha quedado claro y se marcha agotada. La auxiliar termina de ajustar todo y hace lo mismo.

—Muchacho, ¿lo he dicho bien? —El señor vuelve a hablar, esta vez en nuestra dirección, y me resulta extraño.

—¡Perfecto, Robustiano!

—Me la agarras con la mano —repite el anciano y cuando oigo a Gorka carcajearse de nuevo me doy cuenta de lo que está pasando.

—¿En serio? —Lo miro y vuelve a reír—. ¿En serio has tenido el valor de enseñarle eso? —Se encoge de hombros y ya no necesito preguntar más. Definitivamente, Gorka es mucho peor que un grupo de niños traviesos.

Varios minutos después, y como me indicó la enfermera, un celador viene a por mí y Lucrecia nos acompaña. Hasta el momento me extrañaba que estuviese tan callada, pero en cuanto entramos a la habitación me lanza la artillería pesada. Esquivo sus preguntas como puedo, sin embargo, después de haber visto nuestro beso se muestra mucho más entusiasmada que yo y aunque intento quitarle varias ideas absurdas de la cabeza, se atreve incluso a hablar de una relación. ¿Acaso no es consciente de las barbaridades que dice? ¿Cómo puede siquiera pensar algo así? Gorka y yo no tenemos nada en común.

Cuando se da cuenta de que se le ha hecho tarde, se despide a la carrera y al llegar a la puerta se cruza con mi madre. Hablan durante algunos segundos y, disculpándose, se marcha. Mi madre camina entonces en mi dirección mirando por todas partes y antes de sentarse

me pregunta por Gorka. ¿Qué le pasa a todo el mundo con él? Le explico dónde está y tras contarle lo de su operación cambiamos de tema.

Mientras charlamos me comenta que han abierto una investigación para saber qué es lo que realmente ocurrió en la farmacia, que mi padre ha hablado con un abogado y que mi hermano está revisando el seguro. Lo único bueno de todo esto es que cuando salga de aquí me ahorraré el tener que hacer esos trámites, aunque estoy segura de que me tocará hacer otros. Solo espero que no sean demasiado traumáticos porque sé que me vendré abajo en cuanto vea con mis propios ojos el estado en el que se ha quedado mi negocio. Ese que con tanto esfuerzo estaba levantando. De momento estoy tratando de no pensar en ello para evitarme sufrimientos, pero en unos días, quiera o no, tendré que enfrentarlo.

Antes de marcharse, mi madre saca de su bolso varios dulces y un par de bolsas con los snacks salados que tanto me gustan. Sabe que la comida del hospital no me está resultando agradable y con ese gesto trata de hacerme un poco más llevadera la estancia. Se despide dándome un beso en la frente y, para no sentirme sola, conecto la televisión. Sin embargo, no le hago ningún caso porque en mi mente solo está Gorka. ¿Por qué no puedo quitármelo de la cabeza? Y, aún peor, ¿por qué haga lo que haga nunca puedo enfadarme con él? Con esas preguntas rondándome en la mente me doy la vuelta en la cama y no tardo en quedarme dormida.

A la mañana siguiente, y como el día anterior, las enfermeras vienen temprano para tomarme las constantes. Cuando se marchan estoy tan cansada que solo tengo que relajarme para dormirme otra vez.

Un ruido llama mi atención pero estoy tan a gusto que evito abrir los ojos para no desvelarme. El ruido comienza a hacerse cada vez más molesto y, creyendo que es la señora de la limpieza y que no tardará en irse, cubro mi cabeza con la almohada. Sin embargo, no parece llevar ninguna prisa y cuando me giro para saber qué es lo que está haciendo no puedo creer lo que veo.

—¿Qué...? ¿qué haces aquí? —Gorka está a un lado de mi cama sobre una silla de ruedas muy parecida a la que trajo la última vez y se está comiendo uno de los dulces que compró mi madre.

—He venido a asegurarme de que no haces lo de ayer. ¿Quieres? —Me ofrece.

—No. No quiero y por si no te has dado cuenta, eso es mío —le reprocho.

—Son bienes gananciales. —Mastica con rapidez para introducir otro trozo más en su boca.

—¿Eh?

—Has conseguido esto. —Me lo muestra mientras traga—, dentro de nuestra relación, así que por ley me corresponde la mitad.

—Esos "bienes gananciales" de los que hablas son los que adquieren los cónyuges durante el matrimonio. Ma-tri-mo-nio. —repito por si no le ha quedado claro—. Y nosotros, que yo sepa, no estamos casados.

—Ya nos casaremos cuando llegue el momento. ¡No me presiones!

—Dios... ¡Estás como una cabra! —Me mira y sigue comiendo sin decir nada. ¿Cómo es posible que siempre logre darle la vuelta a todo?

—¿Ha venido ya el médico a verte? —habla a la vez que se chupa los dedos.

—Aquí todavía no ha venido nadie— respondo mirando al techo. Acabo de abrir los ojos y ya me tiene alterada—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —Está recién operado y dudo que le hayan permitido levantarse tan pronto.

—Ahora este también es mi cuarto.

—¿Qué? ¿Cómo que...? —Veo que se fija en los snacks y cuando estira la mano para agarrarlos intento detenerlo—. ¡Deja eso ahí! —Me ignora, lee el contenido y al no gustarle vuelve a ponerlos en su sitio—. ¿Por qué dices que ahora este también es tu cuarto?

La puerta se abre y al ver a dos personas empujando una cama hacia el interior me quedo paralizada. La colocan a mi lado y cuando termina uno de ellos se acerca a Gorka.

—Ya lo tienes, colega. —Chocan sus manos y mis ojos se abren—. Disfrutad, parejita. Que no se diga que en este hospital no os cuidamos.

—¿Parejita? —Lo miro incrédula—. Pero... ¿qué les has dicho?

—Lo normal en estos casos. —Se encoge de hombros—, que quiero compartir habitación con mi chica.

—Madre mía. —Me lamento cubriendo mi frente con la mano—. La que me espera...

—Pues te vas a reír cuando sepas lo mejor —comenta mientras se coloca para subir al colchón.

—¿El qué? —pregunto segura de que ya no puede sorprenderme más.

—Que esto ha sido idea de tu madre.

—¿¡Quéééééé!?

CAPÍTULO 16

Si ya de por sí me ha ocasionado un trauma escucharle decir a Gorka que la mujer que me dio la vida está detrás de todo esto, saber que ha ido a visitarlo antes de marcharse todavía me sorprende más. ¿Dónde está mi madre y qué han hecho con ella?

Una hora después uno de sus compañeros viene a visitarlo y, para tener un poco de intimidad, echo la cortina que hay entre las camas con intención de que no me vean, pero no tarda ni dos minutos en delatarme y tengo que apartarla por compromiso para saludarlo. Espero a que se vaya y en cuanto me aseguro de que estamos solos no tardo en reprocharle lo que ha hecho.

—Si vamos a compartir habitación debemos poner unas normas. —Me mira—. No pienso permitir que me sigas avergonzando así.

—¿Te avergüenzo? —Pone la mano en su pecho y finge estar ofendido—. ¡Lo sabía!

—Te estoy hablando en serio —lo señalo con el dedo—. Quiero mi espacio. Tengo derecho.

—Apenas llevamos media mañana viviendo juntos y... ¿ya te pones así?

—¡Por Dios! —clamo mirando al cielo—. ¿Cómo puedes ser tan crío?

—¿Y tú tan dramática?

—¿Qué? —Esa sí que no me la esperaba.

—Desde que te conozco, quitando la noche de marras...

—Ya estamos... —lo interrumpo.

—Venga, vale. —Se coloca para verme mejor—. Empiezo de nuevo. —Toma una bocanada de aire—. Desde que te conozco siempre estás de mal humor o cabreada.

—Por algo será. —Le culpo con la mirada y finge no darse cuenta.

—Alguien a quien quise mucho me dijo una vez que la vida te da exactamente lo que pides y el universo te devuelve la misma energía que le entregas. —Se da cuenta que no entiendo lo que me está queriendo decir y trata de explicármelo mejor—: En otras palabras... Si piensas de forma positiva y eres optimista, atraerás cosas buenas, pero si lo haces de forma negativa o eres pesimista, lo único que obtendrás será eso, negatividad a tu alrededor. —Sus palabras consiguen captar mi atención—. Estamos vivos y, como tal, nos pasan cosas, pero si a esas cosas les damos una importancia extrema, automáticamente nuestro cerebro se convierte en una especie de anciano alimentando a las palomas. Cuanta más comida les des, más vendrán, así que es mejor evitar alimentar ese tipo de pensamientos.

—No sé... —digo solo para evitar darle la razón.

—Mira mi pierna —la señala—. ¿Qué adelanto con pensar que está

rota y que pasaré algunas semanas así? —Al ver que no respondo, lo hace él—. Absolutamente nada. Solo sufrir de manera absurda porque el daño ya está hecho y no hay marcha atrás. No pienso entregarle ni un solo minuto al pasado pensando en qué hubiese pasado si en vez de a la derecha, me hubiese movido hacia la izquierda. Esas energías me las reservo para mi futuro, que es lo único que todavía puedo cambiar. Mientras me centraré en recuperarme.

—Yo no puedo verlo de esa forma... No es por quitarle importancia a lo que te ha ocurrido, pero ahora mismo creo que hubiese preferido romperme una pierna que perder la farmacia. Los huesos, después de todo, se curan.

—Y lo material se recupera, solo que tu negatividad no te deja verlo. En estos casos, lejos de pensar en lo que has perdido, deberías de dar las gracias y, de ese modo, comenzar a programar tu mente con pensamientos positivos.

—¿Las gracias por qué? Mi negocio acaba de quedar reducido a cenizas... —No le encuentro sentido a sus palabras. ¿Cómo quiere que esté agradecida?

—Pregúntales a tus padres... Ya verás cómo saben de qué hablo. Estoy convencido de que ahora mismo el incendio es lo que menos les importa.

—¡Claro que les importa! —digo ofendida— De hecho, estos días han sido ellos quienes han estado moviendo todo el papeleo.

—He dicho lo que menos..., no me malinterpretes. Para ellos lo primordial es que su hija está viva. Un apuesto y guapo bombero la salvó de ser devorada por las llamas y lo demás les importa una mierda. En el fondo, de una forma u otra saben que saldrás adelante y harán todo lo que esté en su mano para que así sea. Si hubieses muerto, ¿crees que les importaría lo que se ha perdido en el incendio? —Miro a un punto fijo para asimilar lo que acaba de decir—. Como ya te he dicho antes, deberías de agradecer que todavía estás aquí. Lo material se repone, Mariajo, por desgracia, la vida no. Y te lo dice alguien que ha visto morir a mucha gente. Cuando uno aprende eso, todo cambia a su alrededor. —Mira al suelo y siento lástima. Por su trabajo, puedo hacerme una idea de todo lo que ha tenido que ver—. Cuando salgas de aquí emplea tus fuerzas en buscar soluciones y evita estancarte en lo sucedido. Eso no lleva a ninguna parte. Llora un par de días si lo necesitas, pero no dejes que pase de ahí o, además de haber perdido tu negocio, perderás un tiempo valiosísimo que no podrás recuperar jamás.

—Ya... —Es lo único que puedo decir. Acaba de darme una lección de vida que difícilmente podré olvidar. Nunca pensé que con Gorka pudiese llegar a tener una conversación tan intensa. En el fondo resulta que es mucho más maduro de lo que hasta ahora me estaba

dejando ver. Escucharlo ha sido un gran descubrimiento y, a pesar de todo, un alivio. Su charla no va a solucionar mis problemas pero, en cierto modo, me servirá de colchón. Pensar en ello amortiguará mi caída para que el golpe sea menos duro cuando salga de aquí y me tenga que enfrentar a la realidad.

—Buenos días —alguien habla desde la puerta sacándome de mis pensamientos y me doy cuenta de que es mi médico—. ¿Cómo estás hoy? —Se coloca a los pies de mi cama mientras lee el informe.

—Bastante bien, la verdad. —Mis pulmones parecen haber recuperado su fuerza.

—Vaya... por lo que veo ayer fuiste un poquito rebelde. —Me mira por encima de sus gafas y aprieto la mandíbula.

—Sí, bueno... Me encontraba bien y me dejé llevar.

—Voy a tomarlo como una buena señal. —Sonríe antes de revisarme y tras observar que mi mejora es más que evidente, baja el caudal de mi oxígeno y me permite retirármelo algunos minutos con la condición de que no me aleje demasiado del tanque por si me encuentro mal, para que pueda volver a ponérmelo.

El doctor de Gorka llega después y parece que también le da buenas noticias.

—¿Cuándo podré levantarme? —le pregunta—. Necesito una ducha como el respirar.

—Si tienes cuidado podrás hacerlo hoy. —Mira sus papeles y anota algo—. Dejaré una nota a las auxiliares para que vengan a ayudarte.

Cuando se marcha, Gorka baja las piernas del colchón y, apoyándose solo en una, se pone en pie.

—¿Qué haces? —le increpo.

—Me duele el culo como no te imaginas de estar tanto tiempo en la misma postura.

—Espera al menos a que vengan a ayudarte. —Me preocupa que pueda caerse.

—Para esto no me hace falta nadie. —Camina a la pata coja por la habitación e, ignorándome, se agarra al respaldo de una silla que utiliza como bastón para llegar hasta el baño.

—¡Te vas a hacer daño! —Vuelvo a intentarlo—. Regresa a la cama.

—Necesito que mi tortuga estire su cuello. —Abre la puerta—. No imaginas lo que es tener que mear en una botella de plástico dos días seguidos.

—¡Joder! ¿Puedes ser menos explícito? —Ahora no podré quitarme esa imagen de la cabeza. Pobres animales.

—De acuerdo. Entonces..., si oyes un ruido es que estoy vaciando la manguera. —Pongo los ojos en blanco y cierra la puerta con una sonrisa pícara. Varios minutos después la abre de nuevo y me llama—.

¿Puedes venir un momento?

—¿Qué ocurre?

—Necesito tu ayuda.

—¿Para qué? —No acabo de fiarme.

—Quiero ducharme y necesito tu ayuda.

—Ah, no. El doctor te dijo que vendrían las auxiliares. Espera un poco, que no creo que tarden.

—Me da vergüenza que me vean desnudo.

—Gorka... —Suspiro—, deja de decir sandeces. Eres prácticamente un puto. —Pone la mano en su corazón y, mirándome como si se lo hubiese roto, cierra la puerta. Oigo movimiento—. ¡Gorka!

—Agárrame la mazorca —comenta desde dentro.

—¡No seas idiota!

—Díselo a mi vergota.

—¡No puedo contigo! —digo cabreada—. Se acabó, haz lo que te dé la gana. —Cuando se pone en ese plan es imposible. Un par de minutos después escucho el agua de la ducha y me incorporo con rapidez—. Mierda —balbuceo. No me puedo creer que lo esté haciendo. Con cuidado, me bajo de la cama y al comprobar que no me ahogo camino hasta la puerta—. Gorka. —Golpeo la madera con los nudillos, pero no me oye—. ¡Gorka! —insisto.

—Entra. —Muy despacio, abro una rendija y al comprobar que la cortina es opaca y que no se ve nada, paso al interior.

—¿Qué estás haciendo? —lo riño.

—¿Tú qué crees?

—¿De verdad que no has podido esperar?

—¿Puedes, por favor, acercarme la toalla? —ignora mi pregunta mientras frota su cabeza. La busco y, cuando por fin la encuentro, me giro para acercársela. De pronto abre la cortina.

—¿Estás loco? ¿Qué haces? —Cubro mi cara al encontrármelo desnudo.

—¿Acaso hay algo que no hayas visto ya?

—No sé de qué hablas... En mi cabeza nunca existió aquello —miento y con los ojos cerrados me acerco hasta él para entregársela, pero no la coge.

—Joder —protesta—. Me ha entrado jabón en los ojos. Dame la toalla ya.

—Estoy aquí —le indico para que se guíe por mi voz. Me niego a mirar.

—No te veo.

—Aquí —repito acercándome más.

—¡Por Dios! —exclama harto de esperar y entendiendo lo que pasa —. Uno de los dos debería de abrir los ojos, ¿no crees?

—Cuando te tapes, lo haré.

—¡Llevo tapado ya un rato! —Consciente de lo ridículo de la situación, lo hago y al comprobar que la parte baja de su cuerpo está cubierta por la cortina, respiro aliviada. Le acerco la tela y cuando sus manos la alcanzan resopla—. Si me haces esperar un segundo más se me queman las retinas.

—Qué quejica eres... —Frota su cara con ella y en el momento en que la aparta de su rostro, sujetándola por las puntas, la lanza contra mí y me atrapa con ella.

—¿Quejica? ¿Quieres que te demuestre aquí y ahora quién de los dos es más quejica? —Levanta sus cejas a la vez que tira de la toalla para que me acerque más. Cuando nuestros pechos se tocan, doy un paso atrás y sus ojos se abren de par en par.

—¡Mierda! —grita al tiempo que se escurre. Al darme cuenta de lo que está ocurriendo, en un acto reflejo, y con tal de que no se caiga, le agarro con la mano la parte del cuerpo que más cerca tengo—. ¡Mariajoooo! —Sus ojos se agrandan mucho más que antes y, solo un segundo después, los míos también.

CAPÍTULO 17

—¡Ahhhhhh! —chillo al darme cuenta de lo que estoy empuñando, pero sé que si muevo un solo dedo y lo suelto se dará de bruces contra el suelo.

—¡Suéltameee! —Se agarra como puede a las cortinas para elevarse y estas se arrancan, haciéndolo tomar una postura mucho más complicada.

—¡Sujétate a mí! ¡A mis hombros! —le indico al ver que ya casi está haciendo el pino puente y, con lágrimas en los ojos, niega con la cabeza. Sabe que si aparta una sola mano de la pared no podré aguantar su peso y, por la caída, es posible que se vuelva a romper la pierna. Creyendo que todo está perdido, echo la otra mano con intención de hacer más fuerza y así poderlo ayudar. Sus gritos llegan hasta el pasillo.

—¡Me la arrancas! ¡Me la arrancassss!

—¡Vamos, joder! ¡Muévete! —le riño mientras tiro con más fuerza. Se está entregando al dolor y no me está ayudando—. ¡Haz algo de una vez! —jadeo con esfuerzo.

En ese momento la puerta que tengo a mi espalda se abre y, al girar la cabeza, me encuentro de frente con dos auxiliares. Una pestañea confusa mientras que la otra abre su boca. Solo un nuevo grito de Gorka logra sacarlas de ese estado.

—¡Dios mío! Pero ¿esto qué es? —dice la más mayor sin moverse de donde está.

—¡Se cae! ¡Ayudadme! —Les pido desesperada al notar que su pene comienza a escurrirse de mis manos. Solo cuando se dan cuenta de que es algo serio corren hacia nosotros.

Entre las tres evitamos que se caiga y mientras que una lo agarra por la espalda, la otra tira de su cabeza; entonces él mismo, con sus brazos sujetándose a mí, termina de levantarse. Cuando ya no puedo hacer nada más me aparto para dejarlas trabajar y terminar de sacarlo de la ducha. Me siento en el inodoro avergonzada. No sé qué es lo que habrán pensado al entrar, pero casi que me lo puedo imaginar.

—Deberíamos de llamar al médico —balbucea una de ellas—. Creo que se le ha..., se le ha quebrado el pene.

—¿Qué? —Miro sin pensar, preocupada, y aunque cubro mis ojos con rapidez por la impresión, me da tiempo a verlo y está exactamente igual que lo recuerdo.

—¡Dios mío! ¡Es verdad! —dice la otra y Gorka, como siempre, no lo deja pasar sin más.

—¿Qué? ¡Nooo! —dramatiza—. ¡Todo esto ha sido por su culpa! —me señala y casi puedo imaginar lo que viene. Ni dolorido puede dejar escapar la oportunidad de hacérmelo pasar mal—. Cuando te dije que

necesitaba que mi tortuga estirase el cuello, no me refería a esto —se señala el miembro con las dos manos—. ¡Mira cómo me la has dejado! Ahora parece el cogote de una jirafa.

—¡Para ya! —me quejo y las auxiliares nos miran extrañadas—. No le hagáis caso. Esa... monstruosidad es suya por naturaleza. Tiene el cerebro tan deforme como su maldito cíclope —digo cabreada y Gorka comienza a carcajearse.

Al descubrir que está bien, las chicas, sintiéndose tan avergonzadas como yo, le dan una toalla para que se cubra y mientras lo ayudan a vestirse las risas y miradas cómplices entre ellas no se me escapan. Al final lo acompañan a la cama y cuando se aseguran de que su pierna está acomodada, se marchan entre chismorreos.

—Al final nos van a echar de aquí —murmuro mientras me echo sobre la mía y conecto la mascarilla. Llevaba ya un rato notando que me faltaba el aire, aunque ni de lejos estaba siendo tan agobiante como la última vez. Sin ganas de hablar, me coloco de espaldas a él y trato de relajarme mirando a la pared. No sé cómo se las arregla pero, de una forma u otra, cada vez que está conmigo acaban pasándome cosas así. Parece que tiene imán para ello. Yo que siempre he huido de este tipo de temas... Y si ya de por sí eso es vergonzoso para mí, cuando añade sus malditas frases es todavía peor.

—Mariajo... —Escucho cómo me llama, pero lo ignoro. Me niego a hablar con él, al menos hasta que se me pase el enfado—. Ma-ri-a-jo... —insiste y, resoplando, hago lo mismo—. ¡Mariajo!

—¡Agárrate el colgajo y déjame en paz! —suelto sin más y comienza a reírse.

—Qué rápido aprendes...

—Ahora más que nunca entiendo por qué aprendió también el anciano. Eres insoportable.

—Oye... ¿no te habrás enfadado?

—¿Tú qué crees? —contraataco sin mirarle.

—Pero ¡si has sido tú quien casi me decapita al ganso!

—Si lo llego a saber te dejo caer.

No puedo creer que encima me lo esté reprochando.

—Pues después de cómo me lo has estrangulado no sé yo qué hubiese sido mejor, eh... —Frunzo el ceño, aunque no puede verme—. Se me ha quedado tan estirado que cuando me ponga de pie voy a tener que meterlo en la boquilla del calcetín para no pisármelo. —Muerdo mi lengua—. Quizás si le haces el "Sana, sana... culito de rana" te perdona.

—Mejor el "Nino, nino, a la próxima te la guillotino" y acabamos con esto.

—Jo, con lo bien que os llevabais antes... ¿Qué os ha pasado?

—Cállate ya, anda. No estoy de humor. —Ya no sé es mi

percepción o nuestras conversaciones se han vuelto cada vez más infantiles.

—No te habrás enfadado ¿verdad? —No respondo y, un minuto después, noto que algo se mueve a mi lado. Me giro y, para mi sorpresa, lo encuentro pegado a mi cama.

—¿Qué haces? ¿Por qué te levantas?

—Déjame sitio, anda —dice con la pierna elevada para no apoyarla.

—¿Qué? No. Tú tienes tu cama.

—Vete para allá. —Me empuja y, como puede, se acomoda a mi lado—. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? —me pregunta a la vez que se apodera del mando a distancia.

—Dejar de invadir mi espacio, por ejemplo —expongo con sarcasmo. Parece que es lo único que sabe hacer.

—Aquí estoy más a gusto y calentito. —Presiona uno de los botones y el televisor se enciende—. ¿Vemos una peli?

—Yo no quiero ver nada —continúo dándole la espalda para que entienda que estoy cabreada y tras pasar varios minutos más en esa posición, oigo que su respiración se vuelve mucho más pausada. Al notar que tampoco se mueve, lo miro de reojo y descubro que se ha quedado dormido.

Con cuidado de no despertarlo, me giro muy despacio para cambiar de postura y aprovecho para observarlo. Es tan grande que sus pies casi se salen por debajo de las sábanas. Apenas cabemos los dos en la cama. Su cabello, castaño oscuro, siempre está perfectamente peinado y sus sienes rapadas le dan un aspecto bastante atractivo y varonil. Su frente comienza a moverse como si estuviera soñando y al fijarme en sus ojos me doy cuenta de que sus pestañas son mucho más largas y negras de lo que en principio me parecían. Con sus demás facciones me pasa lo mismo. Su nariz y boca se hallan en perfecta armonía; y sus labios, marcados y gruesos, están llenos de vida. Ojalá algún día consiga que los míos tengan ese aspecto tan fresco.

Vuelve a moverse y veo como aprieta su mandíbula cuadrada. Al momento, su respiración cambia, acelerándose; y el sueño, que tan relajado lo tenía, comienza a parecerse más a una pesadilla. Lo observo con detalle y cuando sus párpados se mueven con rapidez valoro despertarlo, pero al final decido que es mejor no molestarlo por si la cosa cambia. Varios segundos después su cuerpo comienza a experimentar pequeños espasmos involuntarios y en uno de ellos se despierta inhalando de manera agitada.

—¿Estás bien? —Me preocupo al verlo tan nervioso.

—Yo sí. Yo... ¿tú estás bien? —Me mira desorientado y su frente comienza a perlarse por el sudor.

—Creo que has tenido un mal sueño. —Pongo mi mano en su

hombro para intentar calmarlo y parece que funciona. Cuando era pequeña y yo también los tenía, mi madre hacía lo mismo y con su contacto lograba centrarme enseguida.

Se deja caer de nuevo en el colchón y tapando sus ojos con el brazo recupera el ritmo normal de su respiración. Muy despacio, lo retira y me busca con la mirada.

—Ven. —Me pide dándose pequeños golpecitos en el pecho y, olvidando mi enfado, lo hago. No sé qué habrá sido lo que ha soñado, pero siento que necesita un abrazo, así que no dudo en dárselo. Coloca su mano alrededor de mi cintura y cuando percibo lo rápido que le late el corazón, rodeo su cuerpo con mi brazo hasta que poco a poco se calma.

Pasamos varios minutos así y ninguno de los dos dice nada. Su cuerpo, tocando el mío, hace que yo también me sienta más tranquila y cuando menos me lo espero me quedo dormida.

Un susurro me despierta y al abrir los ojos me doy cuenta de que sigo en la misma posición que antes. El cuerpo de Gorka está bajo mi rostro y cuando alzo la mirada me encuentro con la suya.

—Hola, preciosa —dice con una amplia sonrisa en su cara—. Te has dormido.

—Sí... —al hablar noto humedad en mi mejilla y al levantarme veo que he mojado su pijama con saliva —¡Mierda! —digo avergonzada. Estaba tan a gusto que no me he enterado.

—Un poco más y me puedo bajar de la cama nadando —bromea mientras airea su ropa para secarla. Mi rostro se colorea.

—Lo siento, hacía mucho tiempo que no me pasaba. —Busco algo en la mesilla para secarlo y al ver a alguien sentado frente a nosotros grito—. ¡Joder, mamá! ¡Qué susto! ¿Cuándo has llegado?

—Hola, cielo. —Sonríe y al acordarme de los susurros miro a ambos. Deben de haber estado hablando mientras yo dormía—. Hace como una hora.

—¿En serio? —Vuelvo a mirarlos y en lo único que puedo pensar es en que han tenido una conversación de sesenta minutos.

—Tu madre me ha contado muchas cosas. —Levanta las cejas y trago saliva.

—¿Qué le has contado? —Me inquieto. De sobra sé que Gorka lo usará todo en mi contra.

—Nada importante, no te preocupes. —Vuelvo a mirarlo y este sigue lanzándome una mirada graciosa—. Por cierto, cuando venía me he encontrado con tu médico y me ha dicho que en un par de días te dará el alta.

—¡Gracias a Dios! —exclamo mirando al cielo. Tengo unas ganas horribles de salir de aquí—. ¡Ah! Por cierto, mamá —llamo su atención—, voy a necesitar ropa limpia. La que tenía puesta el día del

incendio la han tenido que tirar. Estaba rota y ahumada.

—Ya he pensado en ello, no te preocupes. —Alza una bolsa del suelo y me la muestra—. La tienes aquí. He estado preparándola esta mañana. —Al escucharla decir eso recuerdo algo y mi respiración se corta—. Por cierto, he encontrado un aparato muy raro entre tus camisetas. —Me tenso al ver que mete la mano en su bolso y cuando saca el teléfono expulso el aire de mis pulmones con disimulo—. Le he hecho una foto, mira. —Sin darme tiempo a nada, coloca la pantalla frente a nosotros y al ver el succionador de clítoris en ella me quedo paralizada—. ¿Qué es? Nunca lo había visto.

—Qué cosa más extraña ¿verdad? —comenta Gorka con guasa y un horrible calor sube por mi cara—. ¿Qué es eso, Mariajo?

—Un... —Me falla la voz y tengo que carraspear para continuar—. Es un... —Trago saliva al saber que, por mucho que lo intente, no voy a encontrar una respuesta creíble. Cuando estoy acobardada, a punto de echarme a llorar, Gorka vuelve a hablar.

—¡Ya sé! ¡Es un quita pelusas! —responde por mí y lo miro con rapidez—. Acabo de recordar que mi hermana tenía uno igual y decía que era una maravilla.

—¿En serio? —Mi madre parece creérselo y amplía la foto para mirarlo con más atención—. Tengo un jersey que me encanta pero se llenó de bolitas y tuve que dejar de ponérmelo. Cuando llegue a casa lo pruebo.

—Pruébelo, pruébelo... seguro que no se arrepiente. —Noto que aguanta la risa y cuando le doy un codazo bajo las sábanas ladea una sonrisa maliciosa—. Aunque siendo de Mariajo, ella mejor que nadie nos puede decir... ¿Qué tal funciona, cariño?

CAPÍTULO 18

—¡Está roto! —respondo sabiendo que cuando mi madre lo intente usar no hará lo que ella cree y necesito que se olvide cuanto antes del succionador o al final descubrirá lo que es.

—Oh, qué pena —dice cabizbaja mientras le lanzo una mirada asesina a Gorka. La conversación del aparatito por fin termina.

Mi madre continúa hablando con él como si lo conociese de toda la vida y quedo muy sorprendida. Nunca se había mostrado así con nadie. Es más, siempre ha sido bastante áspera con mis amistades y no recuerdo que ninguna le haya parecido buena para mí, excepto Lucrecia, que a ella más o menos la tolera. Si supiese que, de todos mis amigos, ella es la peor... es justo el tipo de persona del que siempre insiste en que me aparte. Una mala influencia como le gusta llamarlas.

Cuando se marcha las auxiliares nos traen la comida y, un par de horas después, Gorka vuelve a recibir visitas. Sin embargo, esta vez se lo llevan en la silla de ruedas a dar una vuelta por el hospital y es algo que agradezco. Al fin un poco de paz. Conecto la televisión y cuando más centrada estoy en la trama de una película, alguien llama a la puerta. Descubro que son dos policías.

Me saludan y tras asegurarse de que soy la persona que buscan, me explican que han abierto una investigación para esclarecer las causas del incendio, ya que no parecen estar muy claras, así que me hacen varias preguntas. Al explicar los problemas que tuve días antes con los fusibles, la negativa de la señora Margarita para hacerse cargo y mis repetidas llamadas a la compañía eléctrica, anotan todo en una especie de libreta para, según ellos, comprobarlo. Cuando creen tener toda la información que necesitan, se marchan.

—¿Qué querían esos agentes? —me pregunta Gorka nada más entrar y veo que ya viene solo.

—Parece que han abierto una investigación —respondo pensativa y miro al vacío mientras Gorka se levanta de la silla y, con cuidado, se echa sobre la cama.

—¿Te han dicho si han encontrado algo extraño?

—Realmente no..., solo querían que respondiera a algunas preguntas y que les contara lo ocurrido. —Pestañeo confusa.

—Um... —Arruga su nariz—, algo no les cuadra.

—¿Tú crees? —Por su experiencia, sabe más que yo y si ha dicho eso es por algo.

—Estoy convencido.

***

A la mañana siguiente, y mientras espero a que mi madre me traiga un móvil nuevo para poder comunicarme con mi familia y amigos, veo

en el pasillo parte de unas siluetas que me resultan familiares. Tras escucharlos hablar con una enfermera, la puerta de mi habitación termina de abrirse y aparece Margarita junto a su sobrino.

—Buenas —habla tan fuerte que despierta a Gorka que, frotando sus ojos, se sienta—. ¿Cómo estás?

—Hola. —Los miro extrañada ¿Qué diablos hacen aquí?—. Bastante mejor ya. Gracias. —. Estoy tan sorprendida que lo único que hago es esperar a que vuelvan a hablar.

—No sabes cuánto me alegro —responde con sequedad. ¿Para qué diablos ha venido si parece que no está cómoda?—. Vas a necesitar mucha fuerza para enfrentarte a lo que viene.

—¿El qué? —No sé de qué está hablando. Gorka carraspea en ese momento y veo por el rabillo del ojo como los observa.

—Para la demanda que te hemos puesto. —Mis ojos se abren—. He venido solo para decírtelo a la cara y asegurarme de que estás en perfectas condiciones de asistir a un juicio. No quiero que después pongas excusas para alargarlo.

—¿Qué? —No doy crédito.

—No te hagas la tonta ¡Has quemado mi local! ¡El trabajo de mi vida!

—Que yo he… ¿Qué? —Necesito que me repita lo que acaba de decir. No estoy segura de haber oído lo que creo.

—Vas a tener que pagarle a mi tía todo —responde el sobrino y Gorka vuelve a carraspear—. Manipulaste el diferencial cuando se te pidió que no lo tocaras.

—¿¿Qué?? Pero ¿qué estáis diciendo? ¡Fuisteis vosotros! —Margarita coloca la mano en su pecho y finge llorar haciendo que su sobrino se ponga más nervioso.

—¡Eso es mentira! —Da un paso hacia mí y cuando miro a Gorka me doy cuenta de que tiene la pierna sana apoyada en el suelo—. Te pedí que no tocaras nada y lo hiciste. ¡Han descubierto tu trampa!

—¿De qué trampa estás hablando?

—Conectaste los cables de tal forma que nos robabas la luz.

—¿Estás quedándote conmigo? —Eso sí que no se lo permito ¿Cómo se atreve a culparme de algo que han estado haciendo ellos?—. Quienes me habéis estado estafando durante meses habéis sido vosotros. No vais a hacerme cargar con eso. ¡No pienso permitirlo!

—La policía ya lo ha descubierto, así que prepárate, porque te va a caer una buena. —Vuelve a acercarse y Gorka, de un solo movimiento, se coloca en medio.

—Amiguito. —Clava un dedo sobre su pecho empujándolo y el sobrino de Margarita abre los ojos de par en par—. Si vuelves a acercarte solo un centímetro más a ella al que van a tener que conectar cables por todo el cuerpo es a ti. —Lo empuja de nuevo y

temo que se quiera defender viendo que tiene ventaja, pero es tan cobarde que, aunque Gorka está apoyado en una sola pierna, se esconde detrás de su tía—. Y si creéis que habéis ganado un juicio que todavía no ha empezado, me temo que estáis muy equivocados porque será vuestra palabra contra la suya—. Margarita intenta hablar y Gorka la silencia con un gesto—. Solo voy a deciros una sola cosa más antes de que os larguéis de aquí por las buenas. —Su tono suena cada vez más amenazante—: Si pensáis llevar esto tan lejos como decís, ya podéis ir rezando para que no gane ella, porque como eso ocurra os aseguro que será vuestra ruina.

—Eso ya se verá—responde Margarita visiblemente doblegada y, agarrándose al brazo de su sobrino, se marchan. Estoy segura de que no esperaban encontrarse en la habitación con alguien que me defendiese así.

Teniendo ahora más claro por qué ha venido la policía, Gorka me hace algunas preguntas parecidas a las que les respondí a ellos y cuando le cuento lo mismo abre sus ojos de golpe. Hasta ahora él solo sabía lo que ocurrió en el incendio, pero desconocía los problemas que había tenido con la instalación y, sobre todo, los que había tenido con ellos por esa razón.

Si antes quería salir del hospital, ahora con más ganas. Necesito poder solucionar esto cuanto antes. Lo último que quiero es que, además de todas mis pérdidas, también me hagan pagar por algo así. Son mala gente y sé que, por librarse, no dudarán en mentir y acusarme para que yo cargue con todo. Como bien ha dicho Gorka es su palabra contra la mía, pero... puede salir mal y no tengo pruebas para demostrar mi inocencia.

Tal y como me comentó mi madre, a la mañana siguiente el doctor me da el alta. Mientras recojo las pocas cosas que me han ido trayendo estos días, Gorka me mira.

—¿Vendrás a verme? —pregunta bastante más serio que otras veces y no puedo evitar sentir una punzada de lástima. A él todavía le quedan algunos días más de estar en el hospital.

—Veré qué puedo hacer —respondo mientras guardo el cargador del nuevo teléfono en una bolsa y me acomodo en la silla que hay frente a él para esperar a mis padres.

Mientras charlamos no puedo evitar notar que le falta su chispa habitual. Suele bromear con todo, sin embargo, no lo está haciendo esta vez e imagino que se debe a que sabe que se va a quedar solo. Cuando llegan mis padres, mi madre le entrega un batido de chocolate que, por alguna razón, sabe que es su favorito. Él se muestra muy agradecido y lo abre delante de nosotros, bebe y, tras cruzar unas cuantas frases más, nos despedimos, no sin antes usar todas sus tácticas para hacerme prometer delante ellos que volveré a verlo en

cuanto pueda. Por supuesto, mi madre lo apoya y cuando están saliendo por la puerta me doy cuenta de que Gorka parece más triste. Apenada, me acerco a su cama y, al notarlo, me sigue con la mirada hasta que nuestros ojos se encuentran. Algo ocurre en ese momento pues, de pronto, soy más consciente que nunca de que la persona que está ahí, y que tanto me provoca con sus tonterías, realmente me ha salvado la vida y gracias a él estoy pudiendo volver a casa con mi familia.

—Gracias por todo —le digo sin más y, sonriendo, entiende a lo que me refiero.

—Siempre que estés en peligro mi manguera estará a tu disposición. —Me guiña uno de sus ojos en un intento de parecer gracioso, pero no lo consigue. El desánimo en su rostro es cada vez más evidente.

—Te has manchado —le digo al darme cuenta de que tiene algo en la parte alta de su barbilla—. Creo que es chocolate del batido. —Me acerco a él para observarlo mejor y, sin que se lo espere, poso mis labios sobre los suyos—. Sí, definitivamente lo es. —Sonrío al tiempo que me aparto y sus ojos se abren sorprendidos, adquiriendo de nuevo el brillo que parecían haber perdido.

—¿Estás segura? —ríe—. Deberías cerciorarte mejor. —Estira su gran brazo y en el momento que alcanza mi nuca tira fuerte de mí. Ahora es él quien me besa, provocando que un sonido agudo salga de mi garganta—. ¿Lo es? —me pregunta nada más apartarse y, antes de que pueda responder, vuelve a besarme con más intensidad.

Alguien carraspea a mi espalda, interrumpiéndonos. Al girarme veo que mi padre me está mirando desde la puerta.

—Date prisa, tenemos cita con el seguro —dice antes de volver a macharse y sonrío a Gorka antes de despedirme, sonrojada como un tomate. Cuando estoy a punto de salir de la habitación veo como mete la mano bajo su camiseta, señalándome con la otra, y simula una palpitación. A veces es tan encantador que, por unos minutos, es capaz de hacer que me olvide de todo.

CAPÍTULO 19

Conociendo que hay abierta una investigación prácticamente en mi contra, el agente del seguro, de manera muy educada, nos pide esperar antes de mover nada, ya que la Ley de Contrato establece que las aseguradoras no están obligada a indemnizar los daños que ha producido un incendio si se ha originado por culpa grave del asegurado. Intento explicarle que yo no tuve nada que ver pero la denuncia de Margarita y su sobrino dice lo contrario, y como sus acusaciones en ella me incriminan de forma directa, no puedo hacer nada.

Cabreada como nunca, salgo de la sucursal con intención de ir a buscarlos para gritarles, pero mi padre me quita la idea. Todo lo que les haga o diga a partir de ahora podrá ser utilizado en mi contra y debo mantener las formas. Mordiéndome la lengua y con la ira aun corriendo por mis venas, le pido que me lleve a la farmacia y, aunque al principio no parece mostrarse conforme, por mi insistencia no le queda más remedio. Entonces nos ponemos en marcha. Necesito ver con mis propios ojos cómo ha quedado mi negocio o no seré capaz de cerrar este círculo que me corroe por dentro. En mi cabeza no acabo de creérmelo y todo el tiempo me siento como si estuviese viviendo en un mal sueño.

Al llegar lo primero que veo es la fachada calcinada y, como esperaba, la realidad me golpea de lleno. Cuando noto que estoy a punto de venirme abajo, busco en mis recuerdos la conversación que tuve con Gorka y poco a poco me contengo. Si alguien hubiese perdido la vida en el incendio nadie estaría pensando ahora mismo en esto, y tiene razón. Si le hubiera pasado algo a Gorka por salvarme, o a mí, si no hubiesen llegado a tiempo… sin duda el estado en que ha quedado mi negocio sería lo menos importante.

Miro a mi alrededor y todo está tal y como lo describió Lucrecia. Negro, al igual que mi futuro a partir de ahora. Me acerco a lo que se supone que era la puerta de la entrada y me encuentro con que está precintada por la policía. Miro hacia el interior desde donde estoy y puedo ver que el local prácticamente se ha hundido. Recuerdo que lo primero que pasó por mi cabeza cuando vi que el techo se caía con tanta facilidad fue en que Margarita había escatimado también en materiales para la construcción, y después de saber que a Gorka se le cayó un muro encima, cuando es lo último que debería haber pasado, ya no me queda ninguna duda. La muy ruin casi nos mata por no hacer las cosas bien. No sé hasta qué punto eso puede ser legal, pero si hay un juicio, como me aseguró que habrá, pienso usarlo en su contra.

—Eres joven, te repondrás pronto —comenta mi padre al detenerse a mi lado y observa conmigo el desastre—. Esto es solo uno de los

baches que se empeña en ponernos la vida para hacernos más fuertes.

—Pues ya podía habérmelo puesto un poco más pequeño. Me va a costar saltarlo.

—Por suerte todavía nos tienes aquí. —Me mira y sus ojos desprenden tanta ternura que siento ganas de abrazarlo, pero sé qué si lo hago comenzaré a llorar y no quiero que eso pase. Necesito mantenerme fuerte—. Mamá y yo, incluso tu hermano, haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarte a saltarlo. Muy pronto todo esto quedará en un mal recuerdo y podrás pasar página sin problema.

—Gracias —respondo con un gran nudo en la garganta. Me conozco y sé que me esforzaré para reponerme sola y así no les ocasionaré molestias, pero realmente necesitaba oír esas palabras. Saber que mi familia está ahí, pendiente de mí, me ayuda más que cualquier otra cosa.

—Que todo lo malo que nos tenga que pasar siga siendo material. —Expulsa el aire de su pecho y no puedo evitar volver a pensar en Gorka y en sus frases de los días anteriores. "Lo material se repone, la vida no"—. Y ahora vamos a por tu madre o no tardaremos en descubrir lo que es una desgracia de verdad —río con su ocurrencia y diez minutos después estamos en la puerta del supermercado donde se quedó haciendo la compra mientras nosotros hablábamos con los de la agencia.

***

A la mañana siguiente, y nada más abrir los ojos, la primera persona en quien pienso es en Gorka. Después de ver cómo se quedó ayer me apena que esté solo, así que decido ir al hospital para darle una sorpresa. Tendría que estar haciendo mil cosas, sin embargo, no puedo ponerme con ellas hasta que no se solucionen otras. Por eso, mientras espero a que la policía resuelva el caso o, en su defecto, me deje entrar al local para comprobar si se ha podido salvar algo, no puedo hacer nada.

Me arreglo un poco más de lo que suelo hacer sin saber muy bien por qué y cuando bajo a la cocina para comer algo antes de marcharme a mi madre no se le escapa, pues no tarda en preguntarme:

—¿A dónde vas?

—A ver a Gorka. —En cuanto lo nombro, abre la nevera y saca tres batidos.

—Llévaselos, se los compré ayer. —Se muestra tan entusiasmada con él que me preocupa cómo se pueda sentir cuando descubra la verdad. Le ha caído muy bien.

—Vaya, lo cuidas mejor que a mí —protesto entre dientes.

—Mariajo, por favor... Ese chico te rescató. Es lo menos que

podemos hacer por él.

—Ya... —respondo con sequedad. Si supiera lo puñetero y liante que es... Es cierto que me salvó la vida, pero también me la está quitando con sus tonterías. A ver cómo salgo ahora de este maldito lío en el que me ha metido por bocazas. Solo espero que cuando mi madre se entere de que Gorka y yo no somos nada no se disguste demasiado porque, con lo dramática que es, será a mí a quien le toque recoger sus pedazos.

Me despido al terminar y mientras busco las llaves del coche me cabreo. ¿Dónde diablos están y qué me está pasando últimamente con ellas? Cualquiera diría que se están escondiendo de mí... Recuerdo el conjuro que me enseñó la vidente y, aunque sé que es absurdo, por mi mente pasa la idea de volver a repetirlo, pero en ese momento tengo la extraña sensación de que me estoy olvidando de algo importante. Cuando estoy a punto de recordarlo mi madre vuelve a llamarme.

—¡Mariajo! Si estás buscando tus llaves están aquí —resoplo y me dirijo a la cocina de nuevo para guardarlas en mi bolso.

Nada más llegar al hospital encuentro estacionamiento cerca de la entrada y no me puedo creer que por fin esté teniendo un soplo de suerte. A estas horas las cercanías siempre están saturadas y la última vez que vine a ver a una amiga a la que habían operado de apendicitis, tuve que dejar el coche aparcado a varias manzanas de distancia.

Tomo el ascensor y cuando llego a la habitación me encuentro con que la puerta está cerrada. Escucho a alguien hablar dentro y, creyendo que es el médico, espero. Sin embargo, las carcajadas de una mujer llaman mi atención y, sin pensármelo, golpeo la madera con los nudillos. Espero unos segundos y al ver que nadie me da paso y que las risas continúan, decido entrar por mi cuenta.

—Hola —digo nada más abrir y me fijo en que una de las auxiliares que lo atendió cuando tuvo problemas en la ducha está sentada a los pies de su cama y, al verme, se levanta con rapidez.

—Debo irme ya —carraspea nerviosa a la vez que alisa su uniforme y, sin mirarme a la cara, sale de la habitación.

—¿Y esa? ¿Qué hace aquí? —pregunto arrugando el ceño y al darme cuenta de que estoy hablando como si estuviese celosa, cambio de tono con rapidez—. ¿Cómo estás? —Vuelvo a mirar hacia la puerta, todavía incrédula. No entiendo qué hacía sentada con él y menos mostrándose tan confiada. Debería de estar trabajando. Cuando venía hacia aquí vi varias luces rojas encendidas sobre las puertas de otros pacientes, donde es seguro que la están necesitando.

—Aburrido —oírle hablar me saca de mis pensamientos y cuando le devuelvo la atención me encuentro en su rostro una marcada y amplia sonrisa. «Mierda» me digo, aunque he intentado disimular se

ha dado cuenta—, pero, por suerte, has venido. —Me hace un hueco a su lado—. Ven, a ver si eres capaz de adivinar lo que he desayunado hoy. —Levanta sus cejas y lo miro extrañada.

—¿Eh? —No sé a qué se refiere, pero justo antes de que me lo diga mis ojos se abren al recordar lo que fui capaz de hacer antes de irme y mis mejillas se colorean—. Ah... —lo escucho reír—, pues vas a estar de suerte. —Me entretengo buscando en mi bolso para cambiar de tema y saco los tres batidos que mi madre preparó para él. Con la auxiliar esa aquí casi se me olvida. ¿Por qué me ha cabreado tanto verla?—. Ya sabes quién te los envía —indico mientras los coloco en su mesilla y, sin que lo espere, me agarra por la muñeca.

—Estos van a estar mucho más ricos. —Vuelve a levantar una de sus cejas.

—No lo creo, son los mismos. —Disimulo como puedo mi nerviosismo. Cada vez que me toca siento que todo mi cuerpo vibra.

—Cierto, son los mismos, pero con la diferencia de que ahora eres tú quien me los trae. —Tira con fuerza de mí y, sin tiempo a reaccionar, caigo sobre su cama—. Solo por eso estoy seguro de que sabrán mejor. —Retira con sus dedos el cabello de mi cara a la vez que se acerca y cuando nuestras bocas están a punto de tocarse, la puerta se abre.

—¡Ups! ¡Perdón! ¡Perdón! —Los dos miramos a la vez y al ver que se trata de la misma chica que estaba antes con él siento una punzada de rabia. ¿Qué diablos quiere ahora?

—Espera —Gorka la llama antes de que se vaya y lo miro extrañada—. ¿Puedes decirle al doctor que venga? Necesito hablar con él.

—Sí, claro... —dice confusa y me mira. Apuesto a que creía que me había marchado—. ¿Por algo en particular?

—Quiero el alta voluntaria. —Mis ojos se abren con sorpresa y la auxiliar hace lo mismo—. Mi chica ha venido a por mí para llevarme a casa. —Deja un beso rápido en mis labios y se sienta en la esquina de la cama.

—¿Estás loco? —Me pongo de pie—. No puedes irte todavía.

—Ya verás como sí. —Vuelve a dirigirse a la auxiliar y, por su cara, estoy segura de que cuando llegué la sorprendí intentado tontear con él. Al oírle de decir eso acaba de perder todas las esperanzas—. ¿Puedes ir a buscarlo?

—Sí. Eh... sí. —Se marcha confundida y en cuanto la puerta vuelve a cerrarse me coloco frente a él. Debo hacerle entrar en razón.

—No puedes irte, necesitas recuperarte.

No puedo creer que sea tan imprudente.

—Puedo hacerlo en casa también. —Se encoge de hombros.

—Pero allí no tendrás supervisión —digo alterada.

Tiene que quitarse esa idea de la cabeza. Es peligroso.

—Estará mi compañero...

—Tu compañero trabaja y pasarás muchas horas solo.

—No pasa nada —le quita importancia, pero no me valen sus excusas. Realmente me preocupa. Si no tiene cuidado con la herida de su operación puede contraer una infección.

—¿Cómo que no pasa nada? ¿Y si te ocurre algo? ¿Y si te da fiebre?

—Vente unos días conmigo. —Me mira.

—¿Qué?

—Que vengas y así me cuidas —comenta como si fuese algo normal y me quedo callada.

—Yo..., eh... —¿Me está diciendo lo que creo?

—¿Tienes algo mejor que hacer? —continúa al ver que no digo nada—. Te propongo un trato. —Ladea una sonrisa—: Ayúdame tú ahora y en cuanto me recupere te prometo que te ayudo yo.

—Pero no puedes irte —balbuceo.

—En confianza, me tratan genial —susurra—, pero no aguanto ni un solo día más aquí. Además, desde que te fuiste —señala a la puerta— ¡No paran de acosarme las auxiliares! —ríe y aunque intenta que suene como una broma, después de lo que he visto al entrar empiezo a creer que es verdad.

CAPÍTULO 20

Tras insistirle varias veces más se niega a escucharme y aunque el médico no para de recomendarle que se quede un par de días más, no hay forma. Está decidido a salir del hospital y no podemos hacer nada. Recojo todas sus cosas y cuando me pide que abra el pequeño armario para sacarle la ropa limpia que le trajo su compañero hace unos días, me doy cuenta de que el pañuelo al que hice los nudos está ahí. Me inclino para cogerlo y cuando ve que lo tengo en la mano me habla:

—No paras de olvidártelo. —Lo observo y está tan sucio que me dan ganas de tirarlo, pero se ha tomado tantas molestias para conservarlo que decido quedármelo—. Cuando te fuiste vinieron a cambiar las sábanas de la cama y al abrir los cajones de la mesita para limpiar lo encontraron. Por suerte estaba en la habitación y pude recuperarlo. Si llego a salir, como otras veces cuando vienen mis compañeros, te quedas sin él.

—Oh, gracias. —Lo guardo en mi bolso. Al final el dichoso pañuelito se va a convertir en algo importante para mí. Me gusta que Gorka sea tan atento.

Para que no tenga que esforzarse demasiado solicito ayuda a un celador y este, sabiendo quién es el paciente, no tarda en traer la silla de ruedas. Con cuidado, se acomoda en ella, coloca los bastones entre sus piernas y mientras el celador lo guía por el largo pasillo hasta el ascensor yo camino junto a ellos cargando sus cosas. No son demasiadas, pero sí muchas más de las que llegué a almacenar yo. Nada más salir del hospital vuelvo a alabar mi suerte al recordar que el coche está cerca y cuando Gorka intenta subir al asiento del acompañante su pierna comienza a molestarle por la mala postura y tiene que cambiarse a la parte de atrás para poder llevarla estirada.

Mientras vamos hasta su apartamento no para de criticar mi forma de conducir y tengo que esforzarme por mantener la calma. Por culpa de Margarita y su sobrino llevo días con un humor de perros y aunque no quiero pagarlo con él, como no deje de molestarme al final explotaré. Son tantas las cosas que estoy tratando de asimilar estos días que reconozco que ando un poco fuera de lugar y no me centro como debería.

Como si supiese lo que estoy pensando, freno con brusquedad para evitar colisionar con un taxi y cuando espero un nuevo comentario solo oigo su respiración. Debe de estar viendo mi cara por el espejo retrovisor e intuye que estoy muy cerca de alcanzar mi límite.

Al llegar al edificio en el que está su piso, descubro que vive en un cuarto sin ascensor y me echo las manos a la cabeza.

—¿Cómo diablos vas a subir ahí?

—Saltando. —Se encoge de hombros.

—Pero ¿tú sabes cuántos escalones debe de haber?

—Claro que lo sé, los subo todos los días varias veces —se mofa.

—Pero esta vez tendrás que hacerlo con una sola pierna.

—Una pierna y dos muletas. —Mete la mano en su bolsillo, saca la llave que me pidió antes para guardársela y así no tener que buscarla entre sus cosas y, en cuanto abre, comienza a subir los escalones como si su cuerpo no pesara.

—¿Cómo diablos haces eso? —digo sofocada detrás de él. Acabamos de pasar el primer piso y a mí ya me falta el aliento.

—Con mucho entrenamiento. Recuerda en qué trabajo —responde sin un solo síntoma de ahogo y, con gran soltura, sigue subiendo. En el tercero ya no puedo más y tengo que pararme para hacer una pausa. Al notar que no lo sigo se detiene y me espera—. ¿Tengo que llevarte en brazos? —se burla y, mirándolo con la frente arrugada, termino de subir los escalones que me faltan.

Cuando abre la puerta de su apartamento me quedo sorprendida por el orden que se aprecia en él y en el momento en que entro un agradable olor a limpio me da la bienvenida. Ni siquiera cuando entro en mi casa, con lo obsesiva que es mi madre con la limpieza, huele así.

Espero a que entre él y, siguiéndolo, coloco sus cosas en la primera mesa que encuentro.

—Me gusta tu casa —digo sin más.

—Ojalá fuese mía. Aquí solo estoy de paso hasta que encuentre una para mí. —Se sienta en un enorme sofá de color gris y coloca su pierna en alto—. Mi compañero es genial pero necesito mi espacio. La mayoría del tiempo lo pasa en casa de su novia, pero cuando viene con ella me siento incómodo.

—Vaya, pero si resulta que al final el señor va a ser considerado y todo.

—¿Qué insinúas? —ríe.

—Conmigo no eres así —respondo mientras saco sus pertenencias de las bolsas. Está todo tan impecablemente colocado que al dejarlas ahí parece que estoy cometiendo un pecado.

—Porque contigo es distinto.

—¿Por qué? —le cuestiono sin mirarlo.

—Me gusta ponerte en apuros.

—Ah, ¿sí? —Lo busco con la mirada.

—Sí. Por alguna razón cada vez que te pones roja me baila la patata.

—¿Eh? —De manera instintiva, miro hacia su entrepierna y no tarda en darse cuenta.

—Mariajo... —me llama—, la patata, hija, la patata —señala su corazón y cubro mi cara con rapidez.

—Si no hablases siempre de lo mismo no pasaría esto —digo avergonzada y me giro con disimulo a la vez que cierro con fuerza los ojos. No me puedo creer que me haya traicionado el subconsciente de esa forma.

Cuando me recupero un poco, y con intención de cambiar de tema, le pregunto dónde guarda cada cosa. En el momento en que todo queda recogido me doy cuenta de que el reloj marca la una del mediodía.

—¿Qué vas a comer? —Me preocupo—. ¿Te dejo preparado algo?

—No, tranquila, voy a pedir una pizza. ¿De qué te gusta?

—No, no. Yo debo volver a casa ya. —Aunque insistió bastante antes de salir del hospital y hasta me ofreció su ayuda por la mía, me da apuro quedarme sola con él—. Ni siquiera he avisado a mis padres y me deben de estar esperando... —me excuso—. Si quieres, en un momento te dejo todas las cosas que vayas a necesitar cerca y ya me paso otro rato mañana. ¿A qué hora vuelve tu compañero? —Al menos cuando yo no esté podrá ayudarlo él.

—A finales de mes.

—¿Qué? ¿A finales de mes? —repito con incredulidad. Para eso todavía quedan como veinte días.

—Sí, está en la playa disfrutando de sus vacaciones. Se fue ayer.

—Joder. —Apoyo la mano en mi frente. Pensé que su compañero estaría con él—. ¿Ves por qué tenías que haberte quedado en el hospital? —le riño.

—Allí solo me quedaban, como mucho, un par de días más. —Golpea uno de los cojines y se acomoda mejor—. Después me hubieran dado el alta y al volver a casa habría pasado lo mismo.

Tiene razón lo mire por donde lo mire, su compañero no regresará hasta que acabe el mes y hasta entonces estará solo.

—Dame un minuto, anda. Voy a avisar a mi madre. —Resoplo y, aunque disimula, puedo ver una sonrisa elevarse en su rostro. Sabe que por el momento se está saliendo con la suya. Busco mi teléfono por el bolso y mi madre descuelga al primer tono.

—Hola, cielo.

—Hola, mamá. Mira..., ha surgido una cosita y no voy a comer en casa, así que no me esperéis.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Gorka está bien?

—Sí, mamá. Él está bien... no te preocupes. —Pongo los ojos en blanco y lo escucho reír—. Es solo que...

—Pásame el teléfono, quiero hablar con ella —dice Gorka desde el sofá, interrumpiéndome y como si mi madre tuviese un radar, lo oye también.

—Dáselo, quiero preguntarle.

—Vaya dos —vocalizo mientras hago lo que me han pedido y se lo

entrego.

—Buenos días, señora Carmen. —¿Cómo diablos sabe su nombre si jamás se lo he dicho?—. ¿Cómo está?

—Hola, Gorka. Muy bien ¿y tú? —habla tan fuerte y emocionada que desde donde estoy puedo oírla.

—La verdad es que muy bien. No tengo dolores, así que no puedo pedir más. Además, me acaban de dar el alta y ya estoy en mi apartamento.

—Oh ¡Qué gran noticia! Me alegra saber que ya estás en casa. ¿Necesitas ayuda? —Mis ojos se abren como platos. ¿Acaso se está ofreciendo? Espero que solo sea una de esas preguntas sin intencionalidad y que únicamente se lanzan por cumplir.

—Pues verá... quizás le parezca muy precipitado pero..., ¿le importaría que su hija se quede aquí unos días para cuidarme? Todavía no me encuentro bien como para arreglármelas solo, así que voy a necesitar su ayuda. —Me guiña un ojo y me quedo inmóvil—. La habitación de los invitados está libre y podría dormir ahí. —¡Será cabrón! Hasta con la excusa de la otra habitación ha sabido camelársela. Le está haciendo creer que, aunque supuestamente "es mi novio", me respetará y dormiremos en habitaciones separadas. Justo lo que a mi madre le gusta escuchar. Ahora entiendo muchas cosas.

—Sí, claro. No hay problema. —Cada vez me sorprende más. Cuando estaba con mi ex me ponía pegas hasta cuando decidíamos irnos de vacaciones—, que se quede el tiempo que haga falta. —¿Qué? ¿En serio acaba de decir eso? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Dónde está mi derecho a decidir lo que quiero?

—¡Genial! —Sonríe travieso en mi dirección—. No imagina el favor que me hace.

—Lo que necesites, ya lo sabes. Recupérate pronto.

—Muchas gracias. Le paso con su hija, que quiere hablarle. —Me entrega el teléfono riendo y si las miradas matasen ya lo habría fulminado.

—Hola de nuevo, mamá... —Achino los ojos en su dirección y hace una mueca graciosa. Ya puede poner todas las caras encantadoras que quiera que esta me la paga—. Iré a casa a dormir. —Saca su labio inferior fingiendo tristeza y lo ignoro.

—¿Y si tiene que levantarse por la noche? —Si hubiese visto como yo la forma en que ha subido la escalera ni se preocuparía por eso.

—Se las arreglará, tranquila.

—No seas tan fría con él, hija... Tienes que cuidarlo. Hombres así quedan pocos —¿Qué? Si apenas lo conoce. Esta obsesión enfermiza que tiene con Gorka ya me está preocupando. Solo han hablado un par de veces y ya la tiene deslumbrada.

—Ya veré qué hago —respondo al sentirme presionada. Esto es

algo que debería decidir yo.

Nos despedimos y al saber que en cuanto cuelgue voy a reprenderle como ya he hecho otras tantas veces, se levanta con la excusa de ir al baño. Me deja sola. Mientras espero a que regrese me acomodo en sofá en el que estaba sentado. Cuando echo la cabeza hacia atrás para relajarme mi teléfono comienza a sonar.

Miro la pantalla y al ver que es Lucrecia respondo rápido.

—Nena —dice nada más haber descolgado—. ¿Sabes quién me acaba de llamar?

—¿Quién? —Me pica tanto la curiosidad que no me entretengo ni en saludar.

—¡La bruja! —Se queda callada un momento y parpadeo confusa—. Me ha dicho que ha visto algo y que tienes que ir en cuanto puedas a su consulta para hacerte otra purificación.

—Pues que espere sentada —digo con desprecio—. A esa lo que le pasa es que ya se le ha acabado el dinero y me ha visto cara de cajero automático. —Me niego a dejarme estafar de nuevo. Si Lucrecia quiere creer en ella, que crea, pero yo no repito más.

—Es que me ha dicho unas cosas que me han dejado muy preocupada —insiste.

—De eso se trata. Cuanto más miedo te metan en el cuerpo más necesidad tendrás de volver y más dinero te sacarán. No le hagas caso.

—Mariajo, que sabe que se ha quemado tu farmacia.

—A estas alturas lo sabe medio Sevilla ya. —Le quito importancia.

—También me ha dicho que estés preparada, que te viene otra desgracia y que esta será todavía peor.

—¿Peor? Lo dudo... —Finjo desinterés pero algo dentro de mí, después de la última experiencia, hace que me inquiete.

—Bueno, haz lo que quieras. —Por fin desiste—, pero luego no digas que no te he avisado. Mi madre no para de decirme que tiene buen ojo y que le hagamos caso. Por cierto, no sé a qué se ha referido, pero ha insistido en que desates los cojones a Cucufato.

—¿Quéééé? —Los nudos del pañuelo vienen a mi mente y de pronto recuerdo lo que había olvidado por tantos días ¿Cómo es posible que esa bruja sepa que todavía no lo he hecho? Si su intención era asustarme con esto lo ha conseguido a la perfección.

CAPÍTULO 21

Cuando Gorka regresa todavía estoy en shock y, con disimulo, trato de reponerme. Lo último que quiero es que piense que estoy loca o, lo que es peor, que mi actitud se lo termine de confirmar, porque después de todo lo que me ha visto hacer ya me temo que es lo que cree.

Mientras encarga la pizza por teléfono aprovecho para escribir a Lucrecia y le pido que cierre con la bruja una nueva sesión por mí. Necesito zanjar esto cuanto antes. Sé que esa anciana me va a volver a timar pero ¿y si es verdad? La última vez, aunque acertó prácticamente en todo, me esforcé en creer que lo que ocurrió fue únicamente producto de la casualidad, sin embargo, no puedo obviar que de algún modo lo adivinó y me urge saber hasta qué punto ocurrirá lo mismo. ¿Y si es verdad y estoy en peligro?

Sin poder sacármelo de la cabeza, vuelvo a escribir a mi amiga para saber si ya la ha llamado. Cuando responde me adjunta la cita.

*Solo puede este jueves a las cuatro de la tarde.

*Me vale.

Lo anoto en mi agenda y cuando termino me doy cuenta de que Gorka me está mirando.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que no aparta la vista.

—Nada. —Sonríe.

—¿Nada? —Arrugo mis cejas. Algo trama, estoy segura.

De pronto, algo me toca la espalda y, por la impresión, grito con todas mis fuerzas a la vez que me pongo en pie con rapidez.

—¿Qué cojones es eso? —Una masa de carne amorfa, parecida a un saco escrotal depilado, salta en el sofá y me cuesta varios segundos darme cuenta de que es una especie de pajarraco totalmente calvo.

—Eso a lo que tú llamas “cojones” se llama Pepe y tiene sentimientos.

—¿Qué? —No puede ser verdad.

—Es mi loro.

—¿Cómo va a ser eso un loro?

—No hables así de él, lo vas a ofender.

—¡No entiende lo que digo! —Empieza a importarme una mierda que piense que estoy loca. Aquí el único loco es él.

—Claro que lo entiende. —Estira su mano—. Ven con papá, cariño. No habla en serio... Es una grosera, no le hagas caso. —Besa su cabeza y suena como si besara los mofletes de un niño.

—¡Aggg! —Hago un gesto de asco y por un segundo noto que el supuesto loro me mira mal. Definitivamente, con tanta tontería me debo de estar sugestionando.

El timbre suena en ese momento y espero para saber qué quiere

que haga.

—¿Puedes ir tú? —dice sin dejar de mimar al bicho—, debe de ser Beatriz. —Asiento creyendo que es la señora de la limpieza. Cuando abro la puerta me quedo petrificada al ver a una chica de veintitantos con un cuerpazo de escándalo.

—Ho...la —la saludo sintiéndome la mujer más fea del planeta a su lado. Es preciosa.

—Hola, reina. Vengo a ver a mi Gorka. —¿Su Gorka? ¿Qué es esto? ¿Tiene novia? Sin darme tiempo a nada, entra toda estirada y camina hasta el salón dando a entender que conoce la casa a la perfección. No me cabe duda de que ya ha estado aquí más veces—. ¡Cariño mío! —Se lanza al sillón y lo abraza—. ¡Hola, Pepe! —Lo besa igual que a él —. Te he traído pipas. —Mete la mano en el bolso, las saca y se las ofrece—. ¿Cómo estás hoy, cariño? ¿Te duele? —le pregunta a Gorka y, de la forma en que lo hace, me escuece.

—Nah, esto ya está más que curado. De aquí a nada ya estoy corriendo.

—Pues si es así, yo ya me marcho —digo indignada. Me parece increíble que me haya hecho venir hasta aquí para ayudarlo cuando, claramente, tiene más manos.

—Que tengas buen día, querida —dice la estirada y la fulmino con la mirada.

—Hey, no. Tenemos pizza para comer —interviene Gorka al ver que recojo mis cosas. Me siento utilizada y eso, aunque a él le dé igual, a mí me duele.

—¿Ahora invitas a comer también al servicio? —se mofa.

—¿Qué servicio? —Su tono cambia.

—Ay, Dios. Espera... ¿no es la chica de la limpieza? —Parece que ella también ha pensado lo mismo que pensé yo cuando fui a abrir la puerta.

—Es la chica, pero no de la limpieza... —rectifica—, y tampoco pasaría nada si lo fuera.

—Entonces es... —Me mira y se pone de pie—. ¿Tú eres Mariajo?

—Em... sí. —¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué sabe mi nombre?

—Ay, por Dios, ¡cuánto lo siento! —Me abraza pillándome por sorpresa y no me muevo—. Yo soy Beatriz, una compañera suya del trabajo. ¿No te ha hablado de mí?

—No —respondo sin entender nada—. ¿Tú también eres bombero?

—No, mujer —ríe—. Yo soy estríper.

—Am... —Ni siquiera recordaba que Gorka se dedica también a eso. Cada vez que lo pienso algo dentro de mí me hace sentir rechazo. No puedo soportar imaginarlo desnudándose para todas esas mujeres.

—Entonces ella es... ¿tu chica?

Parpadeo confusa al oírla. ¿Le ha contado eso también a su

compañera?

—La misma. —Sonríe orgulloso y empiezo a creer que cada vez que lo dice se lo cree.

—Oh, cielo, qué suerte vas a tener con él. Es un hombre encantador. —Lo mira—. Todas las chicas que conozco están loquitas por sus huesos.

—Termina la frase, Beatriz. No dejes la parte más importante en el aire. Mariajo es muy celosa y no quiero problemas —bromea.

—¿Yo? ¿Celosa? —Lo miro con cara de pocos amigos y levanta las cejas. Ya está sacándome los colores otra vez.

—Cierto, cierto. Qué tonta soy. Quería decir: todas las chicas menos yo. —Le guiña un ojo y ríen—. Estoy casada, ¿sabes? —Levanta sus dedos para enseñarme el anillo, como si eso fuese un gran impedimento para cometer una infidelidad.

—¿Y tu marido te permite trabajar en... algo así? —No puedo evitar la pregunta. Sé que hay personas más liberales que otras, pero no logro que me entre en la cabeza. Yo, desde luego, no lo aprobaría. Creo que empiezo a parecerme demasiado a mi madre.

—Tengo mujer. —La miro sin saber si he entendido bien—. Soy lesbiana, cielo. No me interesan los hombres.

—¡Ahhh! —exclamo sin poder ocultar mi alivio y por la risotada que suelta Gorka sé que lo ha notado.

En ese momento suena el teléfono de la chica y tras atender la llamada se despide a toda prisa.

—Chicos, tengo que irme ya, me están esperando fuera. Encantada de haberte conocido. —Besa mi mejilla—. ¡Nos vemos otro día! —Se marcha y, de nuevo, volvemos a quedarnos solos.

—Así que creías que Beatriz y yo... —Hace un gesto obsceno con las manos y finjo que no lo veo.

—La verdad es que me da igual lo que seáis. Eres libre y puedes hacer lo que te dé la gana.

—¡Ah! ¡Joder! —se queja y lo miro con rapidez—. Ayúdame a levantarme. —Cierra los ojos con fuerza—, me está dando un tirón. ¡Ahhh! —Me acerco a él para ofrecerle mi mano y cuando la toma, en vez de impulsarse con ella como esperaba, tira con fuerza y me arrastra a su lado. ¿Por qué siempre caigo en sus trampas?

—¿Eres tonto? —protesto entre sus brazos—. El día que te pase algo de verdad no te socorreré creyendo que es otra de tus payasadas.

—Umm, creo que merece la pena correr ese riesgo. —Intento levantarme, pero no me deja—. Te has puesto celosa, eh... —afirma y mi cara se vuelve roja.

—No es verdad. Suéltame. —Vuelvo a intentar escapar de su abrazo, pero es imposible. Me tiene atrapada.

—Solo te soltaré si lo admites —ríe.

—No pienso admitir algo que no es.

—Entonces tendrás que acostumbrarte a vivir aquí porque no voy a dejarte ir.

—Dios, ¿por qué eres así? —Resoplo y me muevo para disimular. La verdad es que no me importaría que fuese así. No se está nada mal, pero yo no soy como las demás. No cederé a sus encantos con tanta facilidad. Aunque debo reconocer que es una tarea difícil y, para colmo, huele de maravilla.

Mi brazo comienza a molestarme por la mala postura y cuando me muevo unos centímetros para colocarlo mejor escucho que se queja.

—Espera, espera... no te muevas así, me estás aplastando al pajarito.

—¿Qué? —Levanto el codo con rapidez al creer que estoy clavándoselo en la entrepierna y cuando saca a su amigo el loro de detrás de mí le grito—. ¡Gorka! —ríe a carcajadas y, al final, aunque quiero mantener las formas, acabo riéndome yo también. Es imposible... Al final va a ser cuestión de dejar de hacerme la dura, al menos de esa forma no sufriré.

—¿Otra vez pensando mal? —se burla.

—Y todas las veces que me hagas lo mismo. —Pongo los ojos en blanco—. Son daños colaterales. Me dejaste muy traumada en la despedida.

—¿Perdona? —Se hace el ofendido a la vez que se incorpora—. Creo que los únicos que salimos traumados de allí fuimos Miniyo y yo. Nadie, nunca, nos había agarrado tanto del cuello.

—Oh, Dios... —Las imágenes vuelven a mi mente y cubro mi cara —. Todavía no sé cómo pude hacer eso.

—Querías hacerlo y punto. No mientas.

—¡No! —replico—. Solo buscaba joder a Roxana y se me fue de las manos.

—¿A quién? —pregunta gracioso.

—A la chica que subió conmigo al escenario. Siempre me criticó por ser, según decía, "una mojigata" y le demostré que la única mojigata era ella.

—¿Qué? ¿Me usaste?

—Yo... eh... —Creo que no debería haberle contado eso.

—¿Me usaste igual que con tu ex? —Se coloca para mirarme mejor.

—Sí, bueno..., pero no era esa la intención. —No sé qué decir. Temo haberle ofendido.

—Estás diciendo que cuando me agarraste así... —Simula lo que le hice cuando apareció mi ex—. Y me besaste así... —Sin que lo espere, toca sus labios con los míos y mis ojos se abren—. Y luego yo te hice esto...

—Ahhh, no. Te estoy viendo venir —le interrumpo poniendo una

mano sobre su boca.

—Pero déjame acabar —protesta.

—De eso nada, ya me conozco tus artimañas —ríe y cuando voy a levantarme se echa sobre mí.

—¿Te molesta que te haga eso? —pregunta ahora con más seriedad.

—Eh... No. No lo sé... —digo por fin. Si su intención era ponerme nerviosa lo está consiguiendo. La verdad es que no me importa que lo haga, es más, a veces hasta me puedo llegar a sentir mal pensando en que pronto se cansará, pero debo evitar mostrarme débil ante él. Temo que si le doy lo que busca, o de alguna forma se entera que me gusta, pierda el interés.

—Solo dime que pare y te prometo que no volveré a hacerlo nunca más. —Esa frase hace que mi corazón se encoja. No me gusta nada el hecho de que se plantee algo así y temo que en cualquier momento decida dejar de hacerlo. Aunque no lo admita, me gusta su juego. —Adoro incomodarte y lo sabes, pero nunca lo haría así. Este el único momento en que por todos los medios quiero evitar que te sientas de esa forma. —Vuelve a mirarme, esta vez directamente a los ojos y mi cuerpo tiembla. Lo tengo tan cerca que si me muevo solo unos centímetros nuestras bocas se rozarían.

El timbre suena de nuevo interrumpiéndonos y puedo ver en su rostro una mueca de protesta. Se aparta para que pueda levantarme y cuando abro veo que es el repartidor de pizza. Le pago con el dinero que Gorka me hizo sacar antes de su cartera y, en medio de un silencio incómodo, coloco todo para que podamos comerla.

—¿Estás bien? —expresa preocupado cuando me siento a su lado y algo se remueve en mi interior. No ha hecho nada malo ¿Por qué estamos así?

—Estoy perfectamente. —Sonrío para romper el hielo. La tensión que se ha creado entre nosotros es bastante incómoda, así que lo mejor que puedo hacer para aliviarla es actuar normal—. ¿Qué trozo quieres? —Su expresión cambia de golpe y mis hombros se relajan. Parece que funciona.

—Ese que tiene más queso. —Lo corto con cuidado para que no estire demasiado y cuando se lo entrego nuestras manos se tocan haciendo que un suave cosquilleo me recorra la columna. Lo ignoro como puedo y al cortar un trozo para mí me doy cuenta de que la masa está demasiado blanda. Me giro para avisarle pero ya es demasiado tarde. Parte de los ingredientes están en su camiseta.

—Ni los cerdos de mi abuelo se ponían así —río.

—Seguro que a ellos no les dabais esto. —Trata de cambiar la porción de mano y esta se rompe manchándose más—. ¡Joder! —gruñe—. ¿Puedes traerme unas servilletas? Están en la cocina.

—Voy. —Dejo mi trozo de nuevo en la caja y cuando regreso aprovecho para llevar también un par de vasos con agua. Al llegar me lo encuentro intentando morderla desde abajo y niego con la cabeza —. Así se te va a romper más. —Despliego una de las servilletas y, tras quitarle los trozos más grandes de la ropa, la coloco en su pecho como si fuese un babero.

—Gracias —balbucea con la boca llena y parte del queso, aún caliente, se le queda pegado en la cara—. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —Suelta la pizza sobre la mesa y se limpia a toda velocidad con la servilleta—. Menuda mierda. ¿Me he quemado? —Se acerca a mí para que lo vea y me doy cuenta de que tiene la parte superior del labio roja.

—Un poquito. —Tomo uno de los vasos que traje antes y lo coloco con cuidado sobre su piel. Al hacerlo, vuelvo a sentir la misma corriente de antes y contengo la respiración. Su cercanía empieza a afectarme demasiado y eso me asusta. Como si supiese que estoy luchando contra mi cuerpo para parecer calmada, me mira fijamente a los ojos y, por instinto, miro hacia otro lado. Tiene una mirada tan profunda e intimidante que a veces me cuesta mantener el contacto visual con él. Al notar que se calienta el vidrio, cambio el vaso de posición y su pecho se eleva—. ¿Te duele?

—Ya no. —Su voz suena diferente y un ligero calor se instala en mi estómago. Aparto despacio el vaso de su boca para dejarlo sobre la mesa y, cuando estoy a punto de soltarlo, sujeta mi mano para detenerme. Con la otra me lo quita y, acercándolo a sus labios, le da un trago. Al hacerlo, su nuez se eleva ligeramente y puedo ver como una gota de agua corre por su marcado mentón hasta desaparecer. Lo deja en el mismo lugar en que lo iba a poner yo y, sin liberar mi mano, me vuelve a mirar, pero esta vez lo hace de una forma tan hipnótica que no puedo ni respirar. Sus pupilas, completamente dilatadas, hacen que sus ojos se vean tan negros como la noche y algo me atrae en ellos.

Casi sin darme cuenta, me acerco más a él y cuando nuestras respiraciones calientes se cruzan cierro los ojos, sumida a un mar de sensaciones difíciles de digerir. ¿Qué me está pasando? Con la palma de su mano acaricia mi rostro con suavidad y en el momento en que dejo salir un suspiro, me besa en los labios. Gimo antes de devolverle el beso y en el instante en que rodeo su cuello con mis brazos queda respondida la pregunta que me hizo antes.

Ni me incomoda ni molesta que me haga eso.

CAPÍTULO 22

Sus besos cada vez se vuelven más vivos y me arrastra al borde del precipicio en el que estamos sumergidos. Su sabor, su calor, su aliento fresco... todo me cautiva de él. Enreda una de sus manos en mi pelo y con la que tiene libre rodea mi cintura para que mi cuerpo quede más cerca del suyo. Con sutileza, nos vamos echando sobre el sillón. Cuando me quiero dar cuenta lo tengo colocado entre las piernas.

—Gorka... —jadeo. Siento que estamos llevando esto demasiado lejos.

—Mmm —me ignora. Está totalmente entregado a la pasión y no tiene intención de perderla.

—¿Qué estamos... haciendo? —Su boca, ansiosa, apenas me deja hablar y aunque debería detenerme, no puedo. Con cada segundo que pasa sus besos se vuelven más adictivos.

—Lo que queremos. —Respira agitado sobre mí sin importarle la postura de su pierna y continúa.

—Gorka... —lo intento una vez más, pero me es realmente difícil parar y él no tiene intención de ayudar.

El cuerpo cada vez me pide más y aunque el sentido común está tratando de ponerse en medio para evitar que cometa una locura, por el momento va perdiendo. Tengo tanto calor que estoy deseando empezar a quitarme la ropa.

—JJJJJ. —Un ruido raro llama mi atención y me detengo por un segundo—. JJJJJ. —Vuelve a sonar y ahora es Gorka quien parece oírlo también.

—¿Qué haces? —me pregunta con los ojos entrecerrados y su cabello llama mi atención. Es la primera vez que lo veo tan despeinado y saber que ha sido por mi culpa me gusta.

—¿Yo? Nada.

Trato de controlar la respiración y antes de conseguirlo se echa sobre mí. Su boca afanosa vuelve a buscar la mía con anhelo y cuando la encuentra el maldito ruido aparece de nuevo.

—JJJJJJJJJ. —Esta vez suena más fuerte y, con cuidado, se separa unos centímetros para mirarme.

—¿Por qué haces eso?

—¿Yo...? Yo no lo he hecho —digo empezando a asustarme. Es un ronquido muy extraño y no parece humano.

—¡Pepe! —grita sobresaltándome y se lanza contra la mesa—. ¡Pepe!

—¿Qué ocurre? —Me levanto casi a la vez que él y, al fijarme mejor, me doy cuenta de que el loro está inconsciente sobre la caja de la pizza.

—¡Se ha atascado! —Mete los dedos temblorosos en su boca—.

¡Pepe! ¡Por tu madre! ¡Respira!

—¿Qué? ¿Con qué? —Logra ponerme tan nerviosa como él y observo sin saber muy bien qué hacer cómo golpea con cuidado su espalda. Vuelve a buscar dentro de su pico y presiona su pecho a la vez.

—¡Pepe! ¡No me dejesss! —grita casi al borde de la histeria y cuando por tercera vez introduce los dedos en su garganta, logra sacarle un trozo de pizza enorme. Entonces el pájaro comienza a moverse.

—¡Hostia puta, macho! Grrr —dice sorprendiéndome y los dos le miramos. Por supuesto, yo con los ojos como platos. ¿El jodido loro acaba de hablar?

—¡Hostia puta, macho! —repite Gorka a la vez que con alivio se echa hacia atrás y empiezo a entenderlo. De tanto como se lo ha escuchado, lo debe de haber aprendido—. ¡Cuántas veces voy a tener que decirte que no te comas mi comida! —lo riñe bastante cabreado —. ¡No eres humano!

—Me la agarras con la mano. Grrr.

—¿Qué? ¿En serio ha dicho lo que creo? —Le miro sabiendo de dónde lo ha sacado y se echa a reír.

—Aunque no te lo creas, eso me lo ha enseñado él a mí.

—Pues estás en lo cierto. No te creo. —Se lo he escuchado más de una vez.

—En serio. Cuando lo adopté no paraba de decirlo. —Se remueve mientras el loro sube por su espalda y trata de picarle en la oreja.

—¿Lo adoptaste?

—Sí, hace como siete años. Antes que conmigo vivía en un zoo, pero lo retiraron porque se quedó calvo.

—Y… ¿por qué le pasó eso? —Nunca había visto a un loro sin plumas.

—Sufre un virus, así que ya no les servía para exponerlo. Me enteré por medio de un amigo que trabajaba allí que se estaban planteando sacrificarlo. Entonces decidí hacerme cargo. —Rasca su cabeza—. Él y yo ya nos conocíamos. —Lo besa en el pico cuando se coloca en su hombro—, iba a ver a mi colega de vez en cuando y como sabía de su existencia porque me había hablado de él varias veces siempre le llevaba unas semillas. ¿Verdad, glotón?

—Semillas. Umm, ricas. Grrr

—Oh… —Si pretendía enternecerme lo está consiguiendo—. ¿El nombre se lo pusiste tú o ya lo tenía?

—Se lo puso él mismo —ríe—. Cuando lo traía en el coche se me ocurrió preguntarle como quería llamarse y fue lo primero que dijo. No sé de dónde lo sacó, pero se quedó con él.

—Vaya, al final voy a creerme eso de que entiende.

—Ni se te ocurra dudarlo.

Nos quedamos en silencio observándolo y cuando empiezo a ser consciente de lo que ha estado a punto de pasar entre nosotros, antes de que el loro se atragantara, me muevo inquieta. Si no llega a ser por eso no sé hasta dónde hubiésemos llegado. Mi cara comienza a calentarse por la vergüenza y, con disimulo, miro hacia otro lado para evitar que se dé cuenta.

—Tengo... que ir al baño. —Me levanto al notar que mi bochorno, lejos de desaparecer, aumenta, y decido ir al baño con intención de tomarme un par de minutos para calmarme.

Al entrar apoyo mis manos en el lavabo y, mirándome en el espejo, me doy cuenta de que estoy bastante roja. Abro el grifo para cargar un poco de agua en mis manos y, con cuidado de no salpicar, refresco mi cara. No sé qué diablos ha pasado ahí, pero ha sido muy intenso. Tanto, que he llegado a temer perder el control. Vuelvo a mirarme en el reflejo y descubro que mis labios están hinchados. Paso mi lengua sobre ellos para humedecerlos y al notar que todavía están impregnados de su sabor, un raro hormigueo se posa en la boca de mi estómago. Es tan fuerte que tengo que obligarme a inspirar profundamente para aliviarlo. «Esto te está empezando a gustar demasiado, Mariajo» me riño mentalmente mientras me miro a los ojos.

—¡Pepe! —Desde donde estoy puedo oír como vuelve a gritar—. ¡Qué no te comas eso, coño!

—¡Coño! ¡Coño! ¡Coño! Grr —carcajeo aprovechando que no me ve y decidido dejar mi escondite para enfrentarme a lo que viene. Haga lo que haga, y cuando menos lo espere, hablará sin ningún pudor de lo que acaba de ocurrir y no se detendrá hasta asegurarse de que hay rubor en mis mejillas. Gorka es así y si quiero seguir manteniendo contacto con él tengo que aceptarlo.

—¿Qué se ha comido ahora? —pregunto al regresar, tratando de no reírme.

—Lo mismo. Me he descuidado solo un segundo y casi lo hace otra vez. —Alza la vista y cuando nuestros ojos se encuentran se queda callado.

—¿Qué? —digo al ver que tampoco se mueve.

—Me gusta cómo se ven tus labios hoy. —Los aprieto casi sin darme cuenta y sonríe. Debe de haber notado lo mismo que yo.

—Están igual que siempre.

Le quito importancia mientras me siento a su lado y me incomoda el hecho de que no aparte la mirada.

—No —insiste—. No están igual que siempre... —Deja la frase en el aire y al darme cuenta de que estoy reteniendo la respiración exhalo despacio. ¿Por qué me siento así?

—¿Quieres comer más? —cambio de tema con rapidez. Esta tensión tan extraña que se ha formado entre nosotros está empezando a afectarme. No sé qué me está pasando, pero ha cambiado algo en mí desde que nos hemos besado y cada vez que se mueve o habla mi corazón se contrae. Debo de estar volviéndome loca, pero desearía que lo hiciese otra vez.

—Me apetece mucho, la verdad, pero me temo que ya está fría. —Levanta las cejas y algo me dice que no habla de lo que tiene sobre la mesa.

—Entonces me la llevo a la cocina. —Finjo que no lo he entendido y en cuanto cierro la tapa pone sus manos encima.

—Tampoco he dicho que no me guste así. —La abre de nuevo y, apartando el trozo que ha pisoteado el loro, coge otro para empezar a comérselo. Está jugando conmigo. Lo sé.

Las siguientes horas se las pasa durmiendo y el loro con él. De vez en cuando el bicho abre un ojo como si fuese un perro guardián y al ver que no me muevo lo vuelve a cerrar. Sin embargo, si por cualquier cosa hago algún ruido, por pequeño que sea, los mantiene abiertos hasta que se asegura de que no me acerco. Si no pecase de lunática, creería que se atragantó a propósito para recuperar la atención de Gorka.

Al igual que ocurrió en el hospital, cuando más tranquila estoy leyendo algo en mi teléfono, Gorka comienza a moverse de un modo extraño en el sillón y su respiración cambia. Lo observo con detenimiento y sus puños se cierran con fuerza como si estuviera teniendo un fuerte ataque de impotencia. Suelto el teléfono con intención de despertarlo y me detengo cuando lo escucho hablar:

—¡No! ¡No saltes! —En el momento en que grita, él mismo se despierta y abre sus ojos de sopetón. Se sienta con rapidez y, poniendo la mano en su pecho, trata de controlar la respiración, que por momentos se vuelve más agitada.

—¿Gorka? —Mira al frente como si aún estuviese viviendo en la pesadilla y solo cuando vuelvo a llamarlo reacciona—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Tranquila. —Pestañea—. Estoy bien. —Se inclina hacia delante para coger el vaso que tiene sobre la mesa y cuando lo lleva a su boca no puedo evitar preocuparme al ver como tiembla su mano ¿Qué le ocurre? Es la segunda vez que le pasa algo parecido.

—¿Te traigo más? —pregunto al ver que se la ha bebido toda. Asiente.

Al regresar lo encuentro con las manos apoyadas en su cabeza y mirando al vacío. Carraspeo para que sepa que ya estoy ahí y cambia su postura.

—Gracias, preciosa.

Al guiñarme uno de sus ojos veo sufrimiento y siento que algo no

está bien en él.

—¿Qué estabas soñando? —indago como si nada. Si me lo cuenta quizás se sienta mejor.

—Nah, tonterías. —Intenta quitarle importancia, pero no me doy por vencida.

—Las tonterías no lo llevan a uno casi al borde del infarto —bromeo y al ver que se calla entiendo que estoy tocando un tema delicado.

Una llamada en mi teléfono nos interrumpe y, protestando mentalmente, me levanto para atenderla.

—Nena —la voz de Lucrecia me habla al otro lado. Con el fastidio ni siquiera había mirado quién era—. Me acaba de llamar la bruja para avisarme de que ha logrado hacernos un hueco en su consulta mañana por la mañana. Parecía preocupada y me ha dicho que es urgente que te limpie el aura ya. Le digo que sí, ¿verdad?

—Sí, sí. Perfecto. —Un ruido llama mi atención y recuerdo que Gorka está a mi lado. Lo miro asustada y por su cara sé que lo ha oído todo—. Mañana hablamos. —Cuelgo y curva su boca, risueño.

—¿Vas a ir a ver a una bruja? —se mofa.

—Sí ¿y qué? —Finjo que no pasa nada. Si nota debilidad no dudará en agarrarse a ella para seguir tomándome el pelo.

—Quiero ir contigo.

—No, no, no. Eso sí que no. —Conociéndolo, sé lo que pasaría.

—Llévame. Porfa...

—Te he dicho que no —afirmo para zanjarlo.

—Porfa, porfa, porfa, porfa, porfa, porfa...

—¡Dios! —gruño. A veces me crispa los nervios.

— Porfa, porfa, porfa...

—¡Está bien! —grito solo para que se calle y me reafirmo en lo que siempre pienso. Es peor que un niño.

CAPÍTULO 23

Al llegar la noche insiste para que me quede a dormir alegando que no puede moverse y que le duele la pierna, pero me niego. Sé que todo forma parte de un plan para presionarme y conseguir lo que quiere. Apenas le ha dolido mientras ha estado en el hospital y después de todo lo que le he visto hacer en un rato, sé que hoy tampoco. No teniendo escapatoria, y con bastante reparo, al final le dejo mi número de teléfono anotado en un papel por si ocurriese algo. Solo espero que no se comporte como un capullo y se pase la noche molestándome con sus bromas. Ya lo conozco lo suficiente como para saber que no tendría ningún problema en hacerlo.

—No puedes dejarme así, ¡mala mujer! —lloriquea cuando me despido—. Se lo diré a mi suegra en cuanto la vea.

—Lo único que tendrás que hacer mientras no esté es ir al baño como has estado haciendo mientras he estado aquí y no veo que te haya ocasionado ningún problema, pero si quieres... puedo dejarte una ensaladera debajo de la cama para que ni siquiera tengas que moverte —bromeo.

—¡Eres cruel! —En medio de su drama veo un atisbo de sonrisa y eso hace que me marche más tranquila.

—Y más que lo pienso ser como sigas portándote así.

Cierro la puerta a la vez que cierro mis ojos y suspiro. Está loco, completamente loco, pero, por desgracia, me encanta. Todavía no sé cómo diablos he llegado a esto. Yo, una persona tan cerrada y poco sociable cuidando a un hombre como él... Vuelvo a suspirar y me pongo en marcha. Solo espero que esta tontería se me pase pronto.

Cuando estoy bajando las largas escaleras mi teléfono comienza a sonar y al ver que es mi padre descuelgo rápido. Si él me llama es que algo pasa.

—Dime, papá.

—¿Te han llamado los del seguro?

—No, ¿por qué?

—No, por nada. —Noto nerviosismo en su voz y eso me preocupa.

—¿Qué ocurre? —insisto. Podría esperar hasta llegar a casa, pero la preocupación no me lo permite.

—Parece que... —Carraspea—, bueno... —No sabe cómo empezar y eso me asusta todavía más—. Parece que han encontrado pruebas de que el incendio.... Bueno..., ha sido provocado y creo que el mismo seguro va a demandarte por intento de fraude.

—¿Quéééé?

—Tranquila, cariño. —Vuelve a carraspear y aunque intenta disimular como puede, noto que está tan alterado como yo—. Vamos a solucionarlo, ya verás. Debe de tratarse de un error.

—¡Madre mía! —Pongo la mano sobre mi frente y la masajeo—. ¿Cómo voy a hacer yo eso? ¿Están locos o qué les pasa? —No puedo creerlo. Ya no sé qué más puede ir mal.

—Creen que como el negocio es nuevo y no factura lo suficiente..., has podido inventar todo esto para cobrar la indemnización.

—¡Eso es mentira! —exclamo. Es increíble que me estén acusando de algo tan grave.

—Lo sé, cielo, y por eso te digo que todo se arreglará. No debes preocuparte.

—¿Qué pruebas han encontrado? ¿En qué se basan para decir que ha sido provocado?

—No lo sé, solo me han comunicado eso, pero no sé más. Esta semana nos llamará la policía e imagino que nos contará todo.

—Está bien. —Puedo notar como el corazón me late con fuerza—. Voy ya para casa, ahora hablamos.

Nos despedimos y cuando cuelgo tengo que hacer un esfuerzo para controlar las lágrimas. ¿Cómo narices voy a manipular yo algo que no me atrevo ni a tocar con un palo por miedo a electrocutarme?

***

A la mañana siguiente me levanto mucho más cansada que cuando me acosté por no haber dejado de darle vueltas al asunto en toda la noche, y si decido salir de la cama es porque ya quedé con Lucrecia ayer, que si no me quedaba acostada.

Me visto con lo primero que veo y recojo mi cabello en una coleta para no entretenerme demasiado. Al bajar a la cocina me encuentro con mi madre y parece tener la misma cara que yo. Seguramente mi padre ya le ha contado y ella tampoco ha podido pegar ojo. Evito sacar el tema para no angustiarme más y tras tomar un zumo, me despido.

—¡Mariajo! —Oigo a Lucrecia llamarme mientras estoy buscando mi teléfono para preguntarle dónde está y, al mirar, la veo aparcada a unos metros de la casa.

—¿Vamos en tu coche? —le pregunto casi por señas y cuando asiente recuerdo que tenemos que ir a recoger a Gorka. Entonces expulso el aire.

—¿Qué ocurre? —me pregunta nada más abrir la puerta y al explicárselo le parece bien, más incluso de lo que me gustaría, así que, al igual que hice con mi madre, en este caso también decido guardar silencio. Con lo encantada que parece no dudará en rebatirme todo lo que sea que diga con tal de impedir que cambie de opinión.

Envío un mensaje a Gorka y en cuanto llegamos a su apartamento abro la puerta con intención de ir a ayudarlo. Entonces me doy cuenta de que ya nos está esperando abajo. Cada vez me convenzo más de que no necesita ayuda. Alzo mi brazo para que nos vea y cuando

localiza el coche viene hacia nosotras ayudándose con las muletas. Nos saluda y Lucrecia no puede ocultar su sonrisa.

—Vale ya, ¿no? —le riño—. Te va a llegar la baba al suelo.

Gorka abre la puerta, nos saluda y, como puede, coloca las muletas en el asiento para acomodarse junto a ellas en la parte de atrás.

Mientras conduce Lucrecia y él bromean sobre la noche de la despedida y yo lo único que hago es mirar por la ventanilla evitando entrar en su juego, sobre todo cuando se centran solo en mi borrachera y en cómo actué gracias a ella. Me temo que ese día va a acompañarme por el resto de mi vida y jamás podré sacarme ese lastre de encima. Quise ser la protagonista y lo conseguí, pero de una forma muy diferente a la que quería.

—Es aquí —indica Lucrecia a la vez que tira del freno de mano. Por el pequeño espejo del copiloto en el que estoy arreglando algo más mi cabello puedo ver a Gorka enarcar una ceja.

—Emm, espera. ¿Qué son esas plantas que se ven ahí? —pregunta risueño y, entendiendo que no necesita explicación, ninguna respondemos.

Salir del coche le cuesta un poco más, así que voy hasta él para echarle una mano. Se sujeta a mi hombro mientras termina de sacar sus cosas y caminamos juntos hasta la consulta de la bruja. Al entrar al largo patio el olor a marihuana nos hace toser y Gorka no se calla.

—¡Uff! —Sacude su cabeza—. El instinto me dice que vamos directos a un incendio forestal —ríe y Lucrecia lo acompaña de manera escandalosa. Está tan nerviosa por su presencia que desde que salimos no ha sido capaz de controlarse. Llamamos a la puerta interior y cuando la bruja nos da paso y abrimos, el humo, mucho más denso que la última vez, no tarda en envolvernos—. ¡Joder! —Vuelve a toser, dando incluso alguna arcada—. Ni cuando la policía quema plantaciones enteras huele así.

—Dejaos de tonterías y pasad de una vez. —La escuchamos decir al fondo y Gorka me mira.

Entramos casi a tientas y una pregunta no para de rondarme en la cabeza ¿Cómo lo hace para respirar aquí?

—Os juro que he apagado fuegos menos cargados de humo que esto. No veo una mierda. —Seca sus ojos—. Oh, Dios... Me estoy colocando ya. —Tose más fuerte.

—¡Cerrad la puerta y sentaos! —señala hacia lo que parecen tres sillas pegadas a la pared y miro a Lucrecia. La última vez solo tenía dos. «¿Es posible que supiese que venía él?» No... Niego con la cabeza. No puede ser.

—Señora, si cerramos la puerta según tiene esto, cuando salgamos de aquí lo haremos espantando dragones. —Con disimulo le doy un codazo, pero no parece entender lo que quiero decir—. ¡Jesús! ¡Uh!

Con lo rápido que me suben a mí estas cosas... —Mueve la mano para aclarar el ambiente pero al estar envuelta toda la sala no sirve de nada —. ¡Qué hambre me está dando ya!

—Cállate, por favor —susurro para evitar que la bruja nos escuche. Tiene muy mala leche y sé que si la cabreamos no dudará en echarnos.

Nos mira y tras darle una fuerte y profunda calada a una especie de troncho de lechuga que tiene entre sus dedos, lo deja sobre el cenicero y me habla.

—Hermosa. —Odio que me llame así, la última vez ya me dejó claro por qué lo hacía—, acércate más. —Levanto la silla para no hacer ruido y me coloco junto a su mesa—. Dame las manos. —En cuanto lo hago, oigo una carcajada detrás de mí.

—Perdón, perdón. —Gorka se disculpa y con los ojos achinados sorbe por su nariz.

—Veoooo... ¡Veoooo!

—¿Una cosita? —Gorka habla de nuevo y sé que ha pensado lo mismo que nosotras en la sesión anterior. Es demasiado tentador y, como es normal, él no lo iba a dejar pasar. Lucrecia, al escucharlo, en vez de tratar de hacerse con la situación, ríe con él y tengo que hacer un gran esfuerzo para no hacerlo yo. No hay peor cosa que tratar de mantenerte serena cuando tus amigos están detrás desternillándose.

—Hermosa, antes de seguir con esto... —Me suelta para mirarme fijamente a los ojos—. ¿Has desatado ya los cojones a Cucufato?

—No...

—¿Los qué? —Vuelvo a escuchar risas y aunque esta vez suenan diferente, trato de ignorarlas—. ¿Los cojones de quién? —Gorka insiste en saber y nadie responde.

—No, señora— continúo—. Se me olvidó por completo, pero guardo el pañuelo aún. Está un poco sucio por el incendio, pero en cuanto llegue a casa le quitaré los nudos.

—¿Qué pañuelo? ¿Qué nudos? —Una carcajada casi agónica sale de su garganta y esta vez sí me giro para mirarlo. Como no se controle un poco enfadará a la bruja y nos sacará a patadas—. Mariajo... —Trata de moverse y lo hace con torpeza—. Esta señora está diciendo que el pañuelo que te he estado guardando con tanto esmero... ¿son los cojones estrangulados de alguien?

—Sí. Bueno, en realidad son...

—¡Dios mío! ¡Los he tenido en las manos! —Se las mira asustado y veo cómo se pone en pie sin ayudarse de las muletas.

—¡Mierda! —Al comprender que está completamente colocado corro hasta él para ayudarlo—. Lucrecia, por favor, hazte cargo. —Asiente y tras sentarlo de nuevo este sigue mirando sus manos como si en ellas hubiese algo horrible.

—Tan grande y flojo —balbucea la bruja sabiendo que el humo lo

tiene drogado—. Dame tus manos y acabemos con esto. —Asiento y en cuanto nuestros dedos se tocan la bruja sufre un espasmo tan fuerte que acaba sobresaltándonos a los tres.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien? —le pregunto al ver que tiene la cabeza hacia atrás y Gorka comienza a carcajearse de nuevo—. ¿Oiga? —No se mueve y eso me preocupa—. ¿Disculpe? —Las carcajadas de Gorka suenan cada vez más agudas y cuando pierden el sonido lo miro —. ¿Puedes dejar de hacer eso? —Niega con la cabeza, rojo como un tomate y antes de que pueda pedirle a Lucrecia que lo saque fuera para que tome un poco el aire, la bruja sufre otra extraña convulsión —. ¡Dios mío! —Me pongo en pie a toda velocidad al ver que tiene sus ojos en blanco. En cuanto me aparto, Gorka la ve y comienza a gritar como un poseso.

—¡Calladle! —exclama la bruja con un tono mucho más grave y cuando por un segundo llego a creer que han intercambiado sus voces, Gorka vuelve a soltar otra de sus frases.

—Me estoy cagando... de miedo —expresa serio y aunque intenta contenerse, vuelve a estallar en risas de nuevo.

—Túúú —la mujer me señala y abro los ojos sorprendida—, esto no ha acabado. ¡Vannn a por ti!

—¿Quién? —Mi espalda se eriza.

—¡Ellos! ¡Ellos! ¡Ellossss!

—¿Quienes? —Estoy aterrorizada pero necesito más información. ¿De quién debo defenderme?

—Estás en peligro. —Su garganta comienza a emitir todo tipo de ruidos y temo que por tener la cabeza tan inclinada hacia atrás se esté ahogando—. ¡Vas a morir! —En ese momento sus ojos recuperan las pupilas y parpadea.

—¿Qué? —pregunto aterrada—. ¿Qué acaba de decir?

—¿Que de qué? —responde la bruja como si nada y le da otra calada a su grueso tronco.

—¿Por qué ha dicho que me voy a morir? —Mis piernas comienzan a temblar—. ¿Lo ha visto en su visión?

—¿Quién ha dicho eso? —pregunta como si no supiese de qué hablo—. ¿Qué visión? Todavía no he logrado conectar.

—Usted. Usted misma lo acaba de gritar. —Mi corazón bombea con tanta fuerza que empiezo a creer que está en lo cierto. Voy a morir, sí, pero ahora mismo y de un infarto.

—Hermosa, eso es imposible —asegura y la observo con incredulidad.

—¿Cómo que no? —Miro hacia atrás buscando apoyo y Gorka está contando los dedos que tiene en cada mano mientras que Lucrecia nos mira—. Tú lo has escuchado, ¿verdad? —le pregunto.

—¿Escuchar qué? —dice mi amiga.

—¡Lo que ha dicho, joder! ¡Qué me voy a morir!

—Mariajo... —Arruga su frente—, ha dicho otras cosas, pero eso..., precisamente eso, no. —Me mira como si estuviese loca y mi vello vuelve a erizarse.

—Yo... yo lo he escuchado —aseguro. Deben de estar gastándome una broma, sino no le encuentro otra explicación.

—Ven conmigo. —Se pone de pie y después de llevarme a la parte de atrás comienza a pulverizar sobre mi cuerpo los mismos líquidos que la otra vez. Reza algo que no entiendo y tras golpearme con un ramo de hojas secas que me arañan toda la cara, da por finalizada la sesión—. Creo que con esto servirá. —Toma mis manos y cuando vuelve a cerrar los ojos me aparto un poco por lo que pueda pasar. No me fío de nada ya—. Umm... Ya no tienes el aura tan sucia. La nube negra que te acecha se está aclarando.

—¡Ufa! Pues la blanca que nos está engullendo se está acrecentando. —Gorka vuelve a aletear con sus manos para apartar el humo que, por tener la puerta cerrada, cada vez se espesa más; y la bruja, recogiendo sus grandes faldas para no pisarlas, camina hacia él.

—Dame tus manos. —Gorka lo duda por un momento antes de ofrecérselas y esta, al tomarlas, levanta las cejas con picardía—. Ahora entiendo muchas cosas... —Me mira sonriente y yo no entiendo nada —. Déjame tu silla. —Lucrecia se levanta y la bruja se sienta sobre ella —. Veoooo. —Inspira profundo y Gorka la mira con la boca abierta—. Veoooo...

—Pues qué suerte tiene usted de ver porque yo ya no veo nada. —Sus ojos están cada vez más cerrados y sé que se debe a las sustancias que flotan sin descanso en el ambiente. Ya advirtió al entrar que era muy susceptible a ellas, pero nunca imaginé que tanto, aunque reconozco que yo también me estoy empezando a encontrar mal ya.

—Veooo. Oh, Dios, lo que veo. —Vuelve a mirarme y me incomoda. Se centra un poco más y la expresión de su cara cambia en un segundo—. Dolor. —Arruga sus cejas—. Mucho dolor. Demasiado... —Gruñe—. Más del que una persona podría soportar. —Gorka sigue ajeno a todo mientras observa los objetos de la habitación—. Muerte, remordimientos, culpabilidad... —Abre los ojos sorprendida—. ¡Secretos! —Esa palabra hace que Gorka reaccione con rapidez y aparta sus manos de ella.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta extrañado.

—¿El qué? —Me adelanto. Está palideciendo muy rápido.

—He sentido algo muy raro aquí. —Toca la boca de su estómago y, sin que lo espere, comienza a vomitar.

—Este chico está mal —dice la bruja—. Es mucha la carga que portan sus hombros. Traedlo conmigo. —Se pone en pie y camina hacia el lugar donde me llevó a mí antes. Entre Lucrecia y yo tiramos

de él y cuando nota que lo estamos levantando se niega.

—No, no, no. Eh..., ¿qué hacéis? —Se resiste—. ¡Dejadme! No quiero acabar como el Cucufato ese.

—Acabarás peor si no limpiamos tu aura —objeta la bruja y al final tengo que ceder.

CAPÍTULO 24

Cuando salimos apenas puede caminar y tenemos que pararnos dos veces para que vuelva a vomitar. El humo le ha sentado fatal y no para de repetir que no se encuentra bien. Lo subimos al coche como podemos y, con cuidado de no hacerle daño en la pierna, me siento a su lado.

—Ay, qué malito estoy. —Pone la mano sobre su frente y preparo una bolsa por si vuelve a vomitar—. Yo solo quería saber cómo era una consulta de esas. Tenía curiosidad..., pero os aseguro que después de esto no vuelvo más.

—No seas quejica —río y cuando me quiero dar cuenta está roncando.

—¿Qué hacemos? —susurra Lucrecia al observarlo por el espejo retrovisor.

—¿Te parece si vamos a un parque a tomar un poco de aire fresco? Casi estoy como él.

—Yo igual —admite—. Te aseguro que si llegamos a estar solo unos minutos más, Gorka y yo habríamos tenido que compartir la papelera —reímos a la vez y se desvía hacia el parque Vega de Triana.

Al llegar aparcamos cerca del césped y dejamos a Gorka en el coche para no despertarlo.

—Qué bien se está aquí. —Inspiro profundamente al bajarnos y Lucrecia hace lo mismo. Al notar que el sol directo nos molesta decidimos sentarnos bajo la sombra de un árbol.

—¿Cómo sigue todo con...? —señala el coche sin rodeos. Todos los días intercambiamos algún mensaje pero siempre la dejo con ganas de saber más.

—No busques donde no hay —la aviso al saber a dónde quiere llegar.

—Oh, vamos, estuve presente en uno de vuestros besos y ¡madre mía que pasión le poníais!

—Eso no quiere decir nada, ni tampoco nos compromete a nada como llevas tiempo insinuando. —Necesito quitarle esa idea de la cabeza como sea—. ¿O es que cada vez que tú te lías con un tío ya sois pareja?

—Yo soy yo —ríe.

—Y yo, yo...

—Pues por eso, porque tú eres tú —vuelve a reír—. Nunca te has liado con un tío por el simple hecho de pasar un buen rato. Bueno, en realidad solo conozco que te liaras con uno y estuviste varios años con él.

—No me lo recuerdes. —Resoplo—. No quiero volver a saber nada de ese idiota.

—Era solo un ejemplo. Tú no te besarías con alguien solo por eso y las dos los sabemos.

—Pues ahora sí lo hago.

—No te creo —insiste.

—Algún día eso tenía que cambiar, ¿no?

—¿Tú? —se carcajea—. Venga, Mariajo. Ambas sabemos que eso no está en ti. Ese chico te gusta de verdad.

—No voy a negarlo. —Me está acorralando y necesito salir del paso —. Es evidente, pero de ahí a querer tener algo con él... está muy lejos. Entre otras cosas porque ninguno buscamos nada y… seamos realistas, con todas las chicas impresionantes que hay por ahí no se va a fijar en mí.

—Ah, ¿no? Y entonces ¿qué se supone que está haciendo? Una persona no le come los morros a otra de esa forma si no está interesado.

—Es solo un juego. No lo entenderías.

—¿Un juego?

—Sí.

—¿De qué habláis? —Al escucharlo nos levantamos. Estábamos tan entregadas a la conversación que no nos habíamos dado cuenta de que Gorka ya se había despertado.

—Cosas nuestras —dice Lucrecia mientras sacude su pantalón manchado de tierra y me mira de reojo.

—Este lugar es precioso. —Mira el parque con atención.

—Estoy de acuerdo contigo. —Echo una ojeada con él—. ¿Cómo sigues? —le pregunto al ver que su rostro tiene un poco más de color. Llegó a ponerse tan blanco que temí que se desmayara.

—Quitando que al abrir los ojos y ver que todo era campo pensé que me habíais abandonado... —bromea—. Estoy como si me hubiese arrollado un camión.

—¿Quieres que volvamos ya a casa? Pareces cansado.

—No, la verdad es que me apetece estar un rato tranquilo aquí. — Tira las muletas al suelo y se sienta donde antes estábamos nosotras—. ¿Lleváis prisa?

—Yo no —respondo primero.

—Yo, si no os importa —dice Lucrecia—, quiero aprovechar que estamos cerca de la casa de mi tía para ir a visitarla unos minutos. No creo que tarde más de una hora. ¿Podréis esperar? —Asentimos a la vez—. Pues entonces no pierdo más tiempo. ¡Vengo en nada! —Vuelve a sacudir su pantalón para asegurarse de que queda limpio y observamos cómo se marcha.

—Gorka. —Capto su atención y me mira—. ¿Tú has escuchado a la bruja decir que yo me iba a morir? No puedo sacarme esa escena de la cabeza.

—La verdad es que no, pero estaba bastante colocado, así que no podría asegurarte nada. De todas formas, creo que si hubiese dicho algo así lo recordaría. Es muy fuerte.

—Lucrecia no escuchó nada y la bruja me aseguró no haberlo dicho. Quizás estaba demasiado sugestionada y me pareció oírlo... —Me siento a su lado.

—Es posible. De todas formas, no puedes fiarte de esa mujer. Parecía estar muy loca. —Sé que busca restarle credibilidad para no preocuparme.

—¿Sabes? La primera vez me dio esa misma impresión, pero después de ver que prácticamente acertó todo me asusta un poco. Oye... —Recuerdo que también le tomó las manos a él—. ¿A ti te adivinó algo?

—Em, bueno. —Carraspea y noto que se tensa—. Esta gente habla tanto que, por estadística, alguna vez tiene que acertar.

—¿Entonces sí acertó? —La curiosidad me puede.

—En algunas cosas.

—¿En cuáles? —Quizás tenga algo que ver con las pesadillas que tiene.

—La verdad es que prefiero no hablar de ello. —Se remueve inquieto y yo hago lo mismo al notar que quizás he llegado demasiado lejos. A veces me emociono tanto con las conversaciones que no pienso.

—Oh. —Me obligo a cambiar de tema—. De acuerdo. Por cierto, ¿qué vas a querer que comamos hoy?

—¿Comamos? Eso me gusta. —Sonríe con amplitud—. Yo te comería a ti, pero como no te dejas...

—No seas tonto. —Mis mejillas se colorean. Sé que son idioteces que no llevan a ninguna parte pero me afectan demasiado.

—Me encanta verte así. —Me mira de manera abierta y, por instinto, cubro parte de mi rostro con el brazo—. Ya no quedan chicas como tú. Normalmente a quien ponen colorado es a mí.

—¿Qué? —Creo haber entendido, pero necesito una explicación más detallada.

—Adoro ser yo quien ruborice a una chica. —Se acerca más a mí y sus ojos se detienen en mis mejillas—. Debo ser de la vieja escuela.

—Pues yo prefiero que no me hagan pasar por eso —miento. Aunque en cierto modo me incomoda, en el fondo sé que me gusta.

—A mí no me engañas. Detrás de esa coraza. —Toca mi frente dos veces con su dedo—, hay una persona dulce, tímida y quizás delicada. —Sonríe—, y aunque también es feroz y orgullosa, me encanta lo que descubro cada día de ella.

—Oh, vamos. —Bajo la mirada avergonzada y, sintiéndome ridícula, intento levantarme para disimular, pero me detiene.

—Deja de huir cada vez que alguien intenta saltar uno de tus muros. —Me mira fijamente a los ojos—. Tienes que empezar a aceptarte.

—Y yo me acepto —replico.

—No es verdad. Noto que muchas veces no te sientes cómoda siendo tú misma y eso al final es agotador. Tan agotador que te pone de mal humor.

—Si estoy de mal humor no es por eso. Es porque no me salen bien las cosas —protesto.

—Por supuesto, eso también tiene que ver, no estoy diciendo lo contrario, pero si además te pasas el día lidiando contigo misma desde que te levantas hasta que te acuestas..., puede llegar a ser extenuante. Te lo digo por experiencia.

—¿Tú te has sentido mal contigo mismo alguna vez? —No lo creo.

—Durante años.

—¿Cómo puede ser eso? ¡Mírate! —Siento que de algún modo estamos volviendo al tema que tanto evita, pero ha sido él quien lo ha sacado esta vez.

—Era un chico... problemático. —Coloca su pierna para disimular la incomodidad—. Bueno, en realidad muy problemático. Y siempre que hacía algo me torturaba mentalmente después. Mi personalidad no era la mejor del mundo y tenía conflictos conmigo mismo todos los días... cosa que hacía que volviera a fastidiarla, y al final me adentré en un círculo vicioso del que no pude salir en mucho tiempo.

—¿Y cómo lo lograste?

—De la peor de las maneras. —Mira al frente como si estuviese recordando algo doloroso y tras pestañear varias veces vuelve a la conversación—. Señorita, estábamos hablando de ti, no de mí, ¿verdad? —Sonríe, pero su sonrisa ya no es igual—. Lo que quiero decir es que necesitas darte permiso para ser feliz y, sobre todo, comprender que tienes el mismo derecho a serlo que cualquier otra persona. A mí me llevó tiempo, pero lo conseguí.

—Quizás tengas razón —admito—. Además, últimamente estoy un poco... plof y en lo último que pienso es en mí, pero es que desde que lo dejé con mi ex no salgo de una cuando me encuentro de frente con otra.

—Necesitas cambiar eso.

—No sé cómo.

—Yo sí lo sé. —Mira al cielo.

—¿Cómo? —Si tiene la solución está tardando en dármela.

—Pon un Gorka en tu vida. —Levanta las cejas y no tardo en poner los ojos en blanco. Debí de haberlo visto venir.

—Muy gracioso. —Ladeo una sonrisa avergonzada y cuando el calor comienza a apoderarse de mi cara, me mira fijamente. Al

notarlo, corto el contacto visual y en el momento en que lo hago sujeta con firmeza mi nuca, obligándome a acercarme a sus labios.

—Lo digo en serio —susurra antes de adueñarse de mi boca y cierro los ojos con fuerza.

Mi cuerpo, por la brusquedad con la que me besa esta vez, queda atrapado entre el árbol y su torso, impidiendo que pueda apartarme, así que lo único que puedo hacer es dejarme llevar. Sus manos se deslizan por mis hombros para estrecharme con solidez y una extraña ola de deseo surge de repente entre mis piernas, haciendo que la sangre me corra tan rápido en las venas que puedo notar como me quema. Nunca, ni siquiera cuando había creído estar excitada, había experimentado algo así. Lucho por controlar la nueva y abrasadora sensación, convencida de que podré hacerlo, y al comprobar que es más fuerte que yo, desisto para dejar de batallar y rodeo su cuello con mis brazos.

En ese instante una débil vocecita parecida a la de mi madre me pide que pare, sin embargo, soy incapaz de obedecerla. El deseo me tiene sumida en un estado de semiinconsciencia imposible de manejar y quiero saber a dónde me lleva. Un pequeño gemido brota de su garganta en ese momento, provocándome aún más, y cuando sus enormes brazos me engullen siento que todo desaparece a nuestro alrededor.

— ¡Joder! —exclama agitado, y cuando me quiero dar cuenta sus manos, que hasta ahora estaban en mi espalda, comienzan a perderse dentro de mi camiseta—. Me estás volviendo loco —susurra en mi oído y cuando sus labios besan mi cuello, mi vello se dispara.

La melodía de un teléfono comienza a sonar y aunque en un principio la ignoramos, vuelve a sonar de nuevo y, poco a poco, salimos de nuestro estado.

—Es el mío —digo con una rara sensación de letargo, y tras cerrar los ojos con fuerza para recuperarse, asiente y se aparta para que pueda atender la llamada—. Dime, mamá... —espeto con frustración nada más descolgar. Sus llamadas normalmente me molestan, pero esta se lleva la palma. Siempre tan oportuna.

—Cariño, ¿puedes venir? —tartamudea y no tardan en dispararse mis alarmas.

—¿Qué ocurre?

Algo no va bien. Lo sé.

—La... la policía está aquí, cielo. Han venido a buscarte.

—¿Qué? ¿Por qué?

CAPÍTULO 25

Llamo a Lucrecia con las manos temblorosas y el poco tiempo que tarda en regresar se me hace eterno. Marco el número de mi madre mientras nos ponemos en marcha para saber cómo sigue todo por allí y al confirmarme que la policía me está esperando en la calle me pongo todavía más nerviosa. Gorka no dice nada pero el bailoteo de su pierna sana no para de confirmarme que está igual que yo.

—No puedo creerlo —me lamento mientras trato de controlar el movimiento involuntario de mis manos—. ¿Cómo pueden creer que yo he hecho algo así?

—Tranquila. —Lucrecia intenta calmarme—. Seguro que se trata de algún interrogatorio sin más. No pueden detener a nadie sin pruebas.

—Mi padre me dijo ayer que los del seguro están pensando en denunciarme.

—¿Los del seguro? —pregunta Gorka al vuelo.

—Sí.

Cuando termino de explicarle todo lo que mi padre me contó el día anterior se muestra bastante preocupado y tras hacerme algunas preguntas más, se baja del coche conmigo al llegar.

Como bien me había anunciado mi madre, hay una patrulla aparcada en la puerta y en cuanto nos ven llegar los agentes se acercan.

—Buenos días. ¿Es usted la señorita María José Caro? —Asiento con un nudo en la garganta para confirmárselo y prosigue—. Queda usted detenida por un presunto delito de incendio en bienes propios con tentativa de estafa —responde uno de ellos mientras tira de la puerta trasera del vehículo oficial para que suba y mis ojos se abren como platos. ¿Me están arrestando?

—¿Qué? —Escucharle decirlo así todavía suena mucho peor. Miro a Gorka aterrada, esperando que me eche una mano, pero cuando nuestros ojos se encuentran hay algo en ellos que no me gusta. ¿Acaso les está creyendo?

—Vamos, suba —señala el interior de nuevo y el llanto de mi madre, aunque no he tenido oportunidad de verla, me hace saber que está ahí y que lo está viendo todo.

—¡Ella no ha hecho nada! ¡Dejadla!

El agente, tras asegurarse de que ya estoy acomodada, cierra la puerta e inmediatamente después dejo de oírla.

Mientras nos dirigimos a la comisaría voy temblando como un flan y al llegar me trasladan a una sala donde me quitan todas las pertenencias, incluido el móvil. De nuevo, me informan de mis derechos, añadiendo una vez más el motivo de mi detención. Cuando me preguntan si quiero designar a un abogado de confianza no

recuerdo el nombre completo de ninguno, así que me asignan uno de oficio.

Las horas pasan mientras espero encerrada y cuando por fin escucho mi nombre, convencida de que me van a dejar marchar ya, los acompaño hasta un frío cuarto donde toman mis huellas. En el momento en que comienzan a hacerme las típicas fotografías junto a una regleta en la pared empiezo a llorar. No puedo creer que esté aquí y menos que me estén tratando como si fuera una delincuente. Soy incapaz de hacerle daño a nadie y por más que se lo repito sin parar, parecen no creerme.

Antes de trasladarme a otro lugar una agente se apiada de mí y me ofrece varios pañuelos de papel para que pueda secar mi cara. Acompañada por dos policías más, tomamos el camino de vuelta y cuando parece que me van a llevar a la sala donde estaba antes, giramos a la derecha y nos adentramos en la zona de los calabozos.

—Por favor —les suplico al ver las celdas—, yo no he hecho nada. —Me ignoran y, tras obligarme a entrar dentro de una de ellas, cierran la puerta, haciéndome sentir la mayor impotencia que he vivido hasta ahora—. Por favor, ¡dejadme salir! —Golpeo con los puños las rejas mientras veo como se marchan y no tardo en venirme abajo. Esto está siendo demasiado para mí.

Las horas pasan y cuando empiezo a creer que se han olvidado de mí, oigo el sonido de unos tacones. Miro al frente sabiendo que no se trata de un policía y una mujer de unos cuarenta años se detiene frente a mí.

—¿Es usted la señorita María José Caro?

—Sí, soy yo. —Seco mis ojos con cuidado. He llorado tanto que tengo las mejillas irritadas.

—Soy su abogada.

—¿Va a sacarme de aquí? —Es lo único que quiero saber.

—Lo voy a intentar, al menos.

Mientras que los agentes siguen redactando el atestado policial, la abogada habla conmigo y le explico con detalle todo lo que recuerdo. Varias horas después regresan a por mí y me trasladan junto a ella al juzgado para prestar declaración de nuevo. La abogada, tras poder consultar por fin el atestado, se muestra sorprendida por las acusaciones y al ver las posibles imputaciones niega con la cabeza.

—Esto es una locura —susurra—. Necesitamos diseñar una estrategia y cruzar los dedos para que funcione.

—¿A qué me enfrento?

—Pueden condenarte de tres a cinco años.

—¿Qué? —Coloco por instinto las manos sobre mi corazón.

—Y parece que tienen varios testigos.

—¿Qué? ¿Cómo que tienen testigos? ¿Quién?

—Un par de clientes te vieron manipular la caja de los fusibles a través del ventanal y les resultó extraño ver luz salir de ellos. Avisaron a la dueña un día después del incendio creyendo que con eso ayudarían a esclarecer la investigación.

—No, yo nunca manipulé nada. Algo estaba mal en ellos y cada vez que los desconectaba antes de marcharme hacían cosas raras. ¡Llamé incluso a un técnico!

—A ver. —Revisa el informe donde está mi declaración—. Sí, veo que también llamaste a la compañía, ¿verdad?

—Así es.

Arruga su frente y ese gesto hace que me preocupe más.

—¿Emm? —La miro atenta y espero a que continúe mientras balanceo mis pies. —Vaya, han presentado un audio donde el sobrino de doña Margarita te pide expresamente que no vuelvas a tocar los diferenciales. —Mi pulso late con tanta fuerza que empiezo a marearme—. Alega que decidió grabarlo para que quedase constancia al descubrir lo que estabas haciendo. Según explica, tuvo miedo de que ocurriese algo..., como así ha sido y, además, te denunció a la compañía un día antes de la desgracia.

—No, no, no. ¿Qué? No, no. —Niego con la cabeza repetidas veces —. ¡Yo llamé a la compañía!

—Su demanda está aquí. —Cuando levanta la hoja de papel mi estómago se anuda—. Tardan varios días en gestionarlo todo, así que imagino que todavía no te ha llegado la notificación. —Resopla—. Y por lo que estoy viendo... esa ha sido la prueba que te ha traído aquí.

—No puede ser. —Mi mente se nubla.

—No te voy a mentir, está complicado. —Carraspea—, pero si has dicho la verdad encontraremos una forma de demostrarlo.

Sus palabras no me ayudan. Todo indica que acabaré presa y eso me aterra.

Cuarenta horas después por fin recupero mis pertenencias y me permiten salir, no sin antes hacerme firmar una declaración en la que me comprometo a presentarme en la comisaría cada quince días hasta que tenga lugar el juicio. ¿Acaso creen que huiré del país?

En cuanto logro poner un pie en la calle, respiro profundamente y lo primero que hago es llamar a mi madre. Si yo, sabiendo lo que estaba ocurriendo en cada momento, lo he pasado mal, no quiero imaginarme ella.

—Entonces... —hipea—. ¿Cuándo será el juicio?

—No lo sé, mamá, tienen que darnos fecha. Supongo que será dentro de uno o dos meses.

—Dios mío... Ojalá descubran pronto la verdad. —Cree en mí y no imagina cuánto se lo agradezco. Eso es mi único pilar ahora mismo.

—¿Qué...? ¿Qué pasó con Gorka? —Me preocupo—. ¿Lucrecia lo

llevó a su casa? —Recuerdo que cuando lo dejé se quedó en la calle con ella.

—No, está aquí.

—¿Qué?

—Que está aquí. Le pedí que se quedara.

—¿Qué? ¿Por qué? Él tiene su casa.

—¿Qué te pasa? —protesta—. ¿Acaso no recuerdas cómo está?

—Sí... Está bien. —Pongo los ojos en blanco aprovechando que no me ve. Si supiese lo bien que se maneja solo..., pero es imposible discutir con ella. Siempre quiere tener la razón.

—¿Quieres que vaya papá a por ti?

—No, tranquila. Voy a llamar a un taxi.

—Está bien. Te esperamos entonces.

Nos despedimos y tras telefonear a la central y solicitar un coche, me acomodo en la acera aguardando a que venga. La tensión que he soportado dentro de la celda ha hecho que todos mis músculos se tensen y me siento dolorida. Lo único que quiero es regresar a casa, dormir durante horas y olvidarme de todo.

En cuanto el taxi se detiene en la puerta todos salen de la casa, incluida Lucrecia, a quién deben de haber avisado, y me saludan. En sus rostros puede apreciarse la expresión de sufrimiento que tanto me atormentó mientras estuve en el calabozo y les saludo sin mucho ánimo.

—¿Cómo estás hija? ¿Te han pegado?

—¿Cómo me van a pegar? —Arrugo mi frente.

—He visto muchas películas en las que...

—Mamá... —Necesito que pare. No tengo ganas de hablar.

Alzo la mirada y al encontrarme con la de Gorka la desplazo hacia otro lado. Aún no he podido olvidar la forma en que me observó cuando la policía me detuvo. Siento que dudó y eso me duele. ¿Cómo pudo pasarle por la cabeza algo así?

—¿Estás bien? —me pregunta al entrar y al ver que no respondo sujeta mi brazo—. Mariajo. —Lo ignoro y sigo caminando. Necesito encerrarme en mi habitación por un buen rato. Si le apetece quedarse en casa de mis padres que se quede, pero ahora lo único que quiero es un poco de paz.

—Hablamos después —digo agotada y al ver cómo se apartan para dejarme paso, respiro aliviada. Al menos sé que me entienden.

Lo primero que hago al llegar es coger un par de toallas limpias y darme una ducha. Al terminar me pongo el pijama y después de enrollar una en mi cabello me echo sobre la cama. Ya me lo secaré después, ahora no tengo ninguna gana. He sido incapaz de dormir nada en todo el tiempo que he estado allí y mis ojos arden como si tuviesen brasas. Cuando apenas llevo diez segundos en la misma

posición suspiro profundamente y, como esperaba, no tardo en quedarme dormida.

—Mariajo... ¿estás viva? —Una voz susurrante me habla—. Llevas muchas horas aquí ya.

—¿Eh? —Me siento sobresaltada—. ¿Qué pasa?

—Soy yo. —Miro en su dirección y aunque por la voz no me hace falta más, tardo varios segundos en enfocar su rostro.

—¿Qué quieres? —protesto de malhumor. Odio que cuando más a gusto estoy vengan a molestarme.

—Hablar contigo aprovechando que ya estás despierta.

—Serás... cabrón. —Me esfuerzo para no seguir insultándole. ¿Cómo puede tener la cara tan dura?

—Necesito hacerte una pregunta y, sobre todo, necesito que me respondas con total sinceridad. No puedo sacármelo de la cabeza... —Su tono cambia y eso me preocupa.

—¿Qué pregunta? —Mantengo mi postura. No quiero que note que sus palabras me afectan de algún modo.

—¿Has tenido algo que ver con el incendio? —Mis sospechas con él se confirman al instante.

—¿Tú qué crees? —digo sintiéndome ofendida.

—No lo sé, por eso necesito que me respondas. Conozco a alguien que podría ayudarte.

—No necesito que nadie me ayude, y menos tú. Una persona a la que apenas conozco y que, además, se atreve a poner en duda mi inocencia.

Saber que piensa así de mí la persona por la que estaba empezando a tener sentimientos es un jarro de agua fría. Si algo se estaba formando entre nosotros, cosa que todavía dudaba, se acaba de romper.

—No es eso. Yo solo quiero...

—Vete de aquí, por favor.

No quiero que me vea llorar y estoy a punto de hacerlo.

—No voy a irme. Quiero estar contigo.

—Vete, Gorka. No quiero estar cerca de alguien que me cree capaz de algo así. —Aprieto mis labios para sostener las lágrimas, pero es inútil. Poco a poco van escapando de mis ojos y comienzan a rodar por las mejillas.

—Mariajo... Lo siento mucho, de verdad. No pretendía hacerte sentir mal.

—¡Vete! —grito y noto que su espalda se tensa. Acto seguido, pongo las manos sobre mis ojos y comienzo a llorar. Ya no puedo más. Tengo demasiada tensión acumulada y esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Me ha decepcionado.

Varios segundos después oigo el crujir de sus muletas en el suelo de

madera y en el momento en que la puerta de mi cuarto se cierra sé que ya no está.

CAPÍTULO 26

Los minutos pasan y no logro calmarme. Es tanto el lastre que acumulo dentro que necesito sacarlo de alguna forma. Si hasta Gorka desconfía de mí, ¿qué puedo esperar en el juicio? Estoy convencida de que el juez me declarará culpable y no podré hacer nada. ¿Qué va a ser de mí? No quiero acabar en la cárcel.

La impotencia vuelve a torturarme y lo único que hago es llorar, como si de esa forma pudiera desahogarme, pero solo consigo que me duela la cabeza. ¿Cómo voy a demostrar mi inocencia si las únicas pruebas que tenía han perdido su fuerza? Según mi abogada, la policía sospecha que llamé al técnico y a la compañía para usarlo como tapadera una vez provocado el incendio y aunque traté de explicarle a los agentes que los cables ya estaban cruzados para entonces y que el técnico fue testigo de ello, no sirvió de nada. Siento que creen que los he estado manipulando yo precisamente para eso.

—Dios mío...

El agobio y la angustia son cada vez mayores. «¿Cómo han podido hacerme algo así Margarita y su sobrino? ¿Cómo, sabiendo que el incendio se ha generado por su culpa, me culpan a mí? ¿Acaso no tienen remordimientos ni sentimientos? Me van a arruinar la vida. ¿Cómo pueden existir personas así?». Cubro mi cabeza con las sábanas para así evitar la poca luz que entra por la ventana y continúo lamentándome. Estoy acabada.

Un pequeño tirón de la sábana llama mi atención y cuando el colchón se hunde hacia un lado, saco la cabeza para buscar la causa.

—¿Estás mejor? —Los ojos de Gorka me observan.

—¿Qué haces aquí? ¿No te ha quedado claro ya que no quiero verte? —Siento tanta rabia hacia él que lo único que quiero es que desaparezca de mi vista.

Nunca me habían hecho tanto daño ni defraudado de esa forma. Sé que no le faltan razones para pensarlo, pero me ha dolido demasiado. Jamás hubiese esperado que eso iba a salir de su boca y menos en un momento tan delicado como el que me está tocando vivir.

—Toma. —Extiende su mano hacia mí y puedo ver una pequeña botella de agua.

—Vete de una vez, por favor. —No entiendo por qué ha vuelto.

—Ya te dije que no pensaba irme. Voy a quedarme contigo. —Vuelve a ofrecérmela y al ver que no la cojo la coloca con cuidado en la mesilla—. Sé que mis palabras no han sido las más acertadas y quiero disculparme. —continúa mirando al frente.

—Pues ya lo has hecho. Ahora, por favor, lárgate de una vez. —Mi paciencia está llegando al límite y temo perder el control. Estoy empezando a sentirme realmente mal y su presencia no me ayuda.

Necesito mi espacio.

—Antes... no supe. —Traga saliva—. A veces me cuesta mucho expresar mis sentimientos y, como habrás podido comprobar, es costumbre en mí meter la pata. —Me busca con la mirada y evito el contacto visual. Estoy demasiado enfadada—. Mariajo, una vez me vi en un caso parecido y... —Al notar cuánto le cuesta hablar le presto atención—. Y... bueno. Todos creyeron una cosa y al final fue otra. No sé... no sé cómo explicártelo. —Vuelve a mirarme y esta vez nuestros ojos se encuentran—. Sé que tú no has sido y no entiendo por qué te pregunté eso antes. Imagino... imagino que mi yo interior me ha jugado una mala pasada. —Aprieta sus labios—. Hay algo que está mal en mí y que todavía no he logrado superar, y bueno... —Su mirada al vacío me llena de curiosidad. ¿Tendrá que ver con lo que dijo la bruja? —Aunque sé que ahora solo puede sonar como una excusa, te juro que creo en ti —responde mientras rasca la palma de su mano—. Sé que tú no has sido y de verdad que siento haberte hecho sentir mal. —Me mira y al ver que no digo nada, continúa—. Todavía no he logrado sacarme de la cabeza el momento en que entré a la farmacia y te encontré tendida en el suelo. —Por la expresión de su cara sé que dice la verdad y eso me remueve por dentro. Realmente le afectó y no está tratando de ocultarlo—. No creo que haya alguien tan bobo como para provocar un incendio y quedarse dentro, ¿verdad? —Sonríe, pero sus ojos dicen lo contrario—. ¿Podrás perdonarme?

Respondo con un bufido y al no saber interpretarlo, vuelve a hablar:

—Acepta mis disculpas, por favor. No soporto que estés así y menos por algo que he provocado yo. —Toma mi mano sin que lo espere y la lleva a su pecho—. ¿Notas eso? —El latido de su corazón atraviesa sus firmes músculos y llega hasta mi palma—. Ojalá pudiera sacármelo ahora mismo para que vieses lo comprimido que está.

—No necesitas sacarte nada.

Cuando voy a apartar la mano vuelve a sujetármela.

—¿Si te dejo golpearme te sentirás mejor? —Niego con la cabeza a la vez que imagino como sería hacerlo y una sonrisa traicionera escapa de mis labios—. ¡Eh! ¿Qué ha sido eso? —Inclina la cabeza para verme mejor y, aunque trato de disimular, la situación provoca que vuelva a hacerlo—. ¿En serio eso te haría sentir mejor? —Ahora es él quien sonríe de manera más amplia que antes y, agarrando mis muñecas, tira de mí para acercarme a él—. Eres un poco... cabrona, ¿no? —Se echa sobre mí y después de depositar un beso en mi nariz, continúa—: Vamos a salir de esto, Mariajo. —Escucharlo hablar en plural me hace sentir mejor de lo que hubiese podido imaginar—. Mañana vendrá a vernos alguien que nos ayudará.

—¿Quién?

El enfado decide desafinar mis órdenes, pues poco a poco se disipa. ¿Por qué me cuesta tanto seguir cabreada con él?

—La única persona a quien le confiaría mi vida. —Me mira de una forma tan intensa que sé que tras esa frase esconde algo más. Con una de sus manos acaricia mi mejilla y lejos de besarme nuevamente en la nariz como esperaba, se limita a observar mi rostro—. Sé que no viene a cuento, pero ¿te he dicho alguna vez que eres preciosa? —Al no esperar algo así, mis mejillas se colorean y cuando trato de levantarme, llevada por la vergüenza, no me deja—. Vas a tener que aceptarlo de una vez porque, además de ser verdad, pienso decírtelo tantas veces como quiera. —Sin darme opción a réplica, se aparta para dejarme libre y alcanza la botella que dejó antes en la mesilla. La abre con cuidado y me la ofrece—. Toma un poco, anda. Llevas muchas horas sin beber.

Sin oponer resistencia, la cojo entre mis dedos para darle varios sorbos y descubro que tenía más sed de la que esperaba. El estado mental tan deplorable en el que me encuentro está anulando mis sentidos y si no le pongo remedio el día que vayan a dictaminar sentencia ya no habrá nadie a quien juzgar.

Tres golpes en la puerta me sobresaltan y cuando se abre y veo quién hay al otro lado, no puedo evitar pegar un salto de alegría.

—Hola..., ¿molesto? —pregunta mirando hacia Gorka y después a mí.

—¡Tú nunca! —Me levanto a toda velocidad y corro hasta él.

No imagina cuántas ganas tenía de verlo. Me ha estado llamando y preocupándose por mí todos los días, pero tuvo que salir del país y le era imposible venir. La última vez que hablamos, antes de que la policía me arrestase, me prometió que vendría a verme cuanto antes, pero no esperaba su visita todavía. Imagino que si ha estado hablando con mis padres le habrán informado de todo y ha decidido adelantar su viaje.

Nos fundimos en un fuerte abrazo y tengo que esforzarme por contener las lágrimas. Estoy demasiado sensible.

—Vaya... Veo que me has echado de menos —dice mientras peina hacia atrás mi pelo.

—No sabes cuánto. —Apenas nos hemos visto estos meses y, aunque siempre hablamos por teléfono, necesitaba tenerlo a mi lado físicamente.

Protesto cuando se aparta de mí para acercarse a Gorka y veo que le extiende su mano.

—Hola, yo soy Kike.

—Hola, Kike... Yo soy Gorka. —Se la toma desde la cama y me sorprende ver sus cejas arrugadas. ¿Qué le pasa? De pronto se ha

puesto demasiado serio.

—¿Tú eres...? —Mi hermano lo mira esperando a que termine su frase y Gorka, en vez de responder, no dice nada. Juraría que está celoso y creo que sé por qué. No recuerdo haberle hablado nunca de mi hermano.

—Un amigo —digo sabiendo que no tardará en soltar su frase estrella y, lejos de lo que esperaba, se calla. ¿Acaso no piensa decir que es mi novio esta vez?

—Tú también lo eres, supongo.

Indaga y por algún motivo me hace gracia.

—Sí, bueno. —Mi hermano ríe y por cómo me mira sé que está comprendiendo lo que pasa—. También soy su amigo, aunque en realidad se podría decir que somos algo más que amigos, ¿verdad? —Mis ojos se abren en su dirección y, aprovechando que Gorka no le ve, me guiña un ojo.

—Am... —dice de manera seca y por como aprieta su mandíbula sé que se está incomodando—. Creo que ya es hora de que me vaya. —Se apoya mejor en sus muletas y se levanta lanzándome la peor de las miradas.

—Espera —le pido, pero al ver que me ignora y que comienza a caminar hacia la puerta lo intento de nuevo—. ¡Gorka! —Sigue dándome la espalda—. Eres tonto —vocalizo en dirección a mi hermano y este solo tiene que estirar su brazo para cortarle el paso.

—No te vayas todavía, hombre, porque creo que no me has entendido. —Trata de solucionarlo y cuando se le escapa una carcajada Gorka lo mira como si quisiese matarlo—. Esta preciosidad de aquí —me señala—, es la pesada de mi hermana.

—¿Qué? —Lo mira con incredulidad y después a mí.

—Es más que una amiga por eso... —vuelve a reír y Gorka expulsa el aire de sus pulmones al tiempo que relaja sus hombros.

—Os voy a decir una cosa... —nos señala y cuando hace una pausa para tragar saliva me preparo para lo peor—. Vuestra madre será una santa, pero vosotros sois un par de hijos de perra.

Los tres estallamos en risas a la vez y por primera vez siento que todo lo que Gorka ha intentado transmitirme hasta ahora tiene tintes de ser cierto. Realmente siente algo por mí. ¿En qué momento terminó nuestro juego de besos para empezar a forjarse esto?

Hablamos durante varios minutos más y, según puedo observar, todo indica que se llevarán bien. Ambos son bastante bromistas y parece que se entienden a la perfección. Algo me dice que muy pronto eso será un problema para mí, pero de momento no me preocupa. Lo único que ocupa mi pensamiento ahora mismo es lo que ocurrirá en los próximos días y eso me asusta.

—¿Te quedarás a cenar? —le pregunta a Gorka.

—Creo que sí, al menos vuestra madre me invitó antes.

—¿Mi madre hizo eso? —Kike me busca con la mirada y alza sus cejas. Cuando nos echamos a reír, Gorka nos mira sin entender muy bien qué está pasando. Es increíble que lo haya aceptado con tanta facilidad. Siempre se opuso a que mi ex pusiese un pie dentro de la casa y hasta le molestaba que viniese a buscarme—. Por cierto, voy a preparar mi habitación y me hará falta una manta. ¿Me prestas una? Mamá lavó las mías cuando supo que venía y todavía no se han secado.

—Claro, las tienes ahí —señalo el armario y en el momento en que está abriendo la puerta de madera para sacarla recuerdo algo—. ¡Espera! ¡Yo te la...! ¡Espera! —No me da tiempo a nada más cuando el maldito succionador, arrastrado por sus tirones, cae al suelo y un incómodo e interminable silencio se instala entre nosotros—. Mierda... —lloriqueo sabiendo lo que viene y sus miradas no tardan en buscarme a la vez.

—¡Yo no he visto nada! —exclama mi hermano al ver que cubro mi cara y decide tomar la manta bajo su brazo para salir a toda prisa de la habitación, casi tan avergonzado como yo.

Gorka, sin perder el tiempo, se inclina para cogerlo y lo observa con detenimiento al colocarlo frente a su cara.

—Así que tú eres el famoso quitapelusas. Al fin nos conocemos, caballero.

Escondo mi cara entre la almohada y por primera vez no me importaría estar presa. Todo con tal de dejar de pasar por esta vergüenza. ¿Por qué siempre acaban pasándome estas cosas a mí? ¿Tan descuidada soy?

CAPÍTULO 27

A la mañana siguiente Gorka se levanta temprano y viene hasta mi habitación. Al parecer, mientras estuve detenida mi madre le ofreció la habitación de invitados y desde entonces se ha instalado ahí.

—Voy a necesitar que me hagas un favor —susurra cuando se asegura de que ya estoy despierta.

—¿Cuál? —pregunto todavía adormilada.

—Pepe está solo y aunque siempre le dejo agua y comida suficiente, necesito ir a echarle un vistazo. Me preocupa un poco que vuelva a pasarle algo y no estar allí para ayudarlo. Desde que vinimos de Toledo está mucho más nervioso y no para de hacer trastadas.

—Está bien. —Me giro dándole la espalda y, cuando menos lo espero, vuelvo a quedarme dormida.

—Mariajo. —Se echa a mi lado y en el instante en que rodea mi cintura con su brazo abro los ojos. Nos hemos besado varias veces pero que me abrace así nunca lo había experimentado—, no te duermas... —habla en mi oído y por su aliento mentolado puedo percibir que acaba de lavarse los dientes. ¿Será que mi madre también le ha comprado un cepillo? El disgusto que la pobre se va a llevar cuando descubra la verdad va a ser monumental. Tendré que inventar algo cuando esto termine para que el golpe no le resulte demasiado duro.

Está claro que algo sentimos el uno por el otro, sino él no estaría aquí..., pero otra cosa muy diferente es que lleguemos a mantener algún tipo de relación. Somos dos polos opuestos y, después de todo, él tiene su vida a varios de cientos de kilómetros de aquí. Algún día volverá a su tierra y de esto solo nos quedará un bonito recuerdo. Eso contando con que las cosas terminen bien, porque como acaben como con mi ex de bonito no tendrá nada.

Diez minutos después por fin logro reunir la voluntad suficiente como para salir de la cama y después de pedirle que me espere en el salón, me doy una ducha rápida. Cuando regreso con él recogemos todo lo que nos hará falta y tras despedirnos de mi familia, que están desayunando en la cocina, les avisamos de que no nos esperen para comer ya que lo haremos en su apartamento. Entonces nos ponemos en marcha. Aunque mi cabeza no está todavía como debería, me siento bastante más despejada que ayer y puedo conducir sin problema. Estaba tan agotada que, aunque dormí gran parte del día, al caer la noche no tardé en conciliar el sueño de nuevo.

Subimos los tramos de escalera como lo hicimos todas las veces anteriores y Gorka, una vez más, parece que vuela mientras que yo voy detrás con la lengua fuera. ¿Cómo puede tener unos brazos tan

fuertes? Es increíble lo poco que le cuesta. Saca la llave para abrir mientras busca un lugar donde apoyar las muletas y cuando estiro mi mano para ayudarlo nuestros dedos se rozan haciendo que una corriente eléctrica me recorra entera. Por instinto, levanto la mirada para buscar la suya y al encontrármela de frente, lo primero que pasa por mi cabeza es si él habrá sentido lo mismo, pero viendo que actúa normal lo descarto. Tengo la impresión de que estoy esperando demasiado y al final la desilusionada terminaré siendo yo y no mi madre.

—Pepe, ¿dónde estás? —lo llama nada más entrar y veo que viene corriendo por el pasillo. Me resulta tan extraño ver a un pájaro sin plumas que creo que no podré acostumbrarme jamás. Se inclina ayudándose del mueble de la entrada para colocar la mano en el suelo y Pepe sube con confianza por su brazo hasta colocarse en su hombro —. ¿Me has echado de menos? —Besa su pronunciado pico y este emite un sonido como si hiciese lo mismo. Nunca pensé que un pájaro pudiese llegar a ser tan inteligente—. ¿Tienes comida? —le pregunta y, como si supiese lo que le está preguntando, habla:

—Comida, ummm. ¡Qué rica! Pepe ven, toma tu comida. Ummm. Comida.

Debe de haberle escuchado decir esas frases muchas veces para que haya aprendido a repetirlas con tanta claridad.

Gorka rellena sus comederos y al terminar se deja caer en el sillón a la vez que expulsa el aire de su pecho. No ha dicho nada en todo este tiempo pero por las sombras oscuras que se observan bajo sus ojos puedo intuir que no está pasando las mejores de sus noches.

Cuando estoy a punto de preguntarle, el sonido de su teléfono nos sobresalta y descuelga al segundo tono.

—¡Hola! ¿Qué? ¿Ya estás en Sevilla? —dice enarcando las cejas y rápidamente le miro. ¿Será la persona que ayer dijo que nos ayudaría? —. ¡Qué rapidez! Te esperaba más tarde. —Hace una pausa—. Sí, estoy en casa. Vale, vale, pues si vienes ya aquí te espero. —Parpadea pensativo al colgar.

—¿Es la persona que...?

—Sí. —Sabe perfectamente lo que le voy a preguntar—. Al principio verás que es un poco... Bueno, ya lo verás —ríe, pero no me preocupa. Desde que trabajo de cara al público estoy acostumbrada a tratar con todo tipo de personas.

—¿Tenemos que ir a buscarlo a algún lugar? —Levanta una ceja, gracioso, y no acabo de entender por qué. No he dicho nada fuera de lugar.

—No, tranquila. Casi está aquí ya. Ha venido un par de veces, así que conoce la zona.

—Ah, ok. —Nos quedamos en silencio—. ¿De dónde es? —Tengo

curiosidad.

—De Toledo, igual que yo. —Volvemos a quedarnos callados y el sonido del timbre nos indica que ya está abajo. Me levanto para desbloquear el portón exterior desde el telefonillo y cuando llega a nuestra puerta mis ojos se abren con gran sorpresa al verla. En ningún momento pensé que fuese una mujer. Ahora entiendo por qué le resultó gracioso que hablase de ella como si fuera un hombre.

—Buenos días —me saluda—, he quedado con Gorka.

—Está ahí... —Me hago a un lado para que pase y no puedo evitar fijarme en su flamante y ajustado traje de cuero negro de dos piezas y en su brillante casco del mismo color bajo el brazo. ¿Ha venido desde Toledo en moto?

—¡Hola, cabezón! —Su efusivo saludo al verlo me saca de mis pensamientos—. ¿Cómo estás? —Se inclina para abrazarlo y sus impresionantes nalgas quedan casi a la altura de mis ojos.

Se cuida, eso no me cabe duda. Su cuerpo es igual que un hermoso reloj de arena y con cada gesto que hace parece restregármelo por la cara. Empiezo a odiar que siempre se rodee de mujeres tan atractivas. Eso, de algún modo, me hace desconfiar. ¿Por qué teniendo toda esta carne bien puesta a su alcance insinúa estar interesado en mí? Físicamente no soy nada en comparación con ellas.

—Estoy genial, como siempre. —Dobla y levanta sus brazos para mostrarle sus músculos y eso no me gusta.

—Ya veo, ya... —dice mientras revisa su pierna—. ¿Cómo llevas la rodilla? ¿Has empezado la rehabilitación ya?

Deben de hablar a menudo porque parece que está enterada de todo.

—No, pero no creo que tarde en hacerlo. Por cierto, ella es mi amiga Mariajo. La chica de la farmacia—. ¿Ha dicho "mi amiga"? ¿La chica de la farmacia? Esto empieza a olerme muy mal.

—Hola —me saluda desde el sillón—, yo soy Rebeca, aunque imagino que Gorka ya te habrá hablado de mí. —No. Por desgracia no me ha hablado de ella, pero evito decírselo para no herir su ego. Parece que viene a ayudarme y no quiero tensar el ambiente—. Lamento lo que le ha ocurrido a tu negocio.

—Gracias.

No sé qué más decir. Me siento molesta. ¿Por qué a la otra chica que vino a verle le dijo que era su novia y a esta no le ha dicho nada? ¿Será que no quiere cerrarse la puerta con ella?

—Mariajo también está haciendo de enfermera conmigo, ¿verdad? —Sonríe y al ver que no respondo arruga su frente. No acabo de entender mi enfado, pero lo estoy y mucho.

—Te compadezco, niña. —Niega con la cabeza y este levanta una de sus cejas—. Es un enfermo horrible. —Sus palabras me llevan a

entender que lo conoce demasiado bien y eso tampoco me agrada—. Quejarse no se queja, pero pedir lo hace hasta por los codos.

—¡Oye! —la riñe—. No le hagas caso. Yo no pido nada. —Al notar que de nuevo evito hablarle vuelve a dirigirse a ella—. ¿Hasta cuándo te vas a quedar?

—Pues... como estoy de vacaciones creo que una semana. Si no le importa a tu compañero, claro.

«¿Qué? ¿Va a quedarse aquí? Sola, ¿con él?» Me muevo inquieta. No quiero que noten cuánto me está afectando.

—No creo que le importe, ya sabes que la última vez fue él quien te ofreció la casa. Además, también está de vacaciones, así que tienes dos opciones: la habitación de invitados o el sillón.

—Sin duda la habitación. Donde esté una buena cama que se quite todo lo demás. —Le guiña un ojo y mi estómago se tensa. Definitivamente, su intención es quedarse en la casa.

—¿Tú también te vas a quedar? —me pregunta y dudo por un segundo. Me gustaría decirle que sí solo para que sepa que no podrá intentar nada con Gorka, pero no pienso hacerlo. Decido que me iré a mi casa.

—No... —Carraspeo para mantener las formas—. Yo vivo cerca, así que no hay necesidad. —Gorka me observa y evito mirarlo. Hace rato que dejé de sentirme cómoda y parece estar dándose cuenta.

Hablan durante varios minutos más y cuando estoy a punto de anunciarles que me marcho, cansada de la situación, Gorka me habla.

—Mariajo, ¿al final que hacemos? ¿Salimos a comer o pedimos algo para que nos lo traigan?

—Yo, si me lo permitís, prefiero comer aquí —se adelanta Rebeca —. Necesito estirar la espalda, han sido muchas horas de viaje.

—Bueno, por mí no hay problema —dice él—. ¿Te importa que lo hagamos así?

—La verdad es que yo prefiero comer en mi casa —respondo sin pensar—. Sabiendo que ya hay alguien contigo me quedo más tranquila y, si no os molesta, la verdad es que me gustaría irme. Tengo cosas que hacer —expongo. Mis celos están a punto de jugarme una mala pasada y si no los controlo en algún momento meteré la pata.

—Pero... ya le dijimos a tus padres que comeríamos juntos. —Trata de hacerme cambiar de idea.

—Deja que se vaya, joder —responde Rebeca al instante—. Seguro que quiere perderte de vista un rato. La pobre chica tiene que estar hasta las pelotas de ti. —Limpia una mota de polvo de su bota—. Tómate el día libre, guapa. Conociendo a este insufrible seguro que lo necesitas.

—Eh, ¡que estoy aquí! —protesta.

—Me da igual. Lo eres y punto —afirma y vuelve a mirarme—. Hoy

estoy agotada pero mañana por la mañana, si quieres, podemos ir a echarle un ojo a tu farmacia, ¿te parece bien? Y mientras, si Gorka necesita algo yo me encargo para que tú descanses. —¿Me... está echando con mucha educación o me lo parece a mí? ¿Y por qué él no dice nada?

—Sí, será mejor así —digo tras esperar unos segundos, y al ver que ya no hablan decido recoger mis cosas sin mirarlos. Después de despedirme salgo de la casa.

Cuando alcanzo la calle seco varias lágrimas que se deslizan por mis mejillas. Al llegar al coche tengo que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar. Me duele que Gorka no haya insistido en que me quede.

CAPÍTULO 28

Mientras conduzco hasta la casa de mis padres no dejo de darle vueltas a lo que acaba de ocurrir. Estoy hecha un auténtico lío y ya ni siquiera sé qué es lo que quiero. Tan pronto necesito estar a su lado como desearía no haberlo conocido nunca, pero después no puedo dejar de pensar en él. ¿De dónde me salen todos estos sentimientos tan dispares? ¿Qué me está pasando? Empiezo a creer que me estoy volviendo inestable. Cuando mi cerebro lo rechaza, mi corazón parece que lo único que sabe hacer es latir por él y viceversa. Definitivamente, Gorka es idiota. No tiene tacto y sus bromas son demasiado pesadas, pero en el fondo me gusta. Adoro su compañía. Aunque se empeñe en cabrearme con sus bobadas siempre logra sacarme de mi zona de confort y hacerme sentir viva. Mi vida es menos mierda cuando está cerca y más mierda también.

—¡Diossss! —Golpeo el volante, confundida—. ¡Soy una maldita insegura! —me digo en alto—. ¿Por qué no puedo gustarle? ¡Claro que puedo gustarle! ¿Por qué siempre tiendo a pensar que soy el segundo plato de alguien? No paro de torturarme ni de compararme con todo el mundo y lo único que consigo es hacerme daño. Tengo que aceptarme. ¡Necesito cambiar!

Cuando más cabreada estoy conmigo misma, el teléfono comienza a sonar dentro de mi bolso pero al ir conduciendo no puedo atenderlo. Ya lo revisaré después. Vuelve a sonar y hago lo mismo. Solo espero que no sea algo importante. Al ver que no paran de insistir, comienzo a preocuparme y busco un lugar donde aparcar. Desbloqueo la pantalla para ver de quién se trata y al descubrir que es el número de Gorka mi corazón da un salto. ¿Qué querrá ahora? Me quedo pensativa unos segundos y cuando por fin decido volver a guardarlo para devolverle la llamada después, oigo detrás de mí un pito agudo y deduzco que estoy estorbando.

Reviso el retrovisor antes de maniobrar y al ver que se detiene detrás una moto negra arrugo mi frente. «No puede ser...» me digo al ver a dos personas sobre ella y reconocerlos. Gorka viene en la parte trasera y además de no llevar casco, trae la pierna estirada.

—¡Mariajo! —Levanta su brazo para que lo vea y evitar que me vaya. No me queda más remedio que esperar. ¿Qué querrá ahora?

Abro la puerta del coche y salgo a su encuentro. Viene dando saltos y temo que se haga daño.

—¿A dónde vas? —le riño mientras que Rebeca asegura la moto para que no se caiga.

—A ha-blar con-tigo —dice a la vez que rebota para avanzar.

—¿De qué?

Se detiene cuando ya estamos cerca y antes de contestar coloca las

manos sobre sus muslos para tomar un poco de aliento. Si ha bajado las cuatro plantas así no me extraña que esté cansado. ¿Dónde están sus muletas?

—¡Díselo! —le grita Rebeca mientras viene hacia nosotros y parece estar cabreada.

—¿Qué tienes que decirme? —Mi cerebro por un segundo me lleva a creer que estaba en lo cierto cuando salí de su apartamento y tienen algún tipo de relación que desconocía. ¿Le habrá presionado para que me lo cuente?

—¡Joder! Estás haciendo un drama de todo esto —le responde él.

—¿Un drama? ¡Tú eres idiota! —De pronto, Rebeca golpea su nuca con la palma de la mano y al oír el fuerte chasquido mi boca se abre.

—¡Ay! —Gorka encoge los hombros y se rasca con rapidez. Tiene que agarrarse al coche para no caerse—. ¡No me pegues!

—¡Díselo de una vez o te doy otra!

¿Qué está pasando aquí? ¿Qué clase de juegos se traen?

—Jodida loca... —balbucea mientras sigue frotando su cuello y le miro buscando una explicación—. Según parece —comienza a hablarme y le escucho atenta—, Rebeca está convencida de que te he hecho sentir mal.

—¿Por qué? —Tengo miedo a su respuesta. No sé qué me va a tocar escuchar y temo no estar preparada.

—Yo solo quería devolvértela.

—¿Devolverme el qué?

—Lo de tu hermano. Cuando dijo que erais algo más que amigos y yo... me puse un poco...

—Ah. —Creo que empiezo a entender a dónde quiere llegar—, pero ¿qué tiene que ver esto con aquello?

—Que a mí me ha salido mal.

—¿El qué?

—Creí que después, cuando te lo contara, nos íbamos a reír, pero te fuiste y no supe reaccionar.

—¡Por Dios! —vuelve a intervenir Rebeca—. Mariajo, soy su hermana. Su her-ma-na. —Lo mira como si quisiera matarlo y este agacha la cabeza—, y por lo que he podido descubrir no te ha dicho nada.

—¿En serio? —respondo apretando las manos en un puño—. ¿Sabes por lo que estoy pasando y no se te ocurre otra cosa mejor que ponerte a jugar conmigo a eso? ¿Tú de qué vas? —Sé que me estoy descubriendo, pero la sangre me hierve en las venas y necesito enfriarla como sea.

— Lo sé, joder. Me he dado cuenta después y te aseguro que hacerte sentir mal es lo último que quería.

—¡Pues no lo parece!

—¡Pues es la verdad! —inquiere—. Soy un idiota, sí, no voy a discutir eso, pero es que cuando estás cerca ¡pierdo el filtro! —Por el rabillo del ojo veo cómo Rebeca vuelve hasta la moto para dejarnos solos—. No soy capaz de ver más allá de mis narices cuando te tengo delante. Me pongo nervioso, ¿vale? Soy humano y tu presencia me afecta... ¡Mierda! —Resopla sabiendo que está hablando más de la cuenta—. Mariajo. —Clava sus ojos en los míos y puedo percibir el momento exacto en que empieza a darle todo igual—. Me tiemblan las putas piernas cada vez que te veo y aunque intento disimular solo me salen gilipolleces por la boca. Me haces sentir tan vulnerable que hasta me olvido de cómo tengo que comportarme.

—Deberías centrarte y… tener un poco más de consideración —digo con esfuerzo. No puedo seguir discutiendo con él después de lo que acabo de escuchar. Ha descrito lo mismo que me pasa a mí.

—Créeme si te digo que me esfuerzo todo lo que puedo y más, pero no sé qué me pasa. Me convierto en un crío a tu lado y solo consigo el efecto contrario. —Traga saliva y yo también.

—Si no te pasases la vida haciendo bromas absurdas parecerías más maduro.

—Ahora lo estoy siendo, Mariajo. Por eso he venido hasta aquí. Me estoy pillando por ti y necesito que lo sepas.

—Uff. —Expulso como puedo el aire de mi pecho. Esto se está volviendo demasiado intenso para mí—. Em. Vaaale... —Mi voz suena tan aguda que parece que alguien me esté estrangulando desde atrás.

—Vale, ¿qué? —Sus ojos denotan preocupación—. ¿No piensas decir nada más?

—No sé qué... decirte —Intento procesarlo. Me acaba de dejar sin palabras.

—Dime al menos si tú también sientes algo por mí.

Pestañeo y, bajo su atenta mirada, tardo al menos un par de segundos en responder.

—Sí, yo también siento algo —respondo con sinceridad. El corazón me está latiendo tan rápido que empiezo a notar que se me adormilan las manos—. Es evidente, ¿no?

—Joder. —Exhala aliviado y mira por un segundo a su hermana—. No es tan evidente. A veces te noto tan rara que ya no sé qué pensar. Unas veces creo que sí y otras no paro de dudar.

—Pero es porque me pasa un poco como a ti. —Mis mejillas arden. ¿En serio estoy hablando de esto?—. Cuando te tengo enfrente me vuelvo un poco... inestable, y la verdad es que tus maneras no me ayudan.

—¡Tengo las nalgas cuadradas de venir en la moto! —Escuchamos gritar a su hermana—. ¿Queréis besaros de una jodida vez? ¡Necesito descansar!

Estallamos en risas y, como si fuese un acto reflejo, Gorka coloca su mano caliente en mi mejilla a la vez que me mira fijamente y presiona con sus labios los míos.

—¿Nos vemos mañana? —susurra cuando se aparta y permanezco con los ojos cerrados un par de segundos más. Ha sido un beso rápido pero lo he sentido cargado de emociones.

—Sí. —Bajo la mirada avergonzada y tira de mi barbilla para que lo mire de nuevo.

—Te llamo luego. —Asiento y tras dejar otro beso en el centro de mi boca, se despide.

Observo como se marchan y cuando les pierdo de vista subo al coche caminando sobre una nube de algodón. Me acomodo en el asiento y cuando me abrocho el cinturón suelto un largo suspiro. Por primera vez alguien que de verdad me gusta se muestra interesado en mí. Cuando empecé a salir con mi ex lo hice llevada por la presión de mis amigas, y aunque después terminé enamorándome de él nunca llegué a sentir lo que siento ahora.

Espero un par de minutos más hasta ver que logro centrarme y cuando creo haber recuperado alguno de mis sentidos me pongo en marcha.

Al llegar veo que hay un coche aparcado cerca de la puerta y, sin darle importancia, convencida de que se trata de algún familiar de mis vecinos, me bajo del coche para entrar en casa.

—Ya estoy aquí —aviso de mi llegada mientras saco de mi bolso el teléfono para dejarlo colgado detrás de la puerta—. Al final he cambiado de opinión y voy a comer con vosotros. —Entro al salón y al ver las personas están sentadas en el sillón me quedo paralizada.

—Qué... ¿qué hacen ellos aquí? —les pregunto a mis padres, que parecen casi tan desconcertados como yo.

—Te han llamado varias veces —dice mi madre y miro a la pantalla de mi teléfono para comprobar que es cierto. Hay al menos cuatro llamadas perdidas y deben de habérmelas hecho mientras hablaba con Gorka, pues recuerdo que lo dejé en el asiento del acompañante antes de bajarme para ir con él.

—Como no has querido atendernos hemos decidido venir —espeta Margarita y su sobrino mueve la cabeza para darle la razón.

—Pues verá... —No puedo sentirme más cabreada con ellos. Están tratando de arruinarme la vida y ¿tienen la poca vergüenza de presentarse aquí como si nada? Por ahí sí que no paso—. No lo he oído pero, de haberlo hecho, les aseguro que tampoco hubiese descolgado. Y ahora, si me disculpan, lárguense de aquí si no quieren que llame a la policía.

—¿Por qué no escuchas antes lo que venimos a decirte? Quizás te interese. —Su falsa y sarcástica sonrisa consigue que me ardan las

entrañas.

—Váyanse a la mierda. No me interesa absolutamente nada que pueda venir de ustedes.

—Yo creo que sí —replica el sobrino a la vez que cruza su pierna—. Siéntate —señala una de nuestras sillas y lo primero que pasa por mi cabeza es lanzársela a la cabeza. Nunca he sentido tanto odio por nadie.

CAPÍTULO 29

Mi madre, intuyendo lo que estoy pensando, me hace un gesto con disimulo para que me calme y solo por ella hago el enorme esfuerzo de controlarme. Si por mí fuera les sacaba a patadas de la casa, pero no precisamente por la puerta. Sin duda, son las peores personas con las que he tenido la desdicha de cruzarme en mi vida.

—Estamos dispuestos a llegar a un acuerdo contigo —ahora quien habla es Margarita.

—¿Qué acuerdo? —Las aletas de mis fosas nasales deben de parecerse a las de un toro bravo.

—Hemos estado haciendo un recuento de las pérdidas que nos has ocasionado y...

—¿¡Qué yo les he ocasionado!? —grito. No puedo creer lo que estoy oyendo. Son unos sinvergüenzas.

—Y si nos abonas esta cantidad... —Me muestra una hoja de papel ignorando mi enfado—, retiraremos la demanda.

—¿Qué? ¡Eso es el doble de lo que vale el local! ¡No pienso pagar absolutamente nada! —Me pongo en pie—. Ustedes son quienes deben pagarme a mí. ¡Todos los ahorros que invertí en esa farmacia se han carbonizado por su culpa! ¡Miserables! ¡Ruines! ¡Tacaños! —Mi padre, al ver que estoy fuera de mí, se levanta del sillón y se acerca para sujetarme.

—Piénsalo. Te estamos ofreciendo la oportunidad de no ir a la cárcel.

—Les juro que si acabo presa por sus mentiras, en el momento en que salga de allí, porque algún día tendrán que soltarme, le daré a la policía un buen motivo para volver a encarcelarme, y esta vez será con razón.

—¡Uy! —Margarita se lleva la mano al pecho—. ¿Nos estás amenazando?

—Les estoy avisando, que no es lo mismo. —Sé que no debería de estar diciendo estas cosas pero ya no soy yo quien habla, sino mi rabia.

—Mariajo, déjalo ya —advierte mi padre. Sabe que estoy a punto de meterme en otro lío mayor y quiere evitarlo.

Un fuerte portazo, seguido de unas rápidas pisadas, me hacen reaccionar y en el momento en que veo a mi hermano aparecer en el salón, me callo.

—¿Qué está pasando aquí? —Deja caer las bolsas al suelo y viene hacia mí—. ¿Qué hacen estos en casa? —Su pecho sube y baja sofocado. Debe de haber oído las voces desde la calle—. ¡Largo! —les grita entendiendo que sea lo que sea lo que está ocurriendo no es nada bueno—. ¿Por qué coño habéis dejado entrar a estos indeseables? —

riñe a mis padres.

—Ellos querían... Han dicho que querían arreglarlo todo y pensamos que era una buena oportunidad para hablar. —Los ojos de mi madre se empañan, arrepentida por haberles creído.

—Pretenden que les pague el local a un precio mucho mayor a cambio de retirar la demanda.

—¡Mi hermana no os va a pagar ni un solo céntimo!

—Pues entonces que se pudra en la cárcel. —El sobrino de Margarita agarra a su tía por el brazo para levantarla y mi hermano, nervioso, se acerca a él.

—Lograremos demostrar la verdad —gruñe en tono amenazante a la altura de sus ojos.

—Eso habrá que verlo —lanza con sorna y Kike, sin poder contenerse más, lo agarra por las ropas de su pecho y lo empotra contra la pared.

—¡Dios mío! ¡No! —Mis padres se le echan encima con intención de separarlos y cuando por fin lo logran, sin decir ni una sola palabra más y aprovechando que Kike está inmovilizado, salen de la casa.

—Esto no va a quedar así —balbucea Margarita cuando pasa por mi lado y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, logro mantenerme en mi lugar. No pienso dejar que me arrastren, siento que es lo que están buscando y, como bien les ha dicho mi hermano, lucharemos hasta el final.

Varias horas después todavía se sigue hablando de lo ocurrido en casa y, agotada de todo, me cierro en mi cuarto. El día se me está haciendo demasiado largo ya. Si no fuese por la conversación que tuve con Gorka antes de venir seguramente ahora mismo estaría llorando, pero pensar en ella me reconforta y no puedo tener más ganas de que llegue mañana para volver a verlo de nuevo. Cuando se sinceró conmigo algo se ha liberado en mí y aunque tengo más problemas de los que quiero, me siento extrañamente bien.

***

Al día siguiente, y antes de que suene el despertador, Gorka me llama para quedar y acordamos vernos en un par de horas. Tras darme una ducha y arreglarme más que otras veces, decido cambiarme de ropa e ir un poco más acorde a como he ido siempre. Debo actuar normal, no quiero que note nada raro. Me echo un último vistazo en el espejo y, por primera vez en muchos meses, me gusta lo que veo. ¿Qué me está pasando?

Conduzco hasta el apartamento y cuando llego veo que los dos me están esperando fuera. Estaciono cerca para evitar que tengan que andar demasiado y Gorka abre la puerta para colocarse a mi lado.

—Hola, preciosa. —Me sonríe de una manera diferente y, sin poder ocultarlo, mi rostro se colorea.

Él también parece distinto hoy y estoy convencida de que tiene que ver con nuestra conversación de ayer. No sé hacia dónde nos llevará esto, pero necesito saberlo y es por ello por lo que he decidido dejar de meter la cabeza bajo la tierra. Por una vez quiero arriesgar, quiero creer que puede ser real. Siento que el tiempo se me acaba y no he tenido la oportunidad de disfrutar tanto como me hubiese gustado. Si Margarita y su sobrino logran salirse con la suya al final, sentiré que no he vivido y quiero, al menos, llevarme algo conmigo. Algo que me acompañe en esos días de soledad y me motive a seguir adelante para retomar mi vida cuando todo acabe. No puedo dejar que esto me hunda, ni tampoco que afecte a las personas de mi entorno. Debo pelear por lo que quiero y ahora, más que nunca, necesito hacerlo.

—Mariajo, ¿sabes si la policía acordonó la farmacia? —pregunta Rebeca desde atrás.

—La última vez que fui había cinta amarilla por todas partes, pero ahora no te sabría decir.

—¿Pudiste entrar?

—No lo intenté pero con el incendio estallaron los ventanales y no hay puerta.

—Perfecto entonces. No me hace falta más.

Varios minutos después llegamos y los dejo cerca del local mientras busco aparcamiento. Cuando llego a donde están ellos veo como observan todo desde fuera y comentan algo que no entiendo. Miran alrededor de las casas y los observo sin decir nada.

—Voy a entrar —anuncia Rebeca a la vez que saca su teléfono del bolsillo para conectar la linterna—. ¿Vienes? Necesito de tu experiencia —le pregunta a Gorka y este tuerce la boca al mirar el interior.

—Voy a intentarlo, aunque no sé si podré con las muletas. Recuerdo que el techo se cayó y dejó demasiado escombro.

—Vale, pues mejor espera aquí y ahora te digo. —Asiente y se queda conmigo mientras ella entra.

—¿Nos sentamos? —le digo señalando la acera y le parece bien.

—¿En qué trabaja tu hermana? —pregunto curiosa mientras se coloca a mi lado. Todavía no hemos tenido la oportunidad de hablar sobre ello. Solo me dijo que nos ayudaría, pero desconozco de qué forma.

—Es criminalista.

—¿En serio? —Esa profesión siempre me pareció fascinante.

—Así es. Nadie mejor que ella para esto —dice con orgullo y sonrío al verlo—. Las inspecciones oculares son su fuerte y me consta que no es la primera vez que hace una de un incendio.

—Guau. —Cuando dijo que podría ayudarnos estaba en lo cierto—. Ella criminalista y tú bombero... ¿qué os llevó a eso? —Noto que mi

pregunta le inquieta y temo haber tocado algo que no debo.

—Bueno, fueron muchas cosas, la verdad. —Traga saliva—. Ambos teníamos necesidades y supongo que eso fue lo que nos motivó.

—¿Necesidades de qué tipo? —Empieza a preocuparme que evite tanto el tema y necesito indagar más.

—Supongo que las de aliviar algunos traumas y esas cosas. —Sonríe para que parezca que está de broma, sin embargo, su mirada fija al frente me indica que está diciendo la verdad. Recuerdo que una vez me comentó que era un chico complicado.

—¿Ella también tuvo... problemas?

—Ambos los tuvimos, solo que Rebeca logró dejarlos atrás antes que yo, aunque también era más mayor.

—¿Rebeca es mayor que tú? Se ve realmente joven.

—Tres años más. Alcanzará la treintena en cuatro meses, pero, a veces, más que mi hermana parece mi madre. —Resopla.

—Ya me di cuenta —río al recordar el manotazo que le dio.

—¿Te estás burlando de mí? —Arquea una ceja y vuelvo a reír.

—No, es solo que... —Antes de que pueda terminar la frase sus manos alcanzan mi cintura y cae sobre mí una inesperada lluvia de cosquillas—. ¡Gorka! —carcajeo casi sin poder respirar.

—Así que... —No se detiene—, a la señorita le hace gracia ver cómo mi hermana me pega.

—¡Para! —le grito sofocada. Temo que ahora que sabe cuál es mi punto débil lo use más veces en mi contra.

—¡Gorka! —Cuando su hermana le llama se detiene y respiro aliviada—. ¿Puedes venir un momento? Necesito que me eches una mano.

—Voy. —Se levanta con cuidado y con ayuda de las muletas camina hasta ella.

Rebeca levanta las tiras de plástico que delimitan el lugar para que pueda entrar y un segundo después los pierdo de vista. La farmacia se ve tan oscura que absorbe toda la luz que entra.

Espero durante varios minutos y al ver que no salen, decido entrar con ellos.

—No parece casual —murmura Gorka mientras observa con ayuda de su linterna lo que queda de la caja de los fusibles.

—No. Definitivamente ha sido intencionado. Alguien cambió los cables de posición —afirma Rebeca y cuando se dan cuenta de que estoy ahí se quedan callados.

—Siempre creí que Margarita y su sobrino habían trucado el contador para que su consumo de luz me lo facturaran a mí y cuando vino el técnico a verlo confirmó mis sospechas —intento ayudar—. Seguramente es por eso por lo que los cables están cambiados.

—Dudo mucho eso —dice Gorka y lo miro con preocupación. Solo

espero que de nuevo no esté sospechando de mí o no lo soportaré—. Alguien preparó esto antes de que tú llegaras para que al conectar los automáticos comenzaran a arder.

—¿Qué?

Hasta ahora siempre creí que el fuego se originó como consecuencia de un cortocircuito fortuito a causa de las continuas manipulaciones del sobrino de Margarita.

—Seguramente es por eso por lo que la policía te está investigando —habla Rebeca.

—Dios mío. —Miro al vacío. Esto es todavía peor de lo que creía. ¿Cómo voy a defenderme si la policía está convencida de que fui yo?

—Me juego el cuello y no lo pierdo a que el que hizo esto tuvo que investigar cómo hacerlo primero. Esos automáticos eran relativamente modernos... ¿Podría hablar con tu abogada? Necesito contarle algo que creo que va a darle a todo esto un giro importante.

—Claro —digo todavía conmocionada, y cuando logro reaccionar busco el número para dárselo.

CAPÍTULO 30

Ya han pasado tres días desde que estuvimos en la farmacia y todavía no hemos podido vernos de nuevo. A mi madre, como cada vez que tiene un disgusto, le ha dado por hacer limpieza en casa y he tenido que quedarme para ayudar. Sé por Gorka que al final Rebeca logró contactar con mi abogada para verse esta tarde y la verdad es que estoy bastante nerviosa. Cuando estuve con ellos no me atreví a preguntarle qué era eso que ella creía tan importante como para cambiar el rumbo de las cosas y ahora me arrepiento. Mi única esperanza es acabar de colocar todo esto para poder ir a verlos.

Me ha tentado varias veces la idea de marcarles y preguntar pero, sinceramente, no me parece una conversación apropiada para hacerla por teléfono y más sabiendo que me están investigando. Igual he visto demasiadas películas pero temo que la policía me haya pinchado el teléfono.

—¡Al fin! —Exhalo a la vez que coloco las manos en mi cintura y me reclino hacia atrás. No veía el momento de terminar—. Mamá, ¿tenemos que hacer algo más? —le pregunto rezando, y al escucharle decir que no cierro el puño para celebrarlo.

Miro el reloj y al ver que todavía es pronto decido ir a ver a Gorka, aprovechando que se quedará solo. Hasta ahora he estado tranquila porque sabía que su hermana estaba con él y, al parecer, mi madre también. No ha parado de preguntarme en todo momento si estaba acompañado.

En cuanto termino de arreglarme aviso a Gorka de que voy para allá y conduzco hasta su casa. Saber que hoy por fin lo veré hace que me ponga nerviosa. Ansiaba tener un rato libre solo por esto. Subo la larga escalera con menos esfuerzo que otras veces y cuando Gorka me abre la puerta siento que el corazón me da un vuelco. Cada día está más guapo.

—Hola —le saludo disimulando la emoción como puedo. Si supiese cómo estoy creería que todavía no he superado la fase de la pubertad.

—Hola. —Sonríe y hago lo mismo sin darme cuenta.

Se aparta para que pase y al notar que no viene detrás me giro hacia él.

—¿Qué ocurre? —pregunto arrugando el ceño al verle inmóvil en el mismo lugar.

—¿Vas a entrar así?

—¿Cómo se supone que debo entrar? —digo confundida. No sé a qué se refiere y lo primero que hago es mirar mis pies por si quiere que me quite las zapatillas.

—Ven aquí, por favor —señala la puerta y voy hasta donde me indica—. Sal y vuelve a entrar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Hazlo —ríe igual que cuando planea una de sus trastadas y le miro con los ojos achinados. No me fio ni un pelo de él.

—No quiero.

—Hazlo —insiste.

—No —repito.

De un solo empujón me saca del apartamento.

—¿Qué haces? —protesto.

—Esto. —Sin soltarme, tira de mi ropa de la misma forma y cuando vuelve a introducirme en el interior, me besa.

—¡Qué bobo eres! —río cuando se aparta y veo un brillo divertido cruzar sus ojos—. ¿Se ha ido ya Rebeca? —pregunto al no verla.

—Sí, hace un rato ya. —Camina hacia el interior y cierro la puerta antes de seguirlo—. Me ha dicho que, si quieres, hay café en la cocina y unos dulces que compró esta mañana.

—Oh, ¡qué amable! —Me agrada que piense en mí.

—Será contigo. —Escucharle decir eso hace que mi mente vuelva al momento en que vi como su hermana le dio aquella cachetada y, aunque sé que está mal, no puedo evitar echarme a reír. Cada vez que lo recuerdo me pasa. Fue algo cómico y para lo que no estaba preparada. Gorka es un hombre que siempre se muestra muy varonil y en un control absoluto de su mundo. Mentiría si no dijera que verlo tan dócil con su hermana no me causó una gran sensación—. Sé lo que estás pensando. —Me apunta con el dedo acusador y, lejos de contenerme, estallo en carcajadas. Cuanto más trato de olvidarlo más viene a mi cabeza y como no deja de echar leña al fuego es todavía peor.

—Lo… lo siento —hipeo—. Creo que nunca podré superarlo.

—Así que esas tenemos. —Se lanza sobre mí como la última vez y comienza a hacerme cosquillas—. ¡Ahora verás! —Sabía que no se quedaría con las ganas de hacérmelas de nuevo.

—¡Déjame! ¡Déjame! —río exhausta y busco el sofá con la mirada. Estoy apenas sin fuerzas ya y no tardaré en caerme—. ¡Te harás daño! ¡Te arrastraré! —digo temiendo por su pierna y, abatida, me desplomo con todo mi peso sobre los cojines.

—Daño me hacen otras cosas —dice al colocarse mejor sobre mí para no aplastarme.

—¿Cuáles? —pregunto todavía sofocada.

—Que no me quieras besar. —Saca su labio inferior y finge un puchero.

—¡Hey! Si fuese así no te los devolvería.

—Ya, pero necesito que tú también tomes la iniciativa alguna vez, al menos para que no me sienta como un acosador. De vez en cuando me gusta saber que significo algo para ti.

Si él supiese... Me muero por sus labios todos los días, pero nunca me atrevo a hacerlo. Tenía miedo de que me rechazase y hasta hace apenas tres días no sabía que realmente había algo más tras ellos.

—Y lo significas. —Su confesión me llega al corazón y siento un nudo en la garganta. He estado siendo demasiado fría con él. Mis inseguridades no me permitían ver más allá y ha sido él quien lo ha pagado con creces.

Acaricio con mis dedos su mejilla y en el instante en que cierra los ojos inspiro profundamente. Todo lo fuerte que aparenta ser se desvanece por un momento en la palma de mi mano y puedo ver por fin al hombre que siempre trata de esconder. Tras toda esa testosterona hay una persona delicada, tierna y cariñosa de la que es muy fácil enamorarse. Cuando abre de nuevo los ojos deja caer su profunda mirada sobre mí y un agradable calor, muy parecido al que ya he sentido otras veces con él, me acaricia las piernas.

—Si pudieras pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería? —pregunta con voz ronca y muerde su labio haciendo que desee besarlo pero, como tantas otras veces, me contengo al no sentir todavía la suficiente confianza para intentarlo. Debo empezar a trabajar en ello.

—Que se detenga el tiempo —respondo convencida—. Tengo miedo a lo que está por venir —digo refiriéndome al juicio—, y que con ello te olvides de mí.

—No voy a olvidarme. —Hay sinceridad en sus palabras, pero sé que estas cambiarían con el tiempo. Si me caen cinco años, como dijo la abogada, lo que sea que esté creciendo entre nosotros se apagaría y, como es lógico, reharía su vida—. Pase lo que pase voy a estar siempre ahí, apoyándote o esperándote, eso me da igual, pero ahí.

—Creo que no lo permitiría.

—¿Por qué?

—Nadie merece pasar por esto.

—Esa decisión es mía, ¿no crees? —protesta marcando media sonrisa.

—Una relación es cosa de dos y si uno no quiere...

—¿Una relación? —repite mis palabras burlón y mi estómago se contrae.

—Bueno, lo que sea que... ¡yo que sé!

Siento que he roto el momento. ¿Por qué he tenido que decir eso? Sabía que estaba haciéndome ilusiones innecesarias. Él nunca ha hablado de dar un paso más y mi cerebro solo me lleva a eso.

—¿Te gustaría que tuviésemos una relación seria? —Su pregunta me hace dudar todavía más.

—No..., no —digo nerviosa. Maldita la hora en que abrí la boca—. Era solo en un supuesto. —Intento levantarme, pero no me deja.

—Ah, ¿no?

—No. Así está bien, no necesitamos más. —No puedo sentirme más ridícula.

—Pues a mí sí que me gustaría. —Lo miro y su intensa mirada regresa.

—¿Tú quieres...?

—Es lo único que quiero. Solo si tú me aceptas, claro. —Mi respiración se corta y se da cuenta—. Ya sé que somos novios desde hace semanas, aunque tú todavía no lo sepas o te hayas negado a verlo —bromea—, pero la verdad es que quiero intentarlo. —Acaricia mi rostro con suavidad—. Confieso que hasta ahora no sabía cómo decírtelo. Conociéndote, sé que huirías como haces siempre y mi rodilla no está para correr detrás, así que ahora que te tengo inmovilizada tengo que aprovecharme.

—¡Oye! —intento reclamarle y me besa en los labios para que me calle.

—Eres una persona tan auténtica, original y fresca que no hay cosa que desee más que tenerte en mi vida. Para mí solito. —Levanta las cejas de un modo cómico—. Me gustas y aunque parezca una locura viniendo de mí porque siempre he huido de todo lo que huele a relación, lo único que quiero es estar contigo.

—Uff. —Resoplo mientras jugueteo con mis dedos y vuelve a sonreír. Es lo más bonito que me han dicho nunca.

—Mariajo, ¿quieres ser oficialmente mi novia?

—Si pudieses pedir un deseo ahora mismo, ¿cuál sería?

Utilizo su pregunta de antes para darle más tensión y, ya de paso, saber si de verdad ansía eso o, por el contrario, prefiere otra cosa.

—¿Sinceramente? —Aprieta sus labios—. Podría pedir que aceptases mi propuesta, pero no, definitivamente no haría eso. —La emoción que hasta ahora me estaba embargando desaparece de forma brusca—. No sería justo para ti y no podría aprovecharme de ello porque lo considero un acto egoísta. —Sus palabras vuelven a reconfortarme. Es demasiado perfecto—. Creo que, si se diese la oportunidad, desearía que pudieses verte a través de mis ojos. De ese modo comprenderías mejor como me siento cada vez que te veo, y ya después decidirías.

—Creo que ya lo sé. —Su respuesta no ha podido ser más acertada. Con ella ha sido capaz de transmitirme toda la seguridad que necesitaba—. Acepto, Gorka. Quiero ser oficialmente tu novia. —Aprieta sus labios para contener la emoción y bufa.

—Sabes que has estado a punto de matarme de un infarto, ¿verdad? —confiesa a la vez que toca su pecho.

—Te la debía por todas las que me has hecho tú —río.

—¿Por qué eres tan cruel? —Apoya su cara en mi hombro—. Por un momento he sentido que me estabas haciendo pasar por el examen

más difícil de mi vida.

—No te quejes que al menos lo has aprobado —me burlo.

—Lo sé y todavía no me lo creo. —Levanta su rostro y puedo ver como sus ojos brillan de nuevo.

La que no se lo cree soy yo. No entiendo cómo alguien como él puede emocionarse tanto por tener a su lado a alguien como yo, pero no pienso cuestionármelo ni una sola vez más. He decidido liberarme y cambiar mi forma de pensar y, sobre todo, de actuar. Desde que sé que mi futuro está en manos de un juez, he tomado la firme decisión de dejar que la vida me sorprenda. A partir de ahora prefiero arrepentirme de lo que he hecho antes que lamentarme por lo que no hice. Necesito aprender a ser feliz y a disfrutar de lo que tengo en cada momento y solo así podré lograrlo. Siempre me privo de hacer cosas por mis malditos miedos... ¿por qué me trato tan mal? ¿Y si me hubiese gustado? Desde ya tengo claro que si sale mal lo que emprenda, me lamentaré, pero mientras tanto disfrutaré de todas las experiencias que pueda.

—Yo tampoco —afirmo con total sinceridad. Nunca hubiera imaginado que acabaría saliendo con un hombre tan increíble como él. Prácticamente lo tiene todo, hasta... «Mierda» digo para mis adentros al recordar su enorme pene. En algún momento me tocará enfrentarme a él y eso sí que va a ser un problema. ¡Me va a dejar en una silla de ruedas!

—¿En qué piensas? —me pregunta al notar que mi mente está en otro lugar.

—En... en... —Busco una excusa rápida—, en Pepe. —No sé por qué he mencionado al loro pero imagino que se debe a que cuanto más lo miro más me parece un escroto y debo de haberlo asociado. Espero que algún día me perdone.

—¿Por qué en Pepe?

Por favor... que deje de preguntar ya.

—Me odia y no sé cómo se lo tomará. —Increíble. Ahora también sé mentir.

—Es un oportunista interesado, tráele semillas y ya verás cómo te acepta —ríe—. Igual que yo si me traes batidos de chocolate. —Vuelve a levantar las cejas de esa forma que tanto me gusta.

—Para ti tengo otra cosa. —Sus ojos se agrandan al oírme y, haciendo caso a su reproche de antes, me dejo llevar deslizando mi mano entre sus cabellos y rozo mis labios con los suyos.

—Mmm —gime—. Quiero más. —Vuelvo a hacer lo mismo y poco a poco nos sumergimos en un contacto más profundo. Con gran soltura, sus habilidosos labios succionan mi boca de una comisura a la otra y mientras pierdo la noción del tiempo siento que podría estar haciendo esto toda la vida sin cansarme—. Mierda... —Se detiene para

mirarme fijamente y mi cerebro lanza una protesta. No quiero que pare.

—¿Qué pasa? —Me preocupa su expresión.

—Creo que viene mi hermana. —En cuanto termina de hablar la puerta se abre y nos sentamos con rapidez—. Péinate —susurra y aliso con disimulo mi cabello.

—Hola —nos saluda nada más entrar y nos mira con los ojos afilados—. ¿Interrumpo algo?

—No, no. Estábamos...

—¿Viendo la tele apagada? —se burla y comenzamos a reír. No hay duda, nos ha cazado.

—¿Cómo ha ido todo? —digo al centrarme. Quiero saber.

—Creo que bien, ahora solo falta que tu abogada siga mis indicaciones.

—Ojalá. Por cierto. —Ha llegado el momento—, el otro día comentaste algo importante que podría ayudar, pero no me atreví a preguntarte y llevo desde entonces dándole vueltas. ¿Qué era? —La miro con atención.

—Ummm. —Aprieta sus labios—. Quizás te moleste lo que voy a decir... —Algo me dice que me quedaré con las ganas—, pero, aunque no es mi caso, trabajaré en él como tal y hasta que no cierren esa parte de la investigación prefiero no contar nada. Es lo único que por ahora tenemos para demostrar tu inocencia y es mejor no ponerlo en riesgo.

—Pero me implica a mí de forma directa y, como es normal, no voy a contar nada —insisto.

—Lo siento. Si quieres mi ayuda tendrá que ser así. —Se descalza para dejar las botas en la entrada y siento rabia. Llevo varios días esperando este momento y parece que no ha servido de nada—. Se te puede escapar en una conversación o, incluso, llevada por la emoción, contárselo a alguien de confianza y este no ser tan reservado como creías. Hay mil formas de divulgarlo y no te imaginas la cantidad de casos que se han perdido así. —Miro a Gorka que, sabiendo que seguir insistiendo sería como darse de cabezazos contra una pared, se encoge de hombros. Ahora entiendo por qué trató de avisarme hace unos días.

Se marcha dejándonos solos y cuando oigo que prepara algo en la cocina sé que la batalla está perdida.

—Te lo dirá en cuanto sepa que ya no hay riesgo —dice Gorka para intentar que me sienta mejor. Aunque lo entiendo me ha decepcionado la respuesta de Rebeca. Quería tener algo a lo que agarrarme mentalmente para creer que esto puede salir bien—. ¿Te apetece que vayamos a mi cuarto? —pregunta poniéndose en pie y consigue sacarme de mi estado. Nunca he entrado en él y tengo ganas de saber cómo es.

Asiento y cuando voy a seguirle mi teléfono comienza a sonar. Al ver que es mi hermano atiendo sin demora la llamada y cuando me pide que le haga el favor de comprarle una fuente de alimentación para el ordenador porque él no puede y la suya se ha estropeado, no puedo negarme. Me consta que hoy tiene una videoconferencia importante y si no me doy prisa podría perderla. Miro el reloj y al ver que ya es casi la hora de cerrar me despido de Gorka.

—¿Comemos juntos mañana? —me pregunta después de abrazarme en la puerta de la calle.

Le pedí que no bajara pero ha insistido tanto alegando que necesita moverse que no he podido negarme

—Vale, ¿quieres que traiga algo?

—Sí, a ti. —Cierra más su abrazo y cuando muerde mi cuello el vello de mi espalda se pone de punta. Creo que acabo de descubrir cuánto me gusta que haga eso.

—¿Quieres que haga algún pastel? Se me da bien la repostería. —Se aparta para mirarme y lo hace sorprendido.

—¿Puede ser de chocolate?

—Claro —río.

—Entonces tráeme diez —río más fuerte y cuando voy a responder a su exageración un escalofrío recorre mi cuerpo, haciendo que me tense—. ¿Estás bien? —dice al notar que algo me pasa.

—No lo sé —respondo mirando a un punto fijo. El corazón me late como si estuviese alterada y eso me preocupa—. He sentido como... no sé. ¿Un mal presentimiento? —Inspiro profundamente buscando calmarme—. Como si algo horrible fuese a ocurrir... —Nunca había experimentado una cosa así.

—¿Algo como qué? —pregunta frunciendo la frente.

—Nada, no me hagas caso. —Trato de quitarle importancia. Lo último que quiero es preocuparle por una tontería—. Seguro que no es nada.

—Ok... —dice poco convencido y, dándole un último beso, me despido. Es ya muy tarde y si no me doy prisa no conseguiré comprarle a mi hermano lo que necesita.

CAPÍTULO 31

Mientras conduzco hasta la tienda de informática la sensación poco a poco desaparece, y aunque trato de olvidarlo, no puedo dejar de pensar en lo que me ocurrió cuando estuve con la bruja. Sabía que ir a visitarla sería un gran error y, aun así, Lucrecia me convenció. Desde que lo hice no paro de comerme la cabeza y hubiese preferido vivir en la ignorancia. Sea verdad o mentira, no estamos preparados para saber qué nos deparará el futuro. Conozco a muchas personas que practican rituales o que visitan regularmente estas consultas y no parece que les vaya muy bien. Sobre todo, porque ya sea por sugestión o por obsesión casi todas acaban angustiadas. Solo espero que no sea demasiado tarde para mí y esto se me pase pronto. Siempre me han dado mucho miedo este tipo de cosas.

Cuando salgo de la tienda noto que la desagradable sensación está por regresar y sacudo la cabeza. Lo último que quiero es que se vuelva una costumbre. Tras guardar la fuente de alimentación en la guantera, pongo un poco de música para distraerme y conduzco más tranquila hasta que llego a la casa de mis padres.

Kike me está esperando en la cocina mientras come algo y cuando le entrego lo que me ha pedido, noto la boca seca. Camino hasta el grifo para beber un poco de agua y en el momento en que lo abro para llenar el vaso, me doy cuenta de que en el fregadero hay una especie de tela manchada de grasa y recuerdo algo.

—Mierda... ¡Cucufato! —Bebo con rapidez y subo a mi cuarto. De nuevo he vuelto a olvidarme de él. Abro el cajón donde lo tengo guardado y, de un tirón, saco el pañuelo para soltar los nudos—. Perdóname... —Miro al cielo como si pudiese escucharme—. San Cucufato, San Cucufato, los cojones te desato. Ha sido un olvido, no te enfades conmigo —relato buscando una rima. La bruja lo hizo así y espero que a mí también me funcione. Estiro el pañuelo sobre la cama, lo doblo y decido volver a guardarlo. Gorka se molestó mucho en conservarlo y, solo por eso, se quedará conmigo.

La melodía de mi teléfono me indica que tengo una llamada y, al ver que es de mi abogada, descuelgo sin pensar.

—Buenas tardes —saludo nerviosa. Si está queriendo contactarme a estas horas es importante.

—Buenas tardes, María José. —Oír mi nombre pronunciado de esa manera me impone. Solo me llaman así por gestiones serias—. Quería saber si podríamos concertar una reunión para mañana.

—Oh..., claro. ¿Ocurre algo? —Mi estómago se anuda a la vez que mi mente suplica para que no sea otra piedra en el camino.

—En teoría no, pero ya sabes cómo son estas cosas. No podemos relajarnos. —Sus palabras no me ayudan—. Como supongo que ya

sabe, he hablado hoy con Rebeca, la hermana de su pareja—. ¿Será posible? Es igual que su hermano. ¿Por qué le ha dicho que somos pareja si hasta hace un rato no lo sabía ni yo?—. Y, al parecer, va a ayudarnos con el caso.

—Sí, así es.

—Bien. Voy a realizar algunos trámites importantes y necesito todas las pruebas que puedas reunir.

—¿Qué tipo de pruebas? —No sé a qué se refiere con eso. Ya le conté todo lo que sabía.

—Las facturas de teléfono donde aparezcan reflejadas las llamadas que hiciste a los técnicos, los nombres de testigos que hayan podido ver algo, amigos a quienes les hayas comentado lo sucedido..., pero es importante que no tengan ningún parentesco contigo o los descartarán. —Al decir "testigos" recuerdo a la chica a quien vendí el succionador y un pálpito llega hasta mi garganta. Ella estaba allí y vio una de las intervenciones del sobrino de Margarita. El audio que este presentó es fácilmente manipulable y puede llevar a engaños. Es cierto que me dijo aquello, pero antes hubo otros actos que él omitió y que ella puede testimoniar. Incluso llegó a comentar que le parecía un idiota. Debo localizarla—. Cualquier cosa que consideres importante nos vendrá bien —continúa.

—Trataré de conseguir todo lo que me pides. ¿A qué hora nos vemos?

—A última. Tengo demasiado trabajo acumulado y necesito quitármelo de encima.

—Ok. Hasta mañana entonces.

En cuanto nos despedimos comienzo a buscar en la aplicación de la compañía las llamadas que hice a los técnicos y hago varias capturas de pantalla a las facturas. Envío un mensaje a Lucrecia explicándole lo que ocurre y, como imaginaba, se ofrece para lo que haga falta. Ahora solo me queda encontrar a la chica, y más o menos la tengo localizada. Sé que vive cerca de la farmacia, aunque realmente no conozco la casa. Si tan solo pudiese acceder a la base de datos que guardaba en el ordenador que se quemó... allí tenía todos sus datos de cliente, incluido el número de teléfono.

Unas fuertes voces en la calle llaman mi atención y, llevada por la curiosidad, me asomo al balcón.

—¿Quién hay contigo? ¿Por qué no me abrías? —le grita mi ex a mi vecina en medio de la calle. ¿Es que no se cansan de dar espectáculos?

—¡Nadie! —responde cubierta solo por una camiseta—. ¡Iba a ducharme!

—No te creo, ¡no me engañes!

—¡Es cierto! —asegura, y en ese momento un movimiento extraño

en su fachada lateral hace que descubra a un tipo semidesnudo saliendo por una de las ventanas. Entendiendo lo que ocurre no dejo pasar la oportunidad y, ni corta ni perezosa, abro los ventanales del balcón para asomarme.

—¿Quién es ese hombre de ahí? —le señalo sin ningún tipo de reparo—. ¡Se va a caer! —Sé que le estoy delatando pero no puedo contenerme más. Es demasiada satisfacción la que siento y quiero que mi ex lo vea. Me engañó con ella. No le está mal empleado tomar un poco de su propia medicina.

Cuando me aseguro de que se ha dado cuenta, disfruto por unos segundos con su cara y cuando pasan a insultos mayores, regreso a mi habitación con una sonrisa para echarme sobre la cama. La cena todavía no está lista y quiero aprovechar para estirar la espalda.

No sé si será porque le he devuelto el riego a los amigos de Cucufato o por el hecho de haber visto a mi ex tan humillado, pero lo cierto es que después de varias semanas angustiada por fin empiezo a sentirme bien. Cierro los ojos para relajarme y la imagen de Gorka viene a mi mente. Ha sido increíble pasar parte de la tarde con él.

CAPÍTULO 32

A la mañana siguiente me despierto bastante cansada y tengo que luchar contra la pereza para levantarme. He tenido varias pesadillas y ahora estoy que no puedo con mi cuerpo.

Llamo a Gorka para quedar con él, ya que hoy tiene visita con su médico, y cuando termino de arreglarme me dirijo a su apartamento. Al llegar noto que todos los músculos de mi cuerpo están contraídos y mientras trato de relajarlos con un par de estiramientos, Gorka sale del edificio y me levanta su mano.

—Buenos días, preciosa. —Deja un suave beso en mi boca al subir y ese simple gesto hace que me sienta mejor—. ¿Qué tal has dormido?

—No preguntes. —Resoplo y sonríe.

—¿Has soñado conmigo?

—En cierto modo sí —confieso. Soñé que volvía a romperse la pierna, pero evito decírselo.

—¿Y qué has soñado? —Alza las cejas repetidas veces y no tardo en arrepentirme de habérselo comentado.

—Seguro que nada de eso que estás pensando. —Miro al frente para que no vea el rubor en mis mejillas pero su fuerte risa me confirma que ya es tarde.

Mientras nos dirigimos al hospital me pregunta si estoy bien al notarme más callada que otras veces y viene a mi memoria el suceso que tuve en casa de mis padres con Margarita y su sobrino. Se lo cuento con intención de que me lo recuerde después, no se me vaya a olvidar cuando hable con la abogada. Al avisarle que tengo cita con ella a la tarde se presta para acompañarme. Le explico también lo que ocurre con la única testigo que podría defenderme y, de igual modo, se muestra dispuesto a ayudarme. Nunca me había sentido tan arropada. Mis padres, mi hermano, Lucrecia y sobre todo él... Posiblemente esté pasando por el proceso más difícil de toda mi vida, pero gracias a ellos se me está haciendo un poco más llevadero. No quiero imaginar cómo hubiese sido tener que atravesar esto sola.

—Gorka —le riño al salir de la consulta y ver lo que está haciendo —, el médico te ha dicho que apoyes el pie sin cargarlo.

—Pero si no me duele.

—Da igual, así solo sobrecargarás tu rodilla.

—Bobadas. —Vuelve a plantarlo y al segundo diviso una mueca de dolor en su cara.

—¿Lo ves? —espeto cabreada.

—Tenía que probarme —protesta ahora teniendo más cuidado y resoplo. Es tan cabezón que seguro que no tardará en intentarlo de nuevo.

Cuando sube al coche lo miro con más detenimiento y me doy

cuenta de que está observando su rodilla con tristeza. No había pensado en ello pero, en el fondo, aunque quiere aparentar otra cosa como hace siempre para ocultar sus debilidades, esa lesión se lo debe de estar haciendo pasar mal. Es demasiado activo y tiene que ser muy duro estar postrado todo el día en un sofá.

—¿Te duele? —pregunto para llamar su atención.

—No, no. No me duele. —Mira al frente y después a mí—. Vamos a buscar a esa chica.

Asiento y, sin decir nada más, conduzco hasta la zona en la que creo que vive.

Empleamos al menos dos horas en dar vueltas por todas las calles que rodean a la farmacia a la vez que preguntamos a los vecinos. Parece que nadie sabe quién es. Llamamos a varias puertas con la misma intención y al obtener solo respuestas negativas comienzo a dudar. Hasta ahora siempre había creído que esta era su área pero estoy perdiendo la esperanza por momentos.

—Ya no sé dónde preguntar.

Me siento en uno de los bancos de madera que hay al lado de un parque y expulso el aire con fuerza. Estoy tan cansada como frustrada. Esa chica es mi única esperanza y no puedo permitirme perderla.

—La encontraremos, tranquila. —Se sienta conmigo y temo que por haber estado tanto tiempo de pie su pierna buena se resienta. Una vez me torcí un pie y de tanto como usé el otro, acabé sobrecargándolo.

—No nos va a dar tiempo. Es muy tarde ya, aún no hemos comido y en apenas unas horas tengo la cita con la abogada.

—Le explicaremos lo que ha ocurrido.

—No sé si eso servirá. Según me dijo, va a realizar unos trámites importantes e imagino que debe añadir en ellos a mi testigo principal.

—Ya veremos cómo lo hacemos. —Se pone en pie—. Todo tiene solución. De momento vamos a comer algo y después continuamos. ¿Conoces algún sitio que esté bien por aquí?

—Sí. —Hace ya un rato que mi estómago protesta pero estaba tan entregada a la búsqueda que preferí ignorarlo—. Hay un restaurante en la misma calle de la farmacia que está genial. He ido un par de veces con Lucrecia y se come muy bien.

—Perfecto, entonces tú invitas —ríe y lo sigo.

Al entrar al local uno de los camareros viene hacia nosotros y nos guía hasta la mesa más cercana. Nos invita a sentarnos y tras entregarnos la carta, se marcha para que podamos decidir.

—Creo que tomaré de primero una ensalada —digo en alto—. ¿Te apetece compartirla conmigo? Son muy grandes.

—Vale. Yo de segundo pediré rabo de toro. ¿Lo compartimos también?

—¡No! ¡Qué asco! —Le miro con la frente arrugada y se echa a reír.

—No sé por qué me lo imaginaba. —Levanta las cejas con picardía y cubro mi cara avergonzada—. Yo sí lo voy a pedir. Dicen que de lo que se come se cría, por eso tengo a Miniyo tan nutrido.

—¡Gorka! —le riño. Me avergüenza pensar que alguien nos pueda estar escuchando.

—¿Qué pasa? —Se hace el tonto—. Cada uno alimenta a su bestia como quiere.

—Hola. —Una camarera se coloca frente a nosotros, así que le hago un gesto a Gorka para que se contenga—. ¿Saben ya lo que van a tomar?

—Emm... sí. —Carraspeo mirando la nota y cuando levanto la vista para decirle lo que quiero mis ojos se abren como platos. ¡Es ella! ¡Es la chica que estamos buscando!

—¡Anda! ¡Pero si eres Mariajo! —dice al reconocerme—. ¿Cómo estás? Vi lo que ocurrió con tu farmacia y me dijeron que habías estado ingresada.

—Yo... bien, bien. Estoy bien. —Trago saliva llevada por la emoción. Ya casi había perdido la esperanza—. ¿Sabes...? —Trato de hablar, pero son tantas las cosas que quiero decirle que no sé por dónde empezar—. ¿Sabes que llevamos toda la mañana buscándote?

—¿A mí? —pregunta sorprendida y desvía su mirada a Gorka—. ¿Para qué? —dice sin apartar los ojos de él y temo que se esté haciendo falsas ilusiones.

—¿Tienes un momento? Necesito hablar contigo.

—Claro...

—Es sobre el incendio. —Siento que estoy hablando sola, pues no para de mirar a Gorka—. Tú viste algo que me sería de gran utilidad que contaras.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Se gira hacia mí por fin y cuando voy a repetírselo vuelve a hablar—. ¡Por cierto! No tuve oportunidad de decírtelo, pero qué maravilla eso que me vendiste. —Me guiña un ojo varias veces y sé a qué se refiere—. Aspira de una forma que... Bbrrr. —Me remuevo inquieta y Gorka se da cuenta.

—Me... alegro. —Noto un fuerte calor en la cara y cuando intento cambiar de tema no me deja. Esta tan entusiasmada que aunque trata de hablar en clave, sé que Gorka se está enterando de todo.

—No sé si tú lo habrás probado ya, pero si no lo has hecho te lo aconsejo. Te deja la casa muyyy limpia. —Abre sus ojos de manera exagerada para que la entienda.

—Oh... Lo tendré en cuenta —río de una forma tan falsa que se me empieza a notar.

—Yo lo usé el otro día —«Mierda..., no» me digo al oírlo y las dos le miramos con rapidez—. Esa mierda succionaba tan fuerte que casi se me metieron las sábanas por el...

—¿Qué? —decimos a la vez.

—Por el agujero del...

—¡Gorka! —le grito y nos mira.

—Por el agujero del tubo de la aspiradora... ¿No es de eso de lo que estáis hablando?

—Oh, sí. Claro. De eso mismo. De una aspiradora... —balbucea la chica casi tan roja como yo y poco a poco se centra—. Mi turno acaba en aproximadamente una hora. —Carraspea nerviosa—. Os sirvo y cuando terminéis de comer hablamos ¿de acuerdo? —Asentimos tan conformes como agradecidos y cuando se marcha con la excusa de traer unas copas le miro con la frente arrugada.

—Eres un capullo —espeto y estallamos en carcajadas. Es tan ocurrente a veces que ya no puedo luchar contra sus idioteces.

—Adoro verte siempre así —indica observándome—. Lástima que no quieras compartir todavía el rabo conmigo.

—¡Gorka! —reímos de nuevo mientras esperamos a que la chica regrese.

Ojalá cuando le explique todo acepte echarme una mano. Su testimonio sería de gran ayuda para mí.

CAPÍTULO 33

Cuando terminamos de comer, Celia nos está esperando y al explicarle todo respiro aliviada. Se muestra mucho más dispuesta a colaborar de lo que me esperaba. Por fin una buena noticia.

—Cuenta conmigo, ya lo sabes. Esa mujer y su sobrino nunca me cayeron bien. Se notaba a kilómetros que son mala gente.

—Mil gracias, de verdad. —No sé cómo voy a compensarle por esto. No se hace una idea de cuánto se lo agradezco.

Viendo que ya es tarde, nos despedimos y cuando aún estamos abrochando nuestros cinturones para dirigirnos al despacho de la abogada, el teléfono de Gorka comienza a sonar.

—Hola, Beatriz, ¿cómo estás? —Por el nombre creo que se trata de la chica estríper que hace unos días fue a visitarle—. Sí, estoy mucho mejor. Hoy ya me quitaron la venda. —Espera a que le diga algo que apenas puedo oír y continúa—. Pues... ¿cuándo dices que sería? —Escucha—. Quizás es demasiado pronto para mí, no creo que pueda apoyar bien la pierna para entonces. —Me mira y disimulo para que no crea que estoy escuchando—. No —ríe—. No pienso desnudarme sentado en una silla. —Al oír esa frase mi respiración se corta. Rasca su cabeza y lo miro por el rabillo del ojo—. ¿Tanto? —pregunta sorprendido—. ¿Esa mujer es rica o qué? —vuelve a reír y de nuevo noto su mirada en mí—. Deja que me lo piense —dice por fin y aunque mi estómago no acaba de soltarse me alivia que todavía no le haya dicho que sí. Esto debemos hablarlo. No creo que pueda aceptar que se desnude para otras y, menos aún, que se deje tocar por ellas.

Espero a que termine de conversar, convencida de que después hablaremos sobre ello, pero cuando cuelga y no lo hace valoro la posibilidad de sacar el tema, sin embargo, temiendo parecer una persona demasiado celosa, decido darle una oportunidad y esperar hasta el día siguiente. Si para entonces todavía no lo ha hecho tendré que ponerme seria, y aunque sé a ciencia cierta que no va a gustarle lo que voy a decirle, confío en que lo entienda. Si fuese al revés a él tampoco le parecería bien.

Al llegar aparco donde puedo y, en silencio, caminamos hasta el edificio donde tendrá lugar la reunión. Entramos a una especie de pasillo chapado en mármol y tras preguntar a la chica de recepción, nos indica la sala en donde está.

Esperamos a que nos llame y en cuanto la abogada abre la puerta para despedir a los clientes que estaban con ella nos hace un gesto para que la sigamos.

Una vez acomodados frente a su mesa le cuento la visita indeseable que tuve hace unos días y, sorprendida, saca una carpeta en la que pone mi nombre. Me hace varias preguntas más y, tras respondérselas,

comenta algunas cosas que no entiendo. Cuando parece que hemos terminado extiende una hoja de papel sobre la mesa y, empujándola con el índice, la hace llegar hasta mí.

—Necesito que firmes aquí —dice segura.

—Emm. ¿Esto qué es? —pregunto extrañada a la vez que me acerco a la hoja para leer lo que pone.

—Vamos a iniciar un proceso de acusación por denuncia falsa. Es una estrategia de defensa para demostrar la falta de veracidad de la denuncia que han interpuesto la señora Margarita y su sobrino y, a la vez, tratar de provocar la absolución por parte del juez. Si todo sale como espero, aunque no consigamos mucho, es posible que nos llevemos algunas sorpresas y podamos seguir tirando del hilo a través de ellas.

—¿Eso puede ser? —digo emocionada.

—Si no lo intentamos nunca lo sabremos —evita darme esperanzas. Me gusta que sea prudente, pero hoy en especial necesito ver un poco de luz en el camino.

Leo por encima lo que ha escrito y, tras firmarlo, le anoto en una libreta el número de la que será mi testigo para que pueda hablar con ella antes de que los trámites avancen más. Ha sido una gran suerte el que hayamos podido encontrar a Celia.

De camino al apartamento noto que cada vez que Gorka cambia su pierna de postura hace una mueca de dolor y me preocupo. Aunque no he dejado que apoyase el pie en ningún momento, han sido demasiadas horas las que ha estado fuera de casa con la pierna hacia abajo y debe de estar cansado.

Cuando llegamos sube la escalera mucho más despacio que otras veces y me extraña ver que se detiene en varias ocasiones para mirar sus manos. Nada más entrar llama a su hermana y al no contestar deducimos que ha salido. Se deja caer sobre el sofá y, con cuidado, coloca la pierna sobre un taburete para elevarla.

—Un día duro, eh —bromeo a la vez que me siento a su lado y sonríe.

—Hoy sí —confiesa abriendo y cerrando las manos. No tardo en darme cuenta de que tiene dos enormes ampollas reventadas en las palmas.

—¡Dios mío! —exclamo asustada—. Te has rozado con las muletas. —Me pongo en pie y, como siempre, trata de quitarle importancia.

—No es nada. No te preocupes.

—Tienes que curarte eso o se te infectará —digo apurada—. ¿Dónde tienes el botiquín?

—Déjalo, no es para tanto. —Mueve la piel ahuecada y un repelús tensa con fuerza mi cuero cabelludo.

—Las heridas hay que cuidarlas —insisto—. Y más cuando están en

un lugar tan propenso a contaminarse.

—No vas a dejarlo hasta que ceda, ¿verdad? —Sabe que no hay nada que hacer—. En el primer cajón de mi mesilla tengo algunas gasas y un bote de yodo. Es lo que siempre uso para limpiarme las quemaduras que me hago en el trabajo.

—Servirá.

—Ok. Mi dormitorio es el que está al fondo.

Asiento y de camino a su habitación comienzo a ponerme nerviosa. Será la primera vez que la vea y llevo preguntándome cómo será desde la primera vez que visité su casa. Siempre estamos en el salón y nunca había tenido la oportunidad de entrar.

Al abrir la puerta lo primero con lo que me encuentro es con la chaqueta de su uniforme colgada de una percha y la observo con detenimiento. Es negra con franjas amarillas y alrededor tiene cosidas varias tiras reflectantes. El día que me salvó llevaba una parecida. Un suspiro escapa de mi boca al recordarlo y mis pulsaciones se aceleran. «Es bombero» me digo, incrédula. Hasta ahora, y aunque había dado por hecho que lo era, no me había parado a pensar en ello ni en lo que eso implica. Arriesga todos los días su vida para salvar la de otros. Eso dice tanto de él... De pronto, su segundo trabajo viene a mi mente y noto como mi ceño se frunce de manera involuntaria.

—También es estríper... —balbuceo y el sentimiento tan placentero que estaba teniendo al recrearme con su heroicidad se esfuma. Recordar que se desnuda para otras mujeres ensucia todo lo demás y me conozco demasiado bien como para saber que eso se convertirá en un gran problema entre nosotros.

Vuelvo a centrarme en lo que venía a hacer y cuando encuentro la mesilla descubro sobre ella una fotografía. La tomo entre mis manos y puedo ver a un hombre de unos sesenta años abrazando a un adolescente que, por su intensa mirada, deduzco que es Gorka. Esos ojos tan negros y marcados le delatan. La coloco de nuevo en su sitio y al darme cuenta de que estoy tardando demasiado, abro el cajón que me indicó antes.

—¿Esto es lo que creo? —susurro al encontrarme con una de las cajas de condones que le vendí en la farmacia—. ¿Y esto? —A su lado también está la otra y me sorprende ver que todavía están precintadas.

Confundida, vuelvo a colocarlas donde estaban y lo escucho hablar a mi espalda.

—Ya sabía yo que estabas tramando algo.

—Yo... eh... —Me ha pillado, no hay nada que hacer—. Estaba buscando las cosas que me pediste pero me encontré con otras y... —Dejo de buscar excusas y voy al grano. Total, me ha pillado con las manos en la masa—, cuando viniste a por la segunda caja pensé que ya se te había acabado la primera.

—¿De un día para otro? —carcajea—. ¿Por quién me tomas? ¿Por una taladradora?

—No, es que... —No sé qué decir.

—Fui a por la segunda caja con la excusa de verte de nuevo.

—¿Qué? ¿Y no podías haber ido a comprar una crema facial o algo más normal? —río.

—Eso era muy evidente, ¿no crees?

—¿En serio? —vuelvo a reír—. ¿Y una segunda caja de condones XXL en menos de veinticuatro horas no lo era?

—Así te fijabas en mí. —Se acerca y siento mariposas revolotear en mi estómago—. ¿Hay algo más llamativo que eso?

—No seas bobo. —Bajo la mirada. Estoy tan avergonzada que no puedo mantenérsela más.

—Cuando fui la primera vez no tenía intención de comprarlos, pero cuando te pedí el lubricante y vi tu cara no pude resistirme.

—Estás loco. —Niego con la cabeza—. ¿Ese sí lo usaste? —Sé que no debería preguntar algo tan íntimo pero me pica demasiado la curiosidad.

—Sí, lo uso en las despedidas. Suelo ponérmelo por todo el cuerpo antes de salir a bailar. Da mucho juego.

—Am. —Definitivamente no me gusta imaginarlo así.

—¿Quieres que me lo ponga para ti? Puedo hacerte una función gratis ahora mismo. —Ignorando el dolor que debe tener en sus manos, vuelve a dar otro paso hacia mí y su pecho queda cerca de mi cara.

—Tu hermana podría venir en cualquier momento... —Es tan alto que siempre tengo que mirar hacia arriba para hablarle, pero me encanta que sea tan grande.

—Siempre puedo decirle que estoy ensayando —bromea inclinándose para besarme en el cuello y un pequeño gemido escapa de mis labios.

—Respecto a eso... —Hago una pequeña pausa para disfrutar con lo que me está haciendo—. Deberíamos hablar sobre... —Gruñe despacio en el hueco mi hombro y tengo que cerrar mis ojos para aguantarlo—. Gorka... —Lo intento una vez más pero sus labios se deslizan por mi hombro con tanta habilidad que no tarda en conseguir que me olvide de todo.

Lentamente, me empuja hasta la cama y cuando el borde del colchón presiona la cara interna de mis rodillas, estas se doblan y tengo que sentarme. Con cuidado, apoya sus grandes manos a ambos lados de mis caderas y, sin dejar de besarme, se echa sobre mí hasta atraparme con su cuerpo.

—Mmm. Qué ganas tenía de tenerte un rato para mí solito —murmura en mi oído y el vello de mis brazos se levanta. Sus manos

rodean ahora mi cintura y con un movimiento calculado logra arrastrarme hasta el centro de la cama.

La presión que su duro torso ejerce sobre mis pechos mientras devora mi boca sin parar hace que sea más consciente, si cabe, de lo que estamos haciendo y una exquisita sensación de satisfacción me embarga. «Es mío y le gusto...» repito sin parar en mi cabeza. Si alguien me hubiese dicho alguna vez que acabaría con un hombre así y en su casa, le hubiese mandado a la mierda. Ni en mis fantasías más calientes me permití el lujo de imaginarme con alguien como él. Era tan inalcanzable e irreal ese pensamiento para mí que si lo intentaba me desconcentraba.

Mi cerebro siempre me hacía creer que por ser una chica curvi tendría que conformarme con cualquier hombre que se me acercara y además debía dar las gracias. Sentía que, si lo dejaba pasar, no volvería a tener otra oportunidad de conocer a alguien... y esa fue una de las razones por las que accedí a salir con mi ex. Nunca me gustó pero el simple hecho de que se fijara en mí en vez de en mis amigas me hizo ceder a todo lo demás. Con el tiempo descubrí que le pasaba lo mismo que a mí y si miró en mi dirección aquella noche fue porque en su cabeza mis amigas le parecieron inalcanzables. Yo, en cambio, fui una presa fácil. Está claro que mi baja autoestima siempre ha sido fácil de identificar.

Un pequeño mordisco en los labios me trae de nuevo a la realidad y no dudo en devolvérselo a la vez que rodeo su cuello con mis manos. Deseo esto, quiero estar con él y disfrutar de cada segundo que me regale a su lado. Enredo mis dedos en su cabello para acercarlo más a mí y cuando se mueve inquieto entre mis piernas abro los ojos con fuerza al notar la longitud de lo que guarda entre las suyas. «Dios mío... me va a dejar como la chimenea de un barco».

CAPÍTULO 34

Con ayuda de los brazos eleva su cuerpo y, apoyándose en una sola rodilla, se aparta de mí para quitarse la camiseta. La deja a un lado y, mientras lo hace, lo observo. Hay tanta belleza y esplendor en su torso que no puedo quitarle los ojos de encima. Miro embobada como se mueve y aunque sé que debería de disimular un poco mi babosería, no puedo. Es tan perfecto que cada uno de sus músculos merece una escultura. ¿Cómo se puede estar tan bueno?

Cuando termina vuelve a echarse sobre mí y el calor que desprende su cuerpo envuelve el mío en llamas.

«¡Ay, santa Bárbara!» rezo para mis adentros. ¿Qué es todo esto que estoy sintiendo?

Una de sus manos comienza a deslizarse por debajo de mi ropa y aunque en otro momento no dudaría en detenerle por parecerme demasiado pronto, sorprendentemente le dejo hacer. Tenerlo sobre mí me está excitando tanto que hasta mi yo mojigata está disfrutando. Antes de que sus dedos alcancen mis grandes pechos, mis pezones se endurecen cuando los roza por encima del sujetador y una fuerte corriente eléctrica fluye entre mis piernas.

—¡Oh! —exclamo casi sin darme cuenta y cuando lo repite por segunda vez me contengo.

Sé que debería dejarme llevar y todas esas cosas que siempre aconsejan, pero estoy demasiado nerviosa y me cuesta. Es la primera vez que le permito llegar tan lejos y pensar en lo que seguramente quiere hacerme con ese... bate de beisbol, me asusta.

Sus manos buscan ahora la forma de soltar mi sostén y cuando se asegura de que mis pechos han quedado libres, me mira fijamente. Muy despacio, y sin cortar el contacto visual, levanta mi ropa con los dientes y resbala su lengua por mi abdomen haciéndome enloquecer. Su mirada es mi punto débil y lo sabe.

Mientras besa mi estómago recreándose en mi ombligo, varias imágenes de lo más provocativas se forman en mi mente. Si no fuera tan retraída tomaría el control de la situación para llevarlas a cabo, sin embargo, no me veo capaz y me dedico a esperar.

Poco a poco, y a medida que mi excitación avanza, esa idea pasa a un segundo plano y, como si no fuese yo, me implico más. Mis manos aprietan su cuerpo para sentirlo más cerca y cuando su boca se pierde en mi escote lanzo un fuerte suspiro que responde de la misma forma. Acto seguido, levanta mis brazos arrastrando por ellos mi camiseta y cuando queda sobre mi cabeza presiona mis muñecas para inmovilizarme con una de sus manos.

—Voy a devorarte enterita —susurra con la boca relajada y sus carnosos labios vuelven a la carga, pero esta vez no lo hacen solos y,

acompañados de sus afilados dientes, pellizca con delicadeza mis pechos, provocándome un torrente de placer que no había sentido hasta ahora.

—Oh, Dios —El calor se vuelve casi insoportable y al intentar soltar mis manos las aprieta más fuerte contra la cama para indicarme que estoy a su entera disposición. Eso me enciende todavía más. Nunca nadie había logrado hacerme alcanzar este estado.

—¿Quieres seguir? —Se preocupa antes de continuar y asiento con rapidez mientras muerdo mi labio inferior. Con la mano libre desabrocha su cinturón y vuelve a mirarme—. ¿Estás segura? —Levanta una ceja y vuelvo a asentir. No he estado más segura en mi vida. Ni siquiera me preocupa ya su tamaño. De un solo tirón se hace con la tira de cuero que hasta ahora rodeaba su cintura y, tras mostrármela, comienza a acariciarme con ella—. ¿Te gusta?

—Sí —lanzo en forma de bufido disfrutando bajo ella.

La fría hebilla hace el mismo recorrido que hizo antes su lengua y cuando llega a mis pezones se endurecen tanto que tengo que tensar la mandíbula para soportarlo. La tortura a la que me está sometiendo es demasiado excitante.

Se inclina sobre mí y cuando deja de hacer presión en mis manos algo en mi interior protesta. Como si pudiese leer mi mente, rodea mis manos con el cinturón y, tras apretarlo para que no pueda separarlas, con gran destreza ata el otro cabo al cabecero de la cama. En lo único que puedo pensar es en que su trabajo como estríper le ha dotado de ciertas habilidades que estoy dispuesta a explorar.

—Ya eres mía —indica, pero me tiene tan cautivada que lo único que hago es mirarlo sin decir nada.

Interpretando que todo está bien, vuelve a hacer suyo cada centímetro de mi cuerpo y, trazando una vereda de besos en mis costados, acaricia la cara interna de mis piernas antes de tirar de mi pantalón para quitármelo.

—¿Gorka? ¿Has llegado ya?

—¡Mierda! —decimos a la vez y, lanzándose sobre el cabecero, se apresura a soltarme.

Sabíamos que tarde o temprano Rebeca llegaría, pero estábamos tan entregados al juego que ninguno de los dos había vuelto a acordarse de ello.

—¿Gorka? —repite y escucho sus tacones resonar al acercarse por el pasillo.

—Joder, viene hacia aquí —susurro mientras me coloco la ropa a la velocidad de la luz.

Él hace lo mismo con la suya y justo cuando toca la puerta nos sentamos como si no ocurriese nada.

—Pasa —le indica Gorka y al abrir nos mira.

—Ups... —Arruga su frente y mi rostro se colorea—. Siento si he interrumpido algo.

—No has interrumpido nada, tranquila —responde él para salir del paso.

—Estoy segura de que sí. —Levanta una ceja de manera cómica, es un gesto idéntico al que suele hacer él.

—No, no. Solo estábamos hablando —inventa.

—Pues... el cinturón que hay colocado de manera estratégica en los barrotes de la cama me indica lo contrario. —Lo miro con rapidez y después a ella «Mierda...»—, y el sujetador sin abrochar que asoma por el cuello de la camiseta de Mariajo... —Aprieto mi boca, avergonzada, y con disimulo cruzo los brazos—. Y, si ya entramos en materia, tu pierna cruzada...

—¡Vale ya, Rebeca! —le grita al ver que me está abochornando y esta se echa a reír.

—Sabes a qué me dedico, hermanito. Es inútil que trates de engañarme. —Cierra la puerta y escucho sus carcajadas mientras se aleja.

—Dios, qué vergüenza. —Dejo salir el aire de mi pecho mientras me recupero.

Ha sido todo demasiado intenso ¿Cómo he podido desinhibirme así? ¿De verdad iba a dejar que me perforara con eso? Ha sido increíble, lo admito, pero ahora que la sangre está volviendo de nuevo al cerebro, me preocupa la idea de que, llegado el momento, me deje la vagina tan ensanchada que pueda usarla de trastero. Casi que debería de agradecer que su hermana nos hubiera sorprendido.

Termino de colocarme la ropa torcida y cuando acabo noto que Gorka me está mirando con una sonrisa ladeada.

—¿Qué? —le pregunto al ver que no deja de hacerlo.

—Nada. —Vuelve a sonreír y, agarrándome por la nuca, me besa rápidamente en los labios—. Has tenido suerte esta vez, pero a la próxima no te me escapas —asegura al apartarse y mis mejillas se colorean.

Viendo la forma en la que ha logrado que me olvide de todo, no lo dudo. Este hombre es puro fuego y sabe muy bien cómo hacerme sentir mujer.

***

Tres semanas después

Durante los siguientes días todo transcurre tranquilo. Mi abogada continúa entregada a la investigación del caso, Rebeca le está ayudando y aunque todavía no hemos tenido mucho tiempo para nosotros, Gorka y yo seguimos avanzando en nuestra relación. Además, parece que por fin estoy consiguiendo bajar de esa extraña

nube en la que todo parecía irreal y mis pies vuelven a tocar el suelo. El incendio, la demanda y mi posible ingreso en la cárcel me provocaron tantos estados de shock que en algún momento llegué a creer que estaba perdiendo mi conexión con la tierra, y si a eso le sumamos mi nueva situación sentimental con un estríper bombero que bien podría pasar por un dios griego... La verdad es que han sido demasiadas cosas las que he vivido a la vez y todas me vinieron grandes. Debo admitir que todavía me quita el sueño la sentencia, pero de algún modo me estoy acostumbrando a vivir con ello.

Hace días que decidí dejar de sufrir por el futuro incierto que me espera para centrarme en el presente y parece que funciona. Poco a poco estoy notando como la Mariajo de antes desaparece, pero no me importa en absoluto. Me gusta mi nuevo yo y la fortaleza que estoy adquiriendo con él.

Hace unos meses me hubiese encerrado en mi cuarto para llorar como una idiota y ahora, en cambio, lo único que quiero es disfrutar y experimentar todo lo que no he podido vivir por tener la mala costumbre de frenarme, aunque supongo que el miedo a perder parte de mi vida en una prisión también esté influyendo. Me ha costado mucho entender que lo único que estaba consiguiendo con ello era maltratarme y ahora que por fin lo he comprendido no pienso volver a hacerme algo así nunca más. Ni por vergüenza propia ni por avergonzar. No hago nada malo con ello y solo se vive una vez, así que no pienso dejar que el qué dirán o el miedo a las miradas malintencionadas de otros me condicionen la vida. Tengo el mismo derecho que los demás.

—¿En qué piensas? —me pregunta Gorka desde el asiento del copiloto.

Estaba tan centrada en mi refuerzo mental que apenas me había dado cuenta de que ya estaba sentado a mi lado.

—En muchas cosas, la verdad. —Sonrío.

Acabamos de salir del consultorio médico y está bastante emocionado. Todavía tiene una pequeña cojera al caminar pero ya apenas se le nota y, si todo sigue como hasta ahora, en un par de semanas podrá volver a trabajar. Es increíble lo rápido que se ha recuperado. Hasta su doctor se ha mostrado sorprendido con la evolución.

—¿En mí? —Levanta las cejas y niego con la cabeza.

—Muchas veces pienso en ti, sí, pero hoy precisamente no —río.

—Um... Creo que eso no me gusta. —Frunce el ceño como si estuviese enfadado y carcajeo.

—¿Quieres que vayamos a algún lugar para celebrar la buena noticia? Es pronto y no tengo nada que hacer.

Si el escenario fuera otro debería de estar trabajando para levantar

de nuevo mi negocio, pero como todavía no sé qué va a ocurrir con la sentencia no me atrevo. Si al final tengo que cumplir la condena perdería de nuevo todo lo invertido, así que, de momento, mejor me quedo quieta.

—¡Claro que quiero! Llevo días pidiéndote una ruta turística —protesta escondiendo una sonrisa.

—Y yo llevo días diciéndote que cuando estés más recuperado. —Arranco el motor y me mira—. Hay un lugar que... —pienso por un momento—. Sí. Definitivamente te gustará. Hoy vas a conocer La Judería.

—Eso suena genial. —Abrocha su cinturón y nos ponemos en marcha.

Nada más llegar mira con asombro los edificios y a medida que nos adentramos en las calles no para de hacerme preguntas que no dudo en contestar. Mi abuelo era un enamorado de Sevilla y siempre me empapó de su cultura e historia.

—¿Cuándo fue conquistada?

—Umm. Creo recordar que en 1248 por el rey Fernando III de Castilla. Fue ahí cuando los judíos empezaron a poblar esta ciudad. ¿Ves eso? —señalo al frente—. Eso de ahí es la iglesia de Santa María la Blanca. Antes era una sinagoga.

En ese momento unos fuertes gritos nos sobresaltan y al girarnos para ver qué ocurre vemos a un grupo de personas agolpadas alrededor de uno de los edificios.

—Algo debe de estar pasando ahí —digo preocupada al escuchar el jaleo.

—¡Mierda! —exclama a la vez que tensa su cuerpo y, sin que lo espere, echa a correr.

CAPÍTULO 35

En el momento en que logro reaccionar le sigo llevada por el instinto y unos metros más adelante veo como trata de abrirse paso entre la gente. Corro todo lo rápido que puedo para llegar hasta él, pero cuando estoy a punto de alcanzarlo le pierdo de vista.

—¡Gorka! —grito su nombre. —¡Gorka! —Lo intento de nuevo sin éxito. Las personas que están allí vocean tan fuerte que es imposible que me oiga.

Me aparto aturdida, todavía sin saber qué está ocurriendo, y en cuanto logro centrarme observo que una mujer señala al cielo.

—¡Detenedle! ¡No permitáis que lo haga!

Miro hacia arriba buscando una explicación y al descubrir en uno de los grandes ventanales a un chico de unos veinte años a punto de precipitarse, mi corazón da un vuelco.

—¡Dios mío! —Cubro mi boca con las manos y entiendo todo. Gorka lo ha visto antes que yo y seguro que está intentando ayudarle.

Vuelvo a buscarlo entre las personas que están allí, pero es imposible. Cada vez se acumulan más y obstaculizan cualquier posibilidad de que pueda encontrarlo.

—¡Llamad a emergencias! —dice un señor que tengo a mi lado y otro le responde.

—Ya han llamado pero el acceso es complicado y han dicho que tardarán en llegar.

—Como no se den prisa... Parece muy convencido de querer saltar.

—Es una pena que alguien tan joven quiera acabar con su vida así. ¿Qué le habrá pasado?

Entre ellos buscan una explicación y, por supuesto, no la encuentran. Es imposible saber qué ha llevado a una persona a actuar de esa manera. Lo único claro es que está desesperado.

Mientras continúan con la conversación, veo como el chico inclina su cuerpo, suelta una de sus manos de los barrotes a los que está agarrado y mira hacia abajo.

—¡No! —grito a la vez que los demás y una fuerte sensación de impotencia me embarga. No podemos dejar que se lance. Debe de haber alguna forma de detenerlo. Esto no puede terminar así—. Colchones... ¡Necesitamos colchones! —exclamo a la vez que corro hasta una de las puertas y comienzo a presionar todos los timbres que encuentro en el cuadro de metal. Tengo que hacer algo. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras la vida de alguien pende de un hilo.

A medida que van respondiendo les explico como puedo lo que está ocurriendo y consigo que varias personas acepten a ayudarme. Unos minutos después, y con los nervios a flor de piel, dos mujeres salen

por la puerta cargando unos grandes colchones y, a empujones, consigo abrirles paso. Las ayudo a colocarlos donde creo que puedan amortiguar el golpe pero, calculando la altura, dudo que sirvan de algo y por los comentarios que hacen las mujeres parecen pensar igual.

Con la misma impotencia que antes y sabiendo que no podremos hacer nada más hasta que llegue la ayuda, me aparto de nuevo y al levantar la mirada veo algo moverse en el tejado.

—¡No puede ser! —pronuncio en el mismo momento en que descubro que es Gorka.

Está tan alto que solo puedo distinguirlo por la ropa. Camina con dificultad por el caballete y al ver que está teniendo problemas para moverse temo que le falle la pierna y se caiga. Aún no está recuperado y caminar entre las tejas le debe de estar suponiendo un gran esfuerzo.

Se mueve ahora hacia la derecha y, agarrándose al saliente de una buhardilla, busca al chico, pero al darse cuenta de que está todavía demasiado lejos del borde y que desde esa zona no logrará localizarlo, se desliza por el faldón hasta detenerse muy cerca del alero. Vuelve a asomarse mientras mi corazón late con fuerza por el miedo y, por sus movimientos, esta vez parece verlo.

—¡Eh! Hay un hombre allí —le señalan y temo que el chico, al darse cuenta de que alguien está intentando alcanzarlo, decida saltar antes de que Gorka pueda ayudarlo.

—Por favor, callaos. ¡Callaos! —Trato de hacerles entender lo que ocurre, pero me ignoran. Por suerte, el chaval está tan nervioso que no parece darse cuenta.

De pronto, otra persona aparece en el tejado y, siguiendo las indicaciones de Gorka, extiende lo que parece una cuerda. Deben de haber hablado antes de subir. Observo como la anuda alrededor de una de las chimeneas y, cuando termina, le lanza el otro extremo a Gorka. Este, sin pensárselo dos veces, rodea su cintura y piernas con ella y tras asegurarse de que no le dará problemas se acerca más al borde. Vuelve a certificar que el chico sigue en la ventana y, al divisarlo, salta dejándose caer al vacío.

—¡Noooo! —grito con todas mis fuerzas y solo dejo de hacerlo cuando veo que Gorka se detiene en seco—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! —Mi mente entra en bucle y lo único que hago es clamar al cielo para que no le ocurra nada malo.

Con un hábil movimiento, apoya uno de sus pies en la pared que tiene en frente y, dando un pequeño impulso, suelta algo más de cuerda y cae varios metros más de nuevo.

—¡Mirad! —exclama un grupo de chicos—. ¡Qué huevos tiene ese tío! Mirad lo que está haciendo.

Sacan sus teléfonos móviles y comienzan a grabar mientras yo sigo

tan preocupada que ni siquiera puedo pestañear. Se ve claramente que sabe lo que está haciendo pero, desde ya, sé que nunca podré acostumbrarme a ello.

Gorka vuelve a hacer lo mismo y, dándose varios impulsos más, continúa descendiendo por la fachada hasta que su cuerpo hace un movimiento extraño. Al notarlo, mira hacia arriba y lo primero que pasa por mi cabeza es que la cuerda está fallando, pero al ver que el otro hombre le indica con la mano que todo está bien, exhalo.

Los gritos de la gente me asustan más y al ver que el chico está soltando su otra mano con intención de saltar chillamos para impedirlo. Si logramos llamar su atención quizás consigamos sacarle por unos segundos de su estado y, con ello, ganar algo más de tiempo. Es su única posibilidad ya.

—¡No saltes! ¡Todo tiene solución! ¡Quédate con nosotros! ¡Te ayudaremos! —ignorando nuestras súplicas, hace caso omiso y al ver que se santigua la gente se aparta, convencidos de que va a saltar.

—Mierda... —lloriqueo angustiada y cuando voy a apartar la mirada Gorka suelta casi toda la cuerda y mi corazón se salta un latido —. ¡Gorkaaaa! —grito fuera de mí, y cuando su cuerpo llega a la altura del balcón se detiene frente al chico, sorprendiéndolo a él, a mí y a todos los que estamos allí. Sin que este lo espere, lo empuja con sus pies tan fuerte que por la inercia cae dentro del apartamento. Durante unos segundos todos nos quedamos en silencio. Ha sido tan sorprendente lo que acabamos de presenciar que somos incapaces de procesarlo.

—¡Sí! ¡Síííí! —Doy pequeños saltitos—. ¡Sí, sí, sí! —Todos comienzan a aplaudir emocionados y mis ojos se llenan de lágrimas. ¡Es un puto héroe!

Sin perder ni un solo segundo, Gorka se ayuda con los barrotes a los que antes estaba sujeto el chico y los salta para entrar al apartamento. Por sus movimientos se aprecia que está tratando de inmovilizarlo, imagino que para asegurarse de que no lo vuelva a intentar y cuando cierra la ventana busco la entrada al edificio emocionada. Tengo que verlo. Necesito ir con él para decirle lo mucho que lo admiro.

El sonido de unas sirenas me indica que la ayuda acaba de llegar, pero sigo mi camino. Antes de que pueda terminar de subir el primer tramo de escalones, dos policías me adelantan entrando antes que yo y cuando uno de ellos se fija en mí no duda en detenerme.

—No puede entrar, señorita.

—Mi... novio está ahí. —Todavía me cuesta llamarlo así—. Ha sido él quien ha salvado al chico y quiero comprobar que está bien. Lo que ha hecho ha sido muy arriesgado y su pierna...

—Me temo que tendrá que esperar. —Me cierra la puerta casi en

las narices y siento una punzada de rabia.

—Gilipollas —balbuceo mientras bajo los escalones de nuevo y me acomodo en un banco que hay en la acera. Mis piernas tiemblan tanto que parecen dos gelatinas.

Varios minutos después llegan los bomberos junto a un par de ambulancias y hasta una hora después no salen con el chico. Al ver que las autoridades empiezan a marcharse y que Gorka todavía no ha salido me pongo en pie y vuelvo a intentar entrar al edificio. Esta vez lo consigo y cuando estoy alcanzando el primer piso lo veo bajar.

—¡Gorka! —Me mira e inmediatamente noto que algo no va bien. No sabría decir exactamente el qué, pero su expresión no deja lugar a dudas—. ¿Te has hecho daño? —Niega con la cabeza y al acercarse noto algo raro en sus ojos—. ¿Te... encuentras bien? —Me preocupo.

Sin responder, coloca una de sus manos en mi mejilla para acariciarme y por el rabillo del ojo puedo ver que hay varios arañazos de la cuerda en su muñeca. Me mira fijamente a la vez que humedece sus labios y, enredando sus dedos en mi pelo, tira con decisión hasta que su boca se estrella contra la mía. Ese gesto ansioso me pilla por sorpresa y a medida que profundiza siento que más que besarme está buscando consuelo ¿Qué le pasa? Su pecho se eleva con rapidez llenando la camiseta y cuando sin querer me muerde, gruñe.

—Te necesito —murmura a la vez que me invade con su lengua y no tarda en hacerme sentir tan excitada como parece estar él. Mi respiración comienza a agitarse al ritmo de la suya y solo el sonido de unos pasos nos detiene. Gorka mira a nuestro alrededor mientras que intento reponerme y cuando creo que ya hemos terminado, tira con fuerza de mi mano—. Ven. —Es lo único que dice antes de abrir una puerta que encontramos cerca y de un pequeño empujón me introduce en el cuarto. Cierra tras él y aunque apenas cabemos en el habitáculo, vuelve a rodearme con sus brazos.

—Gorka —Trato de hablar, pero no me deja. Tengo miedo de que entre alguien en cualquier momento y nos sorprenda. Ignorándome, se aprieta más contra mí y mi cuerpo queda atrapado entre la pared y él —. Esto no está bien... —Cuando sus manos se deslizan bajo mi ropa para entrar en contacto con mi piel, jadeo y mi sentido común, como por arte de magia, se desconecta.

Poco a poco el deseo me gana la batalla y, como si fuese fuego vivo, las estimulantes imágenes del rescate me abrasan por dentro. Necesito apagar de una vez este fuego que, sin piedad, está acabando conmigo.

CAPÍTULO 36

Sin dejar de besarme ni un solo instante, recorre mi figura con ansia y el vello de mi cuerpo se eriza. Levanta mi ropa con cuidado hasta que mis pechos quedan libres y, en el calor de su boca, llega hasta ellos.

—Me encantas —dice al verlos y sin piedad los estruja con ambas manos. Se inclina para lamer cada una de sus curvas y mi espalda, debido al placer, se separa de la pared.

—¡Gorka!... —exclamo sofocada. Si sigue así no tendrá que esforzarse demasiado para que logre alcanzar el orgasmo. Hasta hoy, siempre había creído que era un cuento el que algunas mujeres llegasen a culminar solo con la estimulación de sus pechos. Ahora tengo la certeza de que es verdad.

Una de sus manos se desliza por mi cintura y, posándose en mi muslo, lo masajea con codicia antes de tirar de la cara interna de mi rodilla para levantarla.

—Mariajo. —Bufa cerca de mi hombro y cuando presiona sus caderas contra mí puedo notar su enorme y dura erección—, estoy perdiendo el control y no quiero hacerte daño.

Ignorando sus palabras, busco su boca mojada para besarla y me adueño de ella mientras sus dedos se pierden debajo de mi falda. Gimo al notar como retira mi ropa interior, y aunque mi primer instinto es apartarme por la eléctrica sensación, logro controlarme. Muy despacio, acaricia con sus yemas lubricadas mis pliegues y lanzo una especie de sollozo entrecortado. Esto es demasiado.

Mi cuerpo, consumido por el placer, se arquea una y otra vez mientras sus dedos invaden sin clemencia mi interior. A medida que acelera el ritmo, mis jadeos se vuelven cada vez más incontrolados y tiene que tapar mi boca con la suya para silenciarme. Soy consciente de que pueden oírnos pero me está catapultando a un lugar en el que me siento tan bien que no me puedo contener.

Sin dejar de tocarme, se aparta lo suficiente para poder abrir su pantalón y cuando lo escucho caer al suelo, le miro fijamente a los ojos. La imagen de su rostro acalorado por la excitación le hace parecer un ser salvaje dominado por el deseo y me resulta tan erótica la escena que, por un segundo, creo morir entre sus brazos. Al darse cuenta de que estoy a punto de alcanzar el clímax se detiene y tras pasar la lengua por mi boca relajada, me habla:

—No vas a correrte todavía. —Muerde mi cuello a la vez que toma mi mano y me guía hasta su inmenso pene—. Necesito llevarte al límite para que pueda enterrar esto en ti. —Entonces lo coloca erguido en mi palma y, sabiendo lo que quiere, la deslizo muy despacio por toda su longitud para acariciarlo.

Sus parpados caen llevados por el placer mientras le observo y ciño con más fuerza mi mano alrededor de su grosor para aumentar la fricción. Al ver que su frente se arruga, mis muslos se contraen haciendo que me humedezca cada vez más. Ahora que mi miedo casi ha desaparecido no estoy dispuesta a perderme ni un solo detalle. Quiero experimentarlo todo con él.

Su boca entreabierta me hace saber que está gozando y cuando sus ojos vuelven a abrirse todo desaparece a mi alrededor.

—Déjame sentirte. —Le pido sabiendo que he perdido la razón. La necesidad que tengo de que me haga suya está aplastando, sin que pueda hacer nada, mi sentido común.

—No... Así no. —Respira acelerado.

—Estoy lista —insisto y, tras soltar un bufido, hunde sus dedos en mis glúteos.

—¿Estás segura? —Aprieta su miembro contra mí con intención de intimidarme, pero consigue todo con contrario. Ese gesto me hace desearle aún más.

—Sí —repito con dificultad. Apenas puedo hablar ya, mi cerebro hace rato que está en modo animal.

—¡Joder! —gruñe y podría apostar lo que fuera a que no esperaba esa respuesta—. Me hubiese gustado que nuestra primera vez fuese en otro lugar.

—Yo solo quiero que sea ya. Me da igual donde.

Con una actitud irreconocible en mí, vuelvo a apretar su pene con anhelo y, tras respirar sonoramente, se aparta.

Cuando estoy convencida de que me va a dejar con las ganas, coloca una mano entre los dos y, empuñando su erección, la acerca a mí.

—¿Es esto lo que quieres? —Tira de mi pierna hacia arriba de nuevo para colocar su glande en la apertura de mi vagina y espera a que responda, pero cuando la piel de su miembro toca la mía me excito tanto que solo puedo asentir.

Con cuidado empuja hacia mi interior ejerciendo una fuerte presión sobre mi zona genital y cuando el dolor empieza a hacerse presente, antes de que pueda arrepentirme, sus habilidosos dedos me abordan y no tardo en perderme entre gemidos.

Muy despacio, y dándome el tiempo suficiente para que mi cuerpo pueda amoldarse a su descomunal tamaño, continúa presionando hasta que en mi rostro aparece un gesto de sufrimiento.

—No pares —respiro agitada y espero impaciente a que vuelva a intentarlo. El punto de dolor que estoy alcanzando me está gustando demasiado.

Nervioso bufa y, mucho más excitado que antes, se deja llevar asestándome una pequeña estocada con la que consigue adentrarse

entre mis piernas un par de centímetros más. La tirantez que siento es tan grande que, por un instante, temo que la fina piel de mi apertura se raje, y por acto reflejo coloco una mano sobre su pecho para detenerlo.

Espera unos segundos más al saber que me está lastimando y, mirándome fijamente a los ojos, no se mueve hasta que se asegura de que estoy bien.

—¿Mejor? —Asiento nerviosa, esta vez mordiendo mi labio inferior y, abrazándome por la parte baja de la cintura, se entierra varios centímetros más entre mis piernas.

—Oh, Dios mío. —La presión es casi insoportable. No creo que mi vagina pueda soportar tanta tensión—. ¡Oh, Dios mío! —Ni siquiera vamos por la mitad y ya me siento como si fuera una mariposa de exposición a la que están intentado clavar en la pared.

Cuando estoy a punto de pedirle que pare nota por mi expresión que es demasiado y, con cuidado, retira su pene. Esa acción me alivia de inmediato, sin embargo, la decepción no tarda en llegar, haciéndome sentir mal. Quería continuar pero el dolor se estaba volviendo tan intenso que me hacía imposible disfrutar.

—Este no es el lugar... vámonos de aquí —dice como si fuese cosa suya y aunque sé que lo hace para que me sienta mejor, una vocecita dentro de mí me llama fracasada. «Ojalá no se plantee terminar conmigo por esto. Tenía que haber aguantado más...». Un extraño miedo me embarga.

—Yo... lo siento. —Inspiro profundamente, todavía estremecida.

—No. No sientas nada. —Acaricia mi mejilla y vuelvo a ver algo extraño en sus ojos. Arrugo mi frente buscando una explicación y parece darse cuenta—. Además, no tenemos condones. Hemos estado a punto de cometer una locura.

—Tomo la píldora —digo mientras observo como se viste y al ver que no responde, hago lo mismo para no quedarme parada. Es la segunda vez que dejamos el sexo a medias y me jode que esta vez haya sido por mi culpa.

Cuando terminamos abre la puerta y salimos del cuarto en un molesto silencio. Mientras caminamos de vuelta al coche lo hacemos de la misma forma y la Mariajo del pasado no tarda en intentar volver al presente. Varios pensamientos negativos tratan de debilitarme de la misma forma que lo hacían antes y peleo contra ellos, pero la situación no ayuda.

—¿Quieres... que vayamos a algún otro sitio? —digo para romper el hielo y, de paso, valorar si está enfadado.

—No. Llévame a casa ya. Estoy cansado —habla sin ánimo y mi pecho tiembla.

—Ok —respondo con sequedad y no se molesta ni en mirarme.

En otro momento estaría encima preguntándome y no pararía de presionarme hasta conseguir saber qué me pasa.

Al llegar abre la puerta del piso y cuando se sienta en el sofá me siento con él buscando su mirada. No aguanto más. Necesitamos hablar. No quiero llevarme esto a casa o me robará el sueño. Sea lo que sea lo que vaya a decirme, necesito que lo haga ya para asimilarlo cuanto antes.

—Gorka, ¿podemos hablar?

—Mejor mañana.

—No... necesito que sea ahora.

—Ahora no tengo ganas. Solo quiero dormir un rato.

Cada vez se muestra más raro y distante y eso me preocupa. Es como si fuese otra persona. «¿Le habré decepcionado?» Mis inseguridades tratan de volver y las borro como puedo. Debo mantenerme firme o después de todo el trabajo que he hecho volveré a caer en la misma mierda de siempre.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? —pregunto con la esperanza de que solo sea eso.

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —digo ya sin poder callarme—. Tu actitud conmigo ha cambiado totalmente desde que salimos de ese maldito cuarto. —Necesito llegar de una vez al problema. Esta situación me está alterando demasiado.

—Mi actitud ya estaba cambiada antes de entrar en él —espeta con sequedad y aprieto mi mandíbula.

—De acuerdo. —No comprendo nada—. ¿Hay algo que quieras decirme antes de que me vaya? —Me pongo de pie para presionarlo y ni siquiera se molesta en mirarme.

—No —repite con la vista al frente y puedo sentir como mi corazón se parte. Le da igual que me marche.

—Pues nada, que te vaya bien. —Cojo mis cosas de la mesa auxiliar peleando para que las lágrimas no me delaten y cuando estoy a punto de alcanzar la salida me llama.

—Mariajo, espera —dice mientras pongo la mano en la manilla de la puerta y la rabia me puede. Tendrá que trabajárselo más si quiere retenerme—. Espera, joder —repite y cuando la abro, al ver que se levanta un pequeño alivio recorre mi cuerpo. Al menos todavía muestra algo de interés.

Se acerca hasta mí y pasando la mano por su cara intenta decir algo, pero se calla.

—Suéltalo de una vez —digo para hacérselo más fácil y parece que funciona.

—No eres tú, ha sido el rescate. Cada vez que tengo que atender una emergencia así me pasa algo parecido.

—¿Por qué? —No entiendo la razón.

—Es una larga historia... —Resopla y vuelve a retirarme la mirada. Desde hace tiempo vengo sospechando que hay algo malo en él, pero no acaba de atreverse a contármelo.

—Tengo todo el tiempo del mundo —le presiono un poco más.

—Es que... ocurrió hace mucho tiempo. Ya no tiene importancia —intenta salir del paso.

—Si todavía te atormenta la tiene. Créeme.

—Da igual, no se puede hacer nada ni enmendar lo que pasó.

—Con cada frase que dices me preocupas más... —confieso.

—No le des vueltas. Se me pasará.

Busca la forma de evitar hablar sobre ello, pero no se lo permito. Necesito que me diga de una vez qué ocurre. No me gusta que haya secretos entre nosotros y menos uno que le afecta tanto.

—Cuéntamelo. Entre los dos buscaremos una solución. —Mira al vacío y le aprieto la mano para captar su atención—. Muchas veces creemos estar atrapados dentro de un pozo sin fondo y cuando menos lo esperamos llega alguien y nos lanza una cuerda. Eso hiciste tú conmigo. Déjame al menos que lo intente yo por una vez contigo. Desde fuera las cosas se pueden ver de otro modo.

CAPÍTULO 37

Toma una gran bocanada de aire y cuando está a punto de expulsarlo niega con la cabeza.

—No... no puedo. De verdad que no puedo. Nunca se lo he contado a nadie. —Arruga su frente y entiendo que está sufriendo.

—De acuerdo, no lo hagas ahora si no quieres... —Siento que no está preparado y decido darle un poco más de margen. Llevamos poco tiempo juntos y quizás todavía no me tiene la confianza suficiente.

Veo como vuelve a tomar aire y, para mi sorpresa, comienza a hablar.

—Cuando era solo un chaval... —Por su voz forzada sé que le está costando un gran trabajo hacerlo—. Creo que ya te comenté alguna vez que siempre estaba metido en problemas. —Asiento para que sepa que le estoy escuchando—. Pues eso, cuando todavía era un chaval mis abuelos decidieron hacerse cargo de mi hermana y de mí para que mis padres pudiesen trabajar. Ellos siempre estaban fuera de la ciudad y solo los veíamos en las fiestas o los fines de semana. Hubiésemos podido irnos a vivir con ellos, pero mis padres siempre creyeron que nuestra vida estaba en Toledo y que debíamos permanecer allí. Ya teníamos creado nuestro círculo de amigos y volver a empezar en otra ciudad, y a nuestra edad, era un cambio muy grande. —Aprieta sus labios al recordar—. Yo de por sí ya era bastante... inestable, y creo que por eso prefirieron no arriesgarse. —Algo llama mi atención en su frente y al fijarme mejor puedo ver un par de gotas de sudor cerca de su sien—. El día que... —Traga saliva con esfuerzo—. Una mañana... mientras mis abuelos estaban haciendo la compra, quise deshacerme de los embalajes de algunos productos que había robado junto a unos amigos para que no se enterasen y algo salió mal. —Inspira profundamente a la vez que aprieta su mandíbula y me preparo para lo que viene—. Guardaba una caja de metal en la habitación, así que decidí hacer trozos los cartones, los metí dentro y cuando intenté prenderles fuego con un mechero no pude porque estaban húmedos. Habían pasado la noche en el patio escondidos tras unos palés y todavía estaban mojados por el rocío. —Pasa la lengua por sus labios antes de continuar—. Recordé entonces cómo quemaba mi abuelo los montones de hojas secas que recogía todos los años y... —
Aprieta sus labios—, se me ocurrió la brillante idea de bajar al garaje a por un poco de gasolina. Siempre la guardaba en la misma garrafa de plástico y sabía perfectamente dónde estaba. —Exhala como si se estuviera agobiando—. Eché un pequeño chorro en un vaso, regresé con la mezcla a mi habitación y la vertí sobre los cartones. Acerqué el mechero y, sin que lo esperase, la gasolina explotó, o esa es la impresión que a mí me dio. —Se detiene por unos segundos y espero

callada—. Me asusté tanto que los cartones salieron volando por los aires y cayeron en todas partes.

—Mierda —susurro y me mira.

—Las... cortinas comenzaron a arder, al igual que las sábanas y colcha, y en apenas unos segundos la habitación estaba en llamas. —Mira al suelo haciendo una pequeña pausa y sé que está sufriendo. Valoro pedirle que pare, pero algo me dice que exteriorizarlo le podría ayudar, así que le dejo continuar—. Mis abuelos llegaron en ese momento y al ver desde la calle lo que estaba ocurriendo corrieron para ayudarnos. —Sus ojos se empañan y detengo mi respiración—. Mi abuela logró sacar a mi hermana ilesa, pero mi abuelo se quedó atrapado conmigo en la habitación. —Sus labios quedan en una línea recta y cuando creo que se va a derrumbar, inspira para seguir—. Vivíamos en un tercer piso, así que las posibilidades eran escasas. La altura no nos permitía escapar por la ventana y la salida estaba siendo devorada por el fuego. —Noto como las lágrimas se le agolpan en la garganta y acaricio su brazo. Debe de estar muy cerca ya de lo que tanto le atormenta—. Como pudo, abrió la ventana y, agarrando mis manos, me descolgó hasta asegurarse que mis pies quedaban apoyados en un saliente de la fachada. —Su respiración se vuelve cada vez más rápida y mi estómago instintivamente se encoge—. Cuando miré hacia arriba creyendo que él me seguiría su rostro estaba ensangrentado y sus ropas... Sus ropas ardían. —Seca con rapidez sus ojos y puedo notar como su barbilla tiembla—. Lo último que recuerdo es oírle decir que se quemaba y sacar angustiado parte de su cuerpo por la ventana. —Cuando parece que va a echarse a llorar, contrae su mandíbula y logra encontrar la fuerza suficiente para seguir hablando —. Por más que le grité que aguantara, la llamas se asomaron tras él y por una décima de segundo pude ver en sus ojos lo que iba a hacer. Murió por mi culpa, Mariajo... —Me mira y sus ojos rojos me indican el gran dolor que está soportando—, y lo peor de todo es que tuvo que decidir delante de mi abuela y de mi hermana cómo lo haría... O saltaba sabiendo que no lo lograría o moría abrasado por las llamas.

—Lo... lo siento mucho. —No encuentro otras palabras.

—Intenté alcanzarlo cuando saltó. Dios sabe que lo intenté. —Comienza a caminar en círculos—. ¡Casi lo tenía! —Mira sus manos y cierra los puños con fuerza—, pero era un niño y no tuve la fuerza suficiente. —Ahora sí veo correr una cortina de lágrimas por su cara —. Si no hubiese hecho aquello, Mariajo... No imaginas cómo me siento desde entonces —solloza dejándose caer y me arrodillo junto a él—. No me juzgues, por favor. Yo no quería que eso sucediera. Si me dieran la oportunidad ahora mismo, daría sin dudar mi vida por la suya.

—No... no te maltrates así, Gorka. Jamás te juzgaría por algo así. —

Le abrazo sintiendo una gran pena. Vivir aquello debió de traumarlo.

—Día tras día busco la forma de enmendar aquello, pero no encuentro nada que alivie mi dolor —dice mojando mi cuello—. Cuando entré al cuerpo de bomberos. —Se aparta lentamente para que volvamos a tener contacto visual. Lo necesita—, al principio me sentía bien. Cada vez que salvaba una vida lograba convencerme de que si mi abuelo pudiese verme estaría orgulloso de mí, pero aquello solo duró unos años y esa falsa creencia desapareció con el tiempo.

—Dios mío... —Ahora entiendo muchas cosas.

—Decidí venir a Sevilla con la intención de cambiar de aires. Supe por un amigo que había una plaza vacante y esa es la razón por la que terminé aquí pero, como habrás podido comprobar, todo sigue igual de mal en mí. Cada vez que tengo que intervenir en un rescate, además de convertirse en una especie de obsesión en la que puedo llegar a olvidarme de proteger mi propia vida, mis fantasmas vuelven para atormentarme... y lo peor de todo es que aunque logre salvar a esa persona sigo sintiéndome tan vacío como antes.

—Puedo hacerme una idea. —Hoy he sido testigo de ello.

—Debe de ser algún tipo de maldición para castigarme. —Seca sus ojos con la camiseta—. Siento mucho haberte hecho sentir mal. No era mi intención, es solo que... no estoy bien y mi cabeza algunas veces...

—No, no. No debes preocuparte por eso. Ahora ya lo sé. Es cierto que al principio pensé mal, pero ahora ya lo sé. —Ahora es él quien me abraza y besa mi cabeza.

—Solo tú consigues darle un poco de paz a mi vida. —Vuelve a besarme y mi inoportuno teléfono comienza a sonar.

—Joder. Dame un segundo. —Camino hasta mi bolso y al sacarlo veo que es una llamada de Rebeca—. Es tu hermana —digo extrañada antes de descolgar.

— Mariajo, ¿te pillo en buen momento? —Parece sofocada y eso me preocupa.

—Sí, sí, ¿qué ocurre? —Voy directa al grano.

—Creo que he encontrado algo importante.

—¿Algo como qué? —Me tenso.

—Estoy con Celia y con su jefe en el restaurante en el que trabaja, ¿puedes venir?

—Em, sí. Sí, claro. Voy ahora mismo.

¿Qué hace allí? Creí que Celia ya les había contado todo. Miro el reloj y después de anunciarle que tardaré aproximadamente media hora, nos despedimos.

Le cuento a Gorka lo que ocurre y, como siempre, se ofrece para acompañarme. Insisto un par de veces para que se quede en la casa sabiendo que emocionalmente no se encuentra bien, pero viendo de qué se trata no duda en venir conmigo.

Al llegar, Celia y Rebeca nos están esperando mientras toman una cerveza. Al vernos, se ponen de pie y mientras nos acercamos puedo apreciar una sutil sonrisa en sus caras que de algún modo me tranquiliza. Rebeca no me contó nada por teléfono y admito que venía realmente preocupada.

—¿Qué ocurre? —Gorka es el primero que habla.

—Venid, queremos enseñaros algo.

Las seguimos hasta una pequeña habitación llena de pantallas, que bien podría ser la sala de control del edificio, y Celia no duda en acomodarse con confianza en una de las sillas giratorias. Presiona varios botones en un teclado y conecta una cámara.

—¿Ves eso? —dice Rebeca señalando la pantalla más grande.

—¡Eh! ¡Esa era mi farmacia! —exclamo sorprendida al ver que la grabación es de antes del incendio.

—Exacto —responde Celia—. ¿Y adivinas qué? —La miro esperando a que continúe. No tengo ni idea de a dónde quiere llegar —. El restaurante cuenta con una cámara externa que graba la calle de forma diaria. Hace dos años unos grafiteros dañaron nuestra fachada y desde entonces mi jefe decidió instalarla.

—Entonces... —Un pequeño puzle se forma en mi cabeza—. Entonces al estar enfocada hacia la farmacia... ¿pudo grabar el incendio?

—¡Pudo grabar más que eso! —Rebeca no puede contenerse más—. Mariajo, tenemos la grabación de la noche anterior y no vas a creerte lo que hemos encontrado en ella.

—¿El qué? —La intriga me mata y a Gorka parece pasarle lo mismo porque sus ojos saltan de una a la otra.

—Míralo tú misma.

Pulsa varios botones hasta adelantar la grabación a las tres de la madrugada de la noche anterior al incendio y mis ojos se abren con sorpresa cuando lo veo.

—¡Dios mío! —Cubro mi boca sorprendida y Gorka se acerca para verlo mejor—. Es... es... —Estoy tan impresionada que no me salen las palabras.

—Exacto, querida —me confirma Rebeca.

CAPÍTULO 38

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío... —repito en shock—. Se supone que mientras yo les tuviera el local contratado solo podían entrar en horario laboral y únicamente en calidad de clientes... ¿Qué narices hace el sobrino de Margarita a esas horas en la farmacia? Por ley, el establecimiento me pertenecía hasta que finalizase el contrato. Además, guardaba datos confidenciales de mis clientes, a los que ellos no deberían ni acercarse —expreso nerviosa. Espero que no se les haya ocurrido jamás tocar mis archivos.

—Pues, por lo que veo, se han pasado esa cláusula por donde termina la espalda —lanza Celia con sarcasmo.

—Maldito cabrón... —Gorka ya no puede callarse más y veo como aprieta los puños hasta que las puntas de sus dedos quedan blancas—. Ese tipo entró a la farmacia la noche del incendio y apostaría cualquier cosa a que él fue quien cambió la posición de los cables. Mariajo conectaba todos los días los automáticos al llegar y él lo sabía.

—Yo también estoy convencida de que fue eso lo que hizo, hermanito. —Rebeca le guiña un ojo—. Y, además... mira esto. —Detiene la imagen—. ¿Sabéis quién es esa mujer que está en la esquina?

—¡Margarita! —grito al darme cuenta.

—Fijaos lo que está haciendo. —Vuelve a iniciar el vídeo y miramos atentos.

—Está... ¿está vigilando para avisar a su sobrino por si se acerca alguien? —Si no es porque lo estoy viendo, me costaría creerlo ¿Cómo es posible que una mujer de su edad todavía tenga ganas de hacer eso? No quiero ni imaginar qué clase de persona tuvo que ser en el pasado.

—Así es, claramente han trabajado en equipo.

—De verdad que no lo entiendo. —Cuanto más lo pienso más confundida me siento—. ¿Quién en su sano juicio quema de esa forma su propiedad? —No me entra en la cabeza.

—Alguien que solo busca dinero.

—¿Qué dinero pueden obtener? El seguro solo les pagará lo que cuesta, nada más.

—Ahí lo tienes —vuelve a hablar Rebeca y la miro con atención. Necesito saber más—. He investigado un poco y me consta que han intentado vender varias veces el edificio, pero al ser tan antiguo y estar tan mal construido no han encontrado comprador.

—Jodidos ruines —balbuceo y vuelve a mi mente la facilidad con la que se cayeron el techo y las paredes interiores el día del incendio.

—Y si a eso le sumamos que estuve hablando con un operario del ayuntamiento el otro día, súper agradable por cierto, y que me

comentó que los del departamento de urbanismo les habían dado ya varios toques de atención para que reformasen el edificio, podemos seguir hilando. Hasta donde sé, estaban ocasionando problemas de humedades a los vecinos y se negaban a repararlo. —Empiezo a comprender muchas cosas—. Algo me dice que Margarita está tratando a toda costa de facilitarle la herencia a su sobrino. El dinero en metálico siempre será mejor que un edificio que se cae a pedazos y por el que les van a sancionar en breve. ¿No crees?

—¡Qué hija de su madre! —espeta Celia tan sorprendida como nosotros—. Y qué astuta.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo —contesta Rebeca.

—Debemos presentarle cuanto antes todas estas pruebas al juez —interviene Gorka con impaciencia.

—Y eso haremos, no lo dudes —le responde su hermana—. Si todo sale bien, querida Mariajo, podrás respirar muy pronto —se dirige ahora a mí.

—Muchísimas gracias —expreso visiblemente emocionada—, a los tres.

—Formamos un buen equipo, ¿verdad? —Rebeca se acerca a Celia y pasa un brazo por encima de su hombro.

—El mejor—indica Celia sin dudar y yo asiento para confirmarlo. Realmente es así—, aunque si no me hubieses llamado para preguntarme si teníamos cámaras de seguridad que diesen a la calle nunca se me habría ocurrido pensar en ello —dice para quitarle importancia.

«Y si Gorka no hubiese buscado a Rebeca jamás habríamos llegado tan lejos y ahora mismo estaría pensando en qué meter en mi pequeña maleta camino de la cárcel», pero no lo digo en alto para no romper el momento.

Con cuidado, Rebeca transfiere la grabación a un lápiz de memoria y, cuando termina, me lo entrega.

—Guárdalo como si te fuese la vida en ello. —Asiento—. Mañana iremos a hablar con tu abogada y se lo daremos. —Vuelvo a asentir y lo meto en el bolsillo más protegido de mi bolso.

Unos minutos después, y aprovechando que estamos en el restaurante, decidimos celebrar juntos nuestra "casi victoria" y, tras sentarnos donde antes estaban ellas, pedimos algo de comer mientras pasamos la tarde entre risas. Siento que muy pronto me quitaré un gran peso de encima y no puedo sentirme más feliz.

—No me cabe ni un bocado más —digo al salir del restaurante—. Estaba todo delicioso y no sabía cómo parar.

—Uff, me pasa igual que a ti —confiesa Gorka a la vez que acaricia su barriga—. ¿Te apetece que demos un paseo antes de volver a casa? Necesito rebajar todo.

—Por mí perfecto. —No quiero conducir sintiéndome tan molesta. Además, siempre que como mucho me da sueño.

Caminamos por la calle que lleva a mi antiguo negocio y a medida que nos acercamos puedo ver el interior del local. Alguien ha retirado lo que quedaba de la puerta y ya apenas quedan cintas de la policía atadas en el marco.

—¿Quieres que vayamos por otro sitio? —me pregunta Gorka al creer que puedo sentirme mal.

—No, por aquí está bien, tranquilo. Me apetece.

Visto desde fuera quizás pueda parecer un acto masoquista, pero algo dentro de mí me pide cada día volver a este lugar, e imagino que se deba a que necesito una buena dosis de realidad para superar el trauma. La primera vez que me atreví a venir después del incendio admito que me derrumbé, pero a raíz de ahí sentí que comenzaba a aceptarlo.

—Mierda —le oigo susurrar y cuando me giro para ver qué le ocurre, está mirando en dirección al restaurante.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

—Tenía que haber ido al baño antes de salir. —Levanta una ceja al tiempo que rasca su cabeza—. Necesito vaciar el depósito. ¿Vienes conmigo? —Vuelve a levantarla y niego con la cabeza.

—No. Yo mejor te espero aquí —respondo burlona.

—Es que... —Pone cara de pena—, me ha dicho el médico que no levante peso en un tiempo y vas a tener que ayudarme con Miniyo.

—¡Gorka! ¿Cómo puedes ser tan idiota? —carcajeo mientras se aleja y niego con la cabeza.

No sé cómo lo hace pero siempre tiene salidas para todo y, aunque no quiera, cada vez que habla consigue sacarme una sonrisa. Adoro su carácter y la forma en la que está haciendo que cambie el mío. Tiene una personalidad única y, aun lidiando con sus problemas y fantasmas, es capaz de hacerme olvidar los míos.

Cuando lo pierdo de vista observo detenidamente lo que queda de la fachada y mientras pienso en la forma de reponerme ahora que todo parece haber tomado otro camino, unos pasos a mi espalda me indican que Gorka ya está de vuelta.

—¿Has tenido que hacer mucha fuerz...? —Me giro a la vez que hablo y al ver que no es quien pensaba me quedo paralizada.

—¿Qué haces tú aquí? —El sobrino de Margarita se coloca frente a mí con la clara intención de intimidarme.

—A usted no tengo que darle explicaciones, puedo estar donde me dé la gana. La calle es de todos —replico apartándole la mirada.

—Dicen que los asesinos y los delincuentes siempre vuelven a la escena del crimen —espeta con desdén y la rabia no tarda en correr

por mis venas.

—Y por eso está usted aquí —afirmo llevada por la ira. ¿Cómo puede decirme eso cuando ha sido él quien lo ha hecho?

—¿Qué quieres decir? —Se inclina hacia mí intentando amedrentarme de nuevo, pero no se lo permito.

—Mejor que te lo diga el juez dentro de unos días. —Mis formalismos se esfuman.

—Lo único que me dirá el juez es que vas a pasar media vida presa.

—¡Ja! —Me mira y al notar mi determinación veo algo parecido a preocupación en sus ojos. Nunca me había visto tan segura e intuye que algo está pasando—. Sé que fuiste tú quien preparó todo la noche antes del incendio y tengo en mi poder pruebas suficientes para incriminaros a ti y a Margarita. En cuanto lleguen a las manos del juez veremos quién pasará a formar parte de los usuarios de la cárcel.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué pruebas tienes? —Debido a la rabia he hablado más de la cuenta y no tardo ni un segundo en darme cuenta.

—Ya lo verás cuando llegue el momento —digo para quitármelo de encima y, nerviosa, busco a Gorka con la mirada, pero todavía no viene.

—¡Habla! —Agarra mi brazo haciéndome daño y forcejeo para que me suelte.

—¡No pienso decirte ni una sola palabra más! ¡Suéltame o también te demandaré por agresión! —Por instinto, protejo mi bolso y, para mi desgracia, noto que se da cuenta.

—Tienes las pruebas ahí, ¿verdad?

—¡No tengo nada! —Como un buen depredador, descubre el miedo en mis ojos y sabe que estoy mintiendo.

—¡Déjame ver! —Tira con fuerza de él y lo escudo con mi cuerpo —. ¡Dame el maldito bolso!

—¡No pienso dártelo!

Al estar la correa cruzada en mi otro hombro, le cuesta quitármelo y eso lo cabrea aún más.

—Hija de puta. —Mira a ambos lados de la calle y, sin que lo espere, presiona mi cuello con las dos manos—. ¡No entregarás nada a nadie si yo puedo evitarlo! —Mis ojos se abren asustados al notar cuáles son sus intenciones y aunque intento gritar para pedir ayuda, no lo consigo.

—¡Dé... ja... me...! —articulo como puedo y me oprime todavía más fuerte, mostrándome sus dientes.

La presión que ejerce sobre mi garganta es tal que mis ojos comienzan a llorar y un horrible sabor amargo inunda mi boca. Araño sus muñecas con dureza para que me suelte pero está tan trastornado que no siente ningún dolor.

Con gran esfuerzo, alzo una de mis piernas con intención de golpearle con ella para quitármelo de encima, pero su cuerpo está tan cerca de mí que no puedo coger el impulso suficiente. Vuelvo a intentarlo una vez más y aunque esta vez logro empujarlo, no lo hago con la fuerza suficiente y continúa comprimiendo mis arterias.

—Tenía que haber hecho esto hace semanas —gruñe apretando su mandíbula y mis pulmones comienzan a arder, igual que mi tráquea —. ¡Maldita zorra! Si tan solo lo hubieses dejado estar, esto no estaría pasando.

Sus manos comienzan a temblar por el cansancio y sé que están empezando a fallarle las fuerzas. Trato entonces de alcanzar sus ojos con mis dedos, pero mis brazos están ya tan debilitados por la falta de oxígeno que soy incapaz de mantenerlos en alto.

Abro los míos aún más, buscando no desvanecerme, y cuando miro de nuevo hacia el restaurante soy más consciente que nunca de que mi tiempo se acaba. Si no aparece Gorka ya el sobrino de Margarita acabará con mi vida.

Mis extremidades comienzan a debilitarse mientras continúa estrangulándome sin piedad y mis rodillas, abatidas, tocan el suelo. Una especie de calambre abrasador me atraviesa desde la sien hasta los ojos, como si cientos de agujas afiladas me pincharan a la vez, y mis pulmones, que antes ardían, comienzan a encogerse por la falta de aire. Parpadeo al sentir inflamadas cada una de las venas que riegan mi cara y aunque mi cerebro continúa activo ya no manda ninguna señal.

Lentamente, caigo al suelo a la vez que él se echa sobre mí para terminar lo que ha empezado y mientras me arrebata la vida le dedico mi última mirada. Solo espero que jamás pueda olvidarla y que la policía no tarde en averiguar que ha sido él.

Cuando mis ojos llorosos ya no pueden más, se cierran y llega la oscuridad.

CAPÍTULO 39

GORKA

—Mañana, si queréis, nos vemos de nuevo, pero debo irme ya.

Celia y mi hermana se quedaron en el restaurante para tomar otra copa y al verme entrar de nuevo me han entretenido más de lo que me hubiera gustado. No quiero que Mariajo tenga que esperarme tanto tiempo y menos frente a las cenizas de lo que antes era su mayor ilusión. Dice que no le afecta pero en el fondo yo sé que sí. Es muy duro ver el estado en el que ha quedado el trabajo de toda una vida. Según me contó, ahorró mucho para poder trabajar por su cuenta y en solo unos minutos lo perdió todo. Fue una suerte que no perdiese la vida también. Cuando la encontré, estaba ya en las últimas y creí que no lo contaría. Si hubiésemos tardado solo unos segundos más todo habría acabado para ella.

Las imágenes del incendio en la casa de mis abuelos vuelven a mi mente y tengo que luchar contra ellas para sacarlas de mi cabeza. Es agotador vivir así. A Mariajo le dije que solo me ocurre cuando tengo que realizar algún rescate, pero la verdad es que es algo con lo que convivo casi a diario, solo que si todo va bien y yo estoy tranquilo logro controlarlo. Definitivamente, debo ir a terapia en cuanto pueda. Siempre creí que podría con ello, pero el tiempo me ha hecho ver lo equivocado que estaba, y desde que estoy con Mariajo solo quiero darle lo mejor de mí. De ningún modo me gustaría que se repitiese lo de hoy y solo podré evitarlo si busco ayuda. No quiero volver a hacerle sentir mal. No se lo merece.

En el estado en el que me encontraba después del rescate, ni siquiera fui capaz de pensar en ella cuando la arrastré hasta ese pequeño cuarto. En mi necesidad de buscar alivio no pensaba en otra cosa y si no es porque al final me di cuenta de lo que estábamos haciendo, me hubiera sentido mucho peor después. Por supuesto que quiero tenerla, pero no de ese modo.

Al salir del edificio miro en su dirección para buscarla y solo veo a una persona de mediana edad cruzar la calle corriendo. «Debe de estar sentada por ahí», pienso mientras camino hacia los escombros del edificio y una forma extraña en el suelo llama mi atención, pero mi teléfono comienza a sonar y decido atenderlo a la vez que camino.

—¿Qué ocurre, Beatriz?

Lleva días llamándome para que vaya a actuar con ella, pero algo me dice que a Mariajo no le hace demasiada gracia y solo le pongo excusas. Hasta que no hable con Mariajo sobre esto no quiero darle una respuesta. La verdad es que el dinero me vendría de maravilla, pero si me va a costar un disgusto prefiero dejarlo pasar.

—Hola, campeón, ¿cómo te encuentras?

—Pues... bien, creo —Oigo como ríe y sé que cualquier cosa que le diga después de eso solo sonará a excusa.

—A ver, Gorka..., ya sé que soy una pesada, pero necesitamos una respuesta ya —dice sin rodeos—. Ahora mismo tenemos programadas más de cien despedidas y nos falta personal. Así que necesito saber si te guardamos el puesto o tenemos que ponernos a buscar a alguien más.

—No lo sé, de verdad. —Exhalo por la nariz. Al no haberme atrevido todavía a hablar con Mariajo, lo estoy alargando demasiado y Beatriz y mi jefe no tardarán en enfadarse conmigo. Están teniendo demasiada paciencia ya y yo no paro de complicarles todo—. Dame un día más para que pueda hablarlo con ella.

—¿Todavía no lo has hecho? —le prometí en varias ocasiones que lo haría pero sigo sin mover un dedo. Sé que seguramente discutiremos y eso es algo que no quiero.

—No, pero de mañana no pasa, te lo prometo.

—¿Estás con ella? Hazlo hoy, por favor —insiste.

—Estaré en un minuto, pero ahora mismo no es buen momento. La dejé antes frente a las cenizas de su farmacia y no creo que se encuentre con muchas ganas de conversar sobre esto.

—Está bien. —Resopla— pero que esta vez sea de verdad. No podemos estar así —responde con un tono más serio y la entiendo.

—De acuerdo. —A medida que me acerco, levanto la vista y la forma extraña que vi antes en el suelo poco a poco se vuelve más nítida—. No. —Lo que veo me hiela la sangre—. ¡No! —repito al descubrir que es ella y mis ojos se abren asustados.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Beatriz y me doy cuenta de que estoy apretando tan fuerte el teléfono contra mi oreja que me lo estoy clavando.

— ¡Mariajo! ¡Mariajo! ¡Está inconsciente! —Corro todo lo rápido que puedo y, sin darme cuenta, dejo caer el teléfono antes de llegar hasta ella. ¿Qué le pasa? ¿Por qué está así?—. ¡Mariajoooo! —grito con todas mis fuerzas y me tiro al suelo con ella—. ¿Qué te pasa? ¡Responde! ¡Mariajo! —La zarandeo, pero no se mueve y al fijarme en el color de su piel mi corazón se detiene—. ¡Mierda! ¡Abre los ojos! ¿Qué tienes? —Con las manos temblorosas, y sin saber qué es lo que le pasa, busco dentro de su boca algo que le haya podido ocasionar una asfixia, pero al no encontrar nada coloco las palmas de mis manos en el centro de su pecho y comienzo a presionarlo una y otra vez deteniéndome solo para insuflar aire en sus pulmones. Ni siquiera me atrevo a buscarle el pulso por si no lo encuentro. Me niego a pensar en lo peor—. ¡Ayudaaaa! —grito desesperado mientras le practico la reanimación—. ¡Ayudaaaa! —Sus manos y labios azules me advierten

que lleva demasiado tiempo sin recibir oxígeno y al buscar angustiado mi teléfono con la mirada, no lo encuentro.

Durante varios minutos más masajeo desesperado su corazón y observo aterrado que no hay nadie en la calle que me pueda ayudar. La posibilidad de correr hasta el restaurante para buscar auxilio ronda por un segundo en mi cabeza. Sin embargo, aunque está relativamente cerca, no me atrevo. Si me detengo Mariajo no lo soportaría.

De nuevo, tomo una gran bocanada de aire para introducirla en su pecho y al acercarme a su boca veo unas extrañas marcas en su cuello.

«No puede ser...» me digo y visualizo la imagen de la persona que vi corriendo antes.

Miro la hora en mi reloj y al ver que ya llevo más de diez minutos intentando reanimarla, comienzo a perder las esperanzas. Un cuerpo aguanta un máximo veinte de minutos sin oxígeno y, después de eso, con suerte quedaría en estado vegetal.

—Vamos, cariño. Vamo, vamos—repito sofocado y varias lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. No puedo creer que esto vaya a terminar así. Mariajo no puede morir. No de esta forma—. No me dejes cielo..., no me dejes ahora que te tengo —suplico derrotado y al alzar la vista por un segundo, logro divisar mi teléfono. Está escondido detrás de la rueda de un coche—. ¡Aguanta! ¡Aguanta, cariño! —le grito a la vez que corro a por él y cuando logro desbloquearlo con las manos temblorosas, aparece un mensaje de Beatriz en la pantalla.

"Gorka, la ambulancia ya está en camino. Nuestra llamada quedó abierta y por lo que oí, entendí que estabas en apuros. Los he enviado a la farmacia donde me dijiste que Mariajo te estaba esperando. Tranquilo, cielo".

—Dios mío... —Miro al cielo dando gracias y cuando me giro para volver con Mariajo, oigo las sirenas y la ambulancia no tarda en aparecer tras la esquina—. Dios mío... —Mi vello se eriza y comienzo a mover mis brazos de un lado a otro para que me vean.

Un médico sale de ella junto a un enfermero, bajándose casi cuando todavía está en marcha, y corren hasta Mariajo.

—¿Qué le ha pasado? —me preguntan rápidamente.

—¡No lo sé! —respondo nervioso—, Cuando salí del restaurante ya estaba en el suelo. El médico inspecciona su cuello y me mira de una forma que no me gusta—. Yo no... Creo... creo que alguien ha intentado estrangularla —digo sabiendo lo que está pensando—. Solo tardé un momento y al llegar estaba en el suelo.

Pongo las manos sobre mi cabeza y resoplo con fuerza. Me da igual lo que crean, ha sido así y no pienso defenderme más. Lo único que quiero ahora es que le salven la vida.

Una mano toca mi hombro y al volverme veo que es Rebeca.

—¡Gorka! ¿Qué ha pasado? Hemos oído la ambulancia y al salir te

he visto aquí.

—Alguien le ha hecho daño a Mariajo. —Las lágrimas corren por mi rostro descontroladas—. No sé qué ha pasado. Solo tardé unos minutos.

Cubro mi cara y comienzo a llorar con fuerza. Hacía años que no lloraba así.

—Tranquilo, peque. —Al advertir mi sufrimiento, Rebeca me abraza y Celia, que ha venido con ella, acaricia mi brazo.

El médico habla en ese momento para pedir algo y vuelvo mi atención a Mariajo. Tienen que salvarla... tienen que hacer algo por ella porque no soportaré perderla.

—Ayudadla, por favor —intento acercarme, pero Rebeca me sujeta.

—Déjales trabajar. —Sabe cuánto sufrí con mi abuelo y teme que vuelva a hacerlo. Todavía recuerdo cómo me abracé a él y no lograron apartarme de su cuerpo hasta que el médico certificó su muerte—. ¿Qué has visto al salir? ¿Había alguien cerca? —me pregunta para sacarme del extraño estado de shock en el que me estoy adentrando.

—Un... un hombre corría, pero no me fijé en él. —Camino por el asfalto sin apartar la mirada de Mariajo y trato de calmar mis pulsaciones, pero cuando un técnico saca algo de la ambulancia mi corazón comienza a latir más rápido—. Salvadla, por favor. —Agarro mi cabello y me dejo caer al suelo donde las manos de Rebeca vuelven a mi hombro.

—Gorki, tranquilo. —Así es como me llamaba de pequeño—. Umm..., qué extraño. No veo su bolso —le susurra a Celia, pero lo escucho—. ¿Lo ves tú?

—No —responde la chica.

—Me temo que pueda tratarse de un robo —deduce—. Gorka —Al oír que me llama de nuevo, reacciono—. Tenemos que irnos. Se la llevan... —dice cerca de mi oído y al buscarla con la mirada veo que están subiéndola a la ambulancia.

Me levanto para caminar hacia ellos y el médico, al verme, me espera.

—¿Cómo está? ¿Han conseguido algo? ¿Tiene pulso? —pregunto ansioso. Necesito que me den una respuesta o me volveré loco.

—Débil, pero al menos hemos logrado que su corazón lata. Vamos al hospital con ella —me dice esta vez con un tono menos acusatorio y eso me extraña—. Has hecho un buen trabajo, chico. He visto las marcas en su pecho.

—Gra... gracias... —De nuevo, mi garganta se inunda por las lágrimas y Rebeca toma mi relevo.

—¿A qué hospital la llevan? —le pregunta, y tras indicarnos la dirección echo un último vistazo dentro de la ambulancia para despedirme de ella.

—¡Aguanta, mi vida! No me dejes solo, por favor. ¡Aguanta! —digo sin importarme lo más mínimo que me estén escuchando—. Te quiero, Mariajo. ¡Sé fuerte!

CAPÍTULO 40

Celia se presta a llevarnos y veinte minutos después ya estamos en la sala de espera del hospital. La persona que nos atendió al llegar nos pidió que permaneciéramos en ella hasta que alguien saliera a buscarnos, y es lo que estamos haciendo, aunque cada segundo que paso en este frío cuarto se me hace eterno.

Media hora después apenas me quedan uñas y protesto en alto porque nadie parece tener intención de venir a decirnos nada. Rebeca, sabiendo cómo me siento, coloca su mano sobre mi muslo y me habla.

—Calma..., tómalo como que es una buena señal —dice mirando hacia la puerta y después a mí—. Si hubiese pasado algo peor ya lo sabríamos.

Asiento agradeciendo sus palabras y me pongo de pie. No puedo estar más tiempo sentado o me comerán los nervios. Camino sin rumbo por la zona central y aunque noto la mirada de la gente sobre mí, me da igual. Es la única forma que tengo de calmarme.

La puerta se abre y una mujer de unos cuarenta años viene hacia nosotros. Me preparo al ver que se acerca y al oír que llama a los familiares de otra persona en vez de a nosotros, me descompongo. Sé que estoy siendo egoísta y que ellos deben de estar igual de angustiados que yo, pero necesito que me digan cómo está Mariajo o juro que atravesaré ese maldito pasillo e iré yo mismo a buscarla.

—Disculpe. —Busco su atención y levantando sus cejas se vuelve hacia mí—. ¿Puede decirme como está mi pareja? Vinieron con ella en una ambulancia hace rato y nadie nos ha dicho nada.

—Ummm. ¿No nos hemos visto antes? —Baja sus gafas y me mira de arriba abajo con una mirada que distingo a la perfección. La he visto cientos de veces y, aunque sé que provoco ese tipo de efecto en las mujeres, es la primera vez que me molesta—. ¿Cómo se llama?

—María José Caro.

—No te muevas de aquí, guapo, voy a hablar con el médico, pero que sepas que me debes un espectáculo —dice con una sonrisa que logra erizarme el vello.

—Vaya, pues sí que te conoce… —comenta Rebeca al darse cuenta y evito decir algo Todo lo que pueda salir de mi boca ahora mismo podría resultar ofensivo.

Por suerte no forma parte del equipo médico, sino del de recepción. No me gustaría añadirle a mi estado una buena dosis de desconfianza por su poca profesionalidad.

Miro a través de los cristales para pensar en otra cosa con qué evadirme y la suerte quiere que en ese momento cruce el pasillo el médico que atendió a Mariajo junto al técnico conductor. Sin pensarlo ni un segundo, salgo de la sala y voy tras ellos.

—¡Doctor! —le llamo al ver que se aleja—. ¡Doctor! —Ni siquiera sé cómo se llama, pero al oírme se gira—. Disculpe. —Hace un gesto al técnico para que continúe sin él y me espera—. ¿Cómo está Mariajo? ¿Qué tal llegó? ¿Puede decirme algo? —Aprieta sus labios de un modo extraño y mi corazón se contrae tanto que creo desmayarme. Seguro que algo no va bien y no sabe cómo decírmelo. Vuelve a hacerlo y al descubrir que es porque un pelo de su bigote le está molestando expulso todo el aire de mis pulmones. Esta tortura va a acabar conmigo.

—Acabo de verla y, bueno...

—Bueno, ¿qué? —Si supiera lo desesperado que estoy no se lo tomaría con tanta calma.

—Sigue inconsciente pero su pulso es más fuerte. Van a hacerle algunas pruebas para ver cómo de afectado está su cerebro y después imagino que os dirán algo. Paciencia, no puedes hacer otra cosa, chaval. Esto es así.

—Mierda. —Miro al suelo todavía más preocupado y cuando se despide no levanto la mirada.

—¿Qué te ha dicho? —Rebeca habla a mi espalda y le cuento lo poco que he logrado sonsacarle al doctor mientras volvemos a la sala.

Una hora después, y cuando creo que la mujer que fue a hablar con el médico se ha olvidado de mí, aparece de nuevo tras la puerta y, haciéndome un gesto con la mano, me llama.

—Todavía van a tardar un poco más— susurra para que nadie note que me está dando preferencia—. Tenemos la sala de urgencias hasta arriba y vamos muy retrasados. De todas formas, ya le están poniendo la medicación en vena. Si hay novedades importantes volveré a buscarte.

—Ok... —me mira una vez más de esa forma que desde hoy odio tanto y no tardo en darle la espalda. Prefiero que piense que soy un maleducado antes de que se me escape cualquier cosa de la que después me arrepienta.

Dos horas después Rebeca cuchichea algo con Celia y me habla:

—Voy a intentar hablar con el dueño del restaurante. —Me anuncia a la vez que se levanta—. No puedo dejar de pensar en que el cabrón que le ha hecho eso a Mariajo sigue por ahí como si nada. —Asiento. Estoy tan conmocionado que ni siquiera he sido capaz de pensar en ello. Lo único que hago es suplicar en silencio para que se recupere —. Necesito saber si la cámara estaba conectada cuando ocurrió todo.

Sale al pasillo junto a Celia y tras marcar un número, veo que habla. No logro entender lo que dice pero no me hace falta, por sus expresiones faciales lo estoy entendiendo casi todo.

—¿Has logrado averiguar algo? —le pregunto cuando regresa y, como imaginaba, niega con la cabeza.

—Nada. Por respeto a sus clientes, el dueño tiene la cámara programada para que grabe cuando cierran y la apaga al regresar.

—Entonces ya solo nos queda esperar. —Exhalo mirando al frente.

En todo el tiempo que llevamos aquí no se me había pasado por la cabeza, pero ahora que Rebeca me ha hecho pensar en ello me jode no tener una respuesta. Daría lo que fuese por saber quién ha sido el malnacido que ha intentado matarla. Necesito cargar mi ira contra él.

—¿Familiares de María José Caro? —Los tres nos ponemos en pie a la vez y un médico se acerca a nosotros.

—¿Cómo está? —No puedo pensar en otra cosa.

—Grave, no le voy a mentir —dice sin rodeos y mi estómago se encoge tanto que me duele—, pero dentro de esa gravedad... podríamos decir que está estable.

—¿Y eso es bueno? —Ni siquiera tengo que pensar, las preguntas me salen solas.

—No lo sabremos hasta que no pasen unas horas. —Ojea unos informes—. Lo único que notamos es que no empora y eso, dentro de lo que cabe, ya es algo.

—¡Joder! —resoplo alterado. Necesito saber más, eso no me soluciona nada—. ¿Puedo verla? —Quiero estar con ella. Necesito sentirla cerca.

—No sé si es buena idea. —Arruga su frente.

—Por favor. —Al notar que duda le presiono—. Póngase en mi lugar.

—Está bien. —Deja de mirar sus notas para mirarme—. Quédate por aquí cerca que voy a dar el aviso. —Asiento nervioso y, volviendo su atención a la carpeta, se marcha.

Con las manos temblorosas, camino por la sala impaciente esperando a que regrese, pero de nuevo tarda más de lo que me gustaría y siento que el corazón ya no me da más. Vuelvo la vista hacia las sillas y justo cuando me giro para ir hacia ellas, la voz que tanto he esperado me llama.

—Ven conmigo. —Le sigo y camina tan rápido por el largo pasillo que mi rodilla se resiente, pero aprieto los dientes y no digo nada.

Me guía hasta un compartimento en el que en vez de una puerta hay una cortina, y en el instante en que la retira mis ojos se abren al verla. Su piel azulada ahora está completamente blanca y sus dedos parecen tener un color más normal.

—¿Cómo la ve? —Cruzo los dedos para que me dé alguna esperanza, pero se muestra cauto y apenas habla.

—Tenemos que esperar.

—Pero... ¿no ha habido ningún cambio en este rato?

—Ninguno. Esto es lento. Debo irme ya, hoy tenemos mucho trabajo —dice confirmando lo que me comentó la recepcionista y,

antes de que me deje solo con ella, le agradezco que me haya dejado entrar.

Agarro su mano, me siento a su lado y hago lo único que puedo hacer: esperar junto a su cabecera.

La noche no tarda en llegar y todo sigue igual. La única diferencia es que le han cambiado de habitación y esta tiene algo más de intimidad. Se parece mucho a la que compartimos los días después del incendio.

En cuanto quedamos instalados, llamé a Rebeca para pedirle que regresase a casa con Celia, ya que no adelantarán nada quedándose en esa incómoda sala y, aunque en un principio se negó, se ha visto en la obligación de aceptar, haciéndome prometer que la llamaré sea la hora que sea si ocurre algo.

Las siguientes horas transcurren pegado a su cama y no puedo evitar controlar su respiración. Según me comentó una enfermera que vino a cambiarle la medicación, el que respire sin ayuda de ningún aparato es un indicativo de que su cerebro funciona y, dentro de lo malo, eso es una buena señal.

Agotado, apoyo mi cabeza cerca de su cuerpo y comienzo a quedarme dormido. No sé cuánto tiempo paso en esa posición cuando mi teléfono comienza a sonar y me despierta.

—¿Sí? —respondo desorientado a la vez que salgo de la habitación como si con ello evitase molestarla.

—¿Cómo está? —Al ver que es Rebeca, miro el reloj y me doy cuenta de que ya son las ocho de la mañana. Debo de haber dormido al menos un par de horas.

—Igual. Sigue sin despertar. —Trago saliva— El último médico que entró a verla anoche me dijo que el TAC estaba normal, excepto por una pequeña inflamación en la parte derecha de su cerebro. Por suerte, comencé con la reanimación pronto y su cuerpo estuvo recibiendo oxígeno mientras llegaban, si no hubiese sido mucho peor...

—Ten fe, hermanito. Todo saldrá bien.

—Eso espero.

Hablamos durante algunos minutos más y cuando nos despedimos me doy cuenta de que frente a mí hay una máquina expendedora de café que, con los nervios, no vi ayer. Me acerco a ella, introduzco un par de monedas y, cuando tengo el reconfortante líquido negro en mi poder, regreso a la habitación cambiando el vaso de una mano a la otra. Quema demasiado.

Empujo la puerta con el pie y mi boca se abre a la vez que dejo caer el café. No puede ser.

—Mierda —digo sacudiendo mi ropa con rapidez y vuelvo a mirar incrédulo hacia el mismo lugar. «¡Está despierta! Justo ahí, frente a

mí». No doy crédito a lo que veo.

—Me duele... Me duele mucho la cabeza —habla con dificultad y, sin demora, me acerco a ella—, y el cuello. —Coloca la mano en la garganta y comienza a toser—. ¿Qué ha pasado? —Tose de nuevo marcando fuertes gestos de dolor y, aunque en mi cabeza se forma la clara idea de llamar a un médico, estoy tan impresionado que no me muevo—. ¿Qué hago aquí?

—¿Cómo que qué ha pasado? —Me asusto—. ¿No recuerdas nada?

—No.

CAPÍTULO 41

MARIAJO

—Sabes... ¿sabes quién soy? —me extraña su pregunta.

—Em... ¿por qué dices eso? —Mi garganta duele una barbaridad cada vez que intento vocalizar. ¿Qué me pasa en el cuello? Siento como si algo me lo estuviese oprimiendo. Miro a mi alrededor y veo que tengo varios cables colgando de mis brazos—. ¿Qué... tengo? ¿Por qué estoy en un hospital? —carraspeo masajeando mi tráquea y un desagradable sabor metálico inunda mi boca.

—¿Cómo me llamo? —me dice como si estuviese viendo a un fantasma y le miro con la frente arrugada.

—¿Qué? —Pero ¿qué le está pasando? ¿Por qué diablos se comporta así?

—Voy a por el médico. —Se gira para volver por donde vino y le llamo.

—Espera, Gorka. —Se detiene al oírme y vuelve a mirarme, pero esta vez sorprendido.

—¿Sabes mi nombre? —pregunta con los ojos muy abiertos. No entiendo nada.

—¿Estás bromeando de nuevo? —Por un momento pienso que es otra de sus tonterías, sin embargo, cuando se echa sobre mí y me abraza con fuerza, sé que habla en serio.

—Dios mío... gracias. Dios mío —repite temblando y comienzo a preocuparme—. Llevo horas creyendo que te perdía. —Se aparta para buscar mis ojos y veo que los suyos están inundados de lágrimas—. Alguien quiso matarte y...

—¿¡Qué!? —Un ataque de tos me interrumpe.

—Cuando volví a por ti estabas inconsciente en el suelo. —Su voz tiembla.

—¿Volver de dónde?

—Ayer, cuando te quedaste frente a lo que era tu farmacia mientras yo regresaba al baño del restaurante. ¿No lo recuerdas? —Niego con la cabeza. ¿Cuándo hemos estado allí?—. Vimos unas grabaciones con Rebeca y Celia, y después comimos juntos. —Vuelvo a negar y por más que intento buscar esa escena en mis recuerdos, no la encuentro.

—Estuvimos en... La Judería. —Froto mi garganta, cada vez me arde más—, y... ¡alguien quería saltar! —De nuevo la tos me ataca y tengo que hacer una pausa—. Tú lo salvaste.

—¡Sí! ¿Te acuerdas de algo más?

—No. —Miro al vacío—. Lo siguiente está en blanco. —Empiezo a asustarme—. ¿Qué pasó?

—¿Recuerdas el cuarto?

—¿Qué cuarto?

—Cuando rescaté al chico, viniste a buscarme y entramos a un cuarto que había bajo la escalera del edificio.

—No, eso no está en mi memoria. No... no recuerdo ningún cuarto. —Trago saliva con dificultad y parece confuso—. Solo recuerdo que... lo salvaste y después me he despertado aquí.

—Vale... deja que avise al médico, él nos dirá qué está pasando— asiento, ahora mucho más preocupada, y se marcha.

Mientras esperamos a que venga, Gorka responde a todas mis preguntas y siento que estoy viviendo en una película. ¿Cómo es posible que mi cerebro haya eliminado todo lo que hemos vivido estas últimas horas?

Tras hacerme varias pruebas neurológicas, el doctor llega a la conclusión de que estoy sufriendo algún tipo de amnesia debido a la falta de oxígeno y, al preguntarle angustiada si recuperaré mis recuerdos, niega con la cabeza.

—Eso nunca se sabe —dice mientras anota algo—. He visto casos peores donde sí lo han hecho, y otros más leves que los han perdido por completo. Quizás con un estímulo..., o una palabra, tu cerebro lance la chispa que necesitas y haga que todo arranque, pero hasta entonces nosotros ya no podemos hacer nada. —Se acerca a mí de nuevo y mueve una pequeña ruedecita del gotero para que el líquido caiga más rápido—. Con esto notarás que se suavizan tus molestias. Has tenido suerte, María José. Mucha gente no sobrevive a algo así —dice antes de despedirse, y cuando sale de la habitación Gorka y yo nos quedamos en silencio.

—¿Se han asustado mucho mis padres? —le pregunto mientras coloco la almohada para recostarme sobre ella. Seguro que mi madre ha sufrido una fuerte crisis de ansiedad.

—¡Mierda! —Se tensa—. No les he dicho nada. Estaba tan preocupado que...

—¿Qué? ¿Dónde está mi teléfono? —Busco mi bolso y no lo encuentro—. ¡Deben de estar preocupadísimos!

—Tu teléfono no... no lo tienes.

—¿Por qué?

—Creemos que quien te hizo eso —señala mi cuello—, te lo robó junto con el bolso.

—¿Me robaron? —Unas extrañas imágenes aparecen en mi mente y por más que intento buscarles una explicación no se la encuentro.

—Sí, al menos Rebeca está convencida de ello, pero también cree que ese no fue el principal motivo. Escuché como le decía a Celia que tiene algunas sospechas, pero ya sabes lo reservada que es. —Mete la mano en el bolsillo y saca su teléfono—. Hasta que no está completamente segura de algo no dice nada. Toma. —Me lo entrega

—. Habla con tus padres desde el mío. —Lo tomo entre mis dedos y me quedo mirando al vacío. No recuerdo el número de mi madre. Por suerte, Gorka lo tiene anotado en la agenda y llamo desde ahí.

—Hola, mamá. —Apenas he terminado el saludo cuando me habla.

—Ya está bien... ¿dónde diablos estabas, señorita? —Como imaginaba, mi madre parece preocupada, pero admito que no tanto como creí que estaría—. Te he llamado como diez veces al ver que no estabas en tu cama y ni siquiera te has dignado a responderme. ¿Por qué no me avisaste de que no vendrías a dormir?

—Es que... —Miro a Gorka y decido mentir. No quiero angustiarles más. Llevan semanas preocupados por mí y al final acabarán enfermando por mi culpa—. He... he perdido el teléfono. —Ya les diré la verdad cuando salga de aquí. Lo último que quiero es que sepan que estoy de nuevo en un hospital y, lo que es peor, que un loco ha intentado acabar con mi vida.

—¡Ay, Dios! ¿El nuevo? —Después del incendio tuve que comprarme otro—. Como no tengas cuidado algún día perderás la cabeza, hijita. Tienes que ser más responsable. —Tuerzo mis ojos aprovechando que no puede verme y Gorka sonríe.

—Tienes razón, mi cabeza no está donde debería últimamente, ya lo sabes —me excuso.

—¿Vendréis Gorka y tú a comer? —pregunta como si no me hubiese acabado de echar la bronca del año y trato de salir del paso.

—No. Vamos a comer fuera y quizás me quede con él también el fin de semana. —Miro hacia el suero que cuelga del pie de acero y algo me dice que no me dejarán marcharme todavía.

—Está bien, pero cuídate esa garganta. Suenas muy afónica y por las noches ya refresca. —Al ser con él parece no importarle. Con lo difícil que me lo puso con mi ex.

—Pregúntale si tu teléfono daba llamada —susurra Gorka y asiento para que sepa que le he oído.

—Mamá, una última cosa, cuando me has llamado antes, ¿mi teléfono estaba encendido?

—Sí, ¿por qué?

—Oh, no, por nada —carraspeo—. Por si todavía tenía batería. Seguro que debe de estar en algún lugar de la casa.

—Bueno, pues si lo encuentras avísame.

—Vale.

Tras desearnos que lo pasemos bien, se despide felizmente. Es tan distinta ahora... Hasta se pone nerviosa cuando tiene a Gorka delante y no para de ofrecerle cosas.

Me aseguro de que la llamada ha finalizado para devolvérselo y, cuando creo que va a volver a guardárselo de nuevo, marca un número.

—Rebeca —dice tras esperar unos segundos y pone el manos libres para que pueda escuchar lo que hablan—, el teléfono de Mariajo todavía está conectado. ¿Puedes conseguir que lo rastreen?

—Llegas tarde, hermanito —se burla—. Mientras estabas con ella descubrí que el idiota que la agredió ni siquiera se ha molestado en apagarlo, así que la policía lleva toda la noche en la comisaría intentando ubicarlo.

—¿Hablas en serio? —digo llevada por la emoción. Sería increíble que diesen con él.

—¿Qué cojones acabo de oír, Gorka? —le riñe y no entiendo por qué.

—Mierda —murmura a la vez que arruga su nariz.

—¿Esa que acaba de hablar es Mariajo? ¿Se ha despertado?

—Sí. Eh... sí.

—Si cuando te digo que eres idiota ¡es porque lo eres! —le grita y al ver que apoya su mano en la frente entiendo todo—. ¿No te dije claramente que me llamases si había cualquier cambio? ¡He estado preocupada todo este tiempo para nada!

—Sí y lo siento... Han ocurrido muchas cosas y se me ha pasado.

—¿Cómo se te puede pasar algo así? ¿Has avisado a sus padres al menos? —Un silencio se instala entre nosotros y escucho como resopla —. Da gracias que no estoy ahí, sino te ibas a enterar. —le amenaza y tengo que esforzarme por contener la risa. No sé qué me pasa con ellos pero cada vez que Rebeca le riñe no puedo evitar reírme—. ¡Siempre tan descuidado! —Suspira buscando un poco de calma y continúa— ¿Cómo está? ¿Le duele algo o le ha quedado alguna secuela?

—No, no. Ella está bien. —Me mira y comienza a explicarle todo lo que nos ha dicho el médico hasta ahora.

Cuando termina, Rebeca habla directamente conmigo y, tras mostrarme su felicidad por mi mejoría, me hace varias preguntas sobre lo sucedido, pero no las puedo responder.

—De verdad que lo siento, pero no recuerdo ni un solo segundo de eso que contáis. Es como si esa parte de mi vida nunca hubiese existido. —Al notarme apenada por no poder ayudar no tarda en quitarle importancia.

—No te preocupes, cariño. Creo que no hará falta mucho más. Algo me dice que estamos muy cerca de descubrir quién o quiénes están detrás de todo esto. —Oigo una notificación que viene de su teléfono y hace una pausa, imagino que para revisarla—. Chicos, creo que la policía está intentando contactarme. Os llamo luego. —Cuelga y Gorka aprieta su puño en señal de victoria.

—Ya deben de tener algo —dice emocionado y se sienta junto a mí.

A medida que pasan los minutos me voy encontrando cada vez mejor y por fin puedo beber un poco de agua. Sentía la garganta tan

cerrada que ni siquiera podía tragar mi propia saliva.

—¿Has comido algo? —le pregunto al ver que se está quedando dormido. Por las ojeras que tiene marcadas bajo sus ojos puedo hacerme una idea de la noche tan horrible que debe de haber pasado.

—¿Eh? —Se levanta sobresaltado y no tardo en arrepentirme por no haberle dejado descansar.

—Te preguntaba si habías comido algo —repito al ver que está desorientado.

—No, pero no tengo hambre, tranquila. Ahora estoy bien.

—No llegaste a tomarte el café. —Antes de que pueda terminar la frase su teléfono comienza a sonar y lo saca de su bolsillo con rapidez.

—¿Sí? —Por su gesto, estoy segura de que, al igual que yo, esperaba que fuera la llamada de Rebeca que estamos esperando. Sin embargo, por la forma en que arruga su frente, parece ser otra persona —. Hola, Beatriz. —Hace una pausa—. Sí, ya está despierta y no sabes cómo te agradezco lo que hiciste. Tenía pensado llamarte para darte las gracias, pero entre unas cosas y otras... —ríe—. Sí, la verdad. No he podido pensar en otra cosa que no sea ella. —Me guiña un ojo y mi corazón responde con un vuelco. No me puede tener más enamorada.

Hablan durante un buen rato y noto que, poco a poco, sale al pasillo, cosa que no me resultaría extraña si no fuese porque cada vez baja más la voz. ¿Qué está pasando?

Espero paciente a que termine y cuando por fin regresa parece preocupado.

—¿Ocurre algo? —le pregunto inquieta.

—No... bueno, cosas del trabajo. —Noto que quiere contármelo, pero no lo hace y recuerdo que tenemos una conversación pendiente.

—¿Quieres que hablemos sobre ello? —insisto. No es el mejor lugar pero mientras esperamos a que nos llame su hermana no tenemos otra cosa mejor que hacer.

—No, tranquila. Todo está bien.

—Gorka... —No voy a encontrar una oportunidad mejor y lo intento una vez más—. Respecto a ese trabajo... Tú sabes que... bueno. —Me cuesta empezar, pero necesito finiquitarlo ya. Es importante para mí—, hay cosas que cuando estás en pareja...

—Sé a lo que te refieres, pero hoy necesitas descansar. Ya hablaremos de esto en otro momento.

—Me sentiría mejor si lo hiciésemos ahora. Es algo que no para de rondarme en la cabeza.

CAPÍTULO 42

—Te acabas de despertar, Mariajo —protesta—. Espera al menos unas horas. Tu cerebro todavía se está reajustando.

—No pasa nada. Me encuentro perfectamente.

—Está bien... —Percibiendo que no tiene escapatoria, vuelve a mi lado y toma mi mano—. Sigo creyendo que es mejor darte un poco más de tiempo, pero si es lo que deseas lo haremos como quieras.

—Lo necesito. —Asiente y continúo—. Llevo semanas dándole vueltas a esto y quiero sacarlo de mi cabeza ya. —Me mira y sabe de qué hablo—. Gorka... lo primero que me gustaría saber es si tú disfrutas trabajando como estríper.

—Lo que se dice disfrutar... —Se encoge de hombros.

—Quiero decir, ¿es importante para ti?

—No te voy a mentir. Es importante para mi economía. El dinero que gano con ello es fácil y rápido, sin contar que me viene de perlas, sobre todo ahora que estoy buscando piso para irme a vivir por mi cuenta. —Recuerdo que me dijo algo parecido cuando nos conocimos.

—Yo... No quiero... Verás. —Suena tan ridículo en mi cabeza lo que voy a decir que empiezo a arrepentirme. ¿De verdad estoy a punto de exigirle que deje su trabajo porque a mí me desagrada?—. Verás... — Un nudo de sentimientos encontrados comienza a formarse en la boca de mi estómago y niego con la cabeza. No puedo pedirle eso. Es su vida y no tengo ningún derecho sobre ella. Y lo peor de todo es que sé que aceptará porque se verá en la obligación. Debe ser él quien tome esa decisión. No yo—. ¿Sabes qué?

—¿Qué? —Me mira atento.

—Nada. Olvídalo. —Me echo hacia atrás a la vez que exhalo—. Debí hacerte caso. No es momento de hablar sobre esto.

—Mariajo, suéltalo. —Sabe que me está pasando algo. No suelo dejar las conversaciones a medias.

—No, de verdad. Es tu vida y, como tal, no deberías permitir que nadie te diga lo que debes hacer con ella. Ni siquiera yo. —Sonríe—. Me adaptaré a todo lo que decidas y, simplemente, confiaré en ti. —Sé que me va a costar, sobre todo sabiendo lo que ocurre en esas fiestas privadas, pero estoy dispuesta a aceptarlo—. En eso se basa el amor, ¿no? —No puedo creer que acabe de decir eso, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Siempre he odiado a esas personas que prohíben o condicionan a otras y no pienso convertirme en una de ellas.

—El amor es algo parecido, sí. —Vuelve a sonreír—, pero no vas a tener que preocuparte más por ello.

—No entiendo. —¡Qué chorrada! Claro que me preocuparé, pero no pienso decírselo. No quiero que cada vez que tenga que acudir a una de esas funciones lo haga preocupándose por mí.

—Lo he dejado.

—¿Qué?

—Ahora mismo. Le acabo de decir a Beatriz que busque a otra persona.

—A ver... No habrás tomado esa decisión por mí, ¿verdad?

Odiaría que se hubiera sentido obligado a renunciar por el simple hecho de complacerme.

—Te aseguro que no. —Besa mi mano para calmarme y el calor de sus labios traspasa mi piel—. Llevaba tiempo meditándolo y me ponía a mí mismo como excusa que tenía que hablarlo contigo antes, pero en realidad con quien tenía que hablarlo era conmigo mismo.

—Me... ¿me lo prometes? —No acabo de creérmelo. Temo que esté tratando de ocultarme la verdad para evitar que me sienta mal.

—Te lo prometo. —Esas tres palabras me provocan un alivio indescriptible. Desde que estamos juntos nunca me ha prometido algo vanamente y eso me da bastante confianza—. No quiero ser un hombre objeto al que todas toqueteen por diversión mientras que mi pareja me espera en casa. Al igual que tampoco me gustaría que fuera al contrario. —Mira hacia mi escote y levanta las cejas.

—Tranquilo, eso no lo verán tus ojos —bromeo disimulando mi emoción. ¡Lo ha dejado! Era la única sombra que quedaba entre nosotros y ya no tengo que preocuparme por ella.

—Ayer, mientras esperaba a que alguien saliese a darnos noticias sobre tu estado, una recepcionista bien entradita en años, sin saberlo, me ayudó a tomar la decisión.

—¿Por qué? —Vuelvo a perderme en la conversación. ¿Acaso hablaron sobre ello?

—Digamos que no me gustó la forma en que me miró y trató. Ni siquiera tuvo en cuenta cómo me sentía en ese momento. Así que, a partir de ahora, quiero que sean tus preciosos ojos los únicos que me miren así.

—Ohhh. —Sin proponérselo, logra dejarme sin palabras y me acerco a él para besarle.

Últimamente no paran de ocurrirme cosas horribles que no le desearía ni a mi peor enemigo. Ni siquiera a mi ex... y, aun así, tener a Gorka a mi lado me hace sentir una persona afortunada. Con una simple mirada es capaz de convertir un día de mierda en uno memorable. Admito que nunca superaré la forma en que le conocí, pero no me arrepiento de nada.

Hablamos durante varios minutos más en los que termina de convencerme de que la decisión ha sido solo suya y logra dejarme mucho más relajada, sobre todo ahora que sé que las mujeres no tratarán de llevarle continuamente a la cama. Aún recuerdo la noche de la despedida. Cuando todavía no había bebido hasta perder el

conocimiento, fui testigo de cómo, al menos, cuatro chicas se le insinuaron notoriamente. Por suerte se las quitó de encima con mucha educación.

Un par de horas después una de las enfermeras entra para cambiarme la medicación y se detiene para mirarnos. Al notar que no aparta sus ojos de nosotros, ni siquiera para disimular, su rostro comienza a resultarme familiar y Gorka comienza a reír por lo bajo.

—Ho...la —dice saliendo poco a poco de su estado y le devuelvo el saludo de la misma forma—. ¿Cómo es que estáis otra vez por aquí? —Su voz enciende mi bombilla y rápidamente mis mejillas se colorean. Es una de las enfermeras que me ayudó a sacar a Gorka de la bañera cuando por instinto le agarré del pene para evitar que se cayera—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Alguien ha intentado dejarme el cuello como el cogote de una jirafa —bromeo a la vez que miro a Gorka esperando a que capte la referencia. Las carcajadas ahogadas que intenta ocultar se vuelven cada vez más sonoras.

—Perdón, cariño, perdón —se disculpa. No esperaba que dijese algo así. Como puede, seca sus lágrimas y, aunque la enfermera intenta mantener las formas, finalmente estallamos en carcajadas los tres. En su momento lo pasé fatal, sin embargo ahora no puedo dejar de verle la gracia. Con Gorka me han pasado miles de cosas, pero creo que nunca habíamos vivido una situación tan cómica.

Cuando por fin nos calmamos, espero a que cambie mis goteros para preguntarle sobre mi alta médica y al anunciarme que estaré en el hospital al menos un par de días más, me vengo abajo.

—Es mejor así, cariño —dice Gorka al oírme resoplar y cuando la enfermera se marcha retira con cuidado unos mechones de mi rostro.

—Ya lo sé —afirmo—, es solo que odio los hospitales. Son demasiado deprimentes.

—No pienso dejarte sola... —Su teléfono vuelve a sonar y, al desbloquear la pantalla, me mira con la frente arrugada—. Em... es Lucrecia.

—Debe de estar intentado contactarme en el mío. —Nunca llama a Gorka, así que si ha decidido hacerlo es porque está preocupada.

—Hola —la saluda—. Sí, está conmigo. ¿Quieres hablar con ella? —Como imaginaba, pregunta por mí—. Te la paso. —Estira su brazo y me entrega el aparato.

—Hola, preciosa —digo nada más acercarlo a mi oreja.

—¿Cómo estás? Llevo días sin saber de ti —indica con un ligero tono de preocupación. Es muy sutil pero la conozco desde hace años y no se me escapa.

—Estoy bien, ¿por qué? —Espero. Cada vez estoy más segura de que ocurre algo.

—No, por nada. Es solo que... —Hace una pequeña pausa—. Bueno, mira, da igual. Voy al grano, que yo no valgo para andarme con rodeos. —Lo sabía—. Ayer me llamó la bruja y la verdad es que me dejó muy preocupada.

—La bruja —balbuceo—. ¿Qué quería esta vez? —Si no creyesen que estoy loca, juraría que debió presentirlo. Es demasiada casualidad que, precisamente ayer, llamase a Lucrecia. Me cuesta admitirlo pero esa mujer me da miedo. Dejó de tener gracia cuando comenzaron a cumplirse todas sus predicciones.

—Dijo que estabas en peligro y, aunque intenté localizarte, no hubo forma. —Cómo lo sabía. Esa mujer no falla.

—Verás... Es que he... he perdido mi teléfono —miento mientras repito en mi cabeza sus palabras. Lucrecia es muy buena amiga pero si quiero seguir ocultándoles la verdad a mis padres debo escondérsela a ella también. Siempre se le escapa todo.

—Pues no veas lo que me he comido la cabeza hasta que he decidido llamar a Gorka. No me atreví a hacerlo antes por si no estabas con él evitar que también se preocupara, pero es que ya era demasiado tiempo sin saber de ti y no he podido aguantar más —se disculpa.

—Tranquila, has hecho bien. —Miro a Gorka y sus labios están formando una línea recta. Debe de estar oyéndolo todo. En cuanto salga de aquí lo primero que haré será visitar a la bruja. Quizás pueda ayudarme a descubrir quién me ha hecho esto—. Mierda —digo al oír de fondo el sonido de una llamada entrante y, al ver que es Rebeca, me despido a toda prisa de Lucrecia. Ya la llamaré después—. Es tu hermana —indico nerviosa a la vez que le entrego de nuevo su teléfono. Llevamos toda la tarde esperando noticias y necesito saber si ya tienen algo.

Como la última vez que hablamos con ella, Gorka conecta el manos libres y deja el teléfono abierto sobre la cama para que ambos podamos participar en la conversación.

—Te escuchamos, Rebeca —dice antes de que su hermana hable y esta no tarda en responder.

—¡Hermanito! —Su voz eufórica me altera aún más—. Tengo varias cosas que contaros. —Inspiro profundamente y trato de relajar el estómago.

—Pues dilas ya. —Gorka parece estar igual.

—La primera es que la abogada de Mariajo y yo hemos estado días preparando algunas diligencias y parecen haber dado resultado. —Espera a que hablemos para crear tensión y no tarda en conseguirlo.

—Continúa... —protesta Gorka y esta se ríe—. ¿De qué diligencias hablas?

—Verás. Desde el principio sospechábamos de Margarita y su

sobrino, así que solicitamos al juez una investigación más profunda y, aunque por el momento lo que se ha descubierto no dejan de ser solo pruebas insustanciales, el resultado de estas nos hace creer que vamos por el buen camino. —Hace una pequeña pausa y noto como me tiembla el pecho—. Es normal que alguien como él haya adquirido conocimientos de electricidad con el tiempo y que sea capaz de dominar el manejo de los cables, como le demostró a Mariajo el día que estuvo Celia en la farmacia, pero con los años las nuevas tecnologías han hecho que todos esos conocimientos queden obsoletos y si alguien quiere seguir utilizándolos tiene que buscar información para actualizarse.

Recuerdo que cuando Rebeca estuvo revisando lo que quedaba del local le comentó a Gorka que el cuadro de luces y el contador eran demasiado nuevos y parecía estar convencida de que quien provocó el incendio tuvo que investigar para manipularlos.

—¿A dónde quieres llegar? —la interrumpe Gorka.

—A que esas cosas siempre dejan huellas y eso es precisamente lo que ha ocurrido.

—¡Por Dios, Rebeca! —casi grita exasperado—. ¿Quieres ir al grano de una vez? —Admito que me siento tan desesperada como él, pero evito hacérselo saber. Sé que la cabrona disfruta con ello. Le encanta tenernos en tensión.

—Hace un par de horas la policía, a petición nuestra y, por supuesto, con una orden judicial, se ha hecho con el portátil del sobrino de Margarita y han podido acceder a él.

—¿Y qué había en él? —decimos a la vez.

—Podéis creer que el muy idiota, ¡no borró el historial de búsquedas! —ríe satisfecha y al entender a dónde quiere llegar, Gorka y yo nos miramos emocionados—. Ha quedado al descubierto todo lo que buscó en los días previos al incendio y las frases que más aparecen son: cómo provocar un cortocircuito, cómo lograr una falla en la línea eléctrica... cómo provocar un incendio a través de un cuadro eléctrico...

—¿Hablas en serio? —El vello de mis brazos se eriza.

—Totalmente, cariño. Y si a eso le sumamos la grabación del restaurante...

—¿Tienes una copia? —pregunta Gorka con rapidez e imagino que se refiere a las grabaciones de las que me habló antes buscando que recordase.

—Tengo todas las que quieras, cielo. En cuanto me di cuenta de que Mariajo no tenía su bolso, pedí a Celia que avisara a su jefe para que no borrase nada. Sabía que era ahí donde la guardó cuando os fuisteis y no podía arriesgarme a que se perdiera. Es una de las pruebas más concluyentes que tenemos hasta ahora y si hubiese

llegado a ocurrir lo peor..., cosa que por suerte no pasó —explica refiriéndose a que sigo con vida—, no iba a permitir que ese maldito delincuente se fuese de rositas.

—¡Qué grande eres, hermanita! —La sonrisa de Gorka ilumina la habitación.

—No puedo creerlo —indico nerviosa. Por primera vez en semanas puedo hacer una inspiración completa sin tener la sensación de que me falta el aire—. Esto es... esto es fantástico. —La emoción me embarga y mi corazón late con fuerza—. ¡Podré demostrar que soy inocente! —Apenas puedo hablar—. ¡Ya tengo con qué defenderme! —Comienzo a llorar emocionada y Gorka me abraza.

—Todo va a salir bien, cielo —repite mientras nos mece, tan emocionado como yo.

—Ahora ya solo nos queda descubrir quién te ha hecho eso —habla de nuevo y vuelvo mi atención al teléfono.

—Me temo que eso va a ser muy difícil —admito, y por un segundo, una idea cruza mi mente, pero la elimino con rapidez. No puede haber sido él, sería demasiado obvio, además de imprudente. Estamos en medio de un proceso legal y si me ocurriese algo todos los ojos se posarían en él.

Estoy convencida de que ha debido de tratarse de un simple atraco. Conociéndome, seguramente me resistí tanto como pude y al ladrón se le fue la mano.

CAPÍTULO 43

Dos días después por fin deciden dejarme marchar y aunque tengo que regresar para hacerme algunas revisiones debido a la pequeña secuela que le ha quedado a mi memoria, todo lo demás parece estar bien y no puedo sentirme más feliz.

Al salir a la calle, me doy cuenta de que el coche de Gorka está frente al hospital, esperándonos, y al ver que Rebeca es quien está al volante no me hace falta preguntar. Deben de haberlo hablado cuando estaba vistiéndome en el baño. Al vernos llegar se baja del asiento del conductor para que sea Gorka quien tome el mando y nos ponemos en marcha. Desde que se rompió la rodilla no había vuelto a conducir y su cara de satisfacción me hace saber lo bien que se siente por ello. En varias ocasiones me comentó lo mucho que echaba de menos su coche.

Lo primero que hago nada más subir es pedirles que me lleven a la casa de mis padres para evitar que sospechen y, cubriendo los hematomas de mi cuello con un fular que me ha prestado Rebeca, entramos a mi habitación para coger algo más de ropa. Quiero terminar de reponerme en casa de Gorka. La piel en mi garganta está completamente violeta y me sería imposible ocultarla hasta que desaparezca.

—¿No os quedáis a comer? —nos pregunta mi madre al ver que nos marchamos de nuevo—. Pensé que...

—Uff... Hoy es imposible. —Rebeca sale al paso a la vez que coloca su mano en mi hombro y, con disimulo, alza la tela del fular que se me está bajando—. Estamos preparando un montón de cosas para continuar con la investigación y vamos con el tiempo justo.

—Oh, claro. Si es por eso no hay problema —responde convencida —. Nunca tendré palabras suficientes para agradeceros lo que estáis haciendo por mi hija. —Les sonríe—. Y por nosotros, claro. Nos estáis ayudando mucho a todos.

—Créame que es un placer —responde Gorka poniendo la mano en mi cintura mientras tira de mí.

—Le prometo que otro día nos quedamos —indica de nuevo Rebeca —. Su hija y Gorka me han hablado muy bien de sus maravillosos guisos y no quiero marcharme sin probarlos.

—¡Claro que sí! Cuando queráis.

Nos despedimos y mientras nos alejamos veo como mi madre mueve su mano en nuestra dirección hasta que nos pierde de vista. Está encantada con ellos, no me cabe duda.

—¿Dónde vamos ahora? —me pregunta Gorka y, con algo de reparo, se lo digo.

—Necesito... Me gustaría ir a ver a la bruja que visitamos junto a

Lucrecia.

—¿Ahora? —Levanta las cejas—. Si lo llego a saber le pido a tu madre la comida que nos ha ofrecido en un táper.

—¿Eh? —Rebeca no entiende nuestra conversación.

—Prepárate, hermanita, vas a conocer a Doña Canutos —carcajea.

—¿A doña quién? —Arruga su frente.

—A la Bob Marley de las brujas.

—Vaya..., no sé si eso es bueno o malo.

—No le hagas caso, Rebeca. Es una vidente a la que visito, pero si quieres puedes quedarte en el coche —le indico para que no se sienta en la obligación de entrar.

—¡Ah, no! Algo así no pienso perdérmelo. He oído hablar de las brujas de Sevilla y tengo curiosidad.

—Esta más que sevillana parece recién salida de una comuna hippie californiana. Ha inhalado tanto humo que se le ha borrado hasta el acento.

Las bromas continúan hasta que llegamos y nada más aparcar me doy cuenta de que la puerta de su consulta, a diferencia de otras veces, está cerrada.

—Mierda —susurro a la vez que me bajo del coche y Gorka me oye.

—¿Qué ocurre? —Se baja conmigo.

—Creo que no está. Siempre que venimos su puerta está abierta y hoy...

—No pasa nada, podemos volver otro día —intenta consolarme.

—Qué remedio... —expreso afectada y cuando me giro para regresar escucho la voz que nunca podré olvidar.

—Hermosa, ¿eres tú?

—¡Es ella! —le digo al verla y camino rápido en su dirección.

—¿Estás viva? —Me mira de una forma tan extraña que hasta me hace dudar.

—Sí..., estoy viva, ¿no debería de estarlo? —Desde que me llamó Lucrecia cuando estaba en el hospital no he podido sacarme de la cabeza sus palabras, esas de las que ni siquiera ella se acuerda haber pronunciado. Me dijo que iba a morir y casi acierta.

—No. —Su frente se frunce—. Sígueme.

Camino a su lado y no tardo en oír los pasos de Gorka y Rebeca detrás de nosotras. Abre la puerta con una enorme llave de hierro, como la que tenían mis abuelos, y continuamos hasta el interior.

—Disculpad el desorden —dice al entrar—. Se me acabó la medicina y tuve que ir a por más. —Suelta una bolsa llena de cogollos sobre la mesa y oigo a Gorka reír.

—Así que... ¿esa es su medicina? —Su hermana le da un codazo y se rasca para aliviar el dolor.

—Sí, ¿qué pasa? Es terapéutica.

—¿Terapéutica en España? —Vuelve a reír y le miro furiosa a la vez que Rebeca le golpea en la nuca con la mano abierta.

Si no deja de provocar a la bruja, hará que se enfade y hoy más que nunca necesito hablar con ella. Por suerte, la mujer le ignora y comienza a quitar telas raras de las sillas para que podamos sentarnos. Señala las que ya están libres para que Gorka y Rebeca se acomoden en ellas y cuando se asegura que desde donde están no nos molestarán, nos sentamos nosotras también

—Dame un minuto —me pide mientras saca varios papeles de fumar del bolsillo de su delantal y, tras unirlos para hacerlos más largos, comienza a liar en ellos los cogollos que trajo en la bolsa. Cuando termina lo que parece la vara mágica de Harry Potter, lo enciende con un mechero de gasolina y le da varias caladas.

—Oh, oh... —balbucea Gorka desde atrás y al recordar lo que le pasó la última vez cruzo los dedos mentalmente para que no nos toque sacarlo a gatas.

—Dame tus manos —me pide estirando sus brazos hacia mí y lo hago.

Justo en el momento en que mi piel toca la suya una especie de electricidad estática recorre mi cuerpo y noto como empieza a elevarse mi cabello.

—¿Qué coño está pasando? —digo asustada al ver en el espejo de enfrente que mi cabeza se parece cada vez más a un diente de león.

—Es por la bola de plasma. Me ayuda a conectar —responde como si nada.

—¿La bola de qué? —No entiendo ni una sola palabra.

—¡De plasma! —responde malhumorada y saca algo de debajo de la mesa con su pie descalzo mientras toso. Hay demasiado humo ya en la sala y el tufo es mucho más fuerte que otras veces.

—¡Ohm...! Vale —No sé qué me impresiona más, si el hecho de que guarde una bola así debajo de la mesa, el que tenga los pies descalzos sobre ella o que sus horribles y descuidadas uñas parezcan conchas de mejillones.

—¡La virgen! Le faltan las alas para ser un águila porque las garras ya las tiene —dice Gorka al darse cuenta y lo fulmino con la mirada para que cierre la boca, pero está tan colocado ya por la humareda que no puede apartar la vista de sus pies—. Señora, esos dedos parecen dagas persas. Si me da usted una patada, me apuñala cinco veces.

—¡Gorka! —le riño y al buscar con la mirada a Rebeca, con la esperanza de que me eche una mano, esta tiene su cabeza inclinada hacia abajo—. ¿Rebeca? —Levanta la vista un momento y solo necesito una décima de segundo para darme cuenta de que está tratando de controlar un ataque de risa—. Mierda... —vocalizo

volviendo mi atención a la bruja y esta los está mirando de un modo extraño—. Discúlpelos —digo con temor de que nos eche—. No son de aquí y todo les hace gracia. —Es la excusa más absurda que he dado en mi vida pero estoy tan apurada que no sé qué más decir—. ¿Podemos continuar?

—Si volvéis a interrumpirnos una vez más, salís de aquí con una maldición a vuestra espalda —les avisa y asienten como pueden—. Dame las manos. —Con el enfado, no me había dado cuenta de que se las había soltado. Al agarrármelas de nuevo vuelvo a notar esa electricidad y, de pronto, sus ojos se abren como platos.

—¡Dios mío...! —Intento apartarme por la impresión, pero cada vez me aprieta más fuerte. Nunca lograré acostumbrarme a esto.

—Ha ocurridooo —Alarga la "o" con un sonido gutural y mis piernas comienzan a temblar—. Se ha cumplidooo. Te has idooo y has regresadooo.

—¿De dónde? —Mi respiración se vuelve cada vez más agitada y con cada segundo que pasa más me arrepiento de haber venido. No me gustan estas cosas, ¿por qué diablos he pedido que me traigan? Era más feliz cuando vivía en la ignorancia.

—¡Moriste! —grita, asustándome, y sacude con fuerza la cabeza—. ¡Has caminado por el mundo de los muertos! —Me giro buscando a Gorka y está mirándonos con la boca abierta.

La bruja vuelve a apretarme con fuerza los dedos, hasta el punto de casi dejármelos blancos, y cuando creo que no voy a poder aguantar mucho más, noto que afloja.

—¡Ay, madre mía! —exclamo al lograr soltarme y pongo las manos sobre mi pecho para calmarme. Ha sido, sin duda, una de las experiencias más aterradoras de mi vida.

—Así que es verdad —habla de nuevo, pero esta vez lo hace ya con su voz normal y respiro aliviada.

—¿El qué? —Me asusta preguntar pero tengo curiosidad.

—Has muerto.

—No he muerto. Estoy aquí —replico. ¿Acaso no me ve?

—Has estado muerta. Lo he notado con claridad.

—Quizás lo que ha notado es que han intentado matarme. —Trato de explicarle que está equivocada, pero niega con la cabeza.

—Mis visiones nunca fallan —se defiende—. Y he visto como un ángel salvador con una gran trompeta en sus manos te otorgaba el soplo de la vida y te traía de nuevo al mundo de los vivos.

—¿Un ángel con una qué? —Vuelvo a mirar a Gorka mientras una idea cruza mi mente y mi boca se abre. No puede ser cierto. Me niego a creer que el ángel de la trompeta sea él, porque entonces la trompeta sería su...—. ¡Oh, Dios mío!

De pronto, todas las referencias de sus visiones vienen a mi

memoria y me quedo en shock: La cabeza de un elefante, virilidad, satisfacción, calor... Loros, serpientes, bananas... Una fuerza extraña, sólida y rígida... Un hombre con algo largo en sus manos...

—Ella solo estuvo inconsciente por unas horas —Rebeca defiende mi argumento desde atrás, pero apenas la escucho. Estoy demasiado centrada en lo que acabo de descubrir—. Alguien quiso estrangularla hace tres días pero no lo consiguió.

—¿Sabéis quien ha sido?

—No... y esperaba que usted me pudiese ayudar —digo con sinceridad—. La falta de oxígeno provocó que perdiese los recuerdos del suceso y no hay forma de que pueda recuperarlos para identificarlo.

—Esos son los efectos secundarios de la muerte.

—¡Qué no es por eso! —señalo molesta. ¡Qué manía le ha dado!

—Hermosa, no imaginas a cuantas almas he tenido que guiar... Ninguna de ellas sabía que había muerto ni recordaba qué le había pasado.

—¡Por favor! —protesto. No me gusta que siga insistiendo en eso—. Estoy viva. Míreme.

—Has tenido mucha suerte de volver.

—De acuerdo. Piense usted que está hablando con Casper si quiere, pero écheme una mano. —Ha logrado alterarme—. Necesito saber quién me agredió. ¿Puede ayudarme o no?

—Puedo intentarlo pero tendrás que ser tú quien interprete mis visiones. Yo solo puedo decirte lo que veo. Nada más.

—Está bien. Con eso me vale.

CAPÍTULO 44

La bruja se pone de pie y, colocándose detrás de mí, coloca sus manos sobre mi cabeza.

—Cierra los ojos. —Hago lo que me pide e inspiro profundamente —. Veo... Veo. —Intento relajarme, pero siento que Gorka soltará alguna de sus tonterías en cualquier momento y no lo consigo. Le miro por el rabillo del ojo y al comprobar que tiene la mirada perdida en el vacío logro centrarme—. Veooo... una casa con un pasillo muy largo. Umm... —Aprieta más fuerte mi cabeza, al punto de hasta casi hacerme daño, y continúa—. Hay una pequeña puerta y, tras ella..., veo sal, aunque también podría ser hielo. —Escucho atenta todo lo que dice pero soy incapaz de hilar nada todavía. Un pasillo largo, hielo, sal..., imposible de interpretar—. Todo está muy borroso... ¡Espera! —Hace un pequeño silencio—. Varias llamas se mueven en un rincón.

«Otra vez fuego, no...» me digo.

—¿Se está quemando algo? ¿Otro incendio? —pregunto aterrorizada.

—No, no. Son llamas muy pequeñas y parecen estar controladas. No se mueven de donde están. —Inspira sonoramente y me asusta—. Veooo —alza un poco más la voz y mi corazón comienza a latir con rapidez—, fotos. Fotos en medio de esas llamas.

—¿Quién aparece en ellas? —Aunque quiero, no puedo mantenerme callada. Cuantas más pistas me dé más probabilidades tengo de descubrir a quién me ha hecho esto.

—No lo sé, están borrosas también. —Toma aire por la nariz, haciendo que un pitido demasiado cómico suene a través de sus fosas nasales y contengo una carcajada. Me temo que lo que sea que esté fumando me está empezando a afectar a mí también.

—¿Puede describirme lo que ve en esas fotos? —inquiero para centrarme en otra cosa. Si sigo pensando en ese sonido acabaré riéndome y se enfadará.

—No. Solo aprecio manchas, pero todas parecen tener algo en común.

—¿El qué?

—Pertenecen a la misma persona. —Deja de hablar por unos segundos y cuando creo que ya ha terminado, continúa—. Veo un... ¡Sí! Parece, o al menos creo que es una especie de altar.

—¿Un altar? —Mi vello se eriza y temo que alguien muera. Esta mujer donde pone el ojo pone la bala.

—Ya está. —Se aparta y me giro para verla.

—¿Cómo que ya está? Sinceramente, esperaba algo más. —Me siento decepcionada.

—Pues no hay nada más.

—Pero..., ¿esa casa de quién es? ¿Dónde estaba el altar? ¿Puede darme más pistas? —Necesito más.

—Es lo único que he podido ver sobre quien intentó matarte.

—¿Y cómo va a ayudarme eso a encontrarlo?

—No lo sé. Yo ya te dije que después tendrías que interpretarlo tú.

—Está... Está bien. —Es inútil seguir insistiendo. Si no ha podido ver más, no hay nada que pueda hacer—. Entonces ¿hemos terminado ya?

—En cuanto me pagues.

—¿Cómo?

—Yo ya he hecho mi trabajo. Ahora tú debes hacer el tuyo. —Me enseña la palma de su mano y pestañeo confusa—. Lo mismo que la otra vez.

—¡Joder! Está bien. —Me pongo en pie y meto la mano en mi bolsillo trasero. Estaba tan ansiosa por hablar con ella que ni siquiera recordé que cobraba. Por suerte, se me ocurrió coger dinero cuando estuvimos en casa de mis padres, pero eso no quita que vuelva a sentirme estafada. No me ha dado ninguna solución y tengo que entregarle un salario de cuatro días—. ¿Nos vamos ya? —pregunto a Gorka y asiente con los ojos achinados. Por el color de su piel, intuyo que está empezando a encontrarse tan mal como la última vez.

Un par de minutos después ya estamos en la calle y Gorka camina tambaleándose. Rebeca trata de echarle una mano, sin embargo, no se deja ayudar.

—Desde pequeño, cada vez que alguien fumaba marihuana a su lado se ponía así. Debe de tener algún tipo de intolerancia a esa planta. Es olerla y segundos después ya está colocado.

Apenas termina de hablar, Gorka corre hacia un rincón de la calle y, cuando comienza a vomitar, no puedo evitar reírme. De una forma parecida comenzó nuestra extraña relación, solo que yo hice eso mismo en sus pies.

Viendo que en su estado no podrá conducir, Rebeca se ofrece a tomar el mando, pero antes decidimos sentarnos en un parque hasta que a Gorka se le pase el malestar o, al menos, hasta asegurarnos de que no vomitará dentro del coche.

—Qué guapa estás hoy, cariño.... —comenta enrollando varios mechones de mi cabello en su dedo—. Qué ganas tengo... de que me dejes comerte...

—¡Gorka! —Su hermana le frena y mis mejillas se colorean.

—¿Qué pasa? ¿No puedo... decirle a mi esposa lo que quiero hacerle? —habla igual que si hubiese bebido.

—Sí, claro que puedes, pero cuando yo no esté delante.

—Pues vete.

—¡Gorka! —Ahora soy yo quien le reprende. Sé que no es él quien habla, pero no está bien que le diga esas cosas a su hermana.

—No te molestes —me avisa—. Se le pasará en un rato.

La siguiente media hora Rebeca y yo la pasamos hablando de nuestras cosas y me deja conocerla un poco mejor. Durante años estuvo viviendo en pareja, hasta que él, un día y sin saber por qué, la dejó. Y no fue hasta que pasaron los meses que se enteró de la razón. Al parecer, su ex había conocido a una chica por internet y, convencido de que estaría mejor con ella, decidió abandonar a Rebeca sin darle ninguna explicación. Pero resultó que ese nuevo noviazgo le duró lo mismo que el dinero que tenía ahorrado en el banco y cuando quiso volver, arrepentido, por supuesto Rebeca le rechazó.

—¿Eso de ahí es una tienda de mascotas? —señalo cuando ya llevamos unos minutos en silencio.

—Parece que sí.

—Voy a comprar una cosa. No tardo.

—¿Qué mascota tienes tú? —pregunta Gorka algo más despejado.

—Te tengo a ti —bromeo mientras me alejo y saco las pocas monedas que me quedan. Lo que quiero no debe de valer mucho más.

Busco entre las estanterías un cóctel de frutas tropicales y cuando lo encuentro pago para regresar con ellos.

—¿Qué traes? —me pregunta intrigado.

—Luego lo verás. —Sonrío y al ver que Gorka ya se encuentra mucho mejor regresamos a casa.

Cuando llegamos, como si Pepe supiera que tengo un regalo para él, viene a recibirnos. Llevaba días prefiriendo quedarse en su cama y ya me extrañaba que no viniese a saludar a su dueño.

—Hola, Pepe —le digo a la vez que me inclino para acariciarlo y hace el intento de picarme—. Oye, desagradecido, no seas así conmigo.

—Es así con todo el mundo —Rebeca hace lo mismo que yo, pero a ella sí le deja rascar su cabeza—. Y un interesado... —Mira a Gorka y este se encoge de hombros—. Sabe muy bien quién le trae regalos y quién no. Es un vendido.

—Veamos si es verdad. —Saco la bolsa de frutas de mi pantalón y, en cuanto esta suena, comienza a dar saltos en mi pie como si quisiese escalar por mi pierna—. Pues va a ser verdad que eres un interesado. —La abro y al inclinarme de nuevo aletea, si a eso que hace se le puede llamar aletear, porque más bien parece que tiembla.

—¿Ahora sí que la quieres? —Gorka le aparta unos centímetros de mí, pero en cuanto le pone en el suelo de nuevo, vuelve corriendo conmigo.

—GRRR, GRRR, rico, rico, rico. Umm, qué rico, Pepe.

Río mientras él muerde mi pantalón para que me dé más prisa y le

ofrezco lo que parece un trozo de mango, que devora para venir a por más. Le doy ahora un trozo de coco y no tarda en hacer lo mismo.

—No le des más, que luego se pone muy pesado —asiento entregándole la bolsa y la guarda en un cajón—. Si se porta bien ya veremos después. —Coloca la mano en mi cintura y besa mis labios—. Gracias, pero no sabes lo que has hecho. Literalmente, después de esto te acosará —río y vuelve a besarme.

—Mientras que vosotros seguís profesándoos amor como si yo no existiese, voy a preparar algo de comer, que ya es tarde —anuncia Rebeca—. ¿Os parece bien una ensalada y unos huevos?

—Sí. Por mí perfecto —respondo mientras se aleja.

—Vaya, vaya... Así que te gustan los huevos —susurra Gorka en mi oído para que Rebeca no lo escuche y pongo los ojos en blanco.

—Sí, y creo que a ti también. —Recuerdo que una vez me dijo que adoraba los huevos fritos.

—¿Te gustan con salchicha?

—¿Eh? —Me cuesta un par de segundos entender a qué se refiere —. Pero ¿por qué eres tan tonto? —carcajeo.

Desde que salimos de la casa de la bruja está mucho más "cariñoso". Creo que el humo, aparte de marearle, ha despertado algo más en su interior.

—No soy tonto, solo humano. Esta tortura me está matando. —Retira mi cabello de la nuca y me besa ahora sobre ella—. Necesito tenerte entre mis brazos. ¿Por qué no vienes a la habitación un ratito conmigo?—. Toma mi mano y tira de ella.

—Porque tengo hambre. Vamos a comer ya y quizás Rebeca necesita ayuda.

—Yo también tengo hambre, pero de otro tipo. —Posa sus calientes labios sobre mi cuello mientras ruge y logra hacer reaccionar a la piel de mis brazos—. Y no sabes la ayuda que necesito ahora mismo.

—Gorka... —Jadeo apenas sin darme cuenta y sus manos me aprietan contra su duro cuerpo. Si sigue así al final conseguirá lo que busca—. Tu hermana entrará en cualquier momento y va a descubrirnos así... —Ignora mis palabras a la vez que agarra mis glúteos y cuando noto su enorme erección mis ojos se abren con sorpresa—. Madre mía... —balbuceo y sus carnosos labios no me dan tregua—. Para. —Aunque mi cerebro se niega, mi cuerpo me traiciona y reacciona de un modo totalmente opuesto.

—Umm. —Gime cuando rodeo su cuello con mis brazos—. Ven conmigo. —Tira ahora de mi brazo y esta vez no me resisto. Yo también necesito un poco más de él.

Cuando por fin nos movemos, oímos que Rebeca está hablando con alguien y miramos en su dirección a la vez.

—Es tu abogada —dice asomando la cabeza por la puerta y Pepe

vuelve a la carga con sus gritos y parloteos, obligándole a regresar a la cocina para hablar.

—Toma, cabezón —Gorka tiene que ofrecerle otra fruta más para que se calle y empiezo a entender por qué Rebeca le acusó de consentido.

Tratamos de mantenerlo callado hasta que termina y, cuando por fin cuelga, vuelve con nosotros.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto. Por la expresión de su cara sé que hay noticias importantes y espero impaciente.

—¿Qué ocurre?

—No os lo vais a creer, pero la policía ha ido a la casa de Margarita y de su sobrino y los están interrogando.

—¿Qué? —decimos a la vez.

CAPÍTULO 45

—De momento tu abogada no sabe nada más hasta que vuelvan a ponerse en contacto con ella. Lo único que le han dicho es que la policía ha ido a buscarlos a su casa y ahora mismo están con ellos.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Han descubierto algo que no sepamos? —Necesito más información, tengo demasiadas preguntas en mi cabeza.

—No lo sabemos, Mariajo. Nos llamará en cuanto consiga más información.

—¡Ay, Dios! —Un repentino calor me recorre el cuerpo y muevo mis manos buscando aire.

—Tranquila, cielo. Sea como sea, eso es bueno para nosotros. —Me abraza y cuando le devuelvo el abrazo me doy cuenta de que todo mi cuerpo está en tensión.

—Bueno, relajaos mientras termino con la comida.

Gorka asiente y me guía hasta el sillón.

—¿Quieres un poco de agua? —me pregunta preocupado y niego con la cabeza.

—Si les están interrogando es porque algo no les cuadra, ¿verdad? —comento incrédula y Gorka sonríe.

—Sí, cariño. —Besa mi cabeza y se detiene unos segundos para oler mi cabello—. Todo va a salir bien, ya verás. —Sus dedos buscan mi mentón y, con cuidado, tira de él para que nuestros ojos se encuentren —. Te quiero. —Esas dos palabras tan inesperadas logran despertar cientos de emociones en el centro de mi pecho y me siento más viva que nunca.

—Yo también te quiero —confieso sin dudar y soy consciente de que es cierto. Ya no puedo imaginarme el día a día sin él. Es la única persona con la que desearía pasar el resto de mi vida.

Sus labios se posan con gran delicadeza en los míos buscando sellar nuestras palabras y me besa con tanta entrega que puedo sentir su deleite.

—No me faltes nunca. —Suspira al apartarse y casi siento ganas de llorar. Sé que todavía guarda en su cuerpo la angustia del hospital. Si hubiese sido al contrario yo estaría exactamente igual. Ha debido de ser muy duro para él.

—No tengo intención de hacerlo —respondo para tranquilizarle y acaricia mi rostro con la misma suavidad que me besó antes.

—¿Comemos? —Rebeca aparece con los platos y nos ponemos en pie para echarle una mano.

Cuando nos sentamos a la mesa ellos hablan de sus cosas mientras que yo jugueteo con la comida sin poder parar de darle vueltas a la llamada. ¿Por qué la policía les está interrogando? ¿Será por las pruebas que han logrado recopilar Rebeca y mi abogada? ¿Significa

eso que sospechan de ellos?

—Tenemos varias pruebas en nuestro poder que hablan en su contra —comenta Rebeca mientras corta un trozo de pan y parece estar dándole vueltas a lo mismo que yo—, pero con esto nunca se sabe. Si tienen una buena coartada o inventan una excusa convincente no hay nada que hacer.

—¿Eso puede pasar? —le pregunto preocupada.

—Por supuesto. —Bebe un poco de agua—. Recuerdo el caso de una chica a la que su pareja golpeó hasta provocarle la muerte. En ese caso también había una grabación de una cámara de seguridad en la que se veía con claridad como la había empujado y gritado días antes, algunos mensajes amenazantes en el teléfono y, además, el testimonio de la hermana de la víctima en el que lo acusaba de ser un maltratador, pero el juez, al ser familiar directo, desestimó alegando que una hermana nunca podría ser imparcial. —Se detiene para tomar otro sorbo de agua y continúa—. Al final resultó que la noche en que la chica murió, y gracias a la declaración de los amigos del imputado, a los que el juez esta vez sí aceptó como testigos por no haber parentesco de sangre, pudo supuestamente demostrar que estuvo en una fiesta y, lo demás, por desgracia pasó a un segundo plano. La grabación se tomó como una pelea de pareja al igual que los mensajes y hoy en día el tipo está tan tranquilo en la calle mientras la policía sigue buscando al "verdadero asesino". —Mueve sus dedos simulando comillas—, cuando todos sabemos de sobra que fue él. Sin embargo, no tenemos forma de demostrarlo. El muy cabrón supo esconder muy bien lo que hizo.

—Hijo de perra... —espeto con odio.

—¿Al final no encontraron su ADN entre las uñas de la chica? —le pregunta Gorka y entiendo que ya han hablado más veces sobre esto —. Creo recordar que me comentaste que había signos claros en sus manos de que había intentado defenderse.

—Nada de nada. Ni un mísero pelo en su ropa. El tipo debió de protegerse hasta los ojos.

—Pues menuda mierda. —Suspiro y Gorka pasa su mano por mi espalda.

—Tranquila, cielo. Lo normal no es que ocurran cosas así. —Trata de alentarme.

—Eso espero. —Exhalo.

Sin pretenderlo, Rebeca ha logrado desanimarme con ese relato. ¿Y si conmigo ocurre algo parecido? ¿Y si logran excusarse y salirse con la suya?

Poco a poco, y a medida que pasa la tarde, voy dejando atrás esas ideas y me relajo viendo la televisión con Gorka mientras Rebeca se prepara para dar una vuelta con su moto. Según nos ha comentado le

apetece visitar algunas zonas de la ciudad y aunque nos hemos ofrecido como guía, se ha negado convencida de que disfrutará más sola. Lleva días sumergida en el caso y necesita relajarse para poder pensar con claridad.

—Ven aquí. —En cuanto Rebeca sale y cierra la puerta, Gorka aprovecha para atraparme entre sus brazos y me besa—. Solos por fin. —Aprieta mis mejillas entre sus dedos y cuando mis labios adoptan la forma de un pico de pato se sirve de ello para mordérmelos.

—Déjameee —río luchando por vocalizar y vuelve a hacerlo.

—Esta boquita me trae loco. —Besa ahora mis mejillas ruidosamente a la vez que me hace cosquillas y carcajeo.

—Paraaa. —Me inclino hacia un lado y, sin darme tregua, se echa sobre mí.

—Un poquito más —continúa y, debido a la risa, comienzo a perder toda mi fuerza.

—¡Gorka! —Intento apartarlo pero, al moverme, se acomoda mejor entre mis piernas, haciéndome imposible la tarea.

—Me encantas —dice mirándome fijamente a los ojos y las mariposas de mi estómago comienzan a batir sus alas. Son simples palabras pero no se hace una idea de la cantidad de cosas que me hace sentir con ellas cada vez que salen de su garganta.

—Tú también me encantas a mí.

Nunca he sido capaz de abrirme de esta forma con otra persona, ni siquiera con mi ex, pero con Gorka es diferente. Cada poro de mi cuerpo rezuma amor cuando él está cerca.

Sus dedos acarician ahora mi rostro y cuando llega a mi cuello lo hace con mucha más suavidad para evitar presionar sobre los hematomas que lo rodean.

—Maldita sea, Mariajo. —Su frente se arruga—. Si hubiese salido antes del restaurante esto no hubiera pasado.

—No es tu culpa. —Lo último que quiero es que se sienta responsable por algo que ni siquiera yo recuerdo.

—Debí quedarme contigo o ir al baño antes. —No me gusta el dolor que veo en sus ojos.

—No. es. tu. culpa —repito a la vez que pongo mis frías manos en sus mejillas y tiro de él para besarlo—. Tú no sabías que pasaría eso. —Vuelvo a hacerlo y, poniendo su mano en mi nuca, es ahora él quien me besa a mí.

—Si te llega a pasar algo... —dice nada más apartarse y percibo su tormento.

—Pero no me ha pasado, un ángel de la guarda me salvó —río recordando la descripción de la bruja y me mira extrañado. No entiende qué me hace tanta gracia—. Solo piensa que, gracias a ti, sigo aquí y pienso aprovechar al máximo la oportunidad que de nuevo

me ha brindado la vida.

—Y yo quiero aprovecharla contigo, cariño. —Me mira de esa forma que tanto me gusta y mis manos rodean su cuello, deslizándose por su pelo. Necesito más y no sé cómo pedírselo. Como si hubiese oído mi súplica interior, deja caer un poco más su cuerpo sobre mí y, colocando un codo a cada lado de mi cara, muerde su labio inferior. Casi sin darme cuenta, hago lo mismo y tras posar un instante su boca en la mía niega con la cabeza—. Hace unos días... —comienza a hablar, sacándome de mi estado—. Quiero... Necesito contarte algo... —Un extraño miedo hace que mi pulso se acelere y tengo que esforzarme para poder escucharle ¿Qué me esconde?—. ¿Recuerdas que te hablé de un cuarto en el que estuvimos cuando salvé al chico? —Asiento nerviosa. Cuando desperté me preguntó si me acordaba de él, pero al no darme más explicaciones no le di demasiada importancia—. Te hice entrar allí llevado por la adrenalina... y estuvimos a punto de...

—¿Qué? ¿A punto de qué?

—A punto de..., bueno. Acabamos casi haciéndolo.

—¿Qué? —repito. No puedo creerme eso.

—Yo... Llevo días dándole vueltas y no sabía si decírtelo porque en cierto modo me siento mal por ello. —Por la forma en que habla sé que no miente—. No pensé. Necesitaba liberarme de mi angustia y no pensé en lo que estaba haciendo, ni en ti. Me dejé llevar por el instinto y estuve a punto de cometer un gran error.

Su última frase hace que me olvide de lo demás.

—¿Consideras acostarte conmigo un gran error? —Ya no sé si es que lo estoy interpretando mal o él está queriendo decirme algo que no entiendo.

—No. No, no —niega rápidamente—. Te mentiría si no admito que eso es lo que más me gustaría hacer en este mundo. —Sus mejillas se colorean y mi corazón bombea con tanta fuerza que temo que lo esté notando. Pocas veces lo he visto avergonzarse por algo pero acabo de descubrir que me encanta y empiezo a entender su afán por sacarme los colores siempre que tiene oportunidad —. Me muero por hacerte mía, créeme, pero no de esa forma. No quiero "echar polvos" contigo que solo sirvan para apagar nuestra excitación. No quiero que basemos nuestra relación en algo carnal. Quiero hacerte el amor con el cuerpo y con el alma. —Un raro cosquilleo me recorre la columna —. Te has convertido en alguien demasiado importante para mí, cariño. Necesito disfrutarte, sentirte y moldear cada curva de tu cuerpo mientras gozas conmigo. —Poco a poco el extraño cosquilleo se transforma en un dulce calor que se extiende por mis piernas—. Nuestra primera vez tiene que ser especial, Mariajo, y no un desahogo. Aunque la verdad es que se me está haciendo muy difícil contenerme.

—Sonríe y le devuelvo la sonrisa—, pero sé que merecerá la pena esperar. —De nuevo, las mariposas vuelven a hacerme saber que están ahí y dejo salir un suspiro.

—Bésame, por favor. —Ha logrado estremecerme y realmente lo necesito, pero, sobre todo, necesito saber que esto es real y que Gorka no es un sueño. Es demasiado increíble para ser cierto.

CAPÍTULO 46

Sin demora, se acerca lentamente ladeando la cabeza y mis párpados se cierran al notar sus labios tocar los míos. Cuando se aparta, los abro decepcionada y recibe mi mirada con una sonrisa. Sabía a la perfección cómo iba a reaccionar y ha jugado conmigo. Antes de que pueda protestar regresa acariciando suavemente mi labio inferior con los suyos hasta asegurase de dejarlo bien húmedo y lanzo un suspiro. Si sigue así, hará que me derrita.

Continúa adueñándose de la situación hasta que yo decido hacer lo mismo y gime cuando mis dientes pellizcan con delicadeza la punta de su lengua. Se mueve nervioso sobre mí presionando su gran erección entre mis piernas y el calor de su miembro atraviesa las finas ropas que nos separan.

—Oh, Dios... —La excitación que sentí antes se vuelve cada vez más insoportable.

Mis dedos, ansiosos de él, agarran con fuerza su cabello en un puño y a medida que nuestro beso se vuelve cada vez más vivo, nuestras respiraciones se aceleran.

Su cuerpo, llevado por una abrasadora impaciencia, se mueve lentamente sobre el mío, provocándome, y ese delicioso roce hace que pierda la cabeza. «Ojalá las telas no estuviesen ahí...» me digo y, dándome cuenta de que puede ser así, tiro de su camiseta hacia arriba para quitársela y él me ayuda ahuecando su cuerpo. Cuando vuelve a besarme aprovecho para acariciar su escultural espalda, pero noto que se aparta tras un extraño gruñido.

—Cariño, deberíamos parar ya o esto se nos irá de las manos... —ignoro sus palabras para buscar de nuevo su boca con ansia y al sentir como mi lengua se abre paso entre sus labios, deja escapar un bufido de impotencia antes de volver a echarse sobre mí—. Cielo... —Respira sofocado devolviéndome los besos— Cielo... —repite al ver que no le hago ningún caso—. Madre mía..., me estás arrastrando. Si sigues así no creo que pueda detenerme.

—No quiero que te detengas —confieso al fin. Al oírme hablar, algo dentro de mí me hace sentir preparada y continúo—: Te necesito, Gorka.

Su mirada, mucho más oscura que hace tan solo unos segundos, cae sobre la mía, incrédula y se levanta apoyando ambas manos sobre el sofá.

—¿Estás segura? —vuelve a preguntarme. Necesita convencerse de que no me echaré atrás en el último momento.

—Completamente —respondo con una seguridad que hasta a mí me sorprende. Tengo claro que ha llegado el momento.

—Vale... —Exhala nervioso—. Vamos a mi habitación.

Asiento la vez que me ofrece su mano para que me levante y cuando estoy de pie, por sorpresa, me carga en su hombro.

—¡Gorka! —grito asustada al ver el suelo demasiado cerca y me mantiene así hasta que llegamos a su cuarto.

Nada más entrar cierra la puerta, antes de dejarme frente a él, y puedo ver cómo se eleva su pecho mientras me observa para asegurarse de que estoy bien. Su boca relajada y brillante por la saliva se acerca poco a poco hacia la mía y cuando espero que de nuevo sus hinchados y carnosos labios apresen los míos, se inclina para besar mi cuello, allí donde el pulso me palpita con más desenfreno.

—Ohhh... —Gimo perdida en algún lugar mientras sus manos, templadas, comienzan a quitarme la ropa.

Con gran delicadeza, acaricia cada parte de mi cuerpo que libera y solo puedo cerrar los ojos, dejándome llevar por su tacto. Cuando toda mi ropa termina en el suelo, su boca hace el mismo recorrido que hicieron antes sus manos, despertando todas mis terminaciones nerviosas, y en el momento en que sus labios succionan ligeramente uno de mis pechos, mis piernas se vuelven gelatina haciendo que pierda toda mi fuerza. Por un segundo tengo que agarrarme a su cuello para mantener el equilibrio. Antes de dejar libre mi pezón, rodea mi cintura con cuidado para guiarme a los pies de la cama.

—Me encanta tenerte así. Llevaba tanto tiempo esperando esto... —susurra en mi oído a la vez que aprieta su erección contra mí—. Lo he imaginado tantas veces. —Sus dientes recorren mi mentón hasta llegar a mi boca y devora mis labios con empeño. Una de sus manos, poco a poco, abandona mi espalda trazando un camino de caricias hasta mi cadera y, deslizándose hacia abajo, lentamente introduce la yema de sus dedos entre mis húmedos labios—. ¡Joder! —exclama al notar mi excitación y, con decisión, roza mi inflamado clítoris, provocándome con ello una intensa corriente de placer difícil de soportar. Nunca había experimentado algo así.

Cuando la hirviente agonía a la que me está sometiendo, comienza a provocarme gemidos, aparta sus dedos de mí y abro los ojos para mirarle con desaprobación. ¿Por qué se detiene? No puede dejarme así.

Cuando estoy a punto de suplicarle que continúe, me sienta sobre la cama y, llevando las manos a su pantalón, muy despacio, comienza a liberar su imponente erección frente a mí.

Muerdo mi labio al observar su gran tamaño y, sintiéndome osada, acerco mis dedos con intención de acariciar su prominente longitud. Al ver lo que pretendo da un paso más hacia mí para tomar mi mano y, colocándola alrededor de su enorme pene, me mira fijamente. Por un momento tengo miedo de no saber hacerlo bien debido a mi poca

experiencia, pero cuando presiona su caliente mano contra la mía para guiarme, el miedo se esfuma y ambos comenzamos a disfrutar de ello.

Los músculos de su marcado abdomen se tensan cada vez que mi mano se desliza por la calidez de su piel y cuando mi caricia se vuelve más consistente tira de mi rostro hacia arriba para mirarme y choca sus labios contra los míos.

—Cariño, si sigues así acabaré en tu mano y no quiero eso. —Jadea sofocado y esa escena tan erótica provoca una contracción entre mis piernas. Saber que su cuerpo agitado está a mi entera disposición me vuelve loca.

Decido continuar un poco más, sintiéndome cada vez más cómoda con lo que estoy haciendo, pero al ver el sufrimiento en su rostro sé que ha llegado el momento de parar.

Al liberarle no duda en echarse sobre mí con cuidado, cubriendo con el calor de su piel la mía y todo el vello de mi cuerpo se eriza.

—Oh, Dios. —Gimoteo excitada. Nunca le había sentido tan cerca. Una de sus manos se desliza con habilidad entre el colchón y mi espalda para sujetarme con fuerza mientras su lengua mojada lubrica mis pechos con dedicación—. Gorka. —Exhalo enterrando mis manos en su cabello, a punto de perder la cabeza. ¿Por qué con mi ex nunca disfruté tanto?

—Santo Dios —balbucea sujetando mi pezón entre sus dientes y una extraña energía recorre la cara interna de mis muslos.

—Quiero sentirte. —Jadeo agitada mientras que mi mente, impaciente, se inventa la escena para excitarme más con ella.

Sin apenas darme cuenta, me aferro nerviosa a sus glúteos con mis manos y cuando tiro de ellos con fuerza hacia mí, buscando su dureza, entiende que estoy lista.

—Necesito sacar un preservativo del cajón. —Su voz suena tan sofocada como la mía.

—Me cuido —logro decir, sujetándolo. No quiero que se aparte de mí. Sé que debería de aceptar su propuesta, sobre todo por prevención, pero tengo miedo de que cuando se aparte se apague este ardor que me embarga. Nunca me he sentido tan atrevida en mi vida y quiero saber a dónde me lleva.

—¿Estás segura? —Asiento—. Yo también me cuido —dice por si me quedan dudas—. Me hice una revisión antes de venir y no he practicado sexo desde entonces.

Su respuesta me sorprende, devolviéndome a la realidad por unos segundos, pero cuando su sexo erecto y palpitante se acomoda entre mis pliegues, logra hacer que me olvide de todo.

Sin llegar a penetrarme, se mueve despacio sobre mí frotando mi anhelante hendidura con destreza y aunque muerdo mi boca para evitar gemir, la fricción que está ejerciendo sobre mí es tan intensa

que no tarda en arrancarme varios jadeos incontrolados.

—Gorka. Gorka... —intento avisarlo de que estoy cerca, pero ya parece haberse dado cuenta y se aprovecha de ello.

—Dime que me quieres. —Muerde mi mentón a la vez que un gran torrente de energía comienza a formarse en mi interior—. Dímelo, cariño. —Mi respiración se vuelve cada vez más agitada y lo único que puedo hacer es clavar mis dedos en su espalda—. Quiero escucharlo. —Sus movimientos, lejos de lo que mi cuerpo desea, comienzan a bajar de intensidad, casi deteniéndose, y consigue lo que busca.

—Te quiero. ¡Te quiero! —Jadeo a modo de protesta a la vez que levanto mi pelvis hacia él buscando más. No puede dejarme así. Ni siquiera me preocupa ya su temerosa dimensión.

—Voy a penetrarte, cariño —susurra en mi oído y esas palabras me encienden aún más. Nunca he deseado tanto que lo haga.

Una de sus manos se pierde donde nuestros sexos se rozan y abro más las piernas. Sé que necesitará espacio para maniobrar. Con cuidado, empuña su envergadura y el deseo me obliga a inclinar la cabeza para mirar. Quiero verlo todo. Coloca su glande en mi entrada y, de manera instintiva, alza su mirada para buscar la mía. Sin apartar sus ojos de mí, muy despacio, vuelve a dejarse caer sobre mi pecho, pero esta vez cargando todo su peso en la cintura.

—Oh —me quejo al sentir como su cuerpo trata de abrirse paso en la estrechez del mío.

—¿Te duele? —Niego con la cabeza, mintiendo, e inspiro profundamente con intención de relajar mis músculos. Sé que me hará falta.

Su cálido, grueso y largo pene se desliza poco a poco a través de mi humedad mientras que mi cuerpo lucha por dilatarse a su alrededor, manteniéndome en una delgada línea entre el placer y el dolor, difícil de manejar. Se deja caer un poco más y por un momento siento que me será imposible disfrutar, pero cuando mi cuerpo está a punto de rechazar su colosal intrusión, se detiene para besarme, dándome el tiempo suficiente para amoldarme. Así puedo aguantar un poco más.

—Sigue. —Jadeo en su boca para que continúe y, tras asentir, hace lo que le pido entre gemidos de placer.

—Joder, cielo. Qué estrecha eres. —continúa penetrándome hasta quedar enterrado en mi interior, llenándome completamente de él y puedo ver como tensa su mandíbula con fuerza—. ¡Oh! —bufa agitado. Esto es demasiado para mí. —Los músculos de sus brazos se tensan a ambos lados de mi cabeza y, con la misma delicadeza que cuando entró, se desliza hacia atrás, vaciándome de él, para volver a entrar.

—Oh, Dios mío. —Cada vez que regresa, sin terminar de salir, presiona su cuerpo contra el mío y mi espalda se arquea. Muy

despacio, repite los mismos movimientos una y otra vez. Cada vez que su miembro invade mi cuerpo este se lubrica más, convirtiendo el dolor en puro placer.

El sonido del choque de nuestros cuerpos no tarda en invadir la habitación, acompañado de los gemidos y jadeos que, sin ningún pudor ya, dejamos salir de nuestras bocas al compás de los movimientos. Sus manos se aferran con fuerza a mi cintura cuando nota que mi vagina se contrae y acelera el ritmo de sus penetraciones sin apartar la mirada de mí.

—¡Gorka! —sollozo cuando una gran espiral de energía se forma en mi interior y me recorre el cuerpo en busca de salida—. ¡Gorka! —Suspiro con la respiración acelerada.

—Déjate ir, mi vida. Libérate en mí. —Sus embestidas se vuelven cada vez más profundas en una toma absoluta de control y lo único que puedo hacer ya es lo que me ha pedido.

Cuando sus dilatadas pupilas se clavan en las mías, un estallido de euforia incontenible me arrastra hacia un tsunami de auténtico placer, a la vez que Gorka se tensa segundos antes de derramarse en mi interior.

—Te amo. —le escucho decir antes de colapsar, exhausto, sobre mí.

CAPÍTULO 47

Intento hablar pero mi boca está tan seca por las respiraciones agitadas que antes tengo que humedecer mis labios para poder hacerlo.

—Yo también te amo. —Alza su mirada y me regala la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida.

Se echa hacia un lado para no aplastarme más y señala su pecho con intención de que apoye mi cabeza en él. Lo hago y cuando me rodea con su musculoso brazo por primera vez siento que estoy donde de verdad quiero.

Un suspiro traicionero me delata y se ríe.

—¿Estás cómoda?

—No te imaginas cuánto. —Estiro mi mano y abrazo su cintura a la vez que aspiro el aroma de su cuerpo. Es tan relajante y siento tanta protección bajo su brazo que podría dormirme en cualquier momento.

—¿Cómo te sientes? —Su tono cambia.

—Caminaré durante una semana como si hubiese estado montando a caballo tres días seguidos, pero estoy bien —respondo ocultando mi rostro para que no me vea reír.

—¿Te he hecho daño? —pregunta preocupado elevando su cabeza.

—Que todos los daños que sufra a partir de ahora sean así. —Respira aliviado sobre mi cabello y puedo notar sus calientes labios cuando me besa.

—Me encantas.

—Y tú a mí. —Nos quedamos en silencio durante un par de minutos y, aunque sé que no es el momento, necesito preguntarle algo —. Gorka —le llamo.

—Ummm —responde adormilado.

—¿Hablaste en serio cuando dijiste antes que no habías practicado sexo en todo este tiempo?

—¿Por qué iba a mentirte? —responde con otra pregunta.

—No lo sé... La verdad es que me cuesta un poco creerlo. Eres... Eras... —corrijo—. Eras estríper y los estríperes no suelen perder ese tipo de oportunidades.

—Pues entonces yo debo de ser la excepción que rompe la regla porque ese tipo de cosas no van conmigo ni con mis valores. —Acaricia mi pelo—. Prácticamente todas las personas que acuden a los espectáculos tarde o temprano acaban emborrachándose y, sinceramente, no me seduce nada la idea de acostarme con alguien en ese estado. Sentiría que me estoy aprovechando. Aunque, pensándolo bien, creo que sería peor que me vomitasen aceitunas en los pies.

—¡Idiota! —carcajeo. No esperaba esa respuesta—. Reconozco que aquel día se me fue un poco la mano.

—¿Solo un poco? —ríe—. Se te fue mucho y donde no debía. Te pasaste toda la noche tirando de Miniyo como si fueses un cura repicando las campanas.

—Dios mío, ¡cállate! —Cubro mi rostro avergonzada. Nunca superaré aquello. A medida que pasaron los días afloraron los recuerdos y lo pasé realmente mal.

—¿Verdad, bonito? —Ahueca las sábanas para hablarle a su amigo el cabezón—. De tanto como lo estiraste se me fueron hasta las arrugas faciales.

—¡Exagerado! —vuelvo a carcajear.

—Me quedó tanta piel sobrante ahí después que, si hubiese querido, habría podido donarla para que se hiciesen unos párpados nuevos todos los que estaban allí.

—¡Calla! —Comienza a faltarme el aire. ¿De dónde se saca todas esas absurdas ocurrencias?

—Mi pobre compañero me miraba con cara de: "¿Quieres que te pise los huevos para ver si así se te enrolla como el cable de una aspiradora?"

—Paraaa. —Mis carcajadas se vuelven mudas y varias lágrimas comienzan a correr por mi cara mientras me asfixio. Si suelta un solo disparate más acabará conmigo.

Al ver que ya no puedo más espera un poco y cuando parece que vuelvo a respirar normal, busca mi rostro.

—Así quiero verte siempre —dice mirándome fijamente a los ojos y deja un beso en la punta de mi nariz.

—Oye... —Seco mis lágrimas—. ¿Y tu compañero de piso? ¿Nunca viene? —pregunto por él aprovechando que le ha nombrado antes. Después del incendio vino a verme al hospital pero me extraña no haber coincidido nunca en la casa con él, aunque es algo que agradezco. Después de haberle cabeceado en sus partes nobles, no sabría de qué hablar con él.

—Sí, ha venido un par de veces a por cosas, pero no estabas. Ya te dije que pasa más tiempo en casa con su novia que aquí.

—Entonces ¿está pagando un alquiler para nada? —Los pisos en esta zona suelen ser bastante caros.

—Él no paga alquiler, la casa es suya.

—Ah... —Ahora todo cobra sentido.

Con la duda resuelta, inspiro profundamente antes de acomodarme mejor y al cerrar los ojos algo comienza a revolver mi pelo—. ¡Mierda! —Me siento a toda velocidad en la cama y Gorka me mira.

—¿Qué ocurre? —pregunta al ver que rasco mi cabeza con brío.

—Algo me ha tirado del cabello.

—¿Qué? —Se inclina y, poco a poco, vemos a Pepe salir de debajo de la almohada. ¡Casi me mata del susto!—. Vaya, vaya... —Lo toma

entre sus dedos y se acerca para besar su pico—. Así que el señorito no se ha perdido ni un solo detalle de la función.

—¿Ha estado aquí... todo el tiempo? —Si entender por qué, siento vergüenza.

—Ya te dije que te acosaría. Vas a tener que acostumbrarte a que te vea como a una máquina expendedora —ríe antes de besarle de nuevo, pero esta vez repetidas veces en el pecho.

—Aggg. ¡Ahí no! —Un escalofrío recorre mi espalda—. No sé si seré capaz de besarte después de ver eso. Es igual que una bolsa testicular con patas.

—¿Qué acabas de decir? —Suelta a Pepe con cuidado en la mesilla y se lanza sobre mí—. ¡Nunca vuelvas a llamarlo así! —Me obliga a besarlo y giro mi cabeza para evitar que lo haga.

—¡Suéltame! —río cada vez que intenta juntar su boca con la mía y, al final, como conoce cuál es mi punto débil me hace cosquillas hasta que lo consigue.

Un extraño ruido nos interrumpe en ese momento, provocando que miremos a la derecha, y no doy crédito.

—¡No! ¿Qué haces? ¡Pepe! ¡Pepe, aquí no! —Lo levanta todo lo rápido que puede, pero ya es tarde. Pepe acaba de dejarle un regalito en su lado de la cama.

—No puede ser —intento no reírme cubriendo mi nariz con la mano, pero la situación es tan cómica que unos segundos después estoy carcajeando como una loca.

Corre desnudo por la habitación buscando algo con qué limpiar lo que Pepe ha expulsado y encuentra unos pañuelos de papel.

—GRRR. Fua. GRRR, ¡Qué mal huele! Puerco GRRR —suelta Pepe a mi lado y mi abdomen se tensa por la risa.

—No hace falta que lo jures, ¡cabrón! —le riñe mientras frota con el papel las sábanas y apenas soy capaz de coger aire ya. Está más que claro que no es la primera vez que les ha pasado algo similar—. Comerás gloria pero ¡la madre que te parió!

Cuando casi ha terminado, oigo el teléfono de Gorka sonar en el salón y me pide que vaya a buscarlo. Cubriéndome con la colcha que no ha estado en contacto con el interior de Pepe, hago lo que me ha pedido y al ver que es mi hermano decido descolgar. Desde que, supuestamente, perdí el mío y hasta que consiga uno nuevo, mi familia me llama al de él.

—Hola, Kike —saludo aún sofocada. Hacía tiempo que no me reía así.

—¿Os pillo en mal momento?

—No, tranquilo. —Debe de haber notado el ahogo en mi voz—. ¿Dónde estás? —Recuerdo que hace unos días salió de viaje.

A veces me apena que tenga que hacer tantos kilómetros pero

después recuerdo que gracias a eso su negocio prospera y se me pasa.

—Estoy cerca de Sevilla. Me da tiempo a tomarme algo con vosotros mientras estiro un rato las piernas, ¿os apetece que nos veamos?

—¡Claro! —Si pierdo esta oportunidad no sé cuándo podré volver a verle. Antes de marcharse ya nos anunció que andaba muy cargado de trabajo y no sabía cuándo podría regresar.

Cruzamos un par de frases más y nada más colgar vuelvo a la habitación para comentárselo a Gorka.

—Envíale mi dirección, tengo bebidas en la nevera y así, de paso, sabe en qué zona vivo por si algún día necesita venir.

—¿No te importa?

—¿Cómo va a importarme? Es mi cuñado. —Levanta las cejas cómicamente a la vez que me abraza y deja un beso en mi mejilla antes de marcharse—. Voy a ponerme algo de ropa.

Una hora después un mensaje en el teléfono me avisa de que ya está en la puerta y Gorka sale a recibirlo mientras que yo los espero dentro. Sabe cuánto me cuesta subir esas malditas escaleras y recién llegada del hospital todavía más. Cubro mi cuello para evitar que mi hermano descubra los horribles hematomas que tengo en él y no tardan en llegar.

—Hola, preciosa. —Kike se acerca a mí para besar mi mejilla y aprovecho para abrazarlo. No suelo hacerlo y por eso cuando me aparto me mira extrañado, pero después de haber sentido la muerte tan de cerca lo necesitaba—. ¿Cómo han ido estos días? ¿Gorka se están portando bien contigo? —bromea.

—Sí, bastante bien, aunque ya sabes lo pesado que es. —Le sigo la broma y Gorka, al oírme, no tarda en defenderse.

—Pues hace un rato no me decías lo mismo. —Me la devuelve y mi rostro se colorea. No estaba preparada para eso.

—Bueno... creo que sobro aquí. Debería irme ya... —Mi hermano finge que se marcha y cuando estiro mi brazo para sujetarlo la expresión de su rostro cambia de una forma tan brusca que logra asustarme—. ¿Qué coño te ha pasado ahí, Mariajo? —Sin darme tiempo a responder, tira del fular que me prestó Rebeca y deja mi cuello al descubierto—. ¿Qué cojones es esto? —Se gira hacia Gorka —. ¿Se lo has hecho tú? —Agarra su camiseta y le golpea la espalda contra la pared.

—¡Kike! ¡No! ¡No ha sido él! —digo esforzándome para apartarlo, pero está tan alterado que no me hace ningún caso. Realmente cree que ha sido él.

—Yo... no he sido —Gorka habla como puede y sé que, si quisiera, de un solo empujón se lo hubiese quitado de encima, pero sabe que eso solo provocaría que se enfureciera aún más.

—¡Gorka me ayudó! ¡Alguien me intentó matar!

—¿Qué? —Se aparta de él para mirarme—. ¿Qué te han intentado hacer qué? ¿Quién? —Su mandíbula está tan apretada que me da miedo. Ni siquiera cuando agarró por la pechera al sobrino de Margarita se le veía tan cabreado.

—No lo sabemos. —Gorka arregla su camiseta aprovechando que está centrado en mí—. Creemos que trataron de robarle pero no sabemos más. Mariajo no recuerda nada de ese día.

—¿Cómo que no recuerdas nada?

Cuando logro que por fin se relaje un poco, me veo en la obligación de contarle lo sucedido y sé que está totalmente sorprendido por la manera en que me mira. Tras disculparse con Gorka, camina de un lado para otro con las manos sobre su cabeza mientras resopla para liberar la tensión.

Le pedimos encarecidamente que no le cuente nada a mis padres ya que no queremos darles más disgustos y parece sentirse un poco más aliviado al saber que, al menos, Rebeca y la policía están al tanto.

La hermana de Gorka y mi hermano, debido a los viajes de este, todavía no han tenido la oportunidad de conocerse en persona, pero está enterado de todo lo que esa chica está haciendo por mí y no le cabe ninguna duda de que es una gran profesional.

Como si Rebeca supiese que estoy hablando de ella, oigo la puerta abrirse y, cuando me preparo para presentarles aprovechando que por fin coincidirán, sus reacciones me dejan de piedra.

—¿Rebe…ca? Espera… ¿Eres tú la…, la hermana de…? ¿Esa Rebeca de la que hablan eres tú?

—¿Kike…? ¿Kike? ¿Qué haces tú aquí? —Abre los ojos como platos y un gran silencio inunda la habitación en la que estamos.

¿Qué diablos está pasando? ¿Acaso ya se conocían? ¿De qué?

CAPÍTULO 48

—No puede ser. ¿Eres tú? ¿Qué…, qué haces aquí? Quiero decir… ¡Dios! Esto parece una jodida broma. —Frota sus ojos como si no creyese lo que está viendo.

—Estoy alucinando. —Rebeca coloca la mano sobre su frente— ¡Qué jodidamente pequeño es el mundo!

—¿Podéis decirme que ocurre? ¿Os conocéis?

—Sí. ¡Sí! ¡Claro que nos conocemos! —exclama mi hermano.

—¿Cómo… estás? —Rebeca parece seguir en shock. Le cuesta hablar.

—Bien, bien. Yo… he pensado mucho en ti. —Rasca su cabeza—. Me hubiese gustado tener al menos tu número.

—Sí, bueno… Ya sabes lo que acordamos. —Sonríe con timidez—. Aunque, a decir verdad, yo también me arrepentí de no habértelo dado.

—Esto debe ser algún tipo de señal. —Kike ríe nervioso y le miro extrañada. Mi hermano nunca se comporta así.

—Guau… ¡Qué impresión! —La hermana de Gorka pone la mano ahora sobre su pecho y Gorka me hace un gesto con los hombros. Él tampoco entiende qué está pasando.

—Yo… eh… —Mi hermano sale de su estado poco a poco y por fin recuerda que estamos ahí—. Rebeca y yo nos conocimos hace un par de años en un local de copas de Madrid. Ambos habíamos viajado a la ciudad por trabajo y, tras presentarnos, estuvimos hablando durante horas.

—¿En serio? —No salgo de mi asombro.

—Hablando y… otras cosas. —Rebeca no duda en revelar lo que mi hermano parece querer ocultar.

—Sí…, bueno. —Vuelve a rascar su cabeza sonrojado—. Y otras cosas… —ríe nervioso.

—Estuvimos juntos todo el fin de semana pero acordamos no volver a vernos nunca más. Yo acababa de salir de una relación muy traumática. La que te conté en el parque, ¿recuerdas? —Asiento—. Y él también había tenido una mala experiencia, así que una cosa llevó a la otra y decidimos aprovechar el momento sin ataduras. —Le mira y Kike peina su cabello mirando hacia el suelo.

Recuerdo que mi hermano estuvo con una chica mayor que él varios meses. La trajo un par de veces a casa, pero nunca llegó a caernos bien. Era demasiado estirada. Fue un alivio saber que la había dejado, no parecía feliz con ella. Nunca nos contó la razón pero las palabras de Rebeca ya me dan alguna pista.

—Y vaya si lo aprovechamos. —El rostro de Kike se ilumina—. ¿Recuerdas lo que ocurrió en la habitación?

—¡Eh! Eh, eh… Parad. Creo no necesitamos saber nada más. —Les interrumpo al ver que no tienen intención de guardarse nada.

—¡Déjales, mujer! —habla Gorka—. Después les contamos nosotros lo que acabamos de hacer en mi cuarto y vemos quien gana.

—¡Gorka! —Un angustioso calor se acumula en mi cara y los oigo reír—. ¡Eres peor que Judas!

Tras la sorpresa inicial, Kike decide quedarse un rato más y el supuesto y rápido refresco que íbamos a tomarnos con él, antes de que regresase a su ciudad, se acaba convirtiendo en una bonita cena familiar. Las horas pasan entre risas, haciendo que me olvide de todo, y aunque Kike sabe que debe marcharse, parece no importarle que se le esté haciendo tarde. Está tan cómodo e ilusionado hablando con ella que no parece llevar ninguna prisa.

—¿Hasta cuándo te quedarás en Sevilla? —le pregunta a Rebeca.

—Hasta que el problema de Mariajo se resuelva. —Me mira y le agradezco con la mirada.

—Um… Pues entonces quizás vuelva el fin de semana.

—Vaya… Creí que tenías mucho trabajo —replico con sarcasmo.

—Me las arreglaré para hacer un hueco. Recuerda que soy mi propio jefe. —Levanta las cejas gracioso.

—Lo que eres es un capullo… —bromeo, pero en el fondo lo que voy a decirle es cierto—. No haces “esos huecos”. —Coloco los dedos simulando comillas —, cuando mamá y papá te piden que vengas a vernos.

—Si por ellos fuese viviría aquí de nuevo.

—Eso también es cierto —reímos a la vez. Mis padres son demasiado familiares y no puedo quitarle la razón.

***

A la mañana siguiente lo primero que leo en el teléfono de Gorka es un mensaje de Kike diciéndonos que llegó bien. Le pedí encarecidamente que lo hiciese al quedarme preocupada por las horas a las que se marchó. Le respondo dándole las gracias y vuelvo a dejarlo en la mesilla. Que Gorka me deje usar su terminal como si fuese mío me inspira una gran confianza. Mi ex nunca me permitió ni cambiarlo de sitio.

Me levanto despacio para no despertarlo y en cuanto nota lo que estoy haciendo rodea mi cintura sus brazos.

—¿Dónde vas, señorita? —Muerde despacio mi cadera, haciéndome cosquillas.

—A comer algo, tengo hambre —río cuando sus manos tiran de mí con fuerza para devolverme a la cama.

—Umm… yo también. —Se coloca entre mis piernas y comienza a besar mi cuerpo—. Necesito un poco de esto…, y más de esto… y algo de esto también…

La voz de Rebeca suena en el pasillo y al oír que está hablando por teléfono nos quedamos en silencio.

—¿Qué? —dice sorprendida—. ¿Con el sobrino de Margarita?

—Creo que está hablando con tu abogada —susurra Gorka—. Voy a levantarme.

Asiento y hago lo mismo. Llevo desde ayer esperando esa llamada. ¿Qué será lo que ha pasado para que Rebeca se muestre tan sorprendida?

Cuando salimos ya no está en el pasillo y la encontramos en la cocina dándole un sorbo a una taza de café mientras escucha con atención lo que le están diciendo. Al vernos nos hace una señal con la mano y confirma nuestras sospechas. Definitivamente, quien está al otro lado es mi abogada.

—Pero ¿y después de eso les han dejado volver a casa como si nada? ¿No piensan investigar más? —Hace una pausa para escuchar y no me gusta la forma en que arruga su frente—. No lo entiendo. De verdad que no entiendo nada. Todas las pruebas apuntan hacia ellos. —Nos mira por un segundo antes de volver la atención a la conversación—. Increíble. —Parece confundida—. Ok. Mantenme informada.

Se despide y viene hacia nosotros.

—¿Tenemos noticias? —le pregunta Gorka con visible impaciencia. Algo no va bien y parece que él también se ha dado cuenta.

—Y malas, para ser exactos. —Se acomoda en la mesa de la cocina y nos sentamos con ella.

—¿Qué ocurre? —Mis manos están tan frías que me cuesta cerrarlas.

—Como ya os comenté ayer, Margarita y su sobrino fueron llevados a comisaría. —Asentimos a la vez—. El juez consideró que las pruebas que pudimos reunir podrían arrojar algo de luz al caso. —Me mira—, y es por eso por lo que les hicieron una serie de preguntas por separado. Sin embargo, y para sorpresa de todos, parece que han sido capaces de mantener la misma versión de los hechos y eso…, para nosotros, no es nada bueno.

—¿Qué? —Gorka no puede evitar mostrar su decepción.

—Incluso han coincidido a la hora de contar lo que ocurrió el día de la grabación. No lo entiendo. Ellos ni siquiera sabían que esa grabación existía.

—Mierda. —Se suponía que esa era la prueba en la que teníamos todas nuestras esperanzas puestas.

—Cuando les han preguntado, ambos han alegado que les despertó

un ruido extraño y bajaron a la farmacia para ver qué pasaba. —Aprieta sus labios, incrédula—. Según su versión, por miedo a que se tratase de un ladrón, el sobrino de Margarita le pidió a esta que se quedase en la calle. —Niega con la cabeza mirando al vacío.

—¡Eso no es cierto! —exclama Gorka cabreado—. Se ve claramente como Margarita estaba cerca de la esquina vigilando.

—Lo sé, pero el juez no parece creer lo mismo. ¿Cómo diablos han podido salir airosos de algo así? Estaba convencida de que ese factor sorpresa funcionaría.

—¿Y qué pasa con las búsquedas que encontraron en su portátil? —Necesito poder agarrarme a algo.

—Ha asegurado que las hizo porque no se fiaba de ti. Dijo que sospechaba que en cualquier momento harías algo así para cobrar el seguro y quería descubrirte antes de que lo llevases a cabo —relata agotada—. Ha añadido también que, por esa razón, revisaba continuamente los automáticos, y ha tenido la poca vergüenza de pedir que interroguen a Celia, ya que ella estuvo presente una de las veces que lo hizo.

—¡Hijo de puta! Está tratando de robarme el testimonio de mi testigo para usarlo en su beneficio—. Siento unas terribles ganas de llorar.

—Eso me temo.

—¡Joder! ¡Joder! —Intento levantarme pero Gorka me sujeta.

—Tranquila, cielo. —Sus puños apretados no me ayudan.

—¿Y ahora qué? —La impotencia comienza a ganarme la batalla—. ¿Qué pasará conmigo? ¿Iré a la cárcel?

—No lo sé… —dice Rebeca con rabia—. ¡Maldita sea! —Golpea la mesa—. No puedo creer que esto se haya complicado así. Estábamos tan cerca…

—No… —Varias lágrimas se agolpan en mi garganta. Lo que más temía está ocurriendo y las pruebas no han servido de nada.

—Buscaremos la forma de revertir esto, Mariajo —dice al verme llorar y agarra mis manos con las suyas—. Aunque tengamos que hablar con… con esa bruja tuya para que nos enseñe a hacer los mismos rituales que hacen ellos.

—¿Cómo? —¿De qué rituales habla?

—Nada. Es una bobada, olvídalo. Ni siquiera creo en ello. Es solo que tu abogada me ha comentado que cuando la policía fue a buscarlos encontraron varias velas negras encendidas en un rincón, alrededor de un par de fotos tuyas y no sé qué más de unos círculos de sal.

—¿Qué? —Mis ojos se abren con sorpresa.

—Al preguntarles dijeron que era una especie de ritual para ganar el juicio. Como si eso les fuese a funcionar. —Blanquea sus ojos—. Lástima que ese tipo de prácticas solo se consideren delito cuando se utilizan para coaccionar.

—¿Qué? —Un extraño ahogo hace que me levante de golpe y varias imágenes vienen a mi cabeza mientras el corazón me late con fuerza.

—Mariajo, ¿te encuentras bien? —Gorka coloca la mano en mi hombro y examina mi rostro con preocupación. Solo puedo negar con la cabeza.

Ritual, velas, fotografías, un altar, sal… Las palabras de la bruja retumban dentro de mi cabeza y tengo que sujetarme a la mesa para no caerme.

—Dios mío. —Un insoportable calor emana de mi interior abrasando mi garganta y, aunque intento respirar, no logro coger el aire que necesito. Cientos de recuerdos que no entiendo comienzan a inundar mi mente y siento que la cabeza me va a explotar. Gorka y yo agitados dentro de un pequeño cuarto… Una grabación en la sala de cámaras… comiendo en el restaurante donde trabaja Celia… La farmacia calcinada… Gorka diciéndome que no tardará en regresar… El sobrino de Margarita… —¡No! —grito al recordar cómo colocó sus frías manos alrededor mi cuello:

¡No entregarás nada a nadie si yo puedo evitarlo! Tenía que haber hecho esto hace semanas.

—¡Mariajo! —Gorka sigue llamándome pero mi mente está perdida en algún lugar reviviendo aquel traumático momento.

¡Maldita zorra! Si tan solo lo hubieses dejado estar, esto no estaría pasando.

Mi cabeza martillea con tanta fuerza que temo desmayarme en cualquier momento.

—Cielo, ¿estás bien? —Rebeca toca mi espalda en busca de una respuesta y lo único que hago es negar con la cabeza.

—¡Ha sido él! —logro decir—. ¡Ha sido él!

—¿Quién? ¿De qué hablas?

Mis piernas comienzan a debilitarse y Gorka, al notar que pierdo el equilibro, me sujeta desde atrás para sentarme de nuevo.

—¡Él lo hizo! ¡Él quiso matarme! —Mi cerebro sigue conectado con aquello y puedo revivir absolutamente todo lo que sentí en aquel momento.

Gorka y Rebeca me hablan pero no los entiendo. La presión en mis sienes se vuelve cada vez más fuerte y durante unos segundos todo se vuelve negro.

—Cariño, háblame. Me estás asustando. —El calor de mis lágrimas poco a poco me trae a la realidad y lo primero que veo es a Gorka

delante de mí, sujetando mi cara—. ¿Estás bien? ¡Háblame!

—¡Lo recuerdo todo! ¡Sé quién lo hizo! —exclamo luchando por controlar el temblor de mi boca—. ¡Sé quién intentó matarme!

—¿Quién? —preguntan atónitos a la vez.

CAPÍTULO 49

Dos meses después:

—Los jurados, por unanimidad, encontramos a los acusados Margarita Lorente Cruz y a su sobrino José Luis López Lorente, culpables de los hechos delictivos de los que se les acusa.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Síííí! —Gorka me rodea con sus brazos y yo a él.

Hoy, al final, y después de meses viviendo esta horrible pesadilla, todo termina aquí. Margarita y su sobrino, los seres más repugnantes y dañinos que he conocido, pagarán con la cárcel todo el mal que me han hecho.

Mi familia se acerca para unirse a nuestro abrazo y no puedo sentirme más feliz. Que lograse recordar por fin lo que ocurrió cuando todo parecía perdido abrió las puertas a una nueva investigación mucho más extensa y, gracias a ello, la policía pudo unir de nuevo todas las pruebas desmontando sus coartadas, pero, sin duda, que hallaran en uno de los registros el lápiz de memoria que me dio Rebeca, mi bolso y mi teléfono dentro de uno de los armarios de Margarita, fue la clave para incriminarles. Durante las primeras horas, tras el robo, mi terminal estuvo lanzando señales cerca de la zona donde me encontraron, sin embargo alguien lo apagó antes de que pudiesen localizar el lugar exacto y se perdió el rastro.

Al dar con la grabación también pudimos comprender cómo consiguieron salir al paso cuando la policía les preguntó por ella la noche del incendio. Los muy sin vergüenzas se lo tenían todo muy bien preparado.

El día que recobré la memoria y señalé al sobrino de Margarita como la persona que había intentado arrebatarme la vida, Gorka sufrió un fuerte arrebato de ira y tuvimos que sujetarlo en el portal para que no cometiese una locura. Por suerte, logramos que se calmase en el último momento y mientras que yo trataba de hacerle entrar en razón, Rebeca se encargó de todo lo demás. No sé qué hubiese sido de mí sin su ayuda. Siempre le estaré eternamente agradecida. Sobre todo porque hasta que no se aseguró de que finalmente quedarían imputados no regresó a su ciudad. Vino con intención de quedarse unos días y, al final, esos días se alargaron más de lo que nos hubiera gustado, pero desde que se reencontró con mi hermano no parece importarle demasiado. Aunque nos separan varios cientos de kilómetros, regresa religiosamente cada vez que, por reuniones de trabajo, mi hermano tiene que pasar unos días en Sevilla. Ojalá lo que sea que se esté formando entre ellos salga adelante. Ambos lo merecen.

—¡Vamos a celebrarlo! —grito al salir del juzgado con los brazos extendidos y todos me miran.

Me siento realmente bien. Por fin me he quitado esa gran losa de encima y puedo respirar tranquila. Durante todo este tiempo apenas había logrado conciliar el sueño debido a la preocupación. Me aterraba la idea de que algo saliera mal en el último momento o inventasen cualquier cosa con tal de librarse de la cárcel. Parecen tener mucha experiencia engañando y me asustaba bastante.

—¿Pagas tú, verdad hermanita? —Kike y Rebeca, aun siendo día laboral, no han dudado en viajar hasta aquí solo para estar conmigo. Sabían que era un día muy importante para mí y han querido venir y así, de paso, se veían otra vez.

Lucrecia también ha pedido el día libre, al igual que Gorka, que hace dos semanas que se reincorporó de nuevo al trabajo, ya totalmente recuperado.

Por suerte me hizo caso y desde hace varios días está yendo a terapia con una prestigiosa psicóloga que, si todo sale como espero, le ayudará a superar el horrible estrés postraumático que arrastra desde lo de su abuelo. Entiende que no se encuentra del todo bien y teme poner en peligro a sus compañeros debido a su obsesión por salvar vidas a toda costa. De momento parece muy motivado y puedo notar que algo está cambiando en él. Confío plenamente en que lo logrará.

—¡Pagan Margarita y su sobrino! —Me muevo simulando un baile.

Después de la gran indemnización que estos tendrán que abonarme, podré volver a levantar mi negocio y todavía me sobrará dinero para invertir en una casa.

Desde hace tiempo, incluso antes de iniciar mi negocio, le tenía echado el ojo a un precioso local en el centro de la ciudad y hace tan solo unos días descubrí que volvía a estar libre, así que mañana mismo llamaré para hacerme con él. No sé si tendrán algo que ver las velas negras que encontró la policía en la casa de Margarita, pero lo que sí que tengo claro es que desde que las retiraron la mala suerte que me perseguía parece haberse esfumado y todo me está yendo mucho mejor. Algo me dice que en Sevilla hay muchas más brujas de las que creía... Algunas más fumetas que otras, pero ahí están.

Tras reservar mesa en el restaurante donde trabaja Celia, vamos todos para allá y puedo disfrutar junto a las personas que más me importan de una de las tardes más felices de mi vida. Hacía tanto tiempo que no me sentía así que la cara no tarda en comenzar a dolerme de tanto reír. Sobre todo cada vez que Gorka abre la boca, es tan ocurrente que nunca deja de sorprenderme.

—¿Quieres que vayamos ya a casa de tus padres o damos antes una vuelta por ahí? —comenta Gorka cuando subimos al coche tras despedimos. Hoy dormiremos en casa de mis padres para que Rebeca y mi hermano puedan quedarse solos en la de Gorka y así, de paso, les damos un poco de intimidad. Lo hacemos cada vez que sabemos que

vendrán. Además, mañana tienen que conducir varias horas para volver a sus trabajos y, aunque todavía es temprano, se acaban de ir con la excusa de descansar..., pero a mí no me engañan. Y al mirón de Pepe tampoco. Seguro que tarde o temprano les delatará. Por lo pronto, últimamente ha aprendido a gemir a la vez que dice cochinadas y, no somos nosotros en concreto quienes nos comportamos así en la cama.

—Antes me gustaría ir a darle las gracias a alguien. Si no es por ella... —le miro e intuyo que sabe perfectamente a quién me refiero.

—Por supuesto, pero si no te importa esta vez voy a esperarte fuera —ríe confirmando mis sospechas—. Si vuelvo a exponerme a las humaredas que esa mujer monta, esta vez será ella quien me ponga las velas negras a mí —río a la vez que él y nada más abrochar nuestros cinturones nos ponemos en marcha.

Al llegar, Gorka aparca donde lo hemos hecho otras veces y al ver que la puerta exterior está abierta, me bajo del coche antes de que apague el motor.

—No tardo —le digo antes de cerrar la puerta. Está cayendo la tarde y temo que la bruja ya no esté.

Camino por el largo pasillo hasta llegar a la puerta interior y cuando estoy a punto de golpear la madera con los nudillos escucho que está hablando con alguien. Al suponer que es un cliente, me aparto y decido esperar a que salga quien esté dentro para no interrumpir nada.

—Hermosa, ¿eres tú? —Por un segundo creo que se está dirigiendo a mí, pero deshago la idea. No puede saber que estoy aquí. No ha podido verme—. Entra. —Arrugo mi frente y sigo esperando. Es imposible. Unos segundos después la puerta comienza a chirriar y asoma su cabeza—. ¿A qué estás esperando? —dice clavando su arrugada mirada en la mía y frunzo el ceño.

—¿Yo? ¿Me está hablando a mí? —Miro hacia atrás por si hubiese alguien más, sin embargo, al ver que no es así, mi vello se eriza.

—Por supuesto. Vamos, entra. No tenemos todo el día —señala apurada la silla que siempre hay frente a su mesa y, sin que me diga nada más, me acomodo sobre ella—. Tía Paca, esta es la chica de la que te hablé —le dice a alguien, pero solo estamos ella y yo en la habitación.

Durante unos segundos reina el silencio y, como siempre que vengo, me arrepiento de haberlo hecho. Cuando tomo un poco de aire para dirigirme a ella y así romper la incomodidad que estoy sintiendo, una voz rasposa habla tras un biombo, asustándome.

—Hola, querida. —Una mujer de unos noventa años sale tras él y mis ojos quedan fijos en sus ropas. Son todavía más llamativas que las de la bruja. Varios volantes de distintos colores cuelgan de su larga

falda y su cabeza está cubierta por un pañuelo de seda amarillo con lunares.

—Hola..., encantada. —El sonido de las borlas y medallas que lleva colgadas en su cuello llama especialmente mi atención—. Yo... venía a...

—Dame tus manos. —Me interrumpe la bruja.

—No es... necesario —digo inquieta—. Solo quería, bueno, he venido solo para...

—Dame las manos —insiste con un tono más autoritario y no puedo negarme—. Oh, sí... —Inspira sonoramente—. Esto está mucho mejor, hermosa. Esa extraña nube negra que traías siempre pegada a tu aura ya no está.

—Eso es bueno, ¿verdad? —Llevaba días notándolo. Sabía que todo me iba mejor y que no podía ser producto de mi imaginación.

—Claro que lo es. Tu campo energético está completamente limpio.

—Déjame ver a mí. —La anciana se coloca frete a mí y le arrebata mis manos para tomármelas ellas—. Tú todavía eres joven para ver más allá de eso.

«¿Acaba de llamar joven a la bruja? ¡Pero si tiene más arrugas que una ciruela deshidratada...!»

—Llevo muchos años con el don, tía Paca —protesta enfadada—. Veo todo perfectamente.

—Calla, que me desconcentras. —Aprieta su mandíbula tan fuerte que, por la falta de dientes, llega con su labio inferior a la punta de su nariz—. Veo..., veo. Veo... felicidad —Ahora lo que aprieta son los párpados y sus ojos quedan enterrados. Si la otra tiene arrugas pronunciadas, esta es igualita que un higo seco—. Veo pasión... Mucha pasión. Uy, uy, uy... ¡Demasiada, quizás! —levanta la voz—. Santo Dios, quién tuviera tu edad, niña. Ohmm... Ohmm... Ohmn... —Respira fuerte y alza tantos mis brazos que tengo que ponerme de pie —. Ohmn... ¡Es enorme!

—¿El qué? —preguntamos la bruja y yo a la vez.

—¡Lo que ese hombre esconde! —responde dejándome muda. ¿Qué diablos está viendo? Espero que no sea lo que creo—. Tiene un gran... —Me preparo para lo que viene—. Un gran... sentido del humor y mucho amor que darte. —Expulso el aire de mis pulmones, aliviada—. Yo que tú no lo dejaba escapar. —Abre uno de sus ojos para mirarme y empiezo a dudar que sea eso realmente.

Cuando suelta mis manos, instintivamente las froto contra mi pantalón y cambio el peso de un pie a otro. Quiero irme ya y no sé cómo decírselo. Me incomodan demasiado.

—Bueno..., es tarde ya y yo solo vine para agradecerle su ayuda. Su última sesión funcionó y gracias a las cosas que me dijo logré recuperar la memoria y, con ella, mi libertad.

—¡Uy! Pues aprovecha niña —señala la anciana—, que, de aquí a nada, tu libertad se va a volver a ver condicionada —inmediatamente, mi espalda se tensa.

—¿Qué? ¿Por qué? —El corazón me late tan rápido que puedo sentirlo debajo de mi lengua. ¿Acaso sabe algo más de lo que ha comentado?

—He visto el destello de la vida —susurra.

—¿A qué se refiere? ¿Qué quiere decir con eso? —Miro a la bruja buscando ayuda y esta solo se limita a sonreír.

—Lo sabrás cuando llegue el momento, querida —vuelve a hablar la anciana y, sin darme más explicaciones, abre la puerta—. Ahora vete a casa con quien te está esperando fuera.

Sin abrir mi boca, asiento obediente y bajo los escalones perdida en mis pensamientos. Camino hacia el coche sin apenas sentir el suelo bajo mis pies y varias preguntas se forman en mi mente. ¿Qué narices acaba de ocurrir ahí dentro? Trato de buscarle una explicación pero no la encuentro. ¿Por qué sabía que Gorka estaba esperándome fuera? ¿A qué se ha referido con eso del destello? ¿De verdad ven más allá o solo se trata de un juego psicológico?

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Gorka cuando estoy llegando y su voz hace que vuelva a centrarme en el presente.

—Bien, creo. Aunque muy raro, como siempre... —Evito darle más explicaciones. Lo único que quiero es olvidarme de todo para no emparanoiarme más. Seguro que, si sigo dándole vueltas, al final pasaré miedo. Estas cosas me han provocado siempre mucho respeto.

EPÍLOGO

Ocho meses después.

—¿Estás lista? —Lucrecia vuelve a preguntarme y le respondo lo mismo que antes.

—Todavía no. ¡Deja de presionarme o no acabaré nunca!

Hace una semana que Lucrecia, sin consultarme antes, decidió proponer en el grupo en el que estamos todas las amigas celebrar mi cumpleaños juntas este fin de semana y aunque me negué en rotundo porque Gorka casualmente estos días no libraba, entre unas y otras me acabaron convenciendo. Que si por los viejos tiempos..., que si hace mucho que no nos vemos..., que si desde que estoy con Gorka ya no quiero nada con ellas... En definitiva, que me resultó imposible negarme. Me hubiese gustado festejarlo también con mi familia y, de ese modo, pasar todos el día juntos, pero viendo que era imposible reunirlos en la misma fecha, he tenido que aceptar de esta forma.

—Madre mía, Mariajo, ¡estás preciosa!

—¿De verdad te gusta? —No acaba de convencerme demasiado el vestido que he elegido para la ocasión. Lo compré hace tiempo y, de casualidad, lo encontré en el fondo del armario hace unos días.

—¡Ya te digo! Se adapta genial a tu figura y hasta pareces más alta. —Sonríe complacida y, tomando esa respuesta por buena, me echo un último vistazo antes de coger el bolso y salimos de la casa.

—¿A dónde vamos? —Sé que hemos quedado pero no recuerdo haber leído dónde. Antes de responderme, mi teléfono vibra y, al ver que es mi madre, respondo—. Hola, ¿has conseguido al final la blusa que querías? —Antes de que Lucrecia llegase mi madre salió de compras y, seguramente, acaba de regresar a la casa.

—¡Sí! Y es preciosa. Estoy deseando estrenarla, pero a ver cuándo… si ya nunca salgo.

Su voz suena tan apenada que no puedo evitar sentir lástima. Desde que se casó dejó aparcada su vida social para criarnos y cuando quiso retomarla se dio cuenta de que, al haber perdido el contacto con todas sus amistades, si no es con mi padre ya no sale con nadie.

—¿Está papá por ahí?

—Sí, ¿por qué?

—Para que te pongas la blusa y vengáis a tomar algo con nosotras.

—No, no. Es vuestra noche. Nosotros podemos esperar.

—¿No le molestará a las chicas? ¿Verdad? —susurro a Lucrecia cubriendo el micrófono para que mi madre no me escuche—. Solo será una copa. Ellos se acuestan pronto. Después nosotras seguiremos con la fiesta. —insisto al ver que no contesta.

—No sé... No creo que... no creo que se molesten por eso. —Noto la

duda en su voz y, por un momento, temo haber metido la pata.

—Tranquila, mamá, por una copa no pasa nada. —Salgo del paso como puedo. Ya no puedo echarme atrás o haré que se sienta mal o, lo que es peor, que de verdad piense que nos van a molestar.

—De acuerdo, pero una rápida. La verdad es que me apetece. Deja que hable con tu padre, ¿dónde vais a estar?

Vuelvo a preguntarle a Lucrecia y cuando me indica el lugar sonrío. Las muy cabronas lo han hecho a propósito. Allí fue donde comenzó todo y seguro que quieren rememorarlo.

Al final quedo con mi madre y, nada más llegar al aparcamiento del local, nos encontramos con las demás. Tras saludarnos de manera efusiva, entramos al club y tenemos la gran suerte de poder elegir mesa. Al ser pronto todavía, la sala está casi vacía.

—Me gusta esta —dice Marina y Lucrecia se sienta. Las demás nos acomodamos alrededor de la mesa y no tardamos en pedir la primera ronda.

La segunda y la tercera no tardan en llegar mientras reímos narrando anécdotas y, como imaginaba, salen a relucir todas las vividas la vergonzosa noche de la despedida, arrancándome varias carcajadas con ellas. ¿Quién me iba a decir a mí que un día me iba a divertir recordándolas? Con lo mal que lo pasé. Intercambiamos fotografías, charlamos sobre cómo han sido estos últimos meses y me sorprende saber que Roxana, la chica que tanto se metía conmigo, se ha operado la nariz y se la han dejado peor de lo que ya la tenía. Si antes su voz ya sonaba como la de un cerdo asmático, no quiero imaginármela ahora. A veces creo que el karma existe.

Poco a poco la sala comienza a llenarse de gente y cuando estamos ya bastante perjudicadas por la bebida Marina me mira con los ojos como platos.

—Esos... ¿esos que están entrando por allí no son tus padres? ¿Qué hacen aquí? —susurra.

—Em... sí, les dije que vinieran... ¿Os molesta? —Empiezo a incomodarme, sobre todo por si notan que he bebido más de lo que debería. La verdad es que creí que vendrían antes y ya no les esperaba.

—No... no. No es eso, no molestan. —Mira a las demás y veo con claridad como fuerzan una sonrisa. Definitivamente, no parece agradarles demasiado la invitación.

Tentada a levantarme e irme, me quedo por ellos y disimulo mi malestar todo lo que puedo. Sé que quizás no debí invitarles sin consultar antes, pero me molesta su actitud. ¡Son mis padres! Con las mismas y para que ellos no se den cuenta, saco mi teléfono y envío un mensaje al grupo.

*¿No podéis al menos fingir un poco? Me enfadaré, y mucho, si les

hacéis sentir mal. Solo van a tomarse una copa con nosotras porque yo se lo pedí y después se marcharán.

Veo el momento exacto en que las demás revisan el grupo y solo una de ellas responde con un "Ok". Se miran algo tensas y siento que, si siguen así, mis padres al final se darán cuenta.

Durante la primera media hora trato de mantener una conversación y parece que funciona, aunque son mis padres los únicos que hablan. Ellas siguen comportándose de un modo extraño y eso me mosquea. En cuanto se marchen pienso tener unas palabras con todas, sin excepción. Solo por educación deberían de comportarse de otra manera, aunque después sean ellas quienes me den las quejas a mí.

Cuando se me empiezan a agotar las ideas y ya no sé de qué más hablar, las luces de la sala se apagan y la gente comienza a gritar. Asustada, busco mi teléfono palpando sobre la mesa para conectar la linterna y, cuando estoy a punto de alcanzarlo, unas fuertes manos me agarran desde atrás, levantándome en volandas junto con la silla.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —pregunto aterrada y, lejos de contestarme, dos enormes hombres comienzan a desplazarme por la sala a la vez que me desgañito aterrada—. ¡Dios mío! ¡Me están secuestrando! ¡Que me caigo! —pero, en vez de ayudarme, la gente comienza a reír. En el momento en que pasamos por una zona donde hay algo más de luz me doy cuenta de que estamos sobre el escenario y mis ojos se abren con sorpresa. ¿Qué diablos hago aquí? Al notar por fin el suelo bajo mis pies, hago el intento de levantarme, pero me lo impiden sujetándome—. ¿Qué estáis haciendo? —pregunto buscando una respuesta, sin embargo, nadie contesta. Solo cuando comienza a sonar la canción Whine Up de Kat DeLuna y se encienden las luces que tengo sobre la cabeza, un flashback viene a mi mente y creo intuir lo que está pasando—. No. me. jodas —digo al ver bajar a un bombero por una barra plateada que llega hasta el suelo— ¡Dios mío! —Cubro mi cara—. No puede ser él... ¡No puede ser él! —grito como si alguien pudiera oírme, pues la música está tan alta que es imposible.

El bombero se me acerca bailando con sensualidad y cierro los ojos con fuerza. «¡Si no puedo verlo no está ahí!» Me digo y mi cabello comienza a moverse por el airecillo que desprenden sus movimientos. Abro uno de mis ojos para ver dónde está y comienza a contornearse frente a mí con una manguera en sus manos. «Que no sea él...» imploro al cielo mientras se quita el casco y mis pulsaciones se disparan al verle la cara. Alzo la vista al frente buscando a mis amigas y, cuando las encuentro gritando en primera fila, siento unas increíbles ganas de matarlas.

—¡Vamos, Gorka! ¡Enséñale lo que vales! —Creo leer en sus labios.

—¡Gorka, no! ¡Detente! ¡Mis padres están aquí! —Entonces entiendo su comportamiento de antes. Las muy cabronas lo tenían

todo preparado y la presencia de mis padres no entraba en sus planes. Por eso al verlos entrar se comportaron de ese modo. Los conocen demasiado bien como para saber que mis padres y este tipo de fiestas son incompatibles—. ¡Gorkaaa paraaaa! —No me oye y comienza a quitarse la ropa—. Noooo, ¡Mis padres están aquí! —Trato de levantarme de nuevo para impedir que continúe y, con un ágil movimiento, enrolla la manguera alrededor de mi cuerpo, inmovilizándome en la silla.

—Disfrute de su regalo de cumpleaños, señorita. —indica alguien por megafonía y juraría que es su compañero de piso.

Gorka, al verme nerviosa, dice algo que no entiendo mientras ríe y, para que deje de gritar, besa mis labios provocando que el público comience a silbar. Cuando se aparta, me fijo mejor en los que están allí y puedo distinguir algunas caras conocidas. Compañeros de Gorka, sus respectivas parejas e, incluso, amigas a las que hace tiempo que no veo. Busco a mis padres entre todas las cabezas y, al descubrir que están mirando fijamente hacia nosotros, mi respiración se detiene. Si no hago algo pronto ¡van a quedar traumados!

—¡Detente! —grito con todas mis fuerzas, pero no hay forma. Gorka sigue jugando con su ropa y apenas le quedan ya en el cuerpo un par de prendas. Una camiseta de tirantes blanca y un ajustado calzón del mismo color. Se coloca frente a mí y, de un fuerte tirón, parte en dos la prenda superior—. ¡Detente! ¡Por dios, detente! —En el instante en que comienza a bajar su calzón, una terrible vergüenza me invade y busco de nuevo aterrada a mis padres, sin embargo, al no encontrarlos ya donde estaban antes, un respiro de alivio me recorre por completo y si no es porque estoy sentada, podría orinarme. Se han debido de marchar al ver lo que estaba ocurriendo para no incomodarme más. Son tan prudentes y sensatos algunas veces que me los comería a besos. Sé que no me escaparé de esto y que, cuando regrese a casa, sobre todo mi madre, me soltarán alguna pulla sobre el tema, pero si algún día llego a ser madre quiero ser como ellos.

Gorka termina de quitarse la que creía que era la última prenda y al darme cuenta de que tiene un minúsculo tanga de hilo debajo, comienzo a reír. Después de todo, el muy capullo no tenía intención de desnudarse del todo, solo quería hacerme sufrir.

Mucho más relajada, me dejo llevar por el juego y, aunque no estoy tan borracha esta vez como el día de la despedida, permito que Gorka continúe con el espectáculo. Total, es mi cumpleaños y hemos venido a pasarlo bien. No pienso ser yo quien estropee el momento ni el espectáculo que con tanto esmero me han preparado. En su día juré que si me libraba de la cárcel me abriría más, y eso es precisamente lo que pienso hacer. Toca divertirse y así será a partir de ahora.

Cuando menos me lo espero, me echa sobre el suelo para frotar sus

nalgas contra mis glúteos simulando perreos y cubro mi cara con las manos, como si de ese modo pudiese esconderme. De nuevo me voltea, quedando esta vez mis pechos cerca de su cara y resopla sobre ellos.

—¡Idiota! —río y vuelve a hacerlo—. Paraaaa. —Después de unos segundos en esa posición vuelve a cambiarme de postura como si no pesara y, tras varios minutos practicando lo que parece el kamasutra, por fin vuelve a dejarme sobre la silla.

Para terminar, coloca a modo de broma la fina tira de su tanga en mi boca y, al darme cuenta de que los pequeños cierres laterales son de velcro, rio para mis adentros a la vez que de un pequeño tirón, y a traición, se lo arranco con los dientes.

—¿Qué haces? —ríe cubriéndose rápidamente mientras que los demás aplauden y vitorean lo que acabo de hacer—. ¿No era a ti a quien le molestaba que fuese exhibiéndome por ahí? —bromea.

—Solo cuando yo no estoy delante. —Tomo la pequeña prenda en mi mano y cuando estoy a punto de lanzársela al público me encuentro con los ojos desorbitados de mi madre.

¡Mierdaaaa! ¡No se han marchado, solo se habían cambiado de lugar!

2 meses después

—Me voy ya, mamá. —Todavía me cuesta mirar a mi madre a la cara. Han pasado dos meses desde aquello y, sabiendo cómo es, me resulta extraño que todavía no me haya reprochado el comportamiento que tuve la noche de mi cumpleaños, aunque, sinceramente, lo prefiero así. Lo único que he notado desde entonces es que cada vez que Gorka viene a comer o a cenar se pone roja como un tomate y evita cocinar alimentos con formas fálicas. Con lo que nos gusta la ensalada de pepino que prepara ¡o el calabacín relleno!

Antes de salir de casa cojo un par de bolsas que dejé antes preparadas en la entrada y cierro la puerta como puedo. Tras semanas de preparativos, por fin estoy ultimando todo y, si nada lo impide, inauguraré mi nueva farmacia a principios del mes que viene, en el local en el que siempre lo quise hacer. Así tenía que haber sido desde el principio, pero mi presupuesto era demasiado ajustado.

—Hola, preciosa —Gorka se baja del coche al verme y viene a ayudarme. Todavía trae puesto el uniforme del trabajo y no puedo evitar observarlo. Está demasiado sexi con él. Mi vecina debe de pensar lo mismo porque cada vez que oye el coche no tarda en asomarse por la ventana. Desde que lo dejaron mi ex y ella anda un pelín desesperada y yo que lo sé no me privo a la hora de mostrarle mi amor al hombre más sexi y atractivo de toda Sevilla—. ¿Queda algo

más dentro? —dice con intención de ir a por ello.

—No, solo esto. Son productos que te dije que llegarían. —Los mete en el maletero y rodea mi cintura antes de besar mis labios con suavidad. Abrazo su cuello para devolverle el beso y no puedo evitar mirar hacia las cortinas de mi vecina al ver que se mueven. No parece haberle sentado muy bien porque se han cerrado de golpe.

Si algo me han enseñado estos últimos meses es que ni todas las brujas llevan escoba… ni todas las zorras viven en el bosque.

—¿Cómo te encuentras hoy? —Ayer me debió de sentar mal la cena y le comenté esta mañana que había estado toda la noche vomitando. Aunque más que la cena creo que son los nervios que estoy pasando. Además de la farmacia, se me ha ocurrido la brillante idea de invertir parte del dinero de la indemnización en un bonito apartamento y se me está juntando todo, pero tenía tantas ganas de independizarme ya que no he podido esperar más.

Gorka al final se quedó en el piso de su amigo. Hablaron sobre ello y les resultó más cómodo a los dos hacerlo de ese modo. Así Gorka no tendría que mudarse y el compañero estaría más tranquilo sabiendo que hay alguien viviendo en el apartamento. Según se están poniendo las cosas últimamente no sería raro que le entrasen a robar o alguien malintencionado le ocupase la vivienda a la fuerza sabiendo que el dueño nunca está. No es la primera vez que pasa algo así en esa zona.

—Sigo con una sensación rara —digo colocando la mano en mi estómago—. Esta mañana también me levanté con nauseas. Creo que hoy no comeré nada, a ver si así se me pasa.

—¿Y si pruebas con algo ligero? Tengo sopa de verduras en casa.

—Uff, no sé. —Solo el hecho de pensar en comida hace que sienta ganas de vomitar otra vez. Hoy habíamos acordado comer en una pizzería que hay cerca de su casa pero me parece que vamos a tener que dejarlo para otro día—. Si te parece, vamos a colocar todo esto en el local primero y después vemos qué hacer.

—Vale. —Vuelve a besarme antes de apartarse de mí y el olor a humo que desprende su ropa hace que arrugue mi frente en un claro gesto de rechazo.

—¿Estás bien? —Me mira preocupado.

—Sí, tranquilo. —Inspiro profundamente y parece que la angustia se marcha.

De camino a la farmacia abro con disimulo una pequeña rendija en la ventana y dejo que el aire me golpee en la cara. Al estar cerrados en un habitáculo tan pequeño, el olor se esparce por todas partes y me molesta mucho más que antes, sin embargo, prefiero callarme. Ha venido directamente del trabajo solo para ayudarme y lo último que

quisiera es hacerle sentir mal.

Al llegar bajo del coche con rapidez y tomo una gran bocanada de aire. Si hubiésemos tardado solo un minuto más habría ocurrido un desastre. Sintiéndome algo más recuperada en la calle, entramos al local y Gorka deja las bolsas en el blanco y brillante mostrador que los carpinteros montaron ayer.

—Oye, esto ha quedado genial —dice al verlo. Se tuvo que ir pronto y no pudo quedarse a contemplar el resultado.

—Sí, me encanta. Ha quedado fantástico —digo entusiasmada mientras saco los productos de la primera bolsa.

—¿Dónde coloco esto? —pregunta tomándolos en sus manos.

—A ver… son copas menstruales, así que allí —señalo la estantería —, donde están los geles íntimos y las pruebas de embarazo.

De pronto, recuerdo algo y mis ojos quedan fijos en la estantería mientras el corazón me late con tanta fuerza que puedo notar sus bombeos en mis sientes.

—Emm. ¿Qué ocurre? ¿Hay algo mal? —dice al verme y gira su rostro buscando encontrar lo que sea que estoy mirando, pero no da con ello—. ¿Mariajo? —no respondo—. Estás poniéndote muy blanca… ¿te encuentras bien?

—No… No puede ser.

—¿El qué? ¿Qué no puede ser? —Al ver que mi mente sigue perdida en algún lugar, se coloca en mi campo de visión y logra que me centre.

—No, nada. Nada… —balbuceo asustada.

—¿Qué has visto? ¿Qué te pasa? —Se gira de nuevo buscando una explicación, pero continúa sin encontrarla.

—Creo que… Deberíamos… ¿Y si mejor nos vamos? Podemos hacer esto mañana. —Finjo una sonrisa. Necesito tiempo para pensar, no me atrevo a contárselo. Tengo miedo de cómo pueda reaccionar. Estoy convencida de que se asustará y necesito estar segura antes de hacerle pasar por algo así. «Seguro que es una falsa alarma», me digo. Sí, definitivamente tiene que ser eso. Me cuido. Tomo la píldora.

—No hasta que me digas que está pasando —dice serio y por los pliegues de su frente entiendo que está preocupado.

—Es solo que… —Busco una excusa pero estoy tan nerviosa que no me sale ninguna. La ansiedad me tiene tan apresada que ni siquiera soy capaz de formar una frase completa en mi cabeza.

—¿Es solo qué…? —Toma mis manos mirándome fijamente a los ojos—. Me estás preocupando, Mariajo. De pronto parece que hubieses visto un fantasma.

—Madre mía… —Resoplo con fuerza y al ver que es imposible ocultárselo, decido hablar—. Tengo un retraso.

—¿De qué? —Pestañea confuso—. ¿En las facturas? —Noto que su

respiración se acelera.

—¿De qué va a ser? —Mis manos comienzan a temblar y las mira por un segundo antes de volver a clavar su mirada en la mía.

—¿Estás…? —Traga saliva—. ¿Estás diciendo que estás…?

—No… ¡No lo sé! —Vuelvo a mirar hacia las pruebas y ahora quien traga saliva soy yo.

—¿Desde cuándo… te falta? —La expresión de sus ojos es de auténtico pánico y no puedo evitar sentir miedo. Sabía que no era buena idea. Debí haber esperado.

—Hace… —Calculo mentalmente—. Hace varias semanas.

—¿¡Qué!? —Suelta mis manos para ponerlas sobre su cabeza y pasea nervioso por la farmacia—. ¿Semanas? —Se detiene para mirarme, expulsa el aire de su cuerpo con fuerza y vuelve a caminar en círculos—. Pero… tú me dijiste que te cuidabas, ¿no?

—Sí, sí… Deben de ser los nervios. Estoy segura. —Trato de calmarle y, de paso, calmarme a mí—. A veces… A veces se me atrasa o se me adelanta… dependiendo de mi estado de ánimo. Son los nervios, seguro.

—Vale… Ok. —expresa algo más tranquilo y vuelve conmigo mientras trata de respirar con normalidad. Sabía que se alteraría—. De todas formas, estamos en una farmacia, ¿no? Seriamos tontos si no nos aprovechamos de ello. ¿Dónde dices que estaban las pruebas?

—No hace falta. —Por alguna razón, mi primer instinto es negarme. No me imagino haciéndome una prueba de ese tipo.

—No, no. Háztela. Así salimos de dudas. No puedo estar comiéndome la cabeza hasta que quiera bajarte la regla. —Camina hacia ellas y toma en sus manos la primera que ve—. ¿Esta es fiable?

—Todas son fiables —digo volviendo a notar el corazón latir con fuerza en el pecho. Seguramente sea una falsa alarma pero mi estómago no para de contraerse.

—Toma. —Me la entrega y mi cerebro, sin saber por qué, se niega.

—De verdad que no es necesario, Gorka. De sobra sé que son los nervios. Tengo demasiadas cosas encima: la obra de farmacia, la casa, la inauguración…

Ignorándome, abre la caja y saca lo que hay dentro.

—No tardamos nada. O hacemos esto ya o te juro que no podré dormir en días —intenta bromear pero no suena igual que otras veces —. Sabiendo que llevas semanas de retraso, no voy a poder sacármelo de la cabeza y ya sabes que, por mi trabajo, necesito tener la mente despejada.

—Está bien. —Su argumento me convence. La verdad es que yo también quiero quedarme tranquila, pero debo admitir que el hecho de tener que pasar por esto, aunque prácticamente pueda imaginarme

el resultado, me impone y asusta a partes iguales. Busco un vaso de plástico mientras me observa y, cuando lo encuentro, cojo la prueba y me dirijo al baño. —¿Dónde vas? —le pregunto al ver que viene detrás.

—Contigo. —Se encoge de hombros.

—No. Tú mejor quédate aquí. —Pongo la mano sobre su pecho para detenerlo a la vez que, con la otra, comienzo a cerrar la puerta. Aunque pasamos mucho tiempo juntos todavía no he sido capaz de traspasar esa barrera. Cuando entro al baño me gusta hacerlo sola.

Con las manos temblorosas, logro tomar la muestra en el vaso y, acto seguido, sumerjo la punta absorbente en ella. Tras unos segundos, la cubro con el protector y, tomando una gran bocanada de aire, subo mis ropas antes de salir del baño.

—¿Es negativa? —pregunta nada más oírme abrir.

—Seguramente sí, pero todavía no lo sé. La prueba tarda, al menos, cinco minutos. —Estoy tan nerviosa que ni siquiera me he atrevido a abrir la mano para mirarla.

La dejo con cuidado sobre el mostrador y la cubro con una bayeta.

—¿Qué haces? —dice al ver lo que estoy haciendo.

—Evitar mirarla todo el tiempo. Estoy demasiado alterada y sé que si no hago esto veré aparecer rayas donde no las hay.

—Pero ¿no dices que será negativa? —Aunque trata de mantener la calma, se muestra tan nervioso y alterado como yo.

—Sí, pero aun así me conozco y sé que no podré evitarlo. Soy una paranoica.

—Está bien. —Durante los siguientes minutos pasea de un lugar a otro de la farmacia fingiendo mirar productos de las estanterías, pero no puede apartar la vista de la bayeta—. ¿Crees que ya estará? —Mira el reloj.

—No, todavía no… Faltan un par de minutos.

Vuelve a hacer lo mismo y no tarda en preguntar de nuevo.

—¿Y ahora?

—Todavía no. —Resoplo, aunque le entiendo perfectamente. Si no estuviese aquí ya habría mirado al menos diez veces.

—¿Ya? —Su pecho sube y baja con rapidez.

—Pareces un niño pequeño —protesto a la vez que miro el segundero del gran reloj blanco que tengo colgado en la pared. Faltan unos cuantos segundos todavía.

—No puedo más. —En dos grandes zancadas llega hasta donde estoy y, sin que lo espere, toma la prueba en sus manos y se retira para que no pueda quitársela.

—¡Eh! —protesto y voy hacia él, pero se aleja más.

—¿Qué tiene que salir? —Sus grandes ojos se mueven de una punta a la otra de la prueba.

—¡Dámela! —insisto.

—Mariajo… ¿Qué tiene que salir en la ventana del resultado? ¿Una raya o dos?

—¿Cuántas ves? —Su rostro comienza a blanquearse y me preocupa.

—¿Cuántas tienen que salir? —Vuelve a preguntarme cada vez más aterrado y mi corazón, por la tensión, comienza a palpitar tan rápido que siento un fuerte mareo.

—Mierda. —Pongo la mano sobre mi frente, como si así pudiese mantener mejor el equilibrio y, al ver lo que está ocurriendo, Gorka se acerca con rapidez.

—¿Te encuentras bien? —Pasa mi brazo por encima de sus hombros para guiarme hasta un pequeño taburete que tengo en la entrada y me ayuda a sentarme—. ¿Te estás mareando? —Asiento y comienzo a darme aire con la mano. Al ver que no es suficiente, busco entre los folletos de propaganda que tengo al lado y comienzo a abanicarme con uno de ellos—. ¿Llamo al médico? —Niego con la cabeza.

—Tranquilo —indico algo más recuperada—. Ya se me está pasando. ¿Cuántas rayas ves en la ventana? —pregunto sin dejar de ventilarme. Siento que, si me detengo, volveré a marearme.

Sin responder, se inclina frente a mí, apoyándose con el codo en una de mis rodillas, y sujeta la mano que tengo libre.

—Dos. —Mis ojos se abren como platos al escucharlo y le miro incrédula, pero a la vez rezo para que sea mentira. Debe de tratarse de otra de sus bromas pesadas.

—No. Eso no es cierto. —Busco la prueba en su otra mano y, cuando no le queda otra opción que entregármela, la giro rápidamente para buscar el resultado—. ¡No! ¡Esto está mal! —Mi boca comienza a temblar y me pongo en pie. La sobreimpresión que acabo de sufrir hace que me olvide del mareo.

Camino hacia la estantería y tomo otra prueba, solo que esta vez de una marca diferente. Regreso al baño y, aunque me cuesta mucho más, logro tomar la cantidad suficiente de orina para sumergirla. Por si las moscas, salgo de nuevo del baño antes de vaciar el vaso y tomo tres pruebas más. Todas ellos, al igual que la anterior, de diferentes farmacéuticas. Las sumerjo todas, las cubro con los protectores correspondientes y regreso a la mesa del mostrador. Me niego a que ese resultado sea cierto. Es imposible.

Con los nervios a flor de piel, espero impaciente el tiempo restante bajo la intensa mirada de Gorka, que no deja de observarme, y cuando el reloj marca la hora me derrumbo y comienzo a llorar desconsolada. Absolutamente todas las pruebas anuncian lo mismo. ¡Estoy embarazada!

—Dios mío… —Gorka muerde su labio inferior a la vez que peina nervioso su cabello— ¡Dios mío! —Puedo oír su respiración y hasta juraría que se le empieza a quebrar la voz—. Esto es muy fuerte, Mariajo. —Seca sus ojos e intuyo que está pensando lo mismo que yo.

—Esto no puede estar pasando. Es demasiado pronto. —Sorbo por la nariz—. Llevamos muy poco tiempo juntos. No podemos…

—Lo sé… —Niega con la cabeza, cruza las manos sobre su nuca y cuando camina hacia la calle puedo sentir la sangre corriendo en mis venas, pero cuando abre la puerta y sale de la farmacia las piernas prácticamente se me doblan. ¿Me abandona? ¿Va a dejarme sola?

Se detiene en la acera, coloca las manos sobre sus muslos y bajo mi asustada y confusa mirada, se inclina hacia delante como si estuviese buscando un poco de aire. Coloca ahora las manos en su cintura mirando al frente, se gira hacia mí y al ver que entra de nuevo, expulso el aire que estaba reteniendo en los pulmones.

—Vamos a tenerlo.

—¿Qué? —Es lo último que esperaba escucharle decir.

—Tengámoslo. —Aprieta los labios y me mira con tanta intensidad que no soy capaz de decir nada—. No importa el tiempo que llevemos. Podemos hacerlo. —El brillo que comienzan a adquirir sus ojos llama especialmente mi atención—. Quiero hacerme cargo. Quiero…, quiero ser su padre.

—No, no. ¿Qué dices? No estoy preparada. —Niego asustada. De ninguna manera esto estaba en mis planes. En mis planes estaba abrir una farmacia o montar una casa, no parir a un hijo.

—Para traer un bebé al mundo nadie lo está. Es una experiencia nueva y tendremos que aprender sobre la marcha, pero podemos, Mariajo. Mis padres pudieron, los tuyos también. —Una sonrisa comienza a forjarse poco a poco en su rostro y las lágrimas que derrama esta vez nada tienen que ver con las de hace tan solo unos minutos—. ¿Qué me dices?

—No. No lo sé… —Estoy tan confundida que temo decir algo que pueda dañarle.

—Está bien… —Se acerca a mí para abrazarme al notar que me está presionando—. Está bien, cielo. —Besa mi cabeza y puedo notar como su gran cuerpo tiembla—. Perdóname. Me estoy dejando llevar por las emociones. —Me besa de nuevo antes de tirar con suavidad de mi mentón para mirarme—. Tú tienes la última palabra ¿vale? Haremos lo que decidas.

—Creo que fue el día después de mi cumpleaños.

—¿Qué? —Me mira extrañado.

—¿Recuerdas que después de que mi madre… presenciara tu… baile, estuve bebiendo toda la noche?

—Sí —ríe—. No parabas de decir que necesitabas anestesiar tu

vergüenza y lo pagaste caro al día siguiente. Lo único bueno es que al llegar a casa dejaste que nuestro viejo amigo el succionador y yo nos presentásemos formalmente.

—¡Cállate! —Escondo mi cara en su pecho—. Creo que, con la resaca, ese día me olvidé de tomar la píldora y… si lo hice, que no lo recuerdo, debí de vomitarla. Tengo la costumbre de tomarla siempre por las mañanas. —Desde que hace unos meses me extrajeran el implante anticonceptivo por molestias, he tenido mucho cuidado de no olvidarme de ella.

—Eso ya no importa, cariño. Lo único que importa ahora es el presente y nuestro presente ahora mismo es este. —Coloca su mano en mi barriga y, al notarla, algo se despierta en mi interior—. A no ser que decidas otra cosa.

Bajo la mirada hacia su mano antes de volver a mirarlo y, al encontrarme de nuevo con sus ojos, hay tanta emoción en ellos que algo se expande en mi pecho y no puedo negarme.

—Vas a… —No puedo creer que vaya a decir esto, pero ahí voy. Sé que las cosas podrían haber sido de otra forma, pero, en el fondo, y ahora que ya estoy algo más tranquila, debo reconocer que no sería capaz de interrumpir lo que se está formando en mi interior. Un hijo es el fruto del más visible amor y de eso, entre nosotros, hay mucho—. Estoy segura de que vas a ser… un gran padre, Gorka.

—¿Quieres decir que…? ¿Eso es… un sí? —Asiento—. ¿Me vas a hacer padre? —Vuelvo a asentir y me levanta en brazos—. ¡Sí! ¡Joder! ¡Sí! —Salta conmigo y tengo que abrazarme a su cuello para no caerme. Está realmente emocionado—. Vale… —Me suelta despacio —. Necesito calmarme. —Echa hacia atrás su pelo con las manos y resopla con fuerza—. Esto es… Esto es increíble. —Las lágrimas vuelven a sus ojos y mira al cielo como si estuviese pensando en alguien. En el fondo sé en quién lo hace—. ¡Cásate conmigo, joder!

—¿Qué? —Pestañeo perpleja.

—¡Casémonos, Mariajo! —Su sonrisa es tan amplia que puedo ver todos sus dientes—. Hagamos esto bien, como siempre se ha hecho. No tengo anillo, pero… ¡Espera! ¡Sí que lo tengo! —Se aparta de mi lado para buscar algo entre las estanterías y lo miro extrañada cuando toma una caja que, al no alcanzarme la vista, no sé qué es. De espaldas a mí saca algo de su interior, se gira para buscarme y, cuando regresa a mi lado, ante mi sorpresa, se arrodilla—. Mariajo, ¿me harías el enorme honor de ser mi esposa? —Levanta a la vez que habla un anillo vibrador de una conocida marca de preservativos y, sin poder remediarlo, estallo en carcajadas.

—¿Hasta para pedirme matrimonio tienes que ser tan retorcido? —digo sofocada por las risas.

—¿Y qué quieres que le haga? ¡No tengo otra cosa más parecida a

mano!

—Entonces… debería de aceptar —indico todavía riendo—. Sí, cariño. Quiero casarme contigo. ¡Que lo que el amor ha unido no lo separe un anillo vibrador!

—¡Síííí! —grita emocionado—. Te prometo que pienso esforzarme cada día por hacerte la mujer más feliz del mundo. —Se pone en pie y, sujetándome por la nuca, me besa—, pero te olvidas de un detalle importante.

—¿Cuál? —pregunto todavía embriagada por su sabor.

—Que a nosotros, antes que el amor, nos unió una manguera. —Levanta sus cejas con picardía—. Y muy grande, por cierto.

Me besa de nuevo y no puedo hacer otra cosa que no sea sonreír y derretirme entre sus brazos.

FIN.

MIS OTRAS HISTORIAS

Doctor Engel

El tormento de Álex

La marca de Sara

Absolutamente única

Con S de Secretos

¡Déjame verte!

Sígueme en Instagram y Facebook para más información. Allí además anunciaré nuevas historias y os mantendré informados de todo.

Instagram: ***@elenagggggg***
Facebook: ***@elenagggg***
Grupo de Facebook**: Elena García (Novelas)**

¡No olvidéis dejarme vuestra opinión en Amazon!

Muchísimas gracias por darle una oportunidad a mis historias